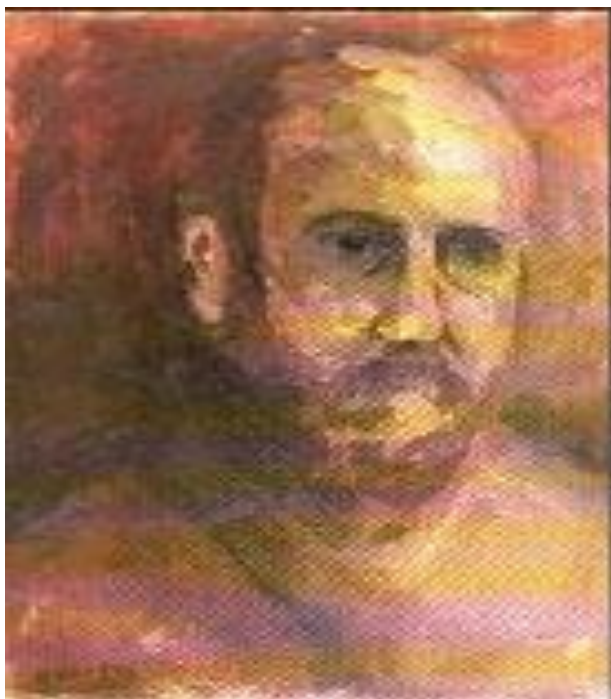


EL TALLER DE LA VIDA / confesiones

BIBLIOTECA HUGO GIOVANETTI VIOLA / DIÁLOGOS Y TEXTURAS URGENTES 6



Primera edición: Caracol al Galope / elMontevideoano Laboratorio de Artes (2009)

Primera edición WEB: elMontevideoano Laboratorio de Artes (2018)

Retrato de portada: Horacio Herrera.

Este libro, corregido y reeditado en el Cuartel artiguista de la calle Lepanto en 2018, está dedicado a mis nietos: Emilia Herrera Giovanetti, Amalia Giovanetti y Leandro Giovanetti

Comprender es perdonar.

JULIO HERRERA Y REISSIG

Madre,

yo vi al perro en la leche.

Si lo hubieras visto, tu cara se habría escapado de tu cara.

No, Madre,

vi al perro del amor.

Si hubieras visto eso, tendrías una piedra adentro de la lengua.

Madre, te juro, vi

al perro de la luz, lo vi de cerca.

La madre inclina la cabeza, llora por él, por todos.

JORGE BOCCANERA

Tenga por misericordia de Dios que alguna vez le digan

alguna buena palabra, pues no merece ninguna.

SAN JUAN DE LA CRUZ

En momentos en que el sacerdote iba a administrarle el Viático, Artigas quiso levantarse y la encargada del aderezo del altar le dijo que su estado de debilidad le permitía recibir la comunión desde la cama, a lo que el general respondió: “Quiero levantarme para recibir a su Majestad”.

JUAN SINFORIANO BOGARÍN

Sólo quise decir

que es tremendo estar vivo.

SILVIO RODRÍGUEZ

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

En un libro de confesiones el primer descuerado debe ser el autor. Y parece estúpido aclarar que esta clase de *strep-tease* no es muy recomendable para los pavorreales que se cuidan el *look*. *Allá ellos*, Señor.

Tengo sesenta años y no hubiera eyaculado este mamotreto si mi *permanente unión terrenal con la próxima morada no sofocara la desesperación que nos provoca el mundo cada día*. Porque, como lo definió insuperablemente Kierkegaard, *lo raro no es estar desesperado, sino, por el contrario, lo raro, lo rarísimo, es, verdaderamente, no estarlo*.

En 1991 alguien me mandó avisar que en San José de la Montaña había un especialista en San Juan de la Cruz, y decidí reconvertirme a la sombra de Notre Dame y después de verborragiar mis angustiadísimas aventuras el cura sonrió: *Bueno, lo que yo te propongo es que guardes todo eso y lo conserves siempre contigo. Y ahora tendríamos que tratar de hacer un Hombre Nuevo*. Y yo debo haber sentido por primera vez que los Hombres Nuevos son los que mueren enamorados del atardecer.

Esta sería una síntesis de la arenga básica que machaco en mi taller, *La trinchera estrellada*, desde hace casi veinte años.

Todas las tribus de todos los tiempos se desesperaron frente a una posible infinitud vacía. Y para que la tribu pudiera purificarse soñando, los magos tallaban al enemigo en la pared de la cueva-trinchera. Cada mago debe ser capaz de hipnotizarnos excavando una visión sosegadora del DEVORADOR DE LA ALMA QUE ANDA EN AMOR. Si tu reproducción del dragón no nos azula como el Verbo sobre las aguas primordiales no le sirve a la alma. Pero si transformás cada molécula de la pared en una célula y exorcizás y verticalizás a la Bestia resucitamos todos. La Bestia se vuelve falo y la cueva multiplica peces capaces de perforar la montañsidad de la nada espejismal.

Los Capitanes del Vuelo son los generadores de la espesura del Hombre Nuevo nacido para guiarnos desde el *alba de oro* hasta la *noche serena*.

Como Artigas.

UNO: LAS ALAS DEL INFIERNO

1 / EL 34 ORIENTAL

Mi madre me contaba que yo ya estaba atrasado diez días en pegar mi primer alarido en este mundo cuando caminaba bajo los eucaliptos de la calle 19 de abril y me pedía: *Aguantá un poco más, Huguito, así sos el 34 oriental*. Y nació exactamente el 19 de abril de 1948, día del supuestamente *glorioso* desembarco de los 33 orientales. Los niños oyen muy bien desde adentro del vientre. Y yo había recibido y cumplido la orden de sumarme simbólicamente a los héroes libertadores de la patria.

Mis padres se habían casado cinco años antes en la iglesia de las carmelitas del Prado. Enamorados. En la década del 90 escribí este poema en Atlántida, donde ellos pasaron la luna de miel: *El amor de lo huesos que te anclaron al mundo / lame aquí la mañana. / Y hay un escarabajo penoso que reluce / contra la eternidad. / Se oye callar al viento*. Y la verdad es que nunca me consideré ni más ni menos que ese bichito lleno de fe instintiva y peleando por llegar a la PAX-LUX sobrehumana.

Mi caserón natal todavía existe en la frontera del Paso Molino y el Prado, en la calle Valentín Gómez. Después de un noviazgo muy largo, mi madre y mis abuelos maternos convencieron a mi padre de alquilar todos juntos. Mi madre, sobrenombrada Chola, era única hija y había nacido después de la muerte de un hermano menor de pocos meses, cuando ya no la esperaban. Se ennovió con mi padre a los catorce años y no la dejaron ir al liceo porque era peligroso. Estudió inglés y corte y confección.

Mi padre no terminó el liceo y trabajaba desde los catorce años en el registro de casimires de un tío político inmigrante incapaz de sonreír y pensar demasiado aunque el primer día le debe haber mostrado unos colmillos que confesaban clarísimamente: *Es para explotarte mejor y durante toda la vida*.

Mis abuelos paternos vivían en Belvedere. Hugo Giovanetti Regusci descendía de inmigrantes suizo-italianos del cantón de Ticino. Era muy asmático, había trabajado como inspector de a caballo de la UTE y perdido un ojo cuando el gobierno lo *levó* durante un fallido levantamiento blanco posterior a Aparicio. Llegó a tocar el violín en el cine mudo, jugaba bien al ajedrez y no sabía levantar la voz.

Mi padre era un dibujante nato con facilidad para escribir poesía pero su vocación artística adolescente se concentró en el ajedrez. A los catorce años fundó un club con mi abuelo y unos primos y en un metropolitano estuvo a punto de hacer tablas con el campeón uruguayo. A los diecisiete lo fichó Peñarol y llegó a jugar una simultánea contra Alekhine, pero las partidas terminaban o se suspendían muy tarde y vivía casi sin dormir y le

temblaban tanto los brazos que le prohibían apoyarlos en la mesa del tablero. Dejó la práctica profesional muy pronto, aunque siguió jugando toda la vida con increíble talento. Lo que lo acompañó también fue una angustia de responsabilidad que muy de vez en cuando lo hacía escupir sentado en la cama toda la noche.

Mi madre demoró años en quedar embarazada, y estuvieron a punto de adoptar una niña hasta que unos vecinos de la cuadra viajaron unos días a Buenos Aires y les pidieron a mis padres que les cuidaran la casa. Allí llegué yo.

Mi abuela sufría mucho de reuma y de madrugada llamaba a gritos a la Chola para que la masajeara. La esclavitud llegó a tanto que mi padre me contaba que una vez la mantuvo atenazada a mi madre hasta que la vieja dejó de aullar y mi abuelo habrá terminado por levantarse más temprano que nunca y carajeando y puteando y cagándose en Dios con más fiereza que nunca.

El viejo casi no hablaba, y era alto y fortísimo y puro como un perro: había trabajado toda la vida de albañil y aprendió a poner ladrillos sin sentir las manos hasta que su reverenciado Batlle y Ordóñez implantó la ley de ocho horas. Se jubiló siendo capataz y primer oficial y sentía un dulce orgullo por su artesanía sagrada. Mi madre me contaba que lo habían obligado a dejar la escuela en tercer o cuarto año para conchabarse de peón en las obras de un italiano amigo de la familia, y que cuando ya era adolescente empezó a levantarse a las tres de la mañana y se ahorra los vintenes del tranvía caminando desde el Cerrito de la Victoria hasta el puerto y alguna noche se quedaba a dormir en la obra y se escapaba a la ópera, hasta que el patrón lo descubrió y se lo contó a mi bisabuelo, que le dio una paliza tan grande que le sacó para siempre las ganas de ver arte.

Nunca supe si mi padre se dio cuenta que yo *pude nacer* porque *hicieron el amor dos casas más allá del cielorraso de la esclavitud* al que eligió rezarle mi madre en lugar de buscar y obedecer invenciblemente a la voz del amor. Pero el 34 oriental supo desde antes de desembarcar que si quería salvarse estaba condenado a parir su heroicidad con vocación de escarabajo pelotero: comiendo puro estiércol.

2 / LA MANCHA

Mi madre me contaba que los primeros meses lloré tanto que ella se tenía que quedar hamacándose toda la noche. Y decía que a veces dejaba una gota de miel de la que usaba para el chupete en la mesa de luz y se entretenía viendo formarse una fila de hormigas,

hasta que un día me puse a aullar con vaivén y todo y no aguantó más y reventó el cochecito contra la pared y me quedé callado.

Mi padre empezó a pintar al óleo con un amigo del barrio y además era dirigente de la cuarta división de Liverpool, donde llegó hasta a enseñarle a lavarse los dientes a algunos jugadores adolescentes que llegaban del barro salvaje y después formó una comisión de ajedrez y a veces entrenaba con el fenomenal equipo de ciclismo que tenía el club en aquel momento.

Mi abuelo se levanta de madrugada y se quedaba tomando mate y fumando tabaco Puerto Rico en un pasadizo emparrado que había al costado del caserón o frente a los enormes vidrios de colores del estar. Una vez por mes salía entrajado a cobrar la jubilación y a visitar a los padres, y cada tanto aceptaba algún trabajo de albañilería fina y los domingos hacía el asado entre los transparentes del baldío que daba al pantano donde después edificaron el liceo Bauzá. Comía mucho y tomaba medio litro de tinto peleador a mediodía y de noche, y leía el diario y de tardecita escuchaba la radio, pero lo que hizo con más sistematismo durante los últimos veinte años fue rumiar su rendición. Y nunca estaba triste.

Yo empecé a caminar y a hablar a los diez meses y aunque daba un trabajo espantoso para comer y ya me agarraba las pataletas de novela que cultivé durante cuarenta años, logré que las mujeres vivieran iluminadas. Era casi enano y tenía un jopo y una risa y una necesidad de hipnotizar tan precoces, que los que sabían mucho de la vida se asustaban con razón. Pero mi madre y mi abuela se hicieron adictas a las funciones circenses del *futuro genio* (además de *34 oriental*).

Mi padre seguía pintando y escuchando música clásica, y leía enamoradamente a Herrera y Reissig, García Lorca y Nicolás Guillén. Al cubano incluso lo llegó a conocer en una exposición de su amigo Ramón Pereyra, un plástico afro emblemático que se murió muy joven.

Pero la religiosidad de la casa sólo latía en su altillo, a pesar de las estampitas y los crucifijos que tenía mi abuela en la mesa de luz y las idas de mi madre al santuario del Señor de la Paciencia para rezar por la salud de todos. Y a mí me costó medio siglo entender que cuando en una vida o en cualquier grupo humano no hay sentimientos cósmicos siempre existe alguien o algo que es colocado en el lugar de Dios. Y que yo fui el Dios de aquellas dos mujeres de risa tan aparentemente bondadosa durante demasiado tiempo.

A los catorce años uno de mis maestros de vida, Guillermo Fernández, me prestó los poemas completos de César Vallejo y me dejé devorar por el poeta de los jamases igual que si me largaran a correr por la espiral de una montaña rusa más abismalmente estrellada que el rostro de una muchacha, y sin embargo necesité vivir en París y volver a contemplar un matrimonio de sabor desparejo para entender un verso tan denso como un volumen entero de Freud o de Jung: *La mujer de mi padre está enamorada de mí*. Y fue terrible entenderlo. Porque lo que descubrí enseguida es que me habían seducido en la mismísima calle 19 de abril mientras recibía la orden de salvar a la patria, y lo que descubriría recién después de la muerte de mi madre fue la porfiadísima y casi mortal consistencia de *mi* enamoramiento.

Un día las mujeres me estaban dando agua mineral con una cucharita para que no me atragantara y se me metió una gota en la tráquea y me atoré hasta el amoratamiento y mi madre me llevó al médico en un taxímetro pero en el consultorio ni nos abrieron y recién en la mitad del viaje al centro pudo hacerme vomitar y tuvieron que internarme unos días y en las placas aparecía una mancha negra que no se me fue nunca del pulmón. Lo malo es que cuando estaba en tercero de escuela nos visitó la cruzada antituberculosa y nos chequearon a todos y al otro día mandaron buscar con urgencia a mis padres: me imagino a mi abuela olvidándose del reuma y sufriendo de verdad y a mi abuelo echando un humito azul invisiblemente triste en la vereda de Punta Gorda donde siguió sentándose a contemplar la sequedad del mundo.

Falsa alarma. Era nada más que la huella del atorón, y a nadie se le ocurrió pensar en el agujero negro que nos deja la angustia de tener que jugar a ser Dios para que otros sonrían.

3 / EL TALLER

Mi padre había escuchado a mucha gente hablar del Taller Torres García y una tarde de 1950 salió del registro de casimires y caminó hasta el sótano del Ateneo y se metió sin vuelta atrás en la cueva del tesoro difícil de encontrar. Don Joaquín había muerto el año anterior, y con el tiempo sacaron la conclusión de que era el viejito que mi madre veía pintando unos murales rarísimos en el hospital Saint-Bois, cuando visitaba a una amiga tuberculosa. Ahora pienso en el celeberrimo y reseco esteta especializado en Torres García que sigue hablando de la *utopía* de la Escuela del Sur y me da pena que no haya visto el altillo de mi casa transformado en una fabulosa trinchera barrial en cuestión de semanas. Mi padre empezó a estudiar dibujo con Alpuy y el jovencísimo José Gurvich y se empapó tan pronto de la vocación de eternidad irradiada por aquella comparsa de juglares anti-establishment que antes de 1953 pueden rastrearse naturalezas muertas y paisajes y pintura constructiva y las primeras cerámicas con diseño original y hasta una

mesa taraceada y un proyecto de vitral crístico que me hacen murmurar sonriendo: *Utópica será su madrina, señor filósofo.*

Pero antes pasó algo. Mi padre se revolvía muy bien con el dibujo desde que era un chiquilín y una noche había cinco o seis aspirantes a pintores enfrentados a una quilométrica naturaleza muerta y Gurvich lo hizo pararse y se sentó en su lugar y después de chequear las medidas con el lápiz sentenció: *A partir de la jarra está todo mal. Tenés que correr todo un centímetro.* Mi padre, que nació y murió dotado de una mansedumbre sacerdotal, no atinó más que a desentachuelar y a enrollar la cartulina y escaparse saludando con la mano. Y la próxima clase, cuando apareció con la humildad resplandeciéndole fluvialmente en los bigotes, José lo premió con un: *Ah. ¿Volviste, gordo? Bueno, entonces vos no te vas más.*

Posiblemente Gurvich ya no viviera en el mítico conventillo portuario donde en los años cuarenta se amontonaron unos cuantos discípulos directos de don Joaquín capaces de hacer voto de pobreza en una irrealdad uruguaya de posguerra donde el asado desbordaba los platos como nunca. Lo más seguro es que hubiera vuelto al cerro y empezó a caer por casa y cuando las mujeres veían entrar al duende despeinado y petiso y barrigón que olía a mugre de profeta corrían a calentar la sopa. En la quinta del Prado todavía existía el torreón donde se exilió Gonzalo Fonseca después de abandonar a su millonaria familia y seguramente Gurvich terminó de hacerle sentir a mi padre que el altílo se había transfigurado y que el único maná que revoluciona a la purísima entretela popular es la fe. Y en aquella montaña empecé a pintar al óleo, más o menos a los tres años.

Otro visitante ilustre del Paso Molino fue Josep Collell, un catalán recién emigrado que hizo la experiencia pionera de la cerámica junto con mi padre: consultaban manuales y traían barro del Pantanoso y terminaron participando en la construcción del primer horno que hubo en el taller y en la concreción de una técnica de engobe que hoy es reconocida como un aporte enriquecedor a nivel planetario. Collell se casó por poder y su esposa Carmen cuenta que cuando llegó y se topó con la simbología geométrica llena de colores compactos que señalizaba los talleres de los torresgarcianos tuvo la sensación de estar conociendo a gente preparada en una catacumba.

Pero en 1950 también llovió sobre el Uruguay el tesoro de la piñata rota en Maracaná por la tribu que capitaneó Obdulio Jacinto Varela, el único héroe épico que después de José Gervasio Artigas se sintió responsable, en estas tierras, de las alegrías y las tristezas del pueblo entero. Y yo tenía dos años y debe haber sido la primera y última vez que los vi llorar a todos hipnotizados por una *grandeza mágica* que recién volvería a saborear el 27 de noviembre de 1983, cuando formamos parte con mi mujer y mis hijos del medio millón de uruguayos que nos juntamos a gritarle a los fascistas que volvieran a los cuarteles.

¿Quiénes hicieron los goles, Huguito? me preguntaban, y yo me mandaba el show contestando *Schiaffino* y *Ghiggia* a media lengua pero ya incorporando una *necesidad de ir echando alas propias en el infierno ajeno* porque aquel ventarrón de PAX-LUX no tenía angustia negra y se volvió idéntico al sosiego de los domingos cuando mi padre y Collell me pateaban penales en el sótano del Ateneo mientras esperaban que se cocieran las piezas constructivas. Y a mi tercer cumpleaños vino el mismísimo Francisco Vanoli, un tío político que no estuvo en Maracaná por un problema de lesión, y jugamos con él a tirar de vereda a vereda, pero ese día me acuerdo que terminé oscureciendo la fiesta con una pataleta porque el 34 oriental no podía perder a nada.

4 / EL PESEBRE

Más o menos a los tres años empecé a pintar al óleo y a ir a la cancha de Belvedere con mi padre. Pero el recuerdo de las camisetas negrizules apareciendo en el oro del pasto y la gritería que trepaba hasta el gigantesco ombú que coronaba la tarde y los enloquecidos festejos de los goles marcan el comienzo de mi primera adicción compulsiva. Y terminé formando parte durante décadas de aquel rebaño de rotos de espíritu que dependían del triunfo del glorioso Liverpool para que el domingo se transformara en una pobre misa. Mi padre también se dejaba robar un poco la alegría, pero en el caserón lo esperaba la costilla con lomo y los dos huevos fritos a caballo que despachaba la clase media uruguaya como si tal cosa y el tinto peleador que compartía con el viejo y la nobleza del perfume a aguarrás del altillo-trinchera: a pintar escuchando el Sodre y vade retro el fútbol. Torres García predicó durante dieciséis años que había que *vivir en lo eterno* y hasta los plásticos comunistas que, según el dogma soviético podían creer en la palabra *espiritual* pero no en la palabra *espíritu*, aunque parezca un chiste, se sumergían en la *mística de la pintura* implantada por don Joaquín y el dragón del bajón se ovillaba atrás del caballete.

En los años ochenta le puse letra a una obra de José Pierri Sapere que grabaron Washington Carrasco y Cristina Fernández, recordando la calle Valentín Gómez: *Viejas canciones / viejos rincones / donde se amansa mi soledad. / Viejas veredas / entre humaredas / que perfumaban la luz / al pie de un atardecer / donde nos vimos nacer. / Viejas tonadas / iluminadas / por el paisaje / de la humildad. / Y un viejo altillo / y un amarillo / recuerdo de la niñez / amanecido en la paz / de algún domingo fugaz. / Hoy quiero revivir / y respirar y compartir / aquellas viejas canciones / para que nazcan / nuevas visiones / de los amores / y los dolores / que pueblo adentro estarán / como al aroma que subió / del rosal donde llovió.*

Álvaro Pierri es la única persona que siempre me echa en cara, con disimulada y cariñosa saturación, mi sentido trágico de la vida. Y creo que si quisiera buscarle una postal emblemática a ese agonismo habría que fotografiar el rosal del Prado estropeado por mi llanto. Hubo un momento en que mi padre dejó de llevarme a Belvedere porque Liverpool siempre fue un cuadro más torturado que Unamuno y la hinchada genera un fundamentalismo incurablemente soñador de copas que te roban cuando ya estás por brindar y los chiquilines de mi cuadra encontraban diversión circense en el Huguito berreando cuando le preguntaban cómo había salido su cuadrado. Yo esperaba debajo de la gigantesca palmera de Agraciada que todavía resiste a que mi padre bajara del ómnibus en la esquina donde en 1972 serían asesinados los ocho camaradas y cuando veía bambolearse los bigotes que advertían por millonésima vez *Hay que saber perder* empezaba el desastre.

La segunda mujer de Dostoievski escribió que su marido había dejado de jugarse hasta el alma en la ruleta el día que aceptó que no podía vencer al mundo. Lo que debería agregarse es que la desesperante necesidad dostoievskiana de ser un Hombre Nuevo le venía de haber nacido con un corazón sobrevolado por un altillo lleno de tonadas doradas y que *demoró mucho en entender que la suerte no existe y que nadie podía regalarle una escalera para apoyarle a ese cielo*. Hay camiones que se empujan con la mano y lo único que sirve es *seguir comiendo estiércol y tenerse fe*.

Y seguramente aquel fin de año mi padre empezó a armar sus pesebres épicos en el comedor y aquello nos consolaba desde Navidad hasta Reyes como el mítico bordecito de plata de la nube negra. En *Canción de Tardebuena*, una letra sin música, lo sintetice así: *Noches del Paso Molino / con el balcón a la calle: / jamás habrá otro pesebre / como el que armaba mi padre. / Trabajo de Tardebuena / con el comedor vaciado / y entre nosotros la luz / de aquel postigo entornado. / Mi rostro se iba azulando / con las sombras del zaguán y aquel pesebre creciendo / como una invasión de paz. / Cuando llegaba la noche / se abría una luz a la calle / y el barrio entero rodeaba / la Navidad de mi padre. / Hoy que lo veo de tan lejos / y el silencio es tan profundo / recién lo siento pelear / por la belleza del mundo*.

La arena y los piedrones que rodeaban el establo eran acarreados junto con el viejo desde la quinta del Prado, y a mi madre se le ocurrió poner un ciervito blanco de plástico que corría sobre las cumbres igual que si trepara hacia la Anunciación. Y es a ella que le debo la visión de mi animalidad necesitada de echar alas para poder escaparse por el balcón estrellado que dejábamos abierto y tratar de ser un niño digno del Niño.

En 1953 nació mi hermano Sergio y yo fui unas semanas al Jardín de Infantes pionero de la escuela Enrique Compte y Riqué porque en la Berro no me aceptaban hasta que cumpliera los cinco años. Lo único que me acuerdo del Jardín de Arroyo Seco es que en una de aquellas mesas colectivas le expliqué a un chiquilín que no había que usar un lápiz celeste porque no era un color puro: tenía que mezclar el azul con el blanco como yo hacía con los pomos. Quiere decir que ya era dogmático y pintaba unos cuadros tan pasmosamente desrealizados y entonados por la intuición amniótica que la gente del taller se los cambiaba a mi padre por cuadros de ellos. Collell todavía tiene colgado uno. Y dos años después, en Punta Gorda, pasé de golpe a la poesía y a la música y se me taró para siempre la expresión plástica directa, más allá de que sigo diseñando con fruición las portadas de mis libros. Lo que nunca varió, por supuesto, fue el dogmatismo, a la hora de defender la unidad universal. O definido por Vallejo: *y del olfato físico con que oro / y del instinto de inmovilidad con que ando / me honraré mientras vida -hay que decirlo.*

En la Jardinera de la escuela Berro debo haber batido un récord digno de figurar en el Guinness: lloré todos los días del año incluida la fiesta de fin de cursos, porque perdí a mi madre entre el gentío y se me desbocó el horror y empecé a zigzaguear igual que una ambulancia con moña azul, aunque ya no me daba pelota ni yo mismo. Tengo fotos que me sacaba mi padre pataleando en el pasadizo empujado para que me acordara de lo que fui: una especie de resonancia magnética de la neurosis y el testimonio de la rendición de un hombre que tenía que dejarme diez horas diarias entre el canibalismo pollerudo.

Pero aquel año hubo dos hermosos rostros-muletas que me aliviaron la minusvalidez arcangélicamente: el de una chiquilina que se llamaba Adriana y yo adoraba todos los días en la clase muerto de ganas de coserme una entretela rubia y el de mi hermano recién nacido, que era una especie de espejito manso.

Nunca entendí muy bien por qué se complicó tanto la convivencia en el barrio, pero me acuerdo que las mujeres no aguantaban un conventillo de negros que había en la calle Lozano y sobre todo a una chinonga gorda que vivía en la casilla de enfrente y según ellas era muy puta. La xenofóbica expresión *chinonga* fue utilizada toda la vida por mi madre para definir rasgos que nos emparentaban con la familia de su madre, donde los ojos-rajas torcidos levemente hacia abajo delatan una indiscutible transfusión del criollaje aindiado. Aunque todos muy blancos, eso sí.

Valentín Gómez no tenía tránsito porque se cortaba en el bajío de la quinta y nos pasábamos en la calle con el hijo de la vecina puta, que era menor que yo pero más alto y gordo y con mocos perpetuos. Mi obsesión principal era dibujar y recitar, y la del Walter jugar a las procesiones cantando *Los cielos la tierra* con una rama en la mano. Las mujeres decían que era tarado, pero cuando canto en la misa *Los cielos la tierra* medio siglo después me acuerdo de mi amigo.

En el 52 mi padre y Collell se presentaron a un concurso de vitrales organizado por una iglesia del litoral y conservo un cartón-maqueta sin firma y fechado en el reverso: es la mítica imagen del Señor de la Paciencia traído de España en el 800, con las curvas del halo y el manto y los brazos incrustados serenísimamente en una estructura torresgarciana de colores puros.

Lo que también conservo en la pared de mi dormitorio es el Cristo que copié de la estampita en el verano del 53, cuando tenía cuatro años. Está pintado al óleo y aunque usé la línea negra tradicional no hay ningún rigor geométrico, y la paleta donde triunfa el casamiento del amarillo y el lacre-pozzuoli definen el esplendor que siempre le entreví a la verdadera vida. Lo supe en 1974 en Saint-Tropez durante mi vagabundaje de cantor pasaplato, cuando salí a caminar un amanecer asmatizado y fumado de haschich y sentí que los tejados medievales del puerto irradiaban esa perfecta espesura y ebriedad levitante de la tierra. Y recién en 2002, escribiendo una *nouvelle* titulada *Casa del ciervo*, entendí que mi cuadro fundaba la salvación del animal de plástico que coronaba mamarrachescamente el pesebre. Leonel Roche, otro maestro de vida, nunca pudo perdonarme que inventara una trama tan siniestra, porque en el relato yo soy el ciervo y mi madre me extirpa costillas en secreto para poner de contrabando en la parrilla y curarle el reuma a la vieja. Y un día el niño-monstruo echa alas por las cicatrices y se escapa del todo hacia la Anunciación. Pero lo peor es que en otra novela descubrí que mi padre *intuía* aquella *canibalización* y se callaba para no destruir la pareja que Dios unió en Atlántida.

6 / LA MONTAÑA

La cosa fue que las mujeres no aguantaron más el chusmaje y en el 54 decidieron mudarse y mi padre se mandó la jugada de su vida: alquiló una casa en Punta Gorda que quedaba pegada a un boliche de mala muerte y un baldío de por medio del caserón de los Torres García, donde vivía la viuda con los hijos solteros. El barrio todavía era un arenal suburbano, pero estábamos a una cuadra y media de la playa y pudimos tener gallinero y parrillero y a mi padre le alcanzó el patio para construir un sucucho-taller más chico que el altillo.

El que nos alquilaba era el propio bolichero y el viejo iba a tomarse alguna caña a mediodía o antes de cenar, pero en un par de meses hubo hasta una balacera entre los borrachos y la vieja empezó a extrañar el Paso Molino y ahora las que lloraban todo el día eran ellas y yo empecé a acompañar a mi padre al caserón anaranjado y de medidas áureas donde había muerto don Joaquín en el 49.

Doña Manolita Piña de Torres García ya andaba por los setenta y tenía una tercera orilla de la boca que tintineaba inmaculadamente cada muy poco rato. Ella, Olga Pierri y Leonel Roche son las tres personas que conocí con mayor vocación de *transformar el aire y prepararle montañas invisibles al prójimo a cualquier hora del día*. Lo que le gustaba más a Manolita era trasnochar charlando y fumando y tomando café como se debe, según decía: **Caliente, Amargo, Fuerte y Escaso**. En aquel tiempo vivía con Ifigenia, la hija que nunca se casó, y Horacio, que todavía no se había casado. Pero siempre venían Olimpia y Augusto y una cantidad de gente vinculada al taller, y aquellos muebles hechos con tablas pintadas con colores puros que diseñó don Joaquín y los pisos y las rejas constructivas te daban la sensación de flotar en la Más Dimensión vertical del Hombre Nuevo.

Yo empecé a ir a la escuela 81, que funcionaba a media cuadra del Náutico, y el primer síntoma profundo de heroicidad fue no pedir para volver a casa un día que me cagué antes del recreo y bailar *La firmeza* con aquel barrial en el calzoncillo y hacerme el distraído cuando la maestra preguntaba si alguien precisara que lo ayudaran y volver en la bañadera más pálido que Schiaffino en Maracaná y llorar recién al ver a mi madre en la puerta.

Pero lamentablemente me daba miedo dormir solo en un pasadizo que daba a la cocina y terminaron armándome un sillón-cama en el cuarto de mis padres, donde también estaba la cuna de Sergio. Ese año compramos un tocadiscos y seguí pintando un poco en el tallercito aterciopelado por Corelli, Vivaldi, Bach, Beethoven, Dvorak y César Franck grabados por las orquestas y los solistas que le recomendaba Salsamendi a mi padre. Y un discazo de Charlo.

Y aquel año también empecé a salir abanderado en todas las fiestas con la invariable sensación, desde 1954 hasta 1963, cuando terminé el liceo, de no merecer algo que jamás me ganaba por amor y de que siempre había chiquilines más capaces y con mucho más gracia de humildad que yo, pero que no sufrían la torturante esclavitud de tener que cargar la cruz patria para dejar contenta a la madre.

En el sucucho-trinchera mi padre analizaba sonrientemente el sermón de la montaña en una Biblia que heredó de mi abuelo Hugo y releíamos a Herrera y Reissig, García Lorca y Guillén o jugábamos al ajedrez y después de cenar pasábamos frente al boliche donde se revolcaban los borrachos y cruzábamos el baldío y una vez escuchamos asombrados a Horacio y a Manolita tocando *La primavera* de Beethoven hasta que el Tito perdió la paciencia y bajó el violón rezongando: *Madre, te apuras*.

Me acuerdo que una noche no me podía dormir en el sillón-cama que tenía unos resortes muy pinchudos y pensé: *Nunca voy a olvidar de este momento aquí. Nunca más*. Y después

que me empezó el casi inmortal miedo al tiempo tuve que enfrentarme al único terrible defecto de mi padre: la hipocondría. Y entonces quedé a la intemperie, como tiene que ser. Y cuando cada muy pocos meses le aparecía una nueva sintomatología de cáncer o se moría algún pariente del corazón y él se masajeaba el pecho insoportablemente yo me iba preparando para la majestuosa soledad del final.

Y un día que veníamos caminando por Caramurú a la altura de Hernani me dijo: *Vos sabés que yo pienso que el alma es inmortal*. Y aquello pareció besarme el cerebelo y a lo mejor miré el tejado montañoso de los Torres y los cipreses que te hacían acordar a Grecia y no a los cementerios y recordé la estrofa más imponente del divino Julio: *El aire es de terciopelo... / Por el camino violeta, / Cual a través de una grieta, / Se ve cómo piensa el cielo*.

7 / LA COMUNIÓN

Mi madre quiso que tomara la comunión en las carmelitas del Prado porque ella se había casado allí, y los jueves combinábamos los ómnibus y yo me quedaba al borde del pánico en un aula llenas de chiquilines que tenían barras formadas en otro barrio y memorizaba la catequesis seca que me ofrecía una iglesia donde el hombre más importante del siglo XX, Pierre Teilhard de Chardin, estaba casi excomulgado.

Lo que demoré veinticinco años en aprender fue que los carmelitas descalzos habían sido fundados por Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, las dos muletas de oro que me hicieron zanquear jadeando hasta la insondable Fonte del Hombre Nuevo después que la revolución marxista pretendió que los militantes nos jubiláramos y nos curáramos del vicio de soñar maravillas en Utópicos Anónimos.

Algunos viernes, además, íbamos al Santuario del Señor de la Paciencia que queda en la misma cuadra donde nació José Gervasio Artigas y en aquella catacumba pude ver a mi madre arrancándose una especie de vendaje invisible para ofrecerle a cada altar su floración más dulce.

Para mí era un via crucis premiado por un especial de jamón y queso en dos panes y una Coca Cola que me compraba a la salida con un aura todavía virginizada por aquella liturgia-maratón de plantones frente a cada santo mugriento y humeante y recortado sobre vitrales sin sol donde los caballeros abrigaban esqueletos de portal rajándose las capas o lanceaban al monstruo que amenaza con incendiarle el vellón a nuestra princesa íntima.

Y recién ahora siento que cuando nos sentábamos frente a la talla del Hijo del Hombre que yo había copiado en la estampita era como si la Chola recibiera una transfusión de la generosidad incondicional que repartió toda la vida entre la familia y el vecindario y las fervorosas amistades, aunque a la hora de escaparse del entelarañamiento que chorreaba mi abuela por la papada llena de pinchos elegía sacrificar a mi padre y después que se murió la vieja decidió esclavizar a los hijos con la misma adicción voraz que la mutiló a ella y allí se acabó todo.

Pero en el momento cumbre de aquel infierno sórdidamente santo y trajinado de rodillas por el mujerío traposo yo dejaba de ser el Dios escondido de mi madre y Jesús la encandilaba hasta el fin de los tiempos porque, como está escrito, *un segundo de amor te vuelve todo amor*.

Más o menos diez años después mi padre me regaló las obras de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz lujosamente encuadernadas porque cuando me di cuenta que nunca iba a terminar la abogacía me empecé a preparar junto con Daniel Bentancourt para ser profesor de literatura por oposición y méritos, pero Secundaria suprimió esos concursos y lo único que me interesó con el tiempo fueron los poquísimos poemas que escribió el santico hasta que sobre el final de los tres años y medio de terapia que hice con Demian Díaz Torres entre 1987 y 1991 se me ocurrió vichar las mil páginas de doctrina mística y me interesaron bastante, aunque no me agarraron como *La filosofía perenne* de Aldous Huxley tan vehementísimamente recomendada por el parco Augusto Torres. Y Teresa no tenía ni poemas, así que nunca la leí.

El día que pedí el alta en la terapia, sin embargo, unos de los argumentos básicos fue que al leer algún fragmento del relato de la *unión con Dios* de San Juan de la Cruz sentía lo mismo que me pasó frente a los Karamazov y a las nouvelles de J. D. Salinger a los veinte años: los que tenían razón eran los *locos iluminados* y no yo, un aspirante a cristiano-marxista que ni siquiera había terminado de *creer que creía*, para hablarlo en Dostoievski. *No tenía fe en mi fe*. Y entonces Demian casi chilló una de las dos únicas opiniones tajantemente radicales que le conozco como si descargara un barajazo: *Es que los que tienen razón siempre son ellos. Y nosotros a veces estamos a la altura de ellos y a veces nos caemos*. Y se guardó *la otra gran verdad* para una charla de consulta que tuvimos unos cuantos años más tarde: *Pero para alcanzar la paz uno no necesita nada de nadie*.

Quiere decir que al volver a caminar por 19 de abril en dirección a las carmelitas mi madre me iba guiando hacia la *otra* heroicidad, sin cruz patria ni lucimientos de mierda en el circo de los sabios que no saben nada y dirigen la deformación cultural-oficial de los santísimos pueblos esclavizados por los líderes lobos o payasos o prestidigitadores del paño tibio: la del *poeta descalzo*. Y de todos aquellos meses de competencia con los otros botijas a ver a quién le compraban el misal con más nácar me quedó nada más que una

frase tatuada: la de la *resurrección de la carne* que parecía fosforecernos en el aburrimiento cuando loreábamos el Credo.

8 / EL DOMINGO

Ese día mi padre se quedaba en la cama leyendo el diario y tomando mate hasta media mañana y era como si en la PAX-LUX le rebrillara su verso preferido de Herrera y Reissig: *Domingo / Te anuncia un ecuménico amasijo de hogaza*. Después pintaba un rato. Yo todavía no leía a Salgari ni tenía cuadro de fútbol ni jugaba a los cow-boys con mi hermano, y si estaba feo y no íbamos a Belvedere me llevaban a la matiné del cine Maracaná, que quedaba en Malvín.

Y uno de los primeros temas que trabajé en la terapia fue el de la angustia infernal que me emponchó durante cuarenta años los domingos de tarde, sobre todo si no ganaba Liverpool. *Pero por qué*, se hizo el extraterrestre Demian: *No entiendo*. Y sintiéndome avalado por uno de los neuróticos más crísticos de la modernidad expliqué: *Hay un poema de Vallejo que habla de las espantosas ganas de ahogar un bulto de sufrimiento de muchos siglos que te acogota los domingos y no los lunes. En Montevideo o en París. Y él: Ah, Vallejo también sentía esa obligación de sufrir*. Y torció la cabeza para perforarme con una luminosidad de perro que te conoce y es capaz de lamerte los huesitos, agregando: *Qué lástima*.

Yo iba a clases de piano los lunes y los jueves de mañana y lo único que nunca pude odiar fue el diseño gráfico de las partituras de Bartok. Lo demás era una especie de torturante prolongación de la escuela más pesada que las clases de inglés, todavía, y estudiaba poquísimo. Nosotros no podíamos comprar un piano, por supuesto, y tenía que tocar de tarde de tarde en lo de los Torres y lo que me importaba era hacer los deberes lo antes posible y esperar a que llegara mi padre del maldito registro. Eso siempre fue mágico. Porque por más enamorado que yo estuviera de mi madre la entrada del perfume suavemente cansado de mi mejor amigo de todos los tiempos significaba un brillo más compacto que el de un amanecer lunar.

A mi padre le encantaba el cine, y alguna vez que mi madre amagó acompañarlo al Maracaná mi abuela se frotó el dolor y chau amor: al otro año empecé a acompañarlo yo y aquello se volvió una fiesta como la de los partidos de básquetbol en la cancha de Malvín o de la Unión Atlética siempre que no jugara Sporting y me enloqueciera por ganar.

Pero un domingo neblinoso volví de la matiné y me tuve que encerrar a llorar agachado en un rincón del baño mientras pensaba: *Papi está en la cocina comiendo lo más contento y mañana tiene que ir a aguantar al viejo Maspons hasta el sábado de tarde. Pobrecito.* Y otro domingo la cuarta película fue el Quijote ruso y mientras lo reventaban a pedradas en la venta y la gente se mataba de risa no aguanté más y me escapé corriendo y me tomé el ómnibus y cuando aparecí sin haber esperado a que me fueran a buscar me ligué un cachetazo y todo, aunque casi nunca me pegaban. *Llueve como una madre que cambió de cara*, escribió extraordinariamente Rolando Faget. Y en mi caso fue así. La mujer de mi padre nunca necesitó ni tocarme para que se me empapara el esqueleto.

Los dos símbolos literarios más irreductibles a una sólida clarificación conceptual que conozco son Don Quijote y Moby Dick, pero hace poco vi un análisis biográfico de la vida de Cervantes en la televisión que muestra la coincidencia geográfica del hostel catalán donde el manco se quedó esperando la última posibilidad de mecenazgo del establishment en el que tuvo fe con la playa donde fue obligado a *rendirse a la sana verdad el delirante caballero utópico*, y temblé. ¿Cómo pude haber intuido a los siete años que pretender que mi radicalismo de escritor descalzo fuera comprendido por los homúnculos que dirigen los círcos culturosos iba a ser un error peor que creer que Liverpool y el alcohol podían *aparaismarme*, para hablarlo en Juan Cunha?

La cosa es que yo iba a terapia los martes, y cinco días después que Demian me peinó la desesperación con aquel *qué lástima* me zambullí en la siesta dominguera y al despertarme puse el Sodre y la Programación Divina me mandó la cuarta sinfonía de Mendelssohn, y me curé de golpe y para siempre de los malos domingos.

Vos sabés que nunca la había escuchado pero terminé volando como si me hubiesen colocado en una especie de una especie de espiral azul en donde el miedo al tiempo y al horror al dolor fueran algo que yo nací sabiendo que iba a tener un final precioso, le contaba en la próxima sesión a mi conmovidísimo terapeuta. Y quedé durante horas sabiendo hasta lo que iba a pasar. Adivinaba lo que estaban por decir los tipos del debate televisivo y el clic de la trama de la película que vino después y seguí en ese estado hasta que me dormí. Y él apenas sonrió sacudiendo la cabeza: Bueno, eso vendría a ser lo que llamamos bienestar.

9 / LA POESÍA

Hay en el camino que imagina mi cerebro: / hay en el camino / un ruiseñor negro. // Hay en el camino que imagina mi cerebro; hay hojas verdes, hojas negras / en el camino del

ruiseñor negro. / Hay en el camino que imagina mi cerebro; / hay árboles frutales, guindas deliciosas / en el camino de las hojas verdes, de las hojas negras. // Hay en el camino que imagina mi cerebro; / un ruiseñor negro; / hojas verdes, hojas negras; / árboles frutales guindas deliciosas; en el camino negro...

El 11 de junio de 1958, a los diez años, empecé mi *vita nova* con este poema. Había dejado de pintar y en la escuela me salían composiciones floridas, y mi padre me sugirió que fuera juntando apuntes hasta que en 1957, en la *Redacción: Historia de mi lápiz*, dejé asombrada a la maestra anunciando que tenía escrito un grueso cuaderno *todavía no lleno* de poesías y refranes.

Esa mentira fue decisiva, y el impulso debe haber nacido de leer mucho a Salgari y saberme de memoria Dick Turpin y Robin Hood y organizar apasionadamente *performances* guionadas en los baldíos con las hermanas Tempel y Lydia Buzio, además de las historietas de cow-boys que recreábamos usando gachos de mi padre y mi abuelo con mi hermano de tres años.

Pero lo que trato de escribir es, Onetti dixit, la *historia de un alma*, y los hechos puntuales en los que se involucró vendrían a ser algo así como el organismo histórico de la *criatura interior* que investigo y retrato por amor a mi próxima muerte terrestre, nada más: para pasarme en limpio.

Y en el poema titulado *Hay en el camino negro...* salta a la simplísima vista una voluntad estética ya completamente estructurada, y que cualquiera puede analogizar como herramientas para tomografiarse en un plano psíquico general. Porque desde el Renacimiento hasta la fecha la relación dialéctica entre nuestro romanticismo y nuestro clasicismo nos define mejor que nada.

Torres García, por ejemplo, decía que él era un clásico con temperamento de romántico. Y yo a los diez años ya demostraba ser exactamente lo contrario, aunque compartiera con él y con Herrera y Reissig y García Lorca, mis dos maestros poéticos básicos, una *voluntad de completud*. Pero con los poetas compartía además una inevitable necesidad de *hacer visible el exorcismo de la neurosis*.

Torres García peleó toda la vida contra la *exhibición del exorcismo* porque un clásico confeso es esencialmente platónico y no admite *espectáculos agónicos* en la plaza ejemplar de la república. Claro que el haber aceptado tener temperamento de romántico, por lo menos, o sea ganas de aullar en toda época *No pregunto cuántos son sino que vayan saliendo los enemigos de la divina invisibilidad*, lo hizo transar gozosamente con los desequilibrios cervantinos o rabeleisianos o beethovenianos, pero su dogmatismo era muy

poco elástico: yo escuché decir a Augusto Torres, uno de sus discípulos y lugarteniente aparentemente más amplios, que en la explosiva exposición de 1957 Gurvich se había ido de la *cosa*. Y punto. Y sin embargo, entre aquel caos galáctico reverberaba la purísima espesura del *Hombre astral*.

Es fácil darse cuenta, observando mi poemita, que debajo de la obstinación anafórica hay traslados seriales sistémicos de estrofa en estrofa y un cierre-resumen abrochado por una última negrura que no triunfa del todo porque funciona como una gárgola que desagota a un edificio más religioso que ella.

Y cuando Bajtin define a esa magia de profundidad que insistimos en llamar *belleza* como la *ilusión de la realidad sosegada o de verdad absoluta y no vertiginosa* que genera un discurso simbólico no se refiere nada más que al arte sino a la *irradiación psíquica que necesitamos construir para transformarnos en personas dignas del universo*.

El romántico caótico *nos hipnotiza con su neurosis transfigurada por la fe de los símbolos*. Y alcanza. *Porque el problema humano central no es la neurosis sino el resultado de la pelea de la neurosis noósica con la fe. El problema de vida o muerte es agregarle realidad a la vida o irrealdad a la nada: o nos comunicamos salvíficamente o nos autodestruimos*. Y si además el romántico es capaz de *resignificar y geometrizar su caos* como Herrera y Reissig y García Lorca, surge *la gran dialéctica urobórica del barro y el arcoíris*.

La maravilla clasicista perfecta, en cambio, logra una cruz abstracta y sin Cristo sangrante como punto de enclave de lo eterno en lo mínimo.

Y la evolución los necesita a todos, siempre que la fe cante aunque sea como cisne. Los que sobran en el mundo son los tristes astronautas de los cielorrasos sentenciando que el azar es el dueño del hombre. Porque ni siquiera llueve por casualidad.

10 / BELVEDERE

En la novela *Creer o reventar*, basada en mi autoexilio europeo, mi alter ego Abel Rosso vuelve borracho a la *chambre* de un hotel de malísima muerte después de haber pasado el plato con la guitarra y se tira a escuchar un cassette donde su padre le grabó dos goles de Liverpool: *Lo que me emocionaba hasta el reblandecimiento era aquel tiro libre en*

comba que metió Saúl Rivero sobre el final del partido: un gol de cuadro chico ganando dos a cero en el Estadio, nada menos. Por detrás de la voz aguardentosa de Solé se producía una dulce explosión de la tribuna que hacía llorar a Abel indefectiblemente. Era como si el humo de la infancia incendiada no le dejara ver -durante un largo resoplido de viento en contra- más que sus propios ojos sin fondo, hasta sin nombre.

Hace unos meses, ya cumplidos mis 59 años, fuimos con mi hermano Sergio a Belvedere y encontré intacto el mensaje solar horizontalizándose desde el cerro: a pocas cuadras de la cancha están enterrados nuestros padres y ya no se ve alzarse desde el cementerio el penacho de humo negrizul que me nubló la atención durante décadas, porque siempre me imaginé que era el de un crematorio.

Mi padre estaba seguro de que iba a morir a los 50 y pico de años igual que mi abuelo Hugo y murió cuatro días antes de cumplir los 60. Yo empecé a obsesionarme con el pago culpable de esa continuidad cuando pasé los 30, y todavía no estoy convencido del todo de que no sea hereditaria, pero al visitar Belvedere sentí que por lo menos ya había terminado de vencer a ese relumbrón sin nombre y sin fondo y sin paz que llamamos infancia. En el segundo tiempo la tarde se aduraznó sobredorando el telón arbolado y la torre del convento que da a Gonzalo Ramírez y supe que mi verdadero *bel vedere* siempre había estado en lo alto de aquella cruz, y cuando le hicieron el cuarto gol a Liverpool y la tribuna empezó a insultar enloquecidamente a los jueces y a los directores técnicos y a los jugadores pude hasta oler la asquerosidad de la camiseta 666 que llevé puesta durante medio siglo.

Los Rodríguez Giovanetti y los Odello Rodríguez vivían cerca de la cancha y a mí me gustaba ir aunque hubiéramos perdido porque, hablándolo en Juan Cunha, en aquel caserón de dos pisos donde mi padre pintó un mural con Collell se respiraba una satinación de la que *no sé olvidarme*.

Y sin embargo tuve que esperar a que muriera mi padre para bucear en el brillo de su madre y su hermana Katia. Mi abuela Ana era una viejita dulcemente distante y casi tan hipocondríaca como mi tía, pero en 1981, a los noventa años, se cayó de cabeza por la escalera y después que salió del coma y se le deshincharon las bolsas del mascarón violeta se transformó en un semilúcido y fantasmagórico y avasallante espejo de su interior de loba.

Vivió dos años más y hubo que reformar la casa para que en la planta baja funcionara una pieza de hospital anexa al comedor donde atendían por turno la voracidad y la incontinenencia de mi abuela, que de repente se acordaba de mi esposa y de mis hijos y al mismo tiempo me preguntaba, cuando se acercaba mi tía Katia, quién era esa mujer que

no la dejaba tranquila. Pero lo fabuloso era la erección del acero esqueletario que le sobrenaturalizaba los ojos.

A mi primo Oscar también le tocó recibir la antorcha de la Más Dimensión a los 59 y a los pocos días soñé que me llamaba por teléfono y charlábamos tranquilos y a mi casa le crecía un balcón insolado por sus tres hijas. Y cuando se lo conté a Pelusa, su mujer, le pude ver un terciopelo crédulo a través del teléfono.

La que cuidó a Katia hasta el final fue mi prima Ana María, que escribe unas preciosas historias de elfos, y me cuenta que mi tía, al darse cuenta que se moría después que la operaron de la cadera a los 90 años, sonrió como si nunca le hubiera tenido miedo a ninguna enfermedad y comentó: *Ahora voy a reencontrarme con mi hijo.*

Y ahora entiendo que la *satinación* de mi familia paterna seguramente empezó a irradiar desde aquel único ojo que le dejó la *leva* a mi abuelo el violinista, el asmático, el manso.

Y que en Belvedere el sol llama a los rotos de espíritu para que no se bestialicen ignorando el verdor que nos regalan las canchas y las alturas donde los hombres se juntan para creer.

El otro día la vida metió un gol milagroso de esos que uno ni sueña y me acosté levantando los brazos y como estaba solo pude preguntar en voz alta: *¿Por qué no te ven, Señor?* Pero hoy siento una especie de vergüenza ajena y pregunto: *¿Por qué no te veía?*

11 / LA LUCHA

En el libro **LA HEROICIDAD URUGUAYA diálogo con Demian Díaz Torres** escribí esta viñeta: *Mi abuelo fue capataz de obra durante cuarenta años y dirigió y resolvió la reforma de casa prácticamente solo. Una mañana mi padre se decidió a levantar su primera pared y de repente escuchamos un alarido de alerta y enseguida un derrumbe. Qué carajo pasó, me llevó de la mano el viejo hasta el fondo. La tiré porque se movía, prendió un cigarrillo temblorosamente mi padre: Cuando la terminé me di cuenta que se movía. Pero me cago en Dios, ladró el viejo: Me olvidé de decirte que así es cuando está bien. Con los años entendí que todo lo verdadero parece que va a caerse antes de sostener lo que hay que sostener. Y que no hay que asustarse demasiado.*

A fines de los 50 mi padre se decidió a comprar un antiguo chalet de veraneo que había frente al boliche y a meternos adentro como pudiéramos, y entonces los empleados del registro sacaron la lotería de Reyes y pudimos reformar con amplitud y hasta comprarle un Renault Fregate a Horacio Torres.

Ya en 1920 Teilhard de Chardin distinguía con total precisión las dos formas que tiene Dios de operar en el mundo. Por un lado están los que podríamos llamar milagros *extraordinarios*, porque alteran en una forma científicamente inexplicable la causalidad de la naturaleza y por otro los que yo siempre llamé, incluso antes de sentirme religioso, milagros *subterráneos*. Y esas intervenciones providenciales se producen exclusivamente cuando hay *lucha enamorada*, como pasaba en mi familia, donde ni mis padres ni mis abuelos eran gente *ambiciosa*. Y aquella lotería fue un verdadero premio subterráneo. Lope de Vega dixit: *Quien lo probó, lo sabe*.

Y a fines de esa década también se inauguró el monumento *La lucha* de Eduardo Díaz Yepes, enclavado en el lomo de la Punta Gorda, donde la Plaza Virgilio se incrusta en el estuario color de león bautizado primero como Mar Dulce y después como Río de la Plata. Hay que aclarar que tanto el monumento como la plaza fueron rebautizados por la Armada, pero esos nombres yo no los acepto.

Eduardo Díaz Yepes era un escultor nacido en España que se casó en 1934 en Montevideo con Olimpia Torres, la hija mayor de don Joaquín, y volvió a Europa y después de pelear en la guerra civil se radicó definitivamente en el Uruguay en 1948. Demian Díaz Torres, su hijo mayor, asegura que *Yepes se consideraba un escultor uruguayo*.

Yo me pasé toda mi adolescencia adorando vagabundescamente el paisaje de la Punta Gorda y llevo la escultura tatuada igual que la poesía de César Vallejo o la doctrina de San Juan de la Cruz o los cuadros polifocalistas de Espínola Gómez o los prados de Mozart, pero recién reporteando a Demian en *LA HEROICIDAD URUGUAYA* pude conceptualizar que el *trenzamiento urobórico entre el hombre y su propia base animal discriminada a fuerza de pura fe y cojones y cultura* de la que nunca se enseña en los cirquetes de ningún oficialismo anquilosadamente religioso o hipócritamente laico moderno o posmoderno, era *la palanca de entrada al paraíso terrestre: a la completud evolutiva* que estamos destinados a parir, carajo. Y un día que se elegía el abanderado para la fiesta de la piedra fundamental de nueva escuela 81 me harté del lucimiento de guante blanco y le pedí a la maestra que nombrara a otro chiquilín muy estudioso con el que nos pasábamos jugando a la bolita en el recreo y Ángela Vigorito, que era una gran docente-samurai, me felicitó.

Mi padre también me felicitó. Y esa noche mi madre entró al cuarto y murmuró mientras arreglaba el placard: *Pensar que yo había rezado para que llevaras la bandera en la*

fiesta. La verdad es que no se necesitaba rezar para que me encajaran el mástil que me enanizaba del todo, pero yo debo haber entendido oscurísimamente que *La lucha* era brava de veras.

La reforma milagrosa incluía un gran taller que todavía existe en la casa natal de mis sobrinos Augusto, Leonardo y Martina. Y a veces caía el propio Yepes, que también vivía en Grito de Gloria, a charlar con mi padre. Siempre se supo que no se habían llevado bien con don Joaquín, que nunca se resignó del todo a que Olimpia se casara con alguien que ni siquiera tenía temperamento de clásico.

Me acuerdo que cuando ya le habían diagnosticado el cáncer de pulmón iba caminando con Olimpia a recuperar fuerza contemplando su propia obra y a la vuelta ya no se acodaba en el mostrador del boliche a tomarse una caña como en los primeros tiempos. No era un hombre simpático, pero irradiaba la misma invencibilidad de piedra de sus figuras, que enseñan a no tenerle demasiado miedo al miedo.

12 / FERNÁN

Justo con el liceo empezó la pasión por el básquetbol. Mi padre pidió permiso en el Club Marítimo Punta Gorda para llevarse una columna arrumbada de la cancha vieja y construyó un tablero y compró un aro reglamentario para armar una media cancha en el fondo de casa donde chiveamos durante años, pero además yo perfeccioné una idea de Eduardo y Beto Añón y monté un basquetbolito en un billar de juguete. Recorté las caras y los nombres de los jugadores de un álbum deportivo y los pegué en chapitas de refrescos con los colores de los distintos clubes. En el taller había un banco de carpintero y una sierra mecánica, y mi padre maqueteó dos tableros y después inventé un reglamento completo y terminamos jugando entusiasmadísimos campeonatos en barra.

Y un día entró un botija por el patio del costado y casi me ordenó que le mostrara el basquetbolito: era un año mayor que yo y nos conocíamos nada más que de vista, pero esa tarde volvió trayendo planillas verdaderas del Marítimo para anotar los tantos y los fouls y durante cuatro o cinco años se transformó en un hermano tácito y adoptó a mi padre como maestro y terminó jugando al ajedrez y pintando al óleo y escuchando música clásica en el taller a cualquier hora, aunque no estuviéramos nosotros.

Fernán era el hijo menor del Juez Pucurull. Vivían en Caramurú y Hernani, y su hermano Nuño es el único plástico que se considera discípulo de mi padre. A mí me quedó un óleo

más modiglianesco que picassiano pintado por Fernán a los catorce años, y sé que después siguió trabajando con Pepe Montes y en el velorio del padre le conocí una piecita llena de cuadros abstractos muy interesantes y me dijo que él hacía un arte *esotérico*. Yo no le pregunté qué quería decir eso, porque Fernán se había ido para siempre de mi vida un año antes, más o menos. Un día dijo *Hasta mañana* y no volvió jamás.

Lo que sabíamos era que visitaba mucho a Gustavo Perera, un flautista que llegó a ser inspector de orquesta del Sodre y alquiló el rancho-casilla de al lado de casa por un tiempo y después se casó con Eva Díaz Torres y edificó una casita en el fondo del templo torresgarciano.

Pero antes pasó algo. Durante dos temporadas fuimos titulares con Fernán de los menores del Marítimo que dirigía el inolvidable Pedro Faget: había fundado una clínica de básquetbol y trabajábamos hasta con pizarrón y aquello era como si recibieras lecciones helénicas de sincronicidad y amor desinteresado y nos iba muy bien, por supuesto. Los campeonatos eran zonales y competíamos a la par con Unión Atlética y clasificamos dos veces para las últimas rondas, donde aprendimos a rendirnos frente a los cracks con total dignidad. Y un sábado jugábamos con el poderosísimo Malvín en nuestra cancha y Fernán nos dejó plantados sin avisar, y recién al otro día supimos que había ido al Sodre a escuchar a un clavecinista extranjero. Mi padre le habló *aparte* como hacía con mi hermano y conmigo cuando había algún problema y no sé lo que le dijo. Pedro Faget, en cambio, lo felicitó en público en la práctica del lunes y puntualizó que se sentía orgulloso de que uno de sus jugadores no se hubiese perdido aquel concierto.

Durante un tiempo seguí cruzándome con Fernán por la calle y me saludaba nada más que bajando la cabeza, aunque sin llegar a sonreír del todo. Y lo último que supimos era que se había casado y era bibliotecario.

En aquel Uruguay del 69 yo ya había dejado la banda beatlera y estaba por publicar mi primer libro, y la elaboración de mi izquierdismo todavía se basaba en la lectura de *Marcha*, donde las editoriales de Quijano insistían en que la salvación política uruguaya era esencialmente paradójica, porque la única posibilidad de concretar el socialismo pasaba por una revolución armada pero la coyuntura histórica todavía no permitía dar ese salto.

Y un día estábamos reunidos en lo de Daniel Bentancourt con el Grupo Universo y veo la foto de Fernán en el diario de la noche: acababan de matarlo después que el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros tomó Pando. Me acuerdo que al final de un ataque de nervios sentí algo muy hermoso que podría definirse como la captación definitiva del *vuelo* de Fernán. Y de que más allá de algún defecto de soberbia juvenil completamente lógico él siempre había levitado con una precocidad de pureza muy superior a la mía. En

el MLN lo consideran un león, y estoy segurísimo que de haber sobrevivido no andaría declarando payasescamente que fue *Robinjú*, como le gusta decir a un glamoroso dirigente histórico actual. Fernán se desangró baleado contra un árbol a los 22 años y en ese pedazo de tierra fermentó *vida eterna*.

13 / VALLEJO

Al empezar el liceo dejé la poesía y me puse a preparar cada materia con una compulsividad tan lastimosa que el inolvidable profesor Héctor Rey me paró un día por la calle para pedirme que no estudiara tanto. Otro récord mundial.

Pero en enero de 1963 fui a un cumpleaños de quince en el Club del Banco Comercial y bailé una sola pieza con una chiquilina y esa noche no pude dormir y mientras amanecía le escribí un poema a las facciones que encarnaron la primera visión de mi *ánima*, como define Carl Gustav Jung a esa especie de *costilla complementadora interior* que tarde o temprano debe *sustituir*, si queremos entrar en una adultez sana, a la *femineidad materna* que los varones cargamos constitutivamente.

Durante ese verano tuve un pre-romance de bicicleteos y charlas playeras con una chiquilina del barrio, pero no llegué al *toque* en absoluto. Y cuando empecé cuarto de liceo me tocó sentarme al lado de Albita, la generadora del poema post-baile, y *ella* me espejismó tanto que la única respuesta posible fue boxear estéticamente contra la desesperación para poder tatuarle al mundo el resplandor de mi alma. Y nunca más dejó de ser así.

La primera muleta estilística fue Bécquer por lo desahogante y cantador, pero al mostrarle las primeras cosas a mi padre noté que se frotaba el bigote como si pensara: *Carajo, este muchacho se taró de golpe*.

Y enseguida me compró los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y no tuve problemas para ponerme a rueda del siglo y en poco tiempo ya engrampé un librito y lo empecé a mostrar, porque para el 34 oriental no encandilar al público era algo inconcebible.

Entonces la Programación Divina mandó rápidamente a Guillermo Fernández, que era amigo íntimo de mi padre pero venía poco a casa, y el hombre de calva luminosa y

contemplación celeste parecido a Mel Ferrer me contó que a él le habían recomendado llevarle sus primeras caricaturas a un viejito famoso que tenía un Taller en el Ateneo y que el mismísimo Torres García las vichó con infinita piedad y lo mandó a estudiar dibujo con Alpuy. Y después me sondeó sonriendo y sugirió: *Mirá, hay un poeta peruano que murió en París en los años treinta que es interesantísimo: César Vallejo. Te convendría leerlo.*

Y se ofreció a prestarme los poemas completos que compiló Losada en un tomo que no tiene la prolijidad cronológica y ortográfica de la edición cubana dirigida por Fernández Retamar, aunque figura el extraordinario colofón que los camaradas suprimieron por considerarlo apócrifo: *Cualquier causa que tenga que defender ante Dios más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios.*

En el segundo capítulo de estas confesiones escribí que *me dejé devorar por el poeta de los jamases igual que si me largaran a correr por la espiral de una montaña rusa más abismalmente estrellada que el rostro de una muchacha*, y ahora agrego que la lectura precoz y fanática del Cholo fue la lección de arte más importante que recibí en mi vida y además se transformó en un código secreto de comunión con mi padre, que también se apoderó de aquel maná con el olfato de los elegidos. Porque el arte *se come*. O más. Y aquí es bueno recordar lo que escribió Joaquín Sabina en la canción que le dedicó a Joan Manuel Serrat: *Detrás está la gente que necesita / su música bendita / más que comer*

Dos domingos antes de morir mi padre almorzó por última vez con la familia en la cocina y después que mi madre sirvió un pollo medio quemado me hizo erizar con un esmerilamiento horrendo y murmuró: *¡qué hacer!*

Y yo le contesté igual que si me hubiesen apretado un botón en la garganta: *¿Y qué dejar de hacer, que es lo peor? / Sino vivir, sino llegar / a ser lo que uno es entre millones / de panes, / entre miles de vinos, entre cientos de bocas / entre el sol y su rayo que es de luna / y entre la misa, el pan, el vino y mi alma*. Y él cabeceó sonriendo: *Es verdad.*

Y la mañana que decidimos internarlo y lo sacaron cargado del dormitorio entre mi madre y mi hermano como si fuera el pellejo de Miguel Ángel en el *Juicio Final* yo estaba en la puerta de mi cuarto y no hubiera podido tener *pan en los ojos*, como escribió indeleblemente Juan Carlos Macedo, si no me hubiese animado a decirle de golpe: *Y pensándolo en oro, eres de acero.*

Porque César Vallejo inventó uno de los pocos lenguajes que conozco que es tan inclasificablemente abarcador como la vida misma. Y el hombre-masa snob que se llena la boca con el talento pomposo de Neruda no sabe digerirlo.

14 / ELLA

A mitad de 1963 formamos un grupo de viaje y en una función a beneficio que organizamos en el cine Maracaná supe que Albita tenía un novio de veintidós años. El tipo era un galán coleccionista de bomboncitos y yo tenía quince años y media uno sesenta y usaba ortodoncia.

Fue un invierno bravísimo y sobreviví adorando y boxeando: le dejaba un poema nuevo por día a mi padre en la mesa de luz y llegué a entusiasmarlo con dos versos escritos después del velorio de la abuela de Albita: *Cuando volvimos / las calles conducían hacia ninguna parte.*

Y la vida premia con mucha puntualidad al amor desinteresado. La única fuente de ingresos que nos quedaba era una rifa y en setiembre organizamos un baile en el Oceanía y al otro día fuimos a retirar la bebida que había sobrado y me tomé un cajón de chopitos sin comer y acompañé caminando a la pobre muchacha hasta su casa de Nuevo Malvín y sé que cuando volví la llamé por teléfono para pedirle disculpas por todo lo que le había dicho y me di cuenta que no estaba enojada en absoluto. Lo terrible de la hiperlabia es que uno jamás puede acordarse bien de lo que dice. Con alcohol o sin alcohol.

De lo que me acuerdo bien es que en un mediodía muy dorado mi madre me dejó ponerme el pulóver de *ban-lon* para ir al liceo y cuando me lo estiró en la puerta comentó con las mejores intenciones del mundo, posiblemente: *Quisiera ser ella.*

Entonces Susana Pavan, una compañera de clase, me pidió que le prestara mis poemas y se los mostró en secreto a Albita y al final de un picnic que hicimos en Solymer los pinos se amilagraron de golpe y salimos a caminar solos con *ella* y fue como si respiráramos la magia del soneto de Leopoldo Lugones: *Al promediar la tarde de aquel día / cuando iba mi habitual adiós a darte / fue una vaga congoja de dejarte / lo que me hizo saber que te quería. / Tu alma, sin comprenderlo, ya sabía. / Con su rubor me iluminó al hablarte / y al separarnos te pusiste aparte / del grupo, amedrentada todavía. / Fue silencio y temblor nuestra sorpresa / mas ya la plenitud de la promesa / nos infundía un júbilo tan blando / que nuestros labios suspiraron quedos. / Y tu alma estremecíase en tus dedos / como si se estuviera deshojando.*

Pero nadie, y mucho menos nosotros mismos, pudo entender la verdadera trama del *enganche* que nos obligó a caminar y charlar en pareja durante todas las excursiones rambleras que hacía el grupo hasta la Plaza Virgilio. Para eso hay que leer a C. G. Jung. Y cada vez que Albita se acordaba de la abuela y decía *Dios mío*, yo la corregía con mucha más ternura que un borracho de Paco Espínola: *Dios no es tuyo. No es tuyo. Dios es de todos*. En un cuento titulado *Festejen* reproduje casi con total literalidad el viaje que hicimos a Porto Alegre en enero del 64 aunque no lo *expliqué*, por supuesto. La mayoría de las historias básicas de este libro ya fueron reinventadas en relatos más o menos eficaces y la *summa* pretende complementarlos con *repeticiones* captadas por otro tipo de montaje.

Lo que nadie llegó a entender en el Brasil fue por qué Albita permitió que yo le agarrara la cintura durante toda una semana cada vez que cruzábamos una calle o las veredas se ponían densas. Ahí el *toque* era doble. Ella siempre dejó muy claro que yo *no le gustaba para novio* y la madre, que viajó con nosotros, me odiaba peor que a un *mal partido para la nena*. Yo pude verla desnudarse, además, desde un cuarto a otro del hotel por un descuido en el cierre de las persianas y, aunque vivía erecto y usaba suspensor para que no se me notara, di vuelta la cabeza. Pero lo cierto es que aunque no hubiera hambre de la que muerde, aquel brazo en la cintura espesaba el amor de cada uno por su *otro*. Y que, como en el *Cantar de los cantares*, la espiritualidad generaba una *unión* sobrehumanamente erótica.

El jueves aullé durante horas agarrotado por un cólico estomacal seguramente histérico y el viernes me le declaré y el sábado dijo que sí y escandalizamos al grupo nada más que tres días, porque Albita me dejó apenas volvimos a Montevideo argumentando que me había aceptado por piedad. Yo velé mi espejismo llorando hasta el retorcimiento, pero con el tiempo miraba a mis amigos y no podía entender cómo podían vivir sin haberla enamorado boxeando contra el mundo. A *Ella*.

Cuando el ómnibus salió de Porto Alegre era de noche y los muchachos se confabularon para que nos sentáramos juntos y de repente Albita me dio la mano como una verdadera novia y me sentí en el cielo. No habrá durado más de diez minutos, pero en aquel viaje fuimos dos peces aprendiendo a volar para siempre en el aire del *otro*.

15 / EL TABOR

Al otro año me prestaron una guitarra brasilera de tapa azul y empecé a estudiar con Leonel Roche, un vecino que había sido alumno de Olga Pierri. No me quiso cobrar las

clases porque nosotros conocíamos mucho a Chichita, su esposa, una visitadora social que también daba inyecciones a domicilio y a veces traía a casa a sus tres hijas: Amalia, Julia Elena y Liliana.

Mi profesor de guitarra andaba por los treinta y pico y ya era un hombre completo. Su madre, la legendaria Julia Arévalo de Roche, fue la primera diputada comunista del Uruguay, y Leonel siempre dice que lo mismo pudo haber terminado como monja misionera en la China. Pero era una heroína-loba de formación stalinista que desde que vivían en el campo caía presa a cada rato y según el hijo se hubiera animado a morderle las venas a los caballos de los milicos en las manifestaciones.

En los desfiles patrios no lo dejaba comprar la banderita uruguaya, sin embargo. Porque para ella la *gran patria* era otra. Leonel militó espartanamente hasta pasados los veinte años, aunque nunca pudo gritar *Viva el Partido Comunista* en ningún acto y una vez que un prominente camarada le trajo un busto de Stalin de la URSS lo regaló enseguida.

Yo aprendí rapidísimo a leer algunas obras clásicas y a cantar lo que llamábamos *folklore*, que en aquel tiempo venía de la Argentina. Y a los diecinueve años, después que tenía la banda beatlera y sacaba solo las canciones Leonel me pasó unas clases en una guardería porque no daba abasto y me salvó la vida laboral hasta hoy. Llevo cuarenta años ganando un sueldo digno con este trabajo paradisíaco.

Y sin embargo mi propio profesor tuvo que reengancharse con su primer oficio, el de carpintero y lustrador, porque en las clases se quedaba tanto tiempo charlando con los alumnos o las madres, que pasó de ser un docente musical a un *enamorado de la perfección humana a domicilio* y se le volvió imposible cumplir con la agenda.

Lo que nunca dejó de hacer fue organizar campamentos en la Sierra de las Ánimas o el Arequita o el salto del Penitente con cuidadosísima ciencia, y lo que se generaba en esas peregrinaciones donde convivía gente de muy distintas edades era una especie de *transfiguración grupal* realmente meteórica. Yo fui unas cuantas veces lidiando con mis miedos y malacrianzas y nunca disfruté del todo de la comunión con el verdor salvaje y los pozos azules y los cielazos que transformaron al mismísimo Artigas en un Hombre Nuevo capaz de diseñar una comunidad digna de la mejor historia del planeta, pero cuando la espiral ascendente nos transportaba a todos a una Más Dimensión como la que respiraron Jesús y Pedro y Juan y Santiago en el Tabor entendía que la *fe en el trasluz misterioso de lo que nos trasciende es absolutamente invencible*.

Leonel tiene ochenta años y es posible que abandone este mundo sin poder aceptar conceptualmente su religiosidad. Pero desde que lo conozco asegura que él jamás se

hubiese *salvado* si no lo hubiese protegido *algo*. Y esa es la única definición perfecta que yo conozco de *religiosidad*.

En mi caso, tuve que esperar a tener veinticinco años y vivir a la intemperie en París para sentir esa *protección infalible*, y mucho más exacta que la previsible causalidad física, que sobrevuela a la *pureza hermética*. Porque Teilhard de Chardin dixit, *Dios no hace: hace hacer*. Y cada uno de nosotros es el que *elige hacer penetrar al Dueño en su Morada*.

Las consignas que nos proponía Roche en los viajes eran *No fallar*, *No quejarse* y *De lo bueno poco*. Y un atardecer lo descubrí en el campamento observando con pobreza de espíritu la fotito de su segunda hija, Julia Elena, que sufría de una cardiopatía congénita y murió durante una operación cuando todavía iba a la escuela.

En aquellas peregrinaciones *nunca nos salió mal nada*.

Los que fueron lo saben. Y además nadie puede haber escuchado quejarse a Leonel Roche de las *injusticias de la vida*. Porque él nació sabiendo que *el universo está bien hecho*.

Lo que es capaz de desesperarlo casi hasta el desequilibrio, como al Seymour Glass de J. D. Salinger, es la bestialidad del hombre-masa. Y su cerrazón dogmática sobre el *papel moralizante* que debe cumplir el arte es más insoportable que la de Platón o la de Joaquín Torres García. Y aunque eso me enoje mucho, hay que reconocer que no está mal acompañado.

En París le pregunté a Atahualpa Yupanqui si se acordaba del hijo más chico de doña Julia Arévalo y el trovador con esqueleto de piedra sonrió: *Claro. Aquel muchachito que me iluminaba desde un rincón con los ojazos mojados*.

16 / LOS BEATLES

La primera balada rockera que me enamoró fue *Vida mía*, un tema de los hermanos Carrión en versión de Los Gatos, liderados en 1964 por nuestro Bob Dylan: Gastón Ciarlo, “Dino”. El Club de los Gatos era emitido por Radio Ariel, donde el jovencísimo Dino era compañero de trabajo del locutor y musicante aficionado y periodista Alfredo Zitarrosa y el sonidista Juan Carlos Borde, que ya estaba casado con Olga Pierri.

Lamentablemente, el material grabado por Los Gatos en los estudios de la radio nunca llegó al disco. Pero yo enseguida me enforcé con Beatlemania, el programa diario dedicado a Los Beatles que dirigía Elías Turubich en Radio Sarandí.

Entonces empezó la pelea por sacar en la guitarra las canciones de John, Paul, George y Ringo que no sabía enseñarte ningún profesor y la desconcertante comprobación de que aquella aparentemente fácil sencillez de los muchachos de Liverpool era casi irreproducible *tal cual sonaba*.

Pasó mucho tiempo antes que uno pudiera entender la importancia que tuvo la *producción musical* de George Martin y todo lo misterioso que hay en la conexión de los cuatro genios púberes con aquel quinto elemento portador de una gracia de profundidad y *retoque* capaz de *religarlos* con la gran música europea y que hizo desembocar a los *peludos* en la concreción del *discurso de mayor protección espiritual a nivel planetario* que conoció el siglo.

Los rioplatenses ya teníamos construida hacía décadas nuestra fabulosa redondez tanguera y tanto los Estados Unidos como los trópicos desbordaban de jazz y rock y sonos y boleros y cumbias y sambas mestizas, a las que se agregaron la bossa-nova cincuentista en el Brasil y la gran canción rural en el Cono Sur. Pero los Beatles, para hablarlo en Cortázar, *despeinaron* al mundo.

Y enseguida tengo que revertir el verbo, porque me recuerdo una tardecita escuchando a la primera banda que se formó en el barrio. Las casas de Punta Gorda se conectan a través de gigantescos fondos, y de golpe *If I fell* voló desde un garaje y pareció *peinarme* la angustia como lo haría el mismísimo Mendelssohn treinta años después, y con una terapia mediante. Claro que para que te mandaran al psiquiatra o al psicólogo en la década del sesenta tenías que ser por lo menos esquizofrénico y yo no llegaba a tanto. Lo que hacía en Preparatorios era salvar todos los exámenes en el período de diciembre aunque literalmente *reventara*, y recién ahora entiendo que la angustia que me histerizaba en aquellos veranos era *no poder hacer nada para que mi mamá se luciera*. Llegué a pasar varias semanas *sintiéndome atrás mío*, por ejemplo. Era horrible de verdad.

Y una vez que, teniendo *dieciséis años mi madre me llevó* al médico general que me atendió siempre como pediatra, el pobre Dr. Angelillo me preguntó si comía bien y si me gustaban las chiquilinas y diagnosticó, desconcertadísimamente: *Vaya tranquila que no tiene nada, señora*.

Lo que terminó salvándome fue la idea que tuvimos con Daniel Podestá, Níber Panuncio, Pico Trelles y Walter Villar de formar una *orquesta Beatle*, como se decía en aquella

época. Entonces mis padres hicieron una fuerza económica y me compré una guitarra eléctrica y me pasaba ocho o diez horas domando las asquerosas cuerdas de metal con la asquerosa púa y de noche caía tirado en la hamaca del porche a contemplar nuestra araucaria fálica y respirar en paz.

Quiere decir que el entrenamiento fanático del estudio me sirvió para algo, aunque a los dieciocho años se me produjo una lesión tendinal irreversible trasmutada en tic y cada tanto el brazo izquierdo me pega un sacudón y si estoy tomando mate me enchastro todo y me achicharro la mano. Lo triste es que es gracioso.

Los muchachos de Liverpool me sacaron del water. Y no estoy hablando de los heroicos perdedores de Belvedere, por supuesto. Y cuando Jaime Roos provocó un justificado escándalo declarando que para nuestra generación los Beatles fueron más importantes que el Che Guevara, compuso una de sus mejores verdades.

El rock es un alarido épico sosegador de la arritmia de la posguerra y por eso se toca más que nunca: porque siguen las guerras. Pero la *balada rockera* perfeccionada por los peludos fue capaz de globalizar un romanticismo estructurado que es *puro maná*.

En 1974 fui contratado por unos argentinos de la *rive gauche* para hacerles comparsa en un mamarracho que se llamaba *El evangelio criollo* en el Festival du Midem de Cannes. Y recién cuando arrancaba la camioneta que nos trajo a París me enteré que en un escenario paralelo había actuado Paul McCartney con los *Wings*. Entonces pensé: *Coño, ahora lo menos que puedo hacer es una literatura que peine la desesperación*.

17 / EL POZO

Cuando salió la segunda edición de *El pozo*, acompañada por un ilustrativo ensayo de Ángel Rama, yo estaba terminando Preparatorios y lo compré en una de las librerías que había frente al IAVA y me cambió otra vez la vida. Comprobé, electrizado, que después de Herrera y Reissig existía un segundo Capitán del Vuelo literario uruguayo (a Lautréamont todavía no lo conocía) y ese mismo invierno escribí mi pocito, titulado *El número y el sitio*. Y cuando se lo mostré a Leonel Roche recibí la misma insufrible mirada de inquisitorial incompreensión que le clavó Quijano a Onetti en 1939 y que significaba: *¿Cómo pudiste inventar esta asquerosidad con el talento que tenés?* A Guillermo Fernández, en cambio, le interesó. Y a mi viejo lo enganchó el clima rabioso y le encantó

especialmente una guiñada coloquial: *cosa fina la vecina*. Nos pasamos jodiendo durante años con eso.

Lo importante, además, fue que aquella edición de *Arca* ya me hizo vislumbrar que los popes literarios de la generación del 45 que todavía digitan, a través de sus embotados y adulones discípulos, los figurines y las vidrieras del establishment, entendían poco de *arte*. ¿Cómo podía Ángel Rama, en la contratapa de la joya que él mismo estaba desenterrando con vanidad de *pioneer*, decir que *El pozo* era un texto *irremisiblemente ingenuo y equivocado, pero lleno de vida y de arte*?

Los sociologistas, Walt Whitman, los sociologistas, podríamos glosar al espantado García Lorca neoyorquino. ¿Cómo un texto que está *lleno de vida y de arte* puede considerarse al mismo tiempo *irremisiblemente ingenuo y equivocado*? Pero la tara del sociologismo, que en el ombligo del mundo padeció abanderadamente hasta el tigre Althusser, *les prohíbe comprender que la esencia del símbolo es irreductible a cualquier clarificación conceptual manipulable por la ideología política o religiosa que pelea por conservar o conquistar el poder*.

Y pensar que la solución la ofrecen genios *bien mirados desde las izquierdas*, y un solo artículo de Pavese o Bajtin es capaz de legitimar con total brillantez *la especificidad inapelable del símbolo*. Pero la barbarie inquisitorial es idéntica en cualquier época: con el mismo gesto con que el finísimo Felipe II descartó al Greco por no favorecer la comprensión popular de los santos ordenada por la Contrarreforma, Stalin mandó matar a Isaak Bábel, que había integrado los escuadrones ecuestres de cosacos de Lenin y afilado un fraseo más relampagueante que el del propio Hemingway.

Pobre Juan, pienso ahora. Y todavía tiene que haberse alegrado con la despreciativa reivindicación del paranoico Linacero. Claro que el *imperator* Julito la pasó mucho peor. Y todavía va a seguir padeciendo el ninguneo popular y el reconocimiento regañadientado de los *sabios que no saben nada*, Sabina dixit, quién sabe por cuánto tiempo, en nuestro Tontovideo.

Sigo, Ya en los primeros años licesales mi *miedo a morir joven* y sobre todo a *no triunfar como un 34 oriental* se volvió tan obsesivo que me adiccioné a la protección de un comiquísimo paraguas supersticioso que recién pude arrumbar en serio después del destete inflexible del alcohol, hace exactamente un año y medio. En un libro de confesiones el primer descuerado debe ser el autor, por supuesto. Y parece estúpido aclarar, además, que esta clase de *strip-tease* no es muy recomendable para los pavorreales que se cuidan el *look*. *Allá ellos*, Señor.

En la reforma de la casa se hizo un segundo baño muy entubado aprovechando lo que fue la leñera del chalet, y a mí se me ocurrió, cuando me sentaba el water, tocar cuatro cuadrados de azulejos con los pies para tener suerte en alguna prueba escrita liceal, por ejemplo. O para cualquier cosa. Y si andaba acelerado podía puntearlos 16 0 32 o 64 o 128 veces. Hasta que un día debo haber dejado marcas y mi padre sugirió que si a alguien le resultaba cómodo ir de cuerpo en alguna posición especial limpiara los azulejos y me dio tanta vergüenza que no pude seguir con esa *cábula*.

18 / LOS HAMMERS

El nombre Los Hammers se le ocurrió a Pico Trelles, que durante un ensayo se acercó al tablero de herramientas del taller de mi padre y descolgó un *martillo*. En aquella época ya había muchísimas bandas y los instrumentistas éramos terriblemente primerizos, pero la necesidad de *rompernos la cabeza par hipnotizar y hacer soñar a nuestro propio pueblo* es una de las mejores cosas que nos pueden pasar en la vida.

Y la primera etapa entrelazó dos rompederos de cabeza dialécticos: aprender a tocar juntos y conseguir los instrumentos. Eso duró dos años, más o menos, aunque ya actuábamos en cumpleaños de quince y hasta en nuestra propia cueva, el sufrido Club Marítimo Punta Gorda, donde llegamos a tocar juntos con el primer grupo que tuvo Barral y los Bulldogs del petiso Kano. En el otoño del 66 me encepó la primera de las tres crisis de *horror a la nada* que zanjearon mi vida y me obligaron a entrenarme en el *salto largo* y *alto* que nos lleva hasta Dios. La segunda fue en el 68 y la tercera en el 75.

Si viviéramos en una comunidad que elabora religadamente su cultura uno podría confesarle a la familia y a los amigos lo que lo hace temblar a medida que le desembocadura en la Más Dimensión se acerca *tan callando*. Así definió Jorge Manrique, un católico puro y guerrero y casi más poeta que nadie, a ese asqueroso *silencio social* que nos obliga a llorar encerrados y a sentir que *infectamos* al prójimo con nuestro sufrimiento.

¿Y cuál sería la peor miseria de haber llegado a ser considerado una especie de 34 oriental en este desierto verde? La de que precisamente a partir de la cruzada libertadora que trajo una virgencita que se emblemizó con una cifra esotérica, a la cultura uruguaya nunca le interesó ni la religión de Artigas ni la de los negros ni la de los indios, y vivimos cada vez más ahogados por una *sequedad masónica sin vuelo*, en una laicidad que ni siquiera toma en cuenta la grandeza positivista pero por lo menos *amplia* (aunque peligrosamente excluyente de los religamientos metafísicos) de José Pedro Varela.

Durante la primera crisis me animé a comentarle a mi mejor amigo de todos los tiempos que me sentía deshecho, pero lo único que respondió mi padre fue: *Eso hay que superarlo*. Y punto.

Y lo peor es que a los veinte años vi a mi hermano salir llorando del taller y abrazarse a mi alarmadísima madre en la cocina y recién cuando nos tiramos en el cuarto le pregunté *¿Estás con la muerte?* y él aplastó la desesperación de plata contra la almohada y no supe qué más decirle.

Y sin embargo vomité la catarsis enseguida y publiqué en una revista *Señora Dulcinea*, un cuento piadosamente cojonudo aunque desesperanzado que a Onetti llegó a interesarle. ¿Pero cómo se lo iba a dar a Sergio? *Mejor no pensar en eso*, recomienda el alter ego de Hemingway en el que es considerado el mejor de sus cuentos, *Los asesinos*. Y el propio Papá curda se le quejó a A. E. Hotchner de que *La luz del mundo* parecía haberle gustado nada más que a él. Pero vamos, Papá: ¿con tanto cancherismo como el que desparramaste no sabías que los sabios que galardonea el sistema viven con los dedos quemados de tapar el sol?

A la soberbia que se se cree *millonaria de espíritu* le molesta la luz que entra en la caverna. Y sobre todo si tienen que *explicársela*.

Y durante la interminable crisis del otoño del 68 lo que más me defendió fue la reestructuración de la banda: el segundo batero, Ronald Divenuto, tenía una voz preciosa y además el padre de Pico nos mandó un órgano desde Europa y ahora estábamos aptos para hacer *covers* perfectos del Dave Clark Five, una banda muy lírica, además de que nuestro representante y sonidista de CX 8, Aldo Condinho, nos conseguía grabaciones de Paul Revere and the Riders o los Young Rascals o Peter and Gordon.

Nunca tuvimos gran calidad, pero sí el honor de salir en un disco ensalada con Dino y compartir el inolvidable Discodromo de Rubén Castillo con Vera Sienra, el Kinto de Mateo y Urbano y ser los titulares de los legendarios *drinks* domingueros del Náutico.

Y llegamos a sonar tan bien que los empresarios de siempre nos dismantelaron comprándonos a dos integrantes en una sola noche. A mí ya no me importaba, pero el gordo Níber tocó la última media hora con la cara empapada en el Club Uruguay, y no fue por el sudor.

Lo que no tiene precio es el recuerdo de los miles de muchachos que hicimos bailar, celestemente felices. Y sería por un rato, pero *volábamos todos*. Mientras la cultura universitaria enseñaba que la única altura que se debe buscar es la del cielorraso.

19 / LA SOBERBIA

Después de la segunda crisis de horror a la nada me quedaron tatuados dos episodios que tienen una interconexión fácilmente descifrable.

Una tarde entró Guillermo Fernández al taller y le anunció a mi viejo: *Gordo, acabo de tomar la comunión*. Y podrá parecer mentira, pero nosotros, dos cristianos de toda la vida, nos miramos como si hubiera caído una bomba de olor. Así nos presionaba la ultraprejuiciosa resequedad sesentista uruguaya.

Guillermo, que no era exactamente un calculador aunque jamás actuaba sin medir las posibilidades de iluminar al que tenía adelante, confesó que después de su divorcio había bajado una noche a la rambla con tantas ganas de *irse del todo* que terminó por aceptar la fe que venía acorralándolo desde la adolescencia. Entonces se acodó en el banco de carpintero y agarró el mate de mi padre y se lo puso enfrente. *Era así*, explicó: *Desde que largué la abogacía y me fui a vivir al conventillo de la aduana Dios se me ponía adelante y yo lo volvía a colocar atrás mío*. Y escondió el porongo ahuevando una celestísima felicidad y sonrió con la boca muy cerrada, como siempre: *Hasta que al final lo tuve que agarrar*.

Y de golpe mi padre, que nunca estuvo contra ninguna iglesia, le preguntó si no era mejor el protestantismo y Guillermo chistó con autoridad: *Para mí la iglesia de Cristo es una sola*.

Y también fue ese día que lo escuché ironizar por primera vez con el tema de los *tarados ilustres*, porque yo acababa de devorarme *Crimen y castigo* y él cabeceó: *Qué genio. Y pensar que era tarado*. Y sondeó mi desconcierto y remató: *Claro, ¿no te das cuenta que Dostoievski era tarado? Igual que Dante y Fra Angélico y Velázquez y Cervantes y Bach y Mozart y Cézanne y todos esos muchachos. No tuvieron la suerte de que los sabios de la modernidad les explicaran que el asunto de Dios era todo una farsa*.

Y una tarde que caí a visitarlo a la casa de Acevedo Díaz, donde ahora había una cruz hecha con dos palitos colgando arriba de la cama, encontré a un celeberrimo esteta especializado en Torres García y mi extraversion de kamikatz me hizo comentarle que en los últimos tiempos me sentía cada vez más religioso y el pintún seductor siempre tostado empalmó eufóricamente un cigarrillo que no llegó a chupar más de dos veces y nos encerramos en el dormitorio de Guillermo y se dedicó a explicarme, durante un par de horas muy neblinosas, el *euaggelion* según Marx y Lenin y la gloriosa avanzada revolucionaria y científica que nos ofrecía el primer panorama filosófico coherente de la historia.

En la casa-taller siempre había bastante gente en la vuelta y mientras el esteta trituraba mi escasísima fe verborragiando con tanta fruición que los cigarrillos se agusanaban intactos y el cenicero se iba volviendo una especie de urnita, Guillermo entró y salió un par de veces del cuarto sin chistar y yo pensaba: *¿Por qué no me defiende?*

Claro que con el celeberrimo pope de Humanidades siempre fueron amigos íntimos y yo ya tenía veinte años y la fe es como la felicidad: nadie te la puede dar ni defender del todo. Uno tiene que elegir creerle a la verdad cósmica o a cualquier supermancito capaz de asesinar palomas para lustrarse el ego.

Los soberbios, Walt Whitman, los soberbios. Aquella horrible noche, además, me sirvió para pre-conceptualizar que cualquier *homo sapiens activo* es *hipnotizador* o *seductor*: o te encandila para que veas *tu tesoro* o te entelaraña para transformarse en *tu ídolo*. Los políticos-divos y las Yocastas saben mejor que nadie masticar de a poquito los corazones que la falta de una cultura completa o simplemente la cobardía nos hacen colocar sobre las brasas de sus altares.

Necesité diez años más para que la intemperie de París, la tercera crisis de horror a la nada, el nacimiento de mi hija, la comprensión global de Kierkegaard y la muerte de mi padre me hicieran aceptar que la palabra *Dios* ya iba a permanecer abrigada hasta el final por mi manzana de Adán, como en un relicario.

Y sin embargo mi crecimiento fue tan destartalado que seguí pedaleando en el partido del esteta hasta 1990, cuando la *perestroika* en la que él creía conmovedoramente suicidió al Homúnculo Nuevo made in el Kremlin.

El seductor sigue tostándose y cuando escribe sobre el *misticismo platonizante* de Torres García disimula la burla y lo trata nada más que de *utopista*. Pero a mí últimamente el Señor me empezó a regalar esa calvicie maravillosa que es la caída del odio y apenas

sonrío recordando a Guillermo, que en enero se fue de este infierno tan querido: *¿Pero no te das cuenta, Huguito, que Torres también era tarado?*

20 / ZITARROSA

Los *mitos* son *referentes históricos cohesionadores y vitalizadores* más o menos impuestos a la comunidad tanto por las variables vidrieras propagandísticas del sistema como por el empujamiento de la cultura matrona o de catacumba.

Muy pocas veces, lamentablemente, un verdadero artista es capaz de imponer su trabajo desde el arranque y en todos los terrenos, como pasó con Zitarrosa. Su primer larga duración llegó a venderse más que el disco en boga de los Beatles, por ejemplo, y en un arrabal del mundo ese escándalo se vuelve arcaicamente milagroso y ayuda a resucitar a cualquiera.

En mi caso, aquel *trovar poético* me fanatizó y enseguida formé un dúo paralelo a Los Hammers junto con el futuro gran novelista Hugo Bervejillo, y nos revolvíamos bastante bien y en poco tiempo llegamos a compartir escenarios de universidad o de cantina nada menos que con Tabaré Etcheverry y Eustaquio Sosa. Nos llamábamos Los Matrones y duramos muy poco y la vida demostró que en realidad habíamos nacido para ser revoltosos literarios, pero fue refrescante. Y no al estilo Coca-Cola, ese mito embobador que nos impuso el Tío Sam desde antes de que nació.

En aquel tiempo yo había empezado a estudiar abogacía, y antes de enterrarme en las torturantes memorizaciones de los códigos tomaba mate de madrugada escuchando al nuevo Mago que al principio, cuando copó la radio, creíamos que era argentino, porque no podíamos concebir que un uruguayo primereara en el dial. Y eso que ya existían discos de Amalia de la Vega, Osiris Rodríguez Castillos, Los Olimareños, Aníbal Sampayo y Daniel Viglietti. Pero el *folklore* que se difundía masivamente era argentino, y hasta que Roche me hizo conocer *El payador perseguido*, a mí nunca me enganchó.

La gran magia ya empezaba con las guitarras. El taller de mi padre tenía un gigantesco ventanal de vidrios fijos que daba al sur, para poder pintar con la misma luz durante todo el día, y cuando las estrellas desaparecían entre avalanchas lilas y el pajarerío izaba su himno infalible Alfredo milongueaba sobre el trenzado de aquellas introducciones de estirpe grelera y amanecía de veras.

Y recién al aparecer los *Archivos Z*, donde editaron ensayos de la época pre-exilio, nos dimos cuenta que él mismo intervenía tarareando o chiflando en el tejido contrapuntístico y daba el visto bueno final. Un arreglador nato, aunque eso nunca figurara en la ficha técnica del disco.

Y algo que me emocionó fue enterarme que Alfredo había conocido esas guitarras cuando era niño y se abismaba con las actuaciones radiales de Amalia de la Vega. O sea: el programa preferido de mi abuelo el albañil. Y mientras mi madre y mi abuela se reían a escondidas de Amalia de la Vega el viejo se tomaba una cañita y se internaba en las praderas satinadas por la gracia de platería barroca española, Lezama Lima dixit, que fermentó debajo de nuestros cielazos. Mirá qué albañil gil.

Pero de lo que se habla poco es del papel de verdadero Capitán del Vuelo que cumplió Zitarrosa durante un año en el Canal 5, con un programa que dio vuelta la taba hasta comerse el *rating* de las nueve de la noche, nada menos, y donde introdujo a toda una generación de cantores uruguayos de catacumba. Allí escuché *volar* a mi hermano Tabaré Etcheverry por primera vez. ¿Cómo vas a olvidarte?

Tabaré llegó a cantar hasta el amanecer en el taller de casa y en el primer homenaje periodístico que le hicimos en la revista *Nueva Viola*, Alfredo opinó que fue la voz más grande que tuvimos en el último medio siglo. Había muerto en el '79, a los treintaicinco años, y la mayoría de sus grabaciones, entre las que sobresalen nítidamente las que compuso con Julián Murguía en homenaje a Artigas, son *eternas*.

Y muy poco tiempo después, un cuartetito posmo que ahora está nominado para el Grammy y todo, escarbó en la caverna de los mitos y decidió burlarse al barrer de la voz de mi hermano y del *indio trolo* del dignísimo Juan Zorrilla de San Martín. Y ojo, porque *escarbar con cabeza propia en la caverna de los mitos para descategorizarlos o reafirmarlos* es realmente muy sano. El problema es que el cuartetito posmo no hace arte, hace caca ingeniosa, y lo único que quiere es fama. Y money, of course.

Y el escándalo que más los promocionó, enseguida de parodizar a Tabaré Etcheverry, fue encastrar a José Gervasio Artigas. Casi logran que los lleven presos y todo. Y actualmente uno de los integrantes es asesor del Ministerio de Cultura.

Los trepadores, Walt Whitman, los trepadores. Alfredo no llegó a escuchar la canción donde se habla del *pedo azul* que se agarró el caudillo de los humildes, pero creo que estaría de acuerdo en sugerirles a estos ya no-muchachos que se rebautizaran como el Cuarteto del Orto. A lo mejor con esa audacia les darían hasta el Grammy.

21 / HEMINGWAY

A los dieciocho leí *Adiós a las armas*, *Fiesta* y *París era una fiesta*, además de una selección de los primeros cuentos del más importante geometrizador narrativo del siglo veinte. Pero lo que me entusiasmó de verdad fue la *atmósfera* de *París era una fiesta*, porque en ese último libro de memorias Hemingway poetiza un verdadero réquiem por la *pureza de alma* que traicionó y perdió a los treinta años.

Y lo más importante de esas confesiones fue que me hicieron concebir mi propio viaje a lo alto de mis alas, y si este mamotreto de cien capítulos que titulé *El taller de la vida* pudiera empujar hacia el *gran salto* a un solo muchacho o muchacha, ya estaría justificado.

En mi caso, se precisaba ir a escribir a París igual que el joven Hemingway. Siempre lo supe, y no me equivoqué. Me equivoqué cuando quise imitar las condiciones. Viajar con mi primera esposa, por ejemplo. Tuve que ir divorciado.

Más allá de la terrible libertad que te da la intemperie y la pelea por el morfe y el boxeo con las gárgolas, lo que importa es llegar a sentir el cielo entre los dientes y elegir *qué se hace para no dejarse devorar por el hambre de eternidad terrestre*.

Hemingway, que siempre fue alcohólico y comilón, cuenta muy bien cómo salía a escribir de mañana a los boliches por calles que esquivaban la tentación de los sabrosísimos olores y volvía de tarde nada más que con un café con leche arriba y engrupía a la mujer diciéndole que lo habían invitado a almorzar en la casa de un amigo. Y eso suena muy heroico y hasta un poco místico, pero es una postal literaria que al principio te encandila el snobismo y punto. Puro verso, Papá.

Lo que te despeina forever es un capítulo donde agarra unos francos vendiéndole un cuento a una revista alemana o en el hipódromo, ya no me acuerdo, y salen a cenar con la extraordinaria Hadley y adoran la ciudad-tesoro desde los puentes y después de hacer el amor en el dormitorio-bohardilla de La Contrescarpe no se puede dormir y se queda contemplando el maná de la luna. Y el *hambre de absoluto* sigue allí, fosforeciéndole en la desnudez hasta desesperarlo.

Yo viví cerca de un año en un hotel cucarachero de la rue Monsiuer-le-Prince, el Stella, y empecé a *vivir tanto* que la novela que apuré al llegar se me inflacionó como una valija muy mal hecha y tuve que reengancharme desde cero con la poesía que había dejado a los dieciocho años. Nada mejor. Ahí me empecé a pelear de veras con mi frase, milimétricamente y a muerte y sin que no le importara a nadie más que a mí. Como tiene que ser.

Tenía dos libros éditos que ni siquiera eran malos y aunque en el 72 había escrito y publicado un cuento que estaba bien de verdad, decidí que *casarme con una nueva estética* era la única salida. Y una noche empezó a brillar un poema de tres páginas y al amanecer bajé a corregirla a l'Escholier, un boliche de la place de La Sorbonne, y me tomé un ron Saint-James, que era el que le gustaba a Hemingway, y al volver me zampé unos huevos con jamón y medio litro de tinto en la esquina del hotel y sentí que ahora ya vivía en el reino de Notre Dame y que había que tenerse fe pasara lo que pasara.

Y recién este año, en el otoño de 2007, leyendo la célebre biografía de Enid Starkie supe que Rimbaud había vivido en un hotelucho de la misma calle y que de madrugada salía a dar la misma vueltita, y entonces me imaginé la avidez azulísima del ángel comunero que se sintió alquimista y quiso *cambiar la vida* y entendí que yo me había salvado por tener fe nada más que en la heredad de Cristo. *Lástima que no sea verdad tanta belleza*, escribó tentadoramente uno de los Argensola y como epígrafe del tango *Maquillaje* queda fenómeno. Pero es una de las afirmaciones más peligrosas que existen y puede compararse con el agujero de ozono que le cavó la modernidad al sagrado envoltorio terrestre.

Porque *la belleza eterna es una verdad que se respira y no se toca*, Papá. Pero tanto vos como Rimbaud quisieron *vivir adentro del espejismo* y un sencillísimo análisis junguiano muestra que en *Fiesta* Lady Brett ya representa a tu alma emputecida y que en *Adiós a las armas* Catherine es tu alma muerta. Por más gran novelista precoz que hayas sido. Primero engañaste a Hadley y después te engañaste a vos mismo y seguiste escribiendo *pour la galerie* y pedaleando jolivudescamente hasta el Nobel y al diablo la pureza de La Contrescarpe. Al final te suicidaste porque era insoportable darse cuenta qué quisiste contar en *París era una fiesta*.

Pero lo que lograste demostrar fue que los magos negros que *no renuncian a su hambre de paraíso terrestre* terminan por morfarse el mismísimo infierno.

La Programación Divina quiso que Gabriel Barnes tocara la guitarra en una banda recién formada que me pidió consejo y enseguida engranamos, porque los padres eran Ajax Barnes y Beatriz Doumerc, un plástico y una escritora argentinos que vivían con muchos hijos en una cabaña quinchada del otro lado del monte y pertenecían a la new-age revolucionaria sesentista.

La Pacha es una mezcla de Úrsula de García Márquez y Maga de Cortázar dotada de un entusiasmo que parece ciego y loco pero que es imperturbablemente congénito. Y un día Gabriel me contó que la madre había visto *El número y el sitio*, la novelita-pocito que terminé presentando al concurso municipal, en la mesa de luz de Onetti, y que el Viejo le comentó que era una maravilla.

Entonces Gabriel me llevó a conocerlo al Municipio, donde Juan trabajaba como Director de Bibliotecas, y cuando aquel hombre de cincuenta y ocho años me dio la mano con un cariño sin tiempo, para hablarlo en Paco Espínola, no pude darme cuenta que la amistad había nacido en el momento de leerme.

Yo la mandé premiar, explicó: Pero al final publicaron una selección de cosas cortas y se ve que no cupo. Nunca más vas a escribir nada que tenga esa frescura.

Ese día nos contó que acababa de recibir un capítulo de *El astillero* traducido al inglés y que no lo convencía porque no estaba bien dado el clima, que era lo más importante. Yo le comenté que a mí me encantaba *Tan triste como ella* y chistó: *Sin embargo dijeron que parecía una novelita rosa. Pero es por el suicidio.*

Pero lo extraordinario fue escucharlo hablar de la novela que estaba escribiendo y que era lo que más quería de todo lo que había hecho, *Nuestra Señora*, inspirada en la cola del entierro de Eva Perón, donde la gente fue capaz de vivir una semana haciendo hasta el amor en la calle con tal de contemplarla. *A ella.*

La *Inmaculada*, Juan la *Inmaculada*. Un par de años después, cuando yo ya caía de vez en cuando por el apartamento de Gonzalo Ramírez, apareció *Contramutis*, la novela de su hijo Jorge editada por Seix Barral y una noche Dolly me prohibió pasar con cara de velorio y me explicó que Juan había tirado *Nuestra Señora* a la basura. Jorge Onetti, además, acababa de declarar en *Marcha* que a su padre le había crecido la carrocería pero seguía teniendo un motor de Volkswagen. O algo así. Y recién al leer *Contramutis* y ver el tema de la cola de Evita rozado mediocrementemente entendí hasta cierto punto la lamentabilísima automutilación.

Pero esas son tragedias familiares. Mi no-maestro, en cambio, a la hora de pasar cuentas siempre puntualizó, tanto en el Uruguay como en España, que la fama le había llegado *veinte años tarde*. Y esas son tragedias culturales.

Porque Juan Carlos Onetti era muy neurótico y humilde y tímido y ferozmente auténtico y definía a la *fama* como a un simple *malentendido*, pero lo que le dolía y lo asqueaba hasta desesperarlo era la *incomprensión de la pureza*.

Y cuando nos hicimos los machitos con Gabriel Barnes y prepoteamos al portero del Solís para que sacara al Viejo de una reunión de la Comisión de Teatros Municipales y le preguntamos cómo se hacía para viajar a Santa María, el Tata Brausen sopló el humo delicadísimo y nos explicó que quedaba *muy lejos, allá por Tucumán*, y que nos convenía conformarnos con ir a Santa María de los Buenos Aires. Y habrá pensado: *El bordecito de plata de la nube negra alcanza*.

Y cuando a mí se me desbocó el 34 oriental y publiqué *El ángel* a los veintiún años y *La rabia triste* a los veintitrés y empecé a figurar hasta en la Mesa Política de Escritores del Frente Amplio al lado de Jesualdo, Idea Vilariño, Benedetti, Ibargoyen, Gravina y tutti quanti con la manija del Partido Comunista que al final terminó por afiliarme, el Tata Brausen era capaz de ridiculizarme en público o me mandaba mensajes vía Dolly, que una noche me invitó a acompañarla con una milanese y de golpe comentó: *Juan dice que con tu sensibilidad y tu talento vos tendrías que escribir mucho mejor*.

Eso dolía de veras. ¿Qué habrá sentido Schiaffino cuando le dio un ataque de nervios en la bañadera que los llevaba a Maracaná y el Negro Jefe tuvo que encajarle un cachetazo para ponerlo a la altura de las circunstancias? Seguramente la obligación de encontrar por lo menos una pelota y mandarla a guardar, en el sacratísimo nombre de la *Inmaculada*.

La Programación Divina te da la chance y no podés fallar. Por eso, cuando mi no-maestro nos acompañó hasta la puerta del despacho municipal y me volvió a dar la mano sin sonreír fue como si dijera: *No te traiciones nunca*.

Conservo un ejemplar de *Le diable au corps* de Raymond Radiguet que me regaló Onetti, aunque en la primera parte figure su nombre y un *Debolber! Please* escrito con lápiz, y de allí copio esta definición de mi primera pareja: *Éramos como esos niños que puestos de pie sobre una silla, se sienten orgullosos de aventajar en altura a las personas mayores.*

Nos conocimos cuando ella tenía quince años y yo diecinueve, en el 67, y no llegamos a durar casados un año, entre el 71 y el 72.

Me acuerdo que Leonel Roche, que me conocía bien y la había visto a ella transformarse en muchacha, cuando supo que nos habíamos ennoviado se agarraba literalmente la cabeza. Son muchísimos los llamados para el *alba de oro* y poquísimos los elegidos por la *noche serena*.

Este año leí *Lecciones de vida*, de Elisabeth Kübler-Ross y David Kessler, y lo recomiendo como a la vara más perfecta que conozco para medir los *fracasos afectivos* y sus correspondientes *resurrecciones espirituales* posibles y deseables.

Cuando uno vive en una comunidad donde a los mandamases les importa un pito que el tan invocado *pueblo* elabore *la completud de su cultura con cabeza propia*, lo primero que ignora al llegar a la adolescencia es que la felicidad personal no depende en absoluto de una pareja buena, mala o regular. Y como el que manda es Hollywood, los *finales felices* se reducen mayoritariamente a los *enganches con beso salvador* y enseguida termina la película. Todavía sigue siendo así. Claro, hay que proteger las multimillonarias inversiones. ¿Cómo vamos a arriesgarnos a vender la verdad de que *hacer funcionar un matrimonio es más difícil que empujar una montaña con la mano*?

Y sin embargo mi primera pareja entendió lo que iba a pasarnos viendo *Esplendor en la hierba* de Elia Kazan. Salió llorando tanto del cine y siguió llorando tanto en un bar que parecía mentira.

Y parecía mentira porque lo que acabábamos de ver era la aparentemente impredecible verdad sobre lo nuestro, aunque sólo ella se dio cuenta. Yo, para mi mal y para mi bien, nací voluntarista.

En este terreno íntimo hay muy poco que merezca ser contado iluminadoramente. Los desastres amorosos llenan los containers de basura de cada cuadra y ni siquiera a los hurgadores les interesa llevárselos en el carrito.

Pero yo voy a hablar de dos *otros* que nos habitaron maravillosamente hasta el final. No es triste. Y me llegó el momento. Las dos veces que me animé a escribir sobre estas *criaturas* quedé tan lejos de la magia real que no hubo más remedio que tirar un cuento y una novela, aunque los quería mucho.

Los *otros* constitutivos de una pareja son las personalidades más o menos neuróticas que terminan por ser *domadas por el amor invencible* o *vencer al amor mal nacido*. Porque las posibilidades de perdurar perseverando se conocen de entrada o no se conocen. *Lo que nos arcoirisa en el espesor eterno es la fe clarividente*. San Agustín dixit: *Creer lo que no vemos para merecer ver aquello que creemos*. Y no le des más vueltas. A cierta altura del noviazgo, y por algo será, empezamos a fabricar voces de niños. Eran nuestros hijos: tenían nombre y personalidades propias y entraban y salían de nosotros a cualquier hora y en cualquier lugar. Si había público, nos podíamos comunicar en secreto o con gestos.

Y así sobrevivimos dos años, por lo menos. *Ellos* curaban todo. Y cuando estábamos a punto de viajar a París y sobrevino un embarazo que ni siquiera nos alegró y decidimos extirpar el tesoro como si fuera un tumor y en un mes parecieron incendiarse los eucaliptos de todo Carrasco se oyó por última vez la voz de *ella*, desde un asiento al otro de una camioneta: *¿Por qué me mataron?*

Un divorcio es una muerte, aunque para saberlo hay que *casarse*. Quiero decir: sentir que el desnudo de tu mujer es un traje de novia y que tu mujer lo sepa. No alcanza con vivir juntos.

Y cuando la blancura inmaculada se transforma en mortaja hay que juntar los pedazos de la luna y esperar que aparezca *una invencible fe clarividente en la noche serena*. Eso es resucitar. Solo o acompañado.

Y *lavar los recuerdos*. No conozco nada más parecido al verdadero perdón que el lavado de los recuerdos. Por eso quise hablar de aquellos *niños*. Y por eso estoy seguro de que no es algo triste. *Ellos* son inarrancables de las entrañas y los paisajes y los espejos de cada uno.

24 / LOS MUERTOS

Mi madre llegó a vivir tan encerrada cuidándole el reuma a mi abuela que a veces se ponía bizca y me decía: *Mirá cuando me vayan a buscar al manicomio y los reciba así*. Pero la tortura preferida era pedir que la enterraran en un ómnibus interdepartamental, así podía recorrer algún balneario.

A mi padre le costó mucho superar la disolución del Taller Torres García y veía más televisión de lo que pintaba, aunque cuando cumplió cincuenta años escribió un poema muy alegre y ya había empezado a inventar unos serenísimos paisajes con iglesias y cerros y una atmósfera lunar de bondad herreriana.

Mi abuela murió con más de ochenta años durante una operación y fue velada en el comedor de casa, como se usaba antes. A cierta altura de la noche mi madre organizó una crisis de llanto coral femenino donde metió a mi novia, que no podía tener más de dieciséis años, y nunca voy a perdonarme haber aguantado aquel atropello.

Lo que agradezco, en cambio, es que un rato más tarde tuve la mala idea de pararme al lado del cajón a mirar unas hormiguitas que invadieron la mortaja para trasladarse de corona a corona, y mi madre me clavó un terciopelo maligno y agregó: *Dale un beso a tu abuela*.

Recién este año conocí, gracias a mi amigo Juan Comesaña, un inteligentísimo psiquiatra freudiano que terminó por aceptar indoblegablemente su don de fe en la trascendencia, el *Himno a la materia* que escribió Pierre Teilhard de Chardin en Jersey, el 8 de agosto de 1919.

Bendita seas tú, áspera Materia, gleba estéril, dura roca, tú que no cedes más que a la violencia y nos obligas a trabajar si queremos comer. / Bendita seas, peligrosa Materia, mar violenta, indomable pasión, tú que nos devoras si no te encadenamos. / Bendita seas, poderosa Materia, evolución irresistible, realidad siempre naciente, tú que haces estallar en cada momento nuestros esquemas y nos obligas a buscar cada vez más lejos la verdad. / Yo te bendigo, Materia, y te saludo, no como te describen, reducida y desfigurada, los pontífices de la ciencia y los predicadores de la virtud, un amasijo, dicen, de fuerzas brutales o de bajos apetitos, sino como te me apareces hoy, en tu totalidad y tu verdad. / Te saludo, inagotable capacidad de ser y de transformación en donde germina y crece la sustancia elegida. / Te saludo, potencia universal de acercamiento y de unión mediante la cual se entrelaza la muchedumbre de las mónadas y en la que todas convergen en el camino del Espíritu.

Pero yo aquella noche tuve la sensación, al apoyar la boca en el cráneo viscoso de mi abuela, de rendirme al poder de una montaña llena de ese abismo absolutamente neurótico

que el pensamiento de la modernidad pagana y más esclava que esclavista bautizó como la *nada*.

Al otro día, un rato antes del entierro mi madre se las arregló para que la viéramos tratando de vaciar un frasco de somníferos en el mismo cuarto donde veintidós años después posiblemente haya hecho lo mismo a solas, aunque mi hermano no quiso se hiciera la autopsia.

En la anti-biografía de Manuel Espínola Gómez escribí sobre mi abuela y la visualicé como un esqueleto que se bamboleaba en un sillón de mimbre y adentro le llovían jazmines del país que le constelaron la infancia campesina. Y no es poca blancura.

Mi abuelo siguió tomando mate frente al jardín de mañana y de tarde, ya muy deteriorado por la arterioesclerosis, y a veces yo dejaba los códigos y tocaba un rato la guitarra en el pasillo hasta hacerlo torcer dulcemente el perfil narigón y con boina. Murió mientras almorzaba y mi hermano, que tenía dieciséis años y ya había decidido estudiar medicina, lo atendió con una entrega vocacional digna de la *sustancia elegida* que reinará, según Teilhard de Chardin y millones y millones de hombres no necesariamente religiosos en un sentido institucional o conceptual, en el Universo Crístico.

Al poco tiempo mis padres empezaron a trabajar durante la zafra veraniega en la sucursal que tenía Maspons en Punta del Este, y la familia ya parecía completamente feliz en el barrio y en Gorlero.

23 / LA ABOGACÍA

Aunque parezca mentira, recién en segundo de Preparatorios de Abogacía el programa incluía una materia relacionada con el Derecho. Y en la primera clase, una profesora malhumoradamente honesta y con perfil de ratón advirtió antes de sentarse: *Buenas tardes. Los que estén aquí pensando que esta carrera tiene algo que ver con la literatura, la filosofía o la historia, se pueden retirar.*

Aquella misma noche anuncié en casa que iba a seguir Profesorado de Literatura. Mi madre, que ya me llamaba hacía tiempo *m'hijo el doctor*, empezó a salir del baño con las córneas acoraladas y a los tres o cuatro días mi padre me habló *aparte*. Según él, a un

escritor con mi capacidad de estudio le convenía tener un título universitario y no un profesorado. Y terminé por aceptar el consejo.

Diez años después, durante una brutal pataleta que me dio al volver de París, cuando mi ex-esposa apareció a contarme que un crítico de *Marcha* había tratado de seducirla ofreciéndole bochar en un concurso uno de mis primeros buenos cuentos que *no la favorecía*, mi padre tuvo la grandeza de masajearse el pecho murmurando: *Me parece que yo fallé en tu educación*. A partir de los diecinueve años, cuando Roche me impulsó a la docencia guitarrística, empecé a ganarme un sueldo que terminaría por salvarme y a leer lo más organizadamente posible. Los exámenes de la Facultad los daba libres.

En la época del *boom* sesentista la oferta de novísimos maestros latinoamericanos supuestamente vinculados con la irrefrenable revolución guevariana que construiría el Hombre Nuevo del continente mestizo, te llegaba a desconcertar. Pero a mí me ayudaba la base del ultraclacisismo torresgarciano y Onetti, que cuando le comenté que había comprado *Sobre héroes y tumbas* rumió un rápido *Jodete*, por ejemplo.

Pero además ese día le tomó el pelo a la retórica que sigue y seguirá estragando al noventa y nueve por ciento de la galardonada literatosis supermercadista. *Mejillas bañadas de lágrimas, sollozos prorrumpidos desgarradoramente, rostros que revelan inquietud, descarga de puñetazos, guiños maliciosos, consternaciones súbitas*, y toda la infinita resaca que nos dejaron las traducciones de impronta finisecular. Ay, hasta los grandes Paco Espínola y Mario Levrero incluidos.

Y además de los *lugares comunes* o los *acartonamientos academicistas que opacan la intensidad de la hipnosis*, la insufrible *obviedad: lo miró con los ojos, el sol que nos inunda de luz, los fumadores que exhalan el humo, los huesos de los esqueletos* y todas las infinitas chances perdidas para condensar, ritmar, tensar y *enriquecer* como la *vida plena*. Es imposible diagnosticar cuál tumor es más grave.

El problema de los clásicos y los yanquis y los europeos del primer medio siglo eran y siguen siendo las traducciones, aunque ni Homero ni Dante ni lo mejor de Shakespeare, Balzac, Víctor Hugo, Melville, Conrad, Flaubert, Tolstoi, Dostoievski, Proust, Kafka, Hemingway, Faulkner, Céline, Pavese, Graham Greene, Bábel, Lowry, Salinger o Bukowski puede ser estropeado esencialmente por *nada*. Y nombro solamente a algunos imprescindibles.

El peor de los peligros estaba en saber *discriminar entre gatos y liebres* dentro de aquel pelotón autoidentitario donde se mezclaba la maravilla de Rulfo, Onetti, Borges, Guimarães Rosa, el mejor García Márquez, el mejor Cortázar y el mejor Carpentier con

la sociología disfrazada de literatura de Vargas Llosa o Fuentes, por ejemplo. O la mala literatura manijera y sentimentaloides o de ingenio ensayístico: Benedetti y Sábato. Y ahí tenías que empezar a construir tu propia *conciencia crítica insobornable*, y eso demora casi tanto tiempo como conocer el ADN de tu *frase* y tu *estructura*, lo que desembocará en tus *facciones incanjeables*, ese tesoro *más horriblemente difícil de encontrar* que la completud psíquica, No se le mienta a nadie: los *artistas* se precisan tanto como los *santos*. Y casi nunca se puede ser las dos cosas el mismo tiempo.

Yo perdí cuatro años y no llegué a completar ni la tercera parte de la ahogante Abogacía, hasta que decidí tratar de ser un escritor profesional digno de Torres García y Onetti, y profundizar los estudios guitarrísticos con Olga Pierri.

Mi madre se portó bien. La ayudó mucho la seguridad de que Sergio iba a ser *m'hijo el doctor*, además. Y mi padre señaló la puerta de mi cuarto y se le llenaron los bigotes de fe: *Mirá, si querés encerrarte a escribir y te molesta que te golpeen yo te paso la comida por la ventana*.

Pero en la casa de mi futura familia política llegué a escuchar acusaciones de *traidor muerto de hambre* que todavía me hieren. Porque habré demorado más de medio siglo en aplacar la bestia autodestructiva, pero hay dos cosas que no *pude* hacer nunca: *traicionar* y escribir con *tibieza decente*. No sabo.

26 / LA POLÍTICA

Empecé a militar políticamente apenas se formó el Frente Amplio en un comité del barrio y en el de escritores.

Yo ya había fundado el Grupo Literario Universo junto con Daniel Bentancourt, Tarik Carson, Hugo Bervejillo y Guillermino Chaparro, y a los veintiún años publiqué *El ángel*, pero me costaba mucho encontrarle un sentido verticalizador a la vida. Y los empujes revolucionarios dirigidos a la *transfiguración estructural* pueden llegar a ser, en el mejor de los casos, esencialmente alquimistas: *la heroicidad colectiva construye un reino terrestre purificador y empezás a entender que hay un oro más hondo que tu orfandad histórica*.

Artigas lo vio más claro que casi nadie, a lo largo y a lo ancho de la modernidad. O mucho mejor dicho: casi nadie lo vio claro.

Pero el Che Guevara, a quien sigo considerando *santo*, le dejó puesta a varias generaciones una especie de mirada interior enfocada en un paradigma *quijotesco*, lo que quiere decir: implantar un Hombre Nuevo mesiánico con batallones de Sanchos-masa y una fe en la *elegida Patria Grande Latinoamericana* comparable a una delirante ensoñación dulcineica. Y a utopizar, que hay quórum.

Claro que en aquel tiempo los que nos considerábamos *revolucionarios* odiábamos los adjetivos *quijotesco* y *utópico*, y uno de los epígrafes de *Gracias por el fuego* es un extraordinario verso de Juan Cunha: *y si soñamos fue con realidades*. Pero si revisamos la correspondencia del propio Che Guevara, encontramos que en una breve carta que les mandó a sus padres cuando se fue de Cuba les explicitó que volvía a sentir bajo sus talones el costillar de Rocinante.

Acá se puso de moda una película anti-colonialista, *La batalla de Argelia*, y la noche que el MLN interfirió durante cinco minutos la transmisión de un clásico de rompirraja hecha nada menos que por Carlos Solé en Radio Sarandí, mi hermano salió corriendo del taller y yo de la cocina y gritábamos eufóricos: *Parece la película*, mientras sonaba el cielito del gran Osiris Rodríguez Castillos y una voz serenamente profética proclamaba la futura liberación antimperialista.

Y enseguida que murió Gestido y empezó una represión callejera salvaje la Pacha Barnes me comentó de golpe en la orilla de la Playa de los Ingleses, después de recomendarme *Rayuela* y la recién aparecida *Cien años de soledad*: *Mirá, yo al viejo Onetti lo conozco hace años y lo quiero muchísimo, pero la vida cambia. ¿Cómo se puede pasar tirado ahí en la cama mientras nos cagan a palazos en Dieciocho? Que haga algo positivo, por lo menos. Va y le pega un balazo a Pacheco Areco en lugar de mamarse porque está deprimido, qué sé yo. Es indignante.*

Y una tarde caí por la cabaña quinchada y llena de gurises donde se respiraba literatura y la pequeña mujer aindiadamente mágica me tocó por primera vez con la vara erizante de la realidad: *Hay una concentración obrero-estudiantil as las ocho en la Universidad. ¿No venís, compañero?*

Yo debo haber contestado que esa noche no podía porque estaba preparando un examen y repeché los arenales y encontré a mi viejo pintando en el taller quién sabe si con Mozart o los Beatles o Zitarrosa, porque le gustaban todos. Y además el Concierto 21 para piano y orquesta en la versión de Dinu Lipatti lo había comprado yo después de ver *Elvira*

Madigan, y ni siquiera ese Andante prodigioso me terminaba de convencer de que los símbolos podían *servir para algo*. Y hasta llegué a pensar que por más religante que fuera la escuela torresgarciana, aquellas repetidas naturalezas muertas geométricas hechas con plano de color y línea o los proyectos murales constructivos soñados para las paredes populares y refugiados en la pintura de caballete, *no hacían nada contra los yanquis*. Y *los yanquis eran el diablo y Dios no existía*. Ese era el mensaje filosófico de la *cultura revolucionaria*.

Mi padre era socialista frugonista y después que le hablé de la manifestación que había en la Universidad me sondeó fluvialmente y cebó un mate que le debe haber caído amarguísimo: *Yo te apoyo en lo que sea. Pero lo único que te advierto es que pueden matarte*, profetizó. Y al otro día mataron a Líber Arce.

Y cuando llegó la campaña electoral del 71 y salíamos en enormes y hermosísimas brigadas a pintar las columnas y los árboles de rojo, azul y blanco y el lumpen fascista contratado por Pacheco nos baleaba desde los camiones como si tal cosa me sentía liberando a la patria, por fin, como le correspondía el 34 oriental. Aunque ahora no era Yocasta la que se lucía con mi sacrificio.

27 / EL GRUPO UNIVERSO

Pero los arquetipos son indoblegables. Llegó un momento en que Jung, cuando rompió con Freud y estuvo a punto de suicidarse durante años si no encontraba un cielo para su propio vuelo, confesaba que últimamente se entendía nada más que con los etólogos. Porque ellos jamás hubieran discutido que algunos pájaros ya *nacen dotados* para volar en formación.

Con Daniel Bentancourt fuimos compañeros de escuela y yo me acordaba que dibujaba muy bien y era un tipo brillante, pero un día mi madre se encontró con el padre y se comentaron que los dos hijos *escribían en serio* y el mediodía que apareció riéndose más paletudamente que nunca ya hicimos planes para formar un grupo literario y editar una revista.

Y enseguida llamamos al ex-matrero Hugo Bervejillo, que tenía un padre muy parecido al mío y aprendió desde niño a ojear los libros como si fueran flores, y a la cancha la celeste. El cuarto mosquetero, Tarik Carson, surgió cuando a mí se me ocurrió mandar

una larguísima carta a *Marcha* titulado modestamente *Llamado a una nueva generación de escritores* con una fundamentación estética universalista y mi teléfono.

Después Saúl Ibargoyen nos conectó con el poeta riverense Guillermo Chaparro y el diablo me hizo conocer en pleno Museo Torres García al pintor Mario Platero, que desgraciadamente terminó incorporándose. Algunas veces también nos vimos con la poeta Ingrid Tempel y el plástico Pancho Graells, y al final, por recomendación de Jorge Medina Vidal, se integró Alfredo Fressia. En ese cuarto y último número participaron, además, el todavía adolescente Álvaro Pierri y Nora Bouzón, que no llegó a ver impreso su cuento titulado *La muerte* porque el ex-marido celoso la encontró caminando por Dieciocho con Chaparro y la penetró con cinco balazos.

Y parecerá mentira, pero tuvimos guerra. Polémica, quiero decir. ¿Y con quién? Con un relativamente joven guardián del templo del 45, director de la página literaria de *Marcha*, Jorge Ruffinelli, un aprendiz de Rama y activista político pro-guerrillero que ya hace décadas que trabaja en una universidad del imperio. No lo quería nombrar, pero se lo merece.

El 22 de setiembre de 1939, en el número 14 del novísimo y revulsivo semanario *Marcha*, Joaquín Torres García le contestaba a un periodista que no firmaba la nota pero que era Juan Carlos Onetti: *No me hago ilusiones, y más por la influencia perniciosa de algunos mentores que procurarán que la juventud no descarrile. Luego, ¿dónde quedarían ellos? Aquí, la cuestión es que no se vea claro, aparte de que esos jamás han “visto”. ¡Hay que mantenerse en la mediocridad a toda costa!*

Y el 1 de setiembre de ese mismo año, en el número 11, el propio inconsolable y no menos iluminado autor de *El pozo* había escrito, con el seudónimo de Periquito el Aguador. *Hay que insistir sobre esto. ¿Quién hace literatura entre nosotros? Todo el mundo, pero no gente conformada psíquicamente para eso. La escala de valores de un artista no puede ser la misma que la de un catedrático, médico o rentista. El artista tiene por cosas tangibles lo que no existe para los demás y viceversa. En ese sentido -y en tantos que poco nos importan- vivimos la más pavorosa de las decadencias, la más disgustante de las confusiones.*

Y el 2 de abril de 1971, en el número 1538 del ya en ese entonces vocero ultraoficial del academicismo marxistoide, Jorge Ruffinelli comentaba los dos primeros números de la revista y me reprochaba postular *una filosofía artística y revestir conceptos que una revista nueva y juvenil debe empezar por dinamitar, pero que Universo defiende como la continuación de la prédica de Torres-García y su “universalismo”*. Y más abajo sentenciaba, con una frivolidad pionera del actual cáncer posmodernista, que *una tarea juvenil propiamente dicha consiste en inventar, en imaginar, en revertir todo lo*

establecido, en dudar precisamente de lo que la burguesía (esa gran detentadora del arte) ha consagrado como definitivo e invariable.

Lo que desembocaría en que Juan Carlos Onetti, que el 28 de junio de 1939, en el número 6 del jovencísimo semanario todavía no ensuciado por las ratas de barco hablaba de *durar* frente a un tema *hasta extraer, de él o de nosotros, la esencia única y exacta*, le hacía el juego a la burguesía. Porque las *esencias universales* son *invariables*.

La vida dirá quiénes fuimos los cuatro mosqueteros fundadores del Grupo Universo. Y una última joyita: una vez Ruffinelli me citó en un boliche de la esquina de *Marcha* y me ofreció un espacio en las selectas páginas del *glamour* transnacional donde todavía se daba dique hasta Vargas Llosa, siempre que pidiera pase del Partido Comunista al brazo electoralista del MLN. Lo triste es que es gracioso.

28 / OLGA PIERRI

Aparecí en lo de Olga Pierri a principios de los 70, una década después que ella disolvió su conjunto de guitarras para dedicarse completamente a la docencia. Le pedí que me enseñara a tocar y a enseñar en serio, y entré en el mundo raro de su mirada azul. No era cualquier mirada preciosa. Allí había una Capitana del Vuelo sellada por un hervor de platería barroca que yo nunca había conocido.

Los cielazos criollos, Julio, los cielazos criollos. Don José Pierri Sapere fue un compositor de humildísimo perfil que ya de niño tocaba en la banda de Pan de Azúcar y cuando formó su familia en Montevideo irradió hipnóticamente la misma *gracia grande* que emponchó a Eduardo Fabini y a Manuel Espínola Gómez en Solís de Mataojo. También podría llamársele *serranía espiritual*. Anteayer le tomé un examen a un alumno de Olga y al escuchar por segunda vez en mi vida la casi nunca transitada *Jota* de Pierri Sapere sentí levantarse el polvo dorado de las bodas iberoamericanas que los jesuitas festejaron con mucho más fe que nadie. Y eso les costó sangre.

Pero lo más interesante es que durante mi primer tramo de aprendizaje en aquella casona laberíntica de Joaquín Núñez donde Olga convivía con su esposo, la madre y los dos *sobrijos*, Naina y Álvaro, nunca sentí que la Capitana creyera conceptualmente en ninguna transcendencia palpable fuera de la musical. Y sin embargo cuando propulsó y organizó en el Millington Drake una actuación en dúo de Álvaro con Regina Carrizo, que

tendría trece años a rabiar, se le captaba una fluorescencia de sacerdotisa que te despeinaba.

Lo más probable, entonces, es que la prospección inconsciente nunca haya sido muy distinta, pero recién cuando recomencé los estudios al volver de París y Naina estaba presa por guerrillera y Álvaro se había casado y vivía en el Brasil, me enteré que Olga recibía folletos de los rosacruces.

Yo demoré mucho en enterarme, además, de que el noviazgo del sobrijo con una muchacha de Santa María desencadenó primero una guerra y después una especie de duelo familiar, y que Olga ni siquiera fue al casamiento. Y esto provenía del mismo magma místico que descompensaba furibundamente a Torres García. Había que *entregarse nada más que al arte*. Y Augusto y Horacio Torres no fueron tan valientes como Álvaro, porque se casaron recién después que murió el viejo.

Una vez le preguntaron en una conferencia de prensa a Shirley MacLaine, una referente admirada por Olga, cómo era posible que creyera al mismo tiempo en los vínculos con los extraterrestres, la óptica tibetana de la reencarnación y la cosmogonía de los indios Puebla y ella apenas sonrió al explicar: *Yo creo en todo*.

Y además nuestra Capitana nació con el mismo *oído total* que tiene su sobrijo y una sensibilidad tan indefensamente permeable que muchas veces Pierri Sapere se ponía a improvisar en el piano en tono menor y Olga terminaba escondiéndose a llorar abajo de la mesa y si la madre la llamaba y no aparecía levantaba el mantel y gritaba: *Viejo, tocá en tono mayor que la nena no aguanta*.

La guitarra clásica uruguaya sigue ocupando un lugar sobresaliente en el mundo, aunque nuestra tristísima desorganización cultural ha logrado que en el último medio siglo tuvieran que emigrar el noventa y nueve por ciento de los muchachos *dotados con necesidad de profesionalizarse* incluido mi hijo Nacho, que lleva cinco años trabajando con Álvaro Pierri en la universidad de Viena.

Olga sigue preparando alumnos de todo tipo en un apartamentito que alquila en la misma cuadra de Punta Carretas donde la Programación Divina me llevó a conocerla. La edad no se pregunta. La reverberación montañosa que la rodea cada vez es más diáfana y la capacidad de enseñarle a la gente a pulsar sus perlas íntimas me hace acordar a Elisabeth Kübler-Ross y su amistad con los ángeles que habitan invisiblemente a los moribundos.

Ellas saben que la muerte no existe y reparten el todo en lugar de la nada. Porque hay sabios que saben de verdad.

El otro día le comenté que iba a retratarla en este libro y me mostró el diario del último viaje que hizo a Europa con Álvaro. *No te olvides de poner esto*, señaló divertida diez renglones en blanco: *Aquí está lo que se va a poder leer después, cuando me junte con Dios.*

Me acuerdo que una vez Agustín Carlevaro le confesó en plena reunión del Centro Guitarrístico: *¿Sabés que yo iba a escucharte los ojos a los conciertos?*

29 / ÁLVARO PIERRI

Una vez tocamos con los Hammers en un baile que organizaba un grupo de viaje liceal y a Elías Turubich le dio un ataque de manijerismo y nos presentó como *el Dave Clark Five latinoamericano* y dos chiquilines se agarraron a piñazos para acompañarnos con una pandereta que sobraba. Y después el que nos acompañó con la pandereta nos pidió la Kawai para tocar con la bandita de la clase y mientras punteaba y cantaba *Run for your life* con la polenta de Lennon y Harrison juntos nosotros comentábamos: *Este pendejo de lentes es un monstruo, carajo*. Tenía dieciséis años y era Álvaro Pierri, el mejor guitarrista clásico de la historia.

Cuando empecé a ir a lo de Olga nos hicimos amigos enseguida y yo no me perdía ningún concierto y me hacía sudar como loco, porque Álvaro todavía estudiaba poquísimo y pifiaba y una vez que se paró en la mitad de una obra en el Millington Drake se agarró una bronca tan grande y siguió tocando con tanto vuelo que ya allí me di cuenta que era un *perseguidor del absoluto*, para hablarlo en Cortázar.

Y entre mediados del 72 y abril del 73, cuando tomé el transatlántico *Cristóforo Colombo* que me llevó al continente donde Notre Dame y el diablo se pelearon por mi alma, yo ya estaba divorciándome y nos veíamos mucho, porque Olga no hacía problemas en que farreara conmigo. La madre de Álvaro siempre tuvo gravísimos altibajos de salud mental que lo desesperaban y las *farras* era, aparte de ir a alguna reunión donde él acaparaba todas las chiquilinas, hermanarnos en las depresiones y soñar con el precioso problema del futuro.

Al irme le dejé mis alumnos y hasta que se fugó con la brasilera trabajó en casa y se volvió parte de mi familia, pero en noviembre del 74 viajó un mes a París junto con Abel Carlevaro a dar un concierto televisivo y grabar una cinta para la ORTF, y lo primero que hizo fue borrarse del hotel donde se aburría con el egomaniaco *cultivador de perlas sin alma* y venirse al apartamento de Vincennes que nos prestaba el hermano de otro pasaplato reventado.

No estudió un solo día. El concierto televisivo se suspendió por una huelga y la tarde que grabó en la gran torre vidriada conmigo adentro del estudio se equivocó tanto en el *Gran solo* de Sor que terminó diciéndole al sonidista que le mandaba la cinta desde Montevideo y dejó que Carlevaro, a esta altura ya verdosamente sonriente, registrara tranquilo su gelidez de impecabilísimo brillo artificial.

Y esa noche terminó pasando el plato con nosotros en *Le bateau ivre* y después tocó *Elogio de la danza* y el desconcertado dueño del boliche, un marroquí que conocía a Yupanqui y cantaba y grababa unas milongas espantosas nos invito con un vino murmurando: *Tiene ritmo, el chiquillo*.

En junio de aquel año Satanás había entrado en un argentino de Trelew que compartía mi *chambre* en el hotel Stella y era mi mejor amigo y de a ratos se le empezó a desorbitar una paranoia de fluorescencia asesina y me acusaba de *vivir para joderlo* y tuve que mudarme y andar armado meses y hay un solo testigo de aquella mirada que *me mataba y me mataba y me mataba por tener fe en la vida*.

Roche argumenta que yo debía vivir en un grado de vulnerabilidad patológica muy especial para que *aquello* me lastimara tanto, y tal vez no le faltaba razón, porque la *culpa oculta* de haber abandonado a Yocasta y estar enamorado de Notre Dame le baja las defensas a cualquiera. Pero una vez que llamé por teléfono a Vincennes para pedirle a Alvarito que si caía de visita el argentino de Trelew escondiera mis poemas Satanás ya estaba allí y captó el sentido de la conversación y mi hermano el guitarrista nunca pudo olvidarse de aquella fluorescencia. No te olvidás jamás. Y lo peor es que después podés verla relampaguear adentro de cualquiera, incluidos tus espejos.

Y en aquel mismo apartamento también nos llegamos a trenzar hasta el amanecer polemizando sobre un caso que involucraba a un maestro de vida común y *poner en juego nada menos que la posibilidad de la existencia de una pureza humana perfecta y completa* y yo creo que él se dejó ganar, porque es el discutiador más terrible que conozco. Pero ahí me tuvo fe.

Hace tiempo que vengo escandalizando a medio pueblo, y sobre todo al *uruguayismo tibi3n*, cuando aseguro que 1lvaro es el mayor artista que le aportamos a la humanidad. Porque escritores y pl1sticos y musicantes geniales hubo y hay en cualquier pa3s, pero la versi3n del Estudio N3 12 de Villa-Lobos que invent3 el sobrijo de la Capitana, por ejemplo, es una *explosi3n gal1ctica absolutamente 3nica*. Y una vez se me rieron: *Lo dec3s porque es tu amigo. Claro, me emperre: Igual que Maradona. 3No sab3as que con Maradona jug1bamos picados en el Molino de P3rez? Por eso es el mejor.*

30 / EL BORRACHO

Me cas3 por primera vez en el 71 y durante mi luna de miel en Buenos Aires compr3 *Bajo el volc1n*, el 3nico libro de la saga *El viaje que nunca termina* que Malcolm Lowry consider3 *terminado* antes de suicidarse en 1958.

Pero ese a3o tambi3n llegaron a Montevideo la novela *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* y los relatos reunidos en *Esc3chanos se3or desde el cielo tu morada*, publicados por la sufrid3sima viuda Margerie Bonner. Las anteriores novelas, *Ultramarina* y *Lunar Caustic*, no importaban demasiado.

Y yo me enganch3 euf3ricamente con este extraordinario aspirante a Alighieri brit1nico de *arco tem1tico completo*: uno de los graves problemas de los maestros norteamericanos o europeos contempor1neos era la *pura neurosis*, y nunca dej3 de ser lo suficientemente cristiano para considerar a Kafka, Proust, Joyce, C3line, Thomas Mann, Pavese, Hemingway, Scott Fitzgerald, Dos Passos, Wolfe o Faulkner, con la excepci3n de *Luz de agosto*, gente de *mi planeta*. A Graham Greene y a Mauriac llegu3 con m1s de treinta a3os, lamentablemente. Y Salinger me sobrepasaba al rev3s: era demasiado m3stico, a pesar de que siempre sent3 que *all3* estaba la *salida*.

Mi padre me ayud3 a edificar un agregado a la casa natal que iba a llamarse *Eridanus*, la constelaci3n del R3o de la Vida y el R3o de la Muerte que obsesion3 salv3ficamente a Lowry durante el tiempo que vivi3 aislado con su segunda esposa en una caba3a de Vancouver, frente al brazo de mar desde donde se ve3a una f1brica de la Shell a la que a veces se le apagaba la S del cartel luminoso. Y este genial cazador de gui3adas simb3licas sent3a que su verdadero destino era el infierno: *hell*.

Pero eso se elige, viejo. Y lo que a m3 me encandil3 premonitoriamente fue *El sendero bosque que llevaba a la fuente*, el relato de cien p1ginas que cierra *Esc3chanos oh Se3or*

desde el cielo tu morada donde Lowry *bosquejó* lo que sería el último libro de la saga. Y eso es paradisiaco.

Tengo cincuenta y nueve años y no estaría eyaculando este libro si mi *permanente unión terrenal con la próxima morada* no sofocara la desesperación que nos provoca el mundo de cada día. Porque, como lo definió insuperablemente Kierkegaard, *lo raro no es estar desesperado, sino por lo contrario, lo rarísimo, es, verdaderamente, no estarlo*. Y Lowry se dio por vencido.

Yo empecé con las copas recién después de los veinte años. No tomé una sola gota de alcohol en una sola actuación de la banda, por ejemplo. Y además, durante los próximos treinta y ocho años casi nunca me emborraché para *ahogar la angustia*, porque lo que precisaba era *festejar fundido con el Uno-Primitivo*. Nietzsche puro.

Y Lowry, que terminó asumiendo su condición de *magro negro*, a lo Rimbaud o a lo Papá Hem o a lo Tata Brausen, captó lucidísimamente lo que a tanto alcohólico le cuesta entender y por lo tanto aceptar: el hombre que *festeja* la autodestrucción dionisiaca como si estuviera en el *cielo* no quiere *vivir en Dios*. Y lo que es mucho más grave: *su mayor felicidad sería la de no haber existido*.

Yo me casé antes que mi futuro *Eridanus* estuviera terminado y vivíamos con mis padres, pero como en verano ellos se iban a trabajar a Punta del Este nos quedaba la casa con el precioso porche y la araucaria fálica a disposición y en esa época empecé a escribir en serio y a emborracharme en serio con mi hermano Saúl Ibargoyen, que se había mudado a Punta Gorda casado por segunda vez.

Allí se nos ocurrió irnos a vivir a Europa con mi ex-esposa pero los que estuvieron primero en París durante unos cuantos meses por asuntos de trabajo fueron sus padres. Y a partir del otoño nosotros nos quedamos en Carrasco con mis ex-cuñados menores de edad, ahorrando para el dichoso viaje.

Aquel fue el abril del asesinato de los ocho camaradas en mi barrio natal y de repente se entreveraron la militancia frenteamplista y la guerrilla y el fascismo y yo a veces me zampaba una botella de Casco Viejo hasta de mañana. Pero no era angustia, insisto: *era sed de festejar un cielo amniótico* porque al *otro* no lo veía. Ni en el *mundo* ni en *mí*.

Lowry no terminó nunca su saga porque eligió vivir con su vicio y no con su *Lord* y nosotros asesinamos un feto por miedo y egoísmo y cuando me entregaron *Eridanus* ya no había matrimonio.

La palabra *tragedia* viene de *tragos*, macho cabrío, y de *ode*, oda o canción. *Y si lo apolíneo no limita a lo dionisiaco no hay catarsis purificadora del pathos ni sofrosine aristotélica que serene la cosa.*

La desesperación, Soëren, la desesperación. La enfermedad mortal o el peor de los pecados, como quiera definírsela. El único enemigo.

31 / LA PIÑATA

Dije que ese primer verano alcohólico del 72 empecé a escribir en serio, sin embargo, porque ya sentía que odiaba tanto a *El ángel* como a *La rabia triste* y aunque seguía emperrado en construir mi ciudad mítica esteña, Villamar, a la que un critiquito ovárico llegó a llamar con grandes titulares *Santa Yoknapacondo* en un pasquín nocturno donde ya andaba metido el actual rey-gángster de la prensa masónico-progresista, me apareció una necesidad de *soñar más a fondo el diseño estructural antes de escribir.*

Además ahora convivíamos, todavía enamoradamente, con mi ex-esposa, y Yocasta no estaba, lo que me adultizó y me hizo aterrizar enseguida en el socavón de los mineros vallejanos, los *constructores templarios de la profundidad*, y sentí que había llegado el momento de elegir para siempre entre *literatura y literatosis* y que en eso no iba a errarle. Aunque hubiera que trabajar con el caballo de San Jorge, entre las llamaradas de la bestia.

Todavía no entendía que después el caballo se tenía que transformar en San Jorge, lo que incluía la peregrinación a la mismísima Notre Dame que cada uno tiene que salvar si quiere si se quiere incrustar en los vitrales de la Más Dimensión, pero para eso había treinta o cuarenta años más de tiempo. Y como soy un retardado crónico, ni siquiera se me ocurrió que *matar al dragón* era una misión muchísimo más complicada que escribir *muy bien*. Estoy collageando este capítulo el Día de los Muertos de 2007. Y hace exactamente veintiocho años, sentado en el jardín de mis actuales suegros, suspendí una lectura de *Paradiso* de Lezama Lima para contemplar un sol postormentoso que se aterciopelaba contra los eucaliptos de la vereda y supe que la gripe de pecho que tenía mi padre era cáncer y lo acepté. Es así, Padre. Es la fe la que aprende y no nosotros. Y el envoltorio que le destinaste a este planeta azul es *tu fe en nosotros*, Y que no se diga más, Monsieur Céline and. Co.

Una noche mi ex-esposa Peti, que tomaba muy poco alcohol, llegó del supermercado con una botella de gin que compró por su cuenta, y mientras fritaba hígado con cebolla nos preparamos unos destornilladores y al final ella no comió y empezó a contar que una vez, cuando tenía siete años, fue al cine con el abuelo y volvieron riéndose en el ómnibus y de repente corrió a tirarse en la cama y murmuraba llorando boca arriba: *No quiero cumplir años. Quiero ser siempre yo.*

Cuando recién nos ennoviamos yo la acompañaba a La Teja a ponerle flores al abuelo materno, que creo que fue, junto con un compañero de liceo que murió fulminantemente de cáncer, una de las dos personas que Peti *adoró* hasta que cumplió los veintiún años, por lo menos. Porque los cumplía al otro día. Y yo esa noche me quedé nada más que perdiendo la conciencia con gin frente a aquella abismal *cara de la desgracia*.

Y en abril Armonía Somers nos invitó a pasar la Semana Santa en Pinamar y me llevé un cuento recién empezado y el viernes me desperté temprano y salí a caminar por la playa y sentía una especie de explosión resplandeciente en el estómago y supe que era mi *arte*, y que si podía sacar para afuera el cincuenta por ciento de *aquello* ya iba a ser digno de seguir trabajando para siempre en el socavón templario de Vallejo.

Me salió bien. La historia se basaba en la oscurísima noche del gin y pretendía por lo menos *peinar las desesperaciones* de dos muchachos que pueden haber sentido el *duro deseo de durar* eluardiano pero eligieron extirpar el tesoro común.

Y cuando Onetti dictaminó con la trompa muy humeante que por fin le llevaba *literatura* y no *literatosis* ya no había ningún resoñado gol para gritar: yo había visto la pelota estrellada en la red apenas terminé el cuento.

Nunca lo publiqué y no es nada del otro mundo, pero le hizo sangrar belleza a la piñata. Integraba una serie unitaria que fue mencionada en un concurso de *Marcha*. El único texto que se editó en la antología de los cinco premiados fue *La infanta y el borracho*.

En el jurado estaban Onetti, Mercedes Rein y Ruffinelli, que cuando escribió sobre los ganadores me señaló nada más que las debilidades. Hasta que un día fui al semanario de los famosos y me acordé del Negro Jefe truncando a Bigode y ladré: *¿No ves que el que pasás vergüenza sos vos? Premiás a alguien y lo relajás.*

Y en el prólogo de *Narradores '72* se tuvo que bajar del caballo y poner que yo recogía y vivía el desafío de tratar de recobrar *el ilusorio paraíso perdido de la infancia*. Y era

porque en el cuento antologado había una niña. ¿Mi infancia un paraíso? No: el *desafío* era *encontrar el cielo del Hombre Nuevo*, garrapata de la guerrilla.

32 / MARLOWE

En 1971 Tarik Carson, nuestro Lautréamont narrativo, me regaló *La ventana siniestra* de Raymond Chandler y encontré el arquetipo del héroe más importante de mi juventud: el detective Philip Marlowe.

Chandler ya era considerado hacía tiempo, junto con Dashiell Hammett, James Cain y Georges Simenon, un precursor de la transformación del *pulp policial* o *negro* en gran literatura aunque Onetti, un adicto a cualquier folletín con asesinatos y montaje de relojería, porfiaba que el sub-género seguía siendo un sub-género. *Lo que pasa es que a ese Marlogüe le tomás una simpatía tremenda*, chistó una vez, como si hablara de Gardel: *Lástima que ahora me jodieron recomendándome a este coso*, Ross Macdonald.

Fue recién en 1974, en Saint-Tropez, que un galardonado pero adocenadísimo *écrivain noir* que caía al piano-bar *Chez Guislaine*, me prestó un libro sobre Chandler donde el creador de Philip Marlowe, en ex-ejecutivo que empezó a publicar sus novelas después de los cuarenta años, especificaba que mi detective-guía fue concebido como *el mejor de los hombres posibles para cualquier mundo posible*.

Voilà. Y los marxistas lo podíamos admirar más que nadie, porque aquel solitario empedernido era capaz de *darle la vida a un amigo* y solidarizarse hasta las lágrimas con un pobre soplón envenenado como una rata por *no vender a una muchacha*, vivía en Los Ángeles y se cagaba olímpicamente en la justicia del establishment. Claro que se lo podía considerar un poco quijotesco, pero no tenía la posibilidad de soñar con las *inminentes revoluciones que transformarían Latinoamérica en cuestión de pocos años*. Tomás Moro era un poroto al lado nuestro.

Chandler reconocía, además, que ni él ni Hammett hubiesen existido sin la musculatura de los cuentos de Hemingway, pero el perfume de sus atmósferas humanas y sociales era casi lírico, y a pesar de que le costaba horrores armar tramas sin demasiada truculencia que los ladrones de siempre viven defenestrando, lograba la *sofrosine* aristotélica. Y su serenidad era de *mi planeta*.

En 1989, en el congreso finlandés de Lahti entrevisté al novelista norteamericano Robert Stone, que parecía un tipo macanudo aunque todavía no sé cómo escribe, y me dijo que para ellos *leer a Chandler ahora era igual que comer bombones*.

Me dio pereza tratar de entenderlo, pero ya que hablamos de posibles empalagamientos recomiendo que nadie olvide nunca lo que le retruca Marlowe en *Palyback*, la última novela completa del poco prolífico y torturado alcohólico Chandler, a una minita que le pregunta cómo un hombre puede ser tan duro y tan dulce al mismo tiempo: *Es que si no hubiera sido duro no hubiera durado, y si no hubiera sido dulce no hubiera merecido durar*. Sírvame una caja de esos bombones, please.

Apenas me separé de mi primera esposa las cosas se pusieron terribles porque un *amigo del alma* empezó a salir con ella aquel mismísimo sábado, y después de un par de meses de juego muy sucio a mi padre se le puso terrosa la fluvialidad y no pudo sonreír: *¿Para dónde vas, Hugo? Un par de semanitas. ¿A Buenos Aires?*

Sí. El mismo viernes que supe que me habían premiado en *Marcha* nos fuimos con mi hermano vía Colonia y Sergio, que siempre fue un hermano de hueso, se quedó hasta el domingo a mediodía y después que lo despedí en el puerto pensé: *Ahora me tiro a llorar un rato en la pensión*.

Y no lloré un carajo. Como el teléfono de Chaparro no contestaba localicé a Ricardo Nolé, un músico que había vivido en Punta Gorda y nos fuimos caminando hasta Martínez y esa noche ya me contacté con el poeta riverense y a la semana cayeron los Pierri porque Álvaro concursaba en Morón y a veces también me invitaban los Pachos a cenar y al llegar borracho a la pensión me fumaba el último *Simplex* pensando: *Hay que durar, viejo Marlowe*.

Y la noche que volví en el tren después de no haber podido escuchar a Álvaro por un malentendido de horarios, supe que ahora iba a viajar solo a Europa y sentí que todo aquel Gran Buenos Aires titilaba empujándome.

Al otro día, además, tuve el honor de que Charito Pierri, una médica porteña que te encandilaba con un azabache estrellado congénitamente en Pan de Azúcar, se apiadara de un marido amurado y me invitara a comer tallarines en Pipo y a ver *Pequeños asesinatos*, aquella maravilla durísima y dulcísima donde a Elliot Gould se le moría la mujer en los brazos y aquello parecía *La pietà* de Miguel Ángel pero al revés.

Y a las dos semanas, cuando fui al apartamento de Gonzalo Ramírez Dolly me sondeó en la puerta y gritó: *Mirá, Juan, estos nenes ya no sufren como se sufría antes.*

33 / EL VIAJE

En el verano del 73 Saúl Ibargoyen heredó una plata y decidieron invertirla en un recorrido de dos o tres meses por Europa con Lil Bidart, su recientísima y veinteañera segunda esposa. Y, aunque haya gente que no pueda creerlo, me invitaron a hacer el primer tramo de mi resñado viaje con ellos. Los hermanos son así.

A mi padre, que terminó por *ordenarme* eufemísticamente que me fuera de una vez, le alcanzó para pagarme un pasaje de ida y no fue ningún error largarme en esas condiciones. No hay adultez sin cruz.

Parecerá mentira, pero recién cuando nos bajamos del *Cristóforo Colombo* en Lisboa me di cuenta que era imposible seguir adelante con las dos valijas-ataúdes que me obligó a llevar mi madre, y le despaché una enseguida por tren al poeta Félix Grande, amigo de Onetti y de mi colega Álvaro Castillo, el hijo mayor de Guido Castillo, que también estaba en Madrid.

Saúl y Lil son dos grandes peregrinos, y además no incumplíamos con la acertadísima recomendación de Hemingway en *París era una fiesta: nunca viajes con nadie a quien no ames.*

Era una primavera espectacular, y nos hospedamos como alberguistas en Catalazete, a orillas del Tajo. Los hombres y las mujeres dormíamos por separado, y yo me fumaba el último *Republicana Filtro* soñando con mi futuro nuevo amor. Y creo que fue al otro día que al visitar la catedral de Sé, un fuerte de Dios románico de los que se burla el Nobel Saramago, encontramos una tumba medieval con una muchacha esculpida encima y sentí que el polvo quevediano que reverberaba en el atardecer me prometía encontrarme muy pronto con mi *ella* inmortal.

En España recorrimos primero Sevilla, Córdoba y Granada, y en La Alhambra me saqué una foto como Federico al lado del estanque, lo que inconscientemente significaba: *¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre / aunque es de noche!* Todavía no conocía bien a

San Juan de la Cruz ni me sentía religioso en un sentido conceptual, pero mi corazón ya había aceptado respetar su entretela.

En Madrid sacrifiqué mi excursión a Toledo por quedarme a tomar cognac y charlar sobre Onetti con Álvaro Castillo, pero ese día di un gigantesco paso artístico que compensó la burrada. Porque cuando pasamos a ver a Félix Grande, a quien nunca leí, él acababa de terminar *Narradores '72*, donde Álvaro también estaba incluido, y me comentó con un asombro raro: *Vaya que tu cuento tiene una ternura áspera. ¿Pero por qué escribes en verso? Touché.* Era la primera persona que se había dado cuenta en años que *toda mi prosa* estaba redactada con octosílabos, endecasílabos y alejandrinos disimulados. *Es que me sale así*, contesté: *No puedo no hacerlo así.*

Y el poeta y guitarrista vicioso del flamenco sonrió: *Pues es posible que eso esté escondiendo una gran necesidad de escribir poesía.* Y en unos meses supe en París que tenía toda la razón del mundo y además de *poemas* empecé a escribir *prosa en prosa*. Pero mira por dónde te desfazen los entuertos, chaval. Antes de subir un par de semanas a Francia hice contactos para tratar de ganarme la vida con la guitarra en Madrid y le dejé los ataúdes con mango a un amigo español de Saúl y me llevé la mitad de las cosas en una valija potable que me prestó Álvaro Castillo y nunca llegué a devolverle. Tampoco lo vi más, aunque leí sus tres primeros libros editados en España: una novela larga prologada por Onetti, una nouvelle y una colección de cuentos. Y el único comentario que quiero hacer sobre este narrador es que teniendo los dos veinticinco años y siendo ya aparentemente muy amigos, cuando nos tomábamos los últimos cognacs me acarició cancheramente un hombro y murmuró: *Mirá que vos también te vas a pudrir, Huguito. Como todos.*

Esa era la clase de *pose onettiana* que sobreactuaba alguna gente que frecuentó el templo de Gonzalo Ramírez y menefrego, Tata Brausen. Vos nos ponías a prueba pero siempre adoraste la pureza.

En París nos quedamos en el uruguayísimo hotel Saint-Michel. Llegamos de noche y enseguida bajamos hasta el Sena entre la devoradora magia de los plátanos del Boul Mich y al vichar el cirquete de reventados y tragafuegos que mangleaban en la rue de la Huchette pensé: *Me quedo aquí. Yo me quedo a vivir aquí.* Y en la esquina del *quai* el flaco me tapó los ojos y me ordenó con una clarividencia que jamás terminaré de agradecerle: *Ahora mirá a tu derecha.*

Y allí estaba el remoto aterciopelamiento de Notre Dame incrustado en el envoltorio hecho para nosotros. Hecho para las alas de aquel ciervito blanco que tenía que escaparse por el gran ventanal que quedó siempre abierto.

DOS: EL AMOR DEL PURGATORIO

1 / LA PUDRICIÓN

Saúl y Lil se fueron por tren a la RDA en una semana y nos despedimos definitivamente, porque yo preferí sacrificar la chance de conocer el socialismo real y gastarme los últimos traveler-checks mientras formaba un trío con el quinceañero carrasquense Carlitos Arteaga y el percusionista cordobés Daniel Capuano.

Había empezado una novela policial por puro desahogo en un caserón de campo del siglo XVII donde vivimos unos días con los primos que tenía Saúl en Lyon, y ahora trataba de seguirla sin el menor rigor de frase ni la menor consistencia estructural en los boliches de un París pegajoso y cambalachesco.

Hasta que a la flaubertiana Madame Salvage le cayó mal que ensayáramos alguna tarde en mi chambre y una noche que volví muy borracho y rompí el piolín-placenta de la veladora me expulsó del Grand Hotel Saint-Michel de por vida.

Entonces nos metimos con Carlitos y el Cordobés, que vivían con sus respectivos hermano y madre pero querían independizarse, en un apartamento de la rue Condé donde el famoso escenógrafo Guy Boursault socorría al cascarraje. Los indigentes y hasta alguna diplomática snob filtrada dormíamos en el suelo de una gigantesco bohardillapecera con la única condición de que no hubiera sexo, y la tarde que nos acomodamos entre los olores a pata y haschich y cenizas de inciensos y vi una foto del fusilamiento de los ocho camaradas uruguayos en un lugar que no era el Paso Molino, sentí, sin equivocarme, que lo *normal*, en el *quartier latín*, era la locura.

Después supe que Boursault había sido el escenógrafo de *Estado de sitio* y entendí por lo menos lo de las fotos tomadas en locaciones chilenas, pero el hombre estaba realmente para internarse y apenas la marea del amanecer escrachaba a los quince o veinte miserables que roncábamos como los pescados que yo veía sacar en la Playa de Ingleses, Guy subía por la destartaladísima escalera con un slip bermellón y trataba de violar a una bailarina española y cuando ella le pegaba una patada se escapaba llorando, aunque una madrugada se me abalanzó a mí y lo tuve que correr con un grito de los que usaba para sacarme de arriba a los perros en Carrasco.

Entonces dieron el golpe de Estado en el Uruguay y yo vichaba las noticias de la huelga general en diarios prestados y los latinoamericanos del barrio me felicitaban y ahora ya ni dormía y me quedaba pensando *Quién soy* y una noche me pidieron que zitarroseara y se tomó mucho vino a la luz de una vela que tuve que soplar puteando porque el Cordobés se montó a una cleptómana violando todas las reglas de asilo aunque ni siquiera nos echaron.

Y en una semana preparamos un repertorio pasable a tres voces y agarramos manga fija en unas pizzerías de La Contrescarpe y Emilio Arteaga, el hermano de Carlitos que llegó a acompañar a Paul Simon en dos giras mundiales con el charango, nos sugirió que le alquiláramos unas piezas a una cuñada que vivía en Cannes y probáramos allá. Viajamos por *Provoya*, el auto-stop organizado donde se colaboraba con la nafta, y nos instalamos frente a un cementerio simpático y con montañas en el horizonte en una *banlieue de peur* llena de francesitos *vouyus* y *pied-noirs* desaforados que nos dieron algún susto, pero la repechábamos.

Cannes es un balneario para momias y mientras aullábamos huaynos y cuecas en las *terrasses* de la *Croisette* chorreando bajo los ponchos algunas viejas hasta se tapaban los oídos y eso ya lo tomabas como una humillación pintoresca.

El problema fue que una mañana me desperté con una aguja de hielo erecta y me empecé a chorrear una gomosidad blenorragica imposible de explicar, porque desde que me separé no había tenido sexo. Un médico muy joven del barrio de Ranchito que me cobró nada más que las cajas de antibióticos me sondeó casi creyéndome y sentenció que la pudrición se podía agarrar en cualquier cuchitril, pero aquellas inyecciones me traspasaron hasta el mismísimo madero.

Durante ese verano fuimos amontonando francos sueltos en un rincón y decidimos gastárnoslos en un viaje a Venecia. Me acuerdo que cuando tomamos el tren respiramos un poco aunque en el diario se anunciaba que el ya acorraladísimo Allende acababa de sustituir a Prats por otro militar incondicionalmente fiel: el pibe Pinochet. Y con los años supe que el nuevo general había sido su ahijado en la masonería.

Llegamos a Venecia a la otra mañana y nos gastamos todo comiendo en la plaza San Marcos y hasta jeteando en góndola y volvimos esa misma noche, molidos y asombrados de la polución que parecía esmerilar las ciudades italianas. Y en una foto que mandé a casa posando frente al culito del león alado de la celeberrima columna escribí: *Mi expresión es sombría, ¿no? Estaba pensando en mi alma.*

2 / EL STELLA

Creo que el hotel Stella todavía existe: 41, rue Monsieur-le-Prince, entre Racine y Vaugirard. Allí nos hospedamos en setiembre de 1973 al volver de Cannes, y a las pocas semanas asesinaron a Allende y los Quilapayún, que se salvaron de la masacre por estar cantando en la *Fête de l'Humanité* del PCF junto con Mercedes Sosa, Carlos Puebla, el Cuarteto Cedrón y Daniel Viglietti, encabezaron llorando una inolvidable manifestación por el Champ-de-Mars, y algo se le estaba muriendo al mundo entero y hoy parece muy fácil definir lo que era: la fe en la redención colectiva dirigida por cualquier poder político y no por *la invencible conjunción ecuménica de las facciones de cada tesoro íntimo*, tarde lo que se tarde.

Al principio compartíamos la única chambre del hotel que tenía un duchero propio con el Cordobés y Carlitos y vivíamos en un desorden surrealista y yo me compré una máquina de escribir dinosáurica en *Le marché aux puces* y seguí peleando para enderezar la novela que venía de nalgas, y de noche salíamos a conquistar los restaurantes de La Contrescarpe y aquellos caserones medievales escorados como buques de cal entre las humaredas de las callecitas superaban lo hermoso: anunciaban *presencias históricas, arquetípicas, fantasmales, eternas*.

Tocábamos en una *brasserie* que quedaba en la planta baja del edificio donde trabajó el Hemingway de las épocas humildemente heroicas, por ejemplo. Pero además, como ya adelanté, en un hotel de nuestra misma calle había vivido Rimbaud cuando salía a barrer la madrugada con su fuego azul y pensaba que de verdad podía *cambiar la vida y repartir a Dios*.

Y para colmo octubre llegó a ponerse tan dorado que era un crimen quedarse adentro y yo tecleaba nada más que de mañana y recién al oscurecer ensayábamos hits latinos con bongó para agregarle al ya gastadísimo folklore andino porque la plata nos daba apenas para la comida y la chambre. Pero ahora me sentía en la *fiesta* de Papá Hem.

Y un día bajé a revisar el casillero del correo y encontré a un tipo recostado en el mostrador hablando en español con el Bigote, el conserje del Stella. Tenía un acento más argentino que uruguayo, y la estatura y la barba castaña eran idénticas a las mías. Y un momento antes de tocarle un hombro para saludarlo me di cuenta que uno hablaba en castellano y otro en francés sin entenderse un pito y cuando el petiso se dio vuelta encontré el desprecio más opaco y obscuro y estercolado y denso por *todo lo viviente* que me manchó en la vida.

¿Tas en el hotel, loco?, seguí para delante sin achicarme en absoluto, porque esto pasó hace treinta y cuatro años y todavía conservo una zona de inocencia incurablemente miope. Y creo que fue allí que me contestó que era de Trelew y que se iba al otro día. Nada más.

Esa noche se nos ocurrió adaptar unas porteñadas rockeras que se vendían como raviolos en nuestras playitas y al rato nos golpearon la puerta y Satanás metió una máscara ahora bondadosamente sonriente y preguntó si se podía escuchar. Lo hicimos sentar enseguida entre los pelotones de ropa y él se frotó las manos y se puso a fumar con sincero deslumbramiento y al rato levantó un dedo igual que si pidiera permiso y se borró.

Yo me quedé con ganas de que volviera y él ya me conocía muy bien, porque al cuarto de hora apareció con paté y baguettes y vino y nos contó que venía de España pero lo que le interesaba era encerrarse a fumar maruja de la buen en Amsterdam y encamarse nada más que con negras y Carlitos se emocionó y el petiso, que se llamaba Ernesto, armó un bruto petardo de postre.

Claro que el Cordobés y yo todavía cultivábamos un izquierdismo abstemio de las drogas jipoides, pero terminamos todos entusiasmadísimos con el reventado de Trelew hijo de un terrateniente que terminó por acompañarnos a pasar el plato y después nos llevó a cenar a lo grande y al volver de la Contrescarpe y enterarse que yo ya me consideraba un escritor profesional me invitó a seguirla en el Morvan con unos calvados y yo pensé: *Un amigo*.

Me acuerdo que nos tomamos la segunda tanda en una proa de la rue Dauphine y ahí confesó que él también escribía desde chico pero que le faltaba largarse del todo y lo encandilé enseguida con nombres esenciales para leer sin perder tiempo y a Álvaro Castillo le hubiese alcanzado nada más que con vernos desde la esquina para saber que ahora me había llegado el momento de exponerme a la verdadera blenorragia y es fácil imaginárselo comentándole a Juan: *Giovanetti allá no dura*.

3 / NOTRE DAME

Ernesto postergó el viaje a Amsterdam y en noviembre nos mudamos los cuatro a la chambre 9, que daba al patio interior y tenía dos piecitas. A nosotros nos propusieron tocar en exclusiva con cena y canilla libre en *Le bateu ivre* de la rue Descartes y una

noche nos sentamos en lo alto del piano de la minúscula *cave* para empezar la segunda manga y vi el perfil de una quinceañera que se reía dando vueltas alrededor de una mesa familiar y nos miramos un par de veces y después que le hice una morisqueta se sentó a escucharnos rendidamente y yo supe que ella era *Ella* y ella supo que yo era *Él*.

Y nunca más dejaríamos de mirarnos desde nuestras espesuras de vitral como si Bénédicte Froissart fuera Nuestra Señora y yo fuera su Hijo.

Al terminar la manga subí la escalera de caracol sin volver a agregar ni un gesto pero apareció enseguida a buscarme con la corona de pelo color miel muy greñuda y los pómulos muy rojos porque estaba borrachita y me acorraló contra una banqueta y me agarraba la pierna muy cerca de la ingle y enseguida que le dije que era escritor me preguntó dónde vivía porque quería mostrarme un poema y la invité al estreno de *El evangelio criollo* en Saint-Germain-des-Prés, el jueves. Y el jueves llegó tempranísimo a la sacristía con una capelina marrón y quedamos en vernos al otro día en el Stella y mientras volvíamos Saint-Germain a Ernesto se le empenachó un tic de vampiro: *Así que mañana vas a comer carne fresca.*

Bénédicte era hermana de uno de los mozos de *Le Bateau Ivre* y estaba en cuarto de liceo y vivía en Massy, a media hora de tren. Y el viernes demoré una barbaridad en echar a los otros y barrer y tender las camas y cada campanada de La Sorbonne se me hundía en el esqueleto y me hacía florecer náuseas de *inminencia de boda*.

Y recién en este momento termino de entender que vine al mundo para ayudar a demostrar que toda la batalla por la imposición de la pureza es una espiral escrita hacia el inevitable enganche con la irrefutable realidad de las anunciaciones más perfectas. La resurrección de Jesús de Nazaret, por ejemplo.

La nena entró a la chambre 9 perdiendo la máscara de putita y me le senté al lado con cara de sátiro y le pregunté si le gustaba hacer el amor y me dijo que *Ouais* pero dejé de bobear enseguida y empecé a tomar mate en la cama de enfrente. Era demasiado linda para mí y me llevaba un centímetro y además yo sentía, con mi desaforada hambre sexual de divorciado, que la flacura de aquella infanta ni siquiera tenía huesos. *La purísima pluma.*

Y además supe que *ellas* estaban en peligro de *perderse* de veras: Bénédicte y mi alma. Y que aquel *toque de unión sobrehumanamente erótica* que hubo en el restaurante *destinaba a los dos actores del espejismo*, una adolescente francesa de quince años y un adulto uruguayo de veinticinco, a *abrazarse y sostenerse contra cualquier clase de terremoto y construir con la fe incomprensible y fanática y sacrificadísima de Miguel*

Ángel una especie de Pietà urobórica capaz de escenificar la posible salvación de cada uno de los habitantes de todas las galaxias decididos a incrustarse en plena materia crística. Por algo tuve que esperar tantos años para escribirlo recién esta mañana del 7 de noviembre de 2007.

La cosa fue muy difícil, pero nos salió bien. La nena empezó a venir cada tanto, y a mí se me descontrolaba una especie de badajo metronomizado por las náuseas y el Cordobés trató de soplármela una vez que actuó en Massy y ella se dejó ensuciar apenas una mano y después que volvimos de Beirut seguimos esculpiendo la blancura inmortal en la chambre 22 y los demás ya se daban cuenta de que había una *unión muy alta* y Satanás terminó por sacar el tridente y todo. Pero vamos por partes.

Yo volví al Uruguay en diciembre de 1974 y demoré doce años en *novelar esta historia de amor sacro*. La titulé *Creer o reventar*. Con la nena nos escribimos apenas unos meses y cuando me casé por segunda vez ya no pude seguir, porque para Rosina, *mi verdadera esposa*, iba a ser imposible entender ese vínculo. Volví a París tres veces, incluso, y no traté de buscar a Bénédicte Froissart. Ya está todo vivido. Y además a esa mujer hoy cincuentona le tengo la misma fe que a una catedral gótica. Pero en el noventa y pico soñé que me avisaban que *ella* iba a venir a casa y yo me ponía nervioso por lo que podrían decir Rosina y mis hijos, hasta que de repente el *rostro de la infanta* apareció volando desde la piesera de la cama, me besó la mitad derecha de la boca y se fue.

Y después yo me quedaba en una cocina que tenía un ventanal lleno de un insondable, lechoso azul lunar, pensando: *¿Cómo puede haber tanta gente que siga creyendo que podríamos existir sin Dios?*

4 / SERGIO

Mis padres balancearon muy bien la distribución de los *recursos materiales* generalmente *saladísimos*, porque decir *escasos* sería pecar, entre mi hermano y yo. Con las primeras comisiones ganadas en Punta del Este le habían comprado una cachila bigotuda que usaba para ir a la Facultad, y después del golpe de Estado se paralizó la enseñanza y Sergio llegó a estar preso en el Cilindro junto con toda la clase y en una tartamuda llamada de larga distancia de la época terminé pidiendo a gritos que lo mandaran en un charter por dos meses y chau. Se vendió la Ford T.

Sin caer en manías lowryanas, lo que nos costó darnos el abrazo del reencuentro que Ernesto estaba pronto para inmortalizar como un fotógrafo que hubiese sabido que Ghiggia iba a hacer el gol más grande de la historia después de los 30 minutos del segundo tiempo en Maracanã, simboliza lo que cuesta que dos hermanos de sangre puedan construir una *unidad de hueso*.

Hubo un cambio de vuelo y cuando volví al Stella desesperado después de un plantón de muchas horas en Orly me enteré que él ya estaba paseando por el *quartier* con los muchachos. El abrazo frente al Saint-Michel quedó muy bien fotografiado por el mismísimo Satanás, así que preferiría sobredorarlo con otro que hubo en la Estación Central cuando yo tenía dieciséis años y volvimos del Brasil por tren con un grupo de viaje de Preparatorios. Sergio siempre fue muy lindo y de chico era gordito y aquel día se me abalanzó y me mordió las costillas llorando de una manera que terminé por incrustar aquel canibalismo vallejiense en el final de *Morir con Aparicio*, cuando Pablo Regusci se despide de Leonardo. Y así fue este rebrillo.

Había una calma luna de invierno, y antes de recorrer el laberinto-maqueta medieval de la Huchette y cenar en el pub Saint-Germain nos tomamos un *rouge* y supe a boca de jarro que Sergio acababa de separarse de la novia-mujer de su vida y me sentí relampagueantemente *en misión*.

El Stella era tan caótico que el conserje mauriziano ya había acomodado otro colchón en el suelo sin hacer más preguntas, pero aquella noche fue imposible dormir y al final nos zampamos las milanesas caseras que nos mandó mi madre y amanecemos en Montmartre y de tarde ya fuimos al museo impresionista y terminamos cuerpeando una tormenta debajo de una pata de la Tour Eiffel y de golpe se horizontalizó un túnel sobrehumanamente amarillo desde el Trocadero y una niña en patines se irisó entre la lluvia y nos reímos al unísono: *¿Sabés que acabo de acordarme de Roche?*

Aunque recién al otro día recibí un fruto del *timbó* charrúa, una *oreja de negro*, que el supuesto no religioso y no supersticioso Leonel me había mandado *para que me protegiera*. Y nunca dejé de recomendarle con total fervor y sin la menos vergüenza a todo el mundo que las recojan donde las vean y las guarden y las regalen, porque tienen un poder invencible contra la envidia de Satanás.

Emilio Arteaga se había mudado de Épinay-sur-ôge, un pueblito de la banlieue sud que a mí me emocionaba porque quedaba cerca de Massy y una noche nos largamos a visitarlo y nos fumamos un petardo oyendo *Band on the run* y a Sergio le pegó horrible y no podía sacarse de la cabeza a un pato monstruoso que lo vigilaba desde el jardín, pero al otro día salió a caminar solo por la plaza y jura que *sintió la inminencia de Ruth atrás de una esquina* y yo pensé: Voilà.

Lo más extraordinario es que justo aquel enero y en plena crisis del petróleo nos haya salido un contrato de un mes para tocar en la mejor *boîte* de Beirut, *La grenouille*, y aunque los palestinos ya estaban acampados con metralletas cerca del aeropuerto y cada semana había un simulacro de bombardeo con sirenas y todo, los manoseadores del capital, para variar, aseguraban que en aquel *enclave estratégico* nunca podía haber guerra. Y pasamos de lujo. Y además pude doblarle el brazo a ¡Absalón, Absalón! en un meteórico tercer intento y escribí un poema *bueno*.

Pero mi hermano no aguantó y tuvo que adelantar el vuelo diez días porque extrañaba desmoronadamente a Ruth y le valió la pena perderse la excursión a las fastuosas ruinas de Baalbek: ahora *iba rumbo al amor*, viejo Osiris. Al amor irrompible.

Y a los pocos días de volver al Uruguay me encontré una foto de Ernesto brindando conmigo en el Escholier la noche que llegó mi hermano y de golpe entré en un schock panicoso y sentí que me *hundía en aquello* y tuve que correr a despertar a Sergio *para que me dijera cualquier cosa y no me dejara asfixiar en el sótano del mundo*. Porque *allí ya estaba asomada la fluorescencia asesina* que sólo Álvaro Pierri llegaría a conocer *in situ* conmigo. Sergio guardó la foto y un día la encontré chamuscada en el taller: le quedaba nada más que la mitad donde estaba mi cara.

5 / EL HUEVO CELESTE

Cuando volvimos de Beirut Carlitos y Colette, su *naná*, que merece un capítulo aparte y alfombrado de rojo en estas confesiones, alquilaron una chambre en el segundo piso y nosotros ocupamos la bohardilla de la 22 con el Cordobés, Ernesto y el Fatiga, un pibe argentino macanudo que casi nunca trabajaba y siempre tenía hasch,

Fue una primavera más preciosa que la que viví en cuarto de liceo enamorando a Albita y salíamos a tomar cerveza con Bénédicte y yo le despintaba los bigotes nevados tratando de convencerla de que *lo único que merece existir es el amor sin traiciones*. Y se lo predicaba en un París poluido por la excrementalidad ya completamente oficialista de la rata Sartre y el tigre Althusser y la saga carnavalesca del 68. Reconozcamos que Robespierre tenía cuero para ducharse con sangre, por lo menos.

Pero como yo soy artiguista, nunca pude sentirme quijotesco del todo. Y ahora había que escribir de verdad, además, y después de la indigestión absaloniana conseguí *A la sombra*

de las muchachas en flor y tampoco paraba de releer *El largo adiós* y *El astillero* abriéndolos en cualquier capítulo y de golpe me quedé sin concepción de frase ni de estructura y traté fervorosamente de frankensteinizar la policial pero, para hablarlo en Boccanera, ya no me quedaba más que *polvo para morder*. Y fe.

Y una tarde de tormenta el Fatiga armó un petardo con forma de pez martillo y de golpe sentí que París acababa de tapizar el ventanuco que daba a la Monsieur-le-Prince con una floralidad carnívora invertida, porque lo que te devoraba era algo así como la Más Dimensión bajada en el Tabor para el pescador rocoso y los Hijos del trueno.

Entonces agarré la máquina portátil que me había ayudado a comprar Sergio en enero y eyaculé sin corregir una sola letra, sentadito a lo Buda en la catrera y todavía con uniforme de siesta: *Ya no tengo el aliento sedoso de la lluvia / de aquel verano azul / que me tejó mi madre. / París pone su huevo celeste a contraluz / y una playa desierta se cierra acariciándome / como la cruz del sur / la estación de la música.*

Y sentí una terrible nostalgia de la casa de Piriápolis adonde me invitaban mis tíos los Vanoli sin palpar en absoluto la *transfiguración vertical* que me estaba encajando la irrefrenable calva bajo millones de años de intemperie estrellada.

Y además desconfié un poco de la falta de guerra que me ofreció el poema. Lo único que tenía *pulido a cojones* y consideraba *digno de sobrevivir* en medio año de despelotadísimo papelerío eran apenas cuatro odas a Peti que resudé con la *todopoderosa devoción incondicional que nos hace provocar la PAX-LUX del orgasmo en el Otro que se ama.*

Porque esa es la cuestión de vida o muerte, coño. Y si los popes de las Facultades y los talleres no saben *eso*, o no saben *explicarlo*, que se dediquen a un trabajo oficinesco o se masturben el ego sin tarar a la gente. Y todavía ganando un sueldo. Biblia pura, señores: *el falo del Espíritu enjoyando la Mar y el Verbo chispea así o no chispea.* No hay ninguna conducta o discurso fundacional a nivel científico, ético o estético que funcione sin *iluminar evolutivamente a la materia.* Y nuestro *único orgasmo verdadero es el orgasmo de nuestro Otro.* Pregúntele a la lluvia.

Y a los pocos días hubo apagón y como nadie quería bajar a conseguir velas escribí el primer poema mental de mi viaje y terminé pasándolo en limpio a tientas. Era un soplo dialéctico del anterior y no entiendo por qué no lo incluí en la primera edición de *París póstumo*, pero me acuerdo que las aliteradas volutas del final le dieron un laburo achicharrante a mis enmarujados requesones.

Qué triste imagina / la ciudad de esta noche / la ciudad como un huevo celeste alrededor / sus paredes remotas desamparando el eco / de mi vida escapada hacia hondos humos húmedos.

Juan Carlos Macedo nunca terminó de maravillarse con aquel primer texto, finalmente bautizado *Hasch*, que desové en la chambre 22, y creo que de todos mis libros no le gustaba *de verdad* nada más. Algo es algo.

Yo seguí desconfiando y sintiendo que a *Hasch* le faltaba un *toque* que demoré en encontrar por lo menos dos meses. Hasta que una noche íbamos repechando la rue Cujas con los instrumentos auestas y me puse a boxear y boxear y boxear y boxear con el penúltimo verso y justo entre la mole del Panthéon y el convento donde vivió Erasmo de Rotterdam llegó la corrección: *y una playa desierta se cierra acariciándome / como el ORO del sur / la estación de la música.*

Pumba. El engarce flaubertiano pero con con vertical *lírica*, Señor. Y después de cinco años, cuando terminé de entender que esa hibridez tan mozartiana y garciamarquiana al mismo tiempo era la llave para entrar a mi prosa, me sentí más en forma.

6 / BIÈVRES

Nos hicimos muy amigos con Ernesto, y cada tanto me mostraba algunas páginas interesantísimas de un cuento largo ambientado en el infierno de los quilombos adonde lo llevaba el padre cuando era chico, y resonábamos y retocábamos la trama de mi policial ya casi amortajada pero además yo me empecé a sentir *en misión de ayudarlo a creer en el hombre*. El problema siempre es *ese*. Hasta que un día decidió pasar la famosa *semana de revisión de su locura* en Amsterdam que venía postergando desde que nos conocimos y volver a la Argentina. A él le llegaban giros de Trelew y además se le ocurrió fabricar bombos legüeros con envases de chucrut que sonaban fenómeno y se vendían muy bien. Y también llegó a lavar platos doce horas de corrido en el restaurant del edificio donde murió la *vierge folle*: Paul Verlaine, asesino de palomas.

El Cordobés se fue a vivir con la cleptómana que conoció en la bohardilla del escenógrafo, y tampoco volvimos a saber nada de Sinclair Beiles, un mutimillonario poeta ugandés prologado por William Burroughs y amigo de Bukowski, que lo nombre en los *Escritos de un viejo indecente*. En la chambre 9 caía de madrugada a comer yerba mate y nos contaba sus amores con Paloma Picasso y una vez que yo le estaba enseñando a cantar *If*

I fell a dúo a la nena se me quiso meter envuelto en una toalla-taparrabos y tuve que encajarle un patadón a lo Chaplin, pero era cariñoso. Todavía no tenía cuarenta años, y el Bigote decía que esta vez no salía más del loquero.

Entonces Raúl Maldonado, un cantante argentino que hizo la primera musicalización de *Meta bala* de Yupanqui, nos propuso que formáramos un trío quilapayunesco con repertorio antifascista y muecas ásperas y ponchos negros y todo lo que ayudara a colocarnos en el incipiente mercado del exilio, y nos invitó a fotografiarnos en su casona de Bièvres.

El pueblito queda cerca de Versailles, y cuando veinte años después vi la película que en castellano se tituló *Todas las mañanas del mundo* supe que yo había sido *feliz* por primera vez en mi vida en el mismo lugar donde el cortesano Marin Marais y el ermitaño Saint-Colombe terminaron por *entenderse* a la Eluard: por *escucharse* y *hermanarse* celebrando la noticia de que *estamos bien hechos*.

Maldonado y su esposa, una argentina que me hacía acordar a mi abuela Ana de muchacha, estaban montando una agencia de espectáculos con buena onda y astucia, y les encantó el nombre que le pusimos al nuevo trío revolucionario, *Cimarrón*, y aquella tarde también invitaron a posar en el prado lleno de puentecitos renacentistas a un flautista clásico vestido de etiqueta que parecía enguinarlos los robles doradísimos con esas frases de Wolfgang Amadeus que llegan del *más allá* y te traen al *más acá*.

Nosotros esperamos la sesión tirados en divanes y al lado dormía una perra idéntica a las de *Las meninas* de Velázquez, que parecía *empastada* en aquel verdor por el *duro deseo de durar*, y yo pensé de golpe que *lo único que tenía en la vida eran cinco poemas como la gente* y en lugar de soñar con el *triunfo literario* me prometí seguir escribiendo para llegar a sentirme *siempre* igual que en aquel momento. ¿Cómo vas a olvidarte, 34 oriental?

No existe ni la primera ni la última palabra, explicó Bajtin, un soviético humillado pero blindadamente fiel al mesianismo sano: *y no existen fronteras para un contexto dialógico (asciende a un pasado infinito y tiende a un futuro igualmente infinito). Incluso los sentidos pasados, es decir generados en el diálogo de los siglos anteriores, nunca pueden ser estables (concluidos de una vez para siempre, terminados); siempre van a cambiar renovándose en el proceso del desarrollo posterior del diálogo. En cualquier momento del desarrollo del diálogo existen las masas enormes e ilimitadas de sentidos olvidados, pero en los momentos determinados del desarrollo ulterior del diálogo, en el proceso, se recordarán y revivirán en un contexto renovado y en un aspecto nuevo. No existe nada muerto de una manera absoluta: cada sentido tendrá su fiesta de resurrección. Problema del gran tiempo.*

Y em la película que relata el milagroso redondeo de la hermandad entre Marais y Saint-Colombe escuchamos primero una sentencia inquietante, *Todas las mañanas del mundo no volverán*, y después entendemos que lo compactamente inmortal es la espesura del *GRAN TIEMPO* que elegimos construir.

Pero aquella noche, al volver al Stella, encontré a Ernesto tirado en la cama con las córneas color malvón porque le habían robado una Pentax carísima de la chambre que dejábamos siempre sin llave y cuando me ofrecí a llamar a la policía chistó *Hacé de cuenta que me la afané yo mismo porque no quiero que se acabe el infierno*.

7 / LA FE

El propio Ernesto, sin embargo, llegó a achacarle el robo de la Pentax a la *naná* cleptómana del Cordobés, pero fue puro teatro y después de algunos días de volver a lavar platos hasta el descoyuntamiento, el hombrequito habitado por Satanás se escapó a fumarse a Amsterdam y yo me quedé solo con el Fatiga. Y una noche nos propusieron hacer un show a prueba en *La rueda*, una taberna española que quedaba en la hoy desaparecida rue de la Cossonnerie, al borde de la gigantesca excavación lunar modernizadora que había hecho desaparecer el mercado de Les Halles, y terminamos largando el Bateau: ahora teníamos treinta francos fijos de manga y mucho mejor comida y canilla libre de otra categoría.

La rueda estaba recomendada como *lugar auténtico* hasta en *Le nouvel Observateur* y lo mismo podía caer un ministro peronista como cualquier latigueadora de la calle de los *sex-shops* mimada por el fiolo, y si se encamotaba con los boleros y te metía un barquito-billete en la guitarra tenías que seguir tocando hasta el amanecer.

En la taberna había un perro ovejero bautizado *Poeta*, que a veces era obligado a cantar para algún personaje o porque al patrón se le ocurría convidar con tortilla y cachondear, nomás. Le ponían una canción con mucho ruido de púa donde una desgarradora voz andrógina flamenqueaba ofreciéndole su corazón a la Inmaculada, y al animal le dolían tanto los oídos que llegaba a emitir una línea melódica completa y uno no podía menos que aplaudirlo.

Y esa semana cayó Bénédicte al Stella sin previa llamada y me ordenó un poco la chambre y después la acompañé hasta el Bateau porque había una reunión familiar igual a la de la

noche cuando nos conocimos, y unos pocos metros antes de llegar a la esquina me vino un vértigo tan grande que traté de besarla con los labios cerrados contra la pared del Lycée Henri IV pero sacó la cara. Fue la primera vez y última vez que la pude contemplar vestida de *mujer*, con un vestido hindú medió celestón, y era algo tan hermoso que estuve a punto de ponerme a aullar como el *Poeta*.

Pobrecita. Había perdido la virginidad en el campamento de verano de tercer año y no le gustó nada, y el muchacho elegido deslumbradamente ni siquiera la volvió a tocar. Un trámite sartreano. *Il faut être libre, quoi.*

Y a los dos días apareció a contarme que en el Bateau festejaron el cumpleaños de la madre y se tomó dos *rouges* y le ofreció el poema que yo nunca llegué a leer a un flautista argentino ya canoso, el Coya, que ahora tocaba sentado en mi banqueta y que una vez comentó en el estudio donde grabamos juntos con los changos *El evangelio criollo* que *una buena concha se chupa igual que una buena quena*.

Yo no rezaba, así que lo único que pude hacer fue agarrarme la cabeza y esperar el resto del cuento, aunque la humillación terminó allí. *Ella* lo fue a visitar igual que una perrita y cuando vio que las paredes del apartamento de la bestia estaban llenas de fotos de orgías se escapó corriendo. Entonces me pidió perdón cenicientamente y yo traté de reírme, pero después no quiso que la acompañara al métro y no volvió en un mes y *me prohibí desesperadamente llamarla por teléfono* aunque una madrugada me sentí peor que el *Poeta* y volví de la taberna y recé. *Que venga*, murmuré mordiendo un Peter Stuyvesant como si fuera un cirio: *Porque si no, no hay nada*.

Y a mediodía crucé a desayunar al bar de la esquina y a los cinco minutos la nena entró reverberando y me pidió que la llevara a tomar cerveza al Rostand y allí me dijo que ahora *creía en todo*.

En todo lo que pensás de la gente y de la vida y del amor y de la verdad, se reía flotadoramente: *Creo en todo de verdad*.

Yo atiné nada más que a borrarle los bigotes de espuma y esta vez fue *ella* la que se confundió y murmuró que a lo mejor había llegado el momento de *estar juntos* y demoró un segundo en sondearme y corregir: *No, claro. Así estamos bien. Me tengo que ir volando porque si no en casa me matan*.

Nos despedimos en la estación del Lux besándonos las puntas de la boca, como siempre, y yo me caminé toda La Contrescarpe cantando *Gracias a la vida*.

En aquel tiempo no me sabía de memoria el mejor de los sonetos que se escribió jamás en cualquier lengua, porque el festejo más perfecto hubiera sido gritarle a todo París igual que si regalara pájaros: *Muéveme en fin tu amor en tal manera / que aunque no hubiera cielo yo te amara / y aunque no hubiera infierno te temiera. / No me tienes que dar porque te quiera / porque aunque lo que espero no esperaré / lo mismo que te quiero te quisiera.*

8 / EL SÓTANO

Ernesto llegó de Amsterdam con maruja colombiana y salimos a recorrer el Lux y nos sentamos en una gran *terrasse* que había frente a la Closerie des Lilas, y le conté la *boda de Notre Dame con el Hijo* y se amaravilló y enseguida dijo que teníamos que hablar de una cosa muy *jodida* y yo pensé en la Pentax.

Gracias por tener la humildad de dejar pasar primero la noticia de mi enamoramiento, tuve necesidad de solemnizar: ¿De qué qué querés hablarme? Pa, se aplastó casi con femineidad los rulos que le tapaban la calva delantera: *Me acabás de matar de verdad con eso. Mejor lo dejamos así.* Y yo estaba tan feliz que no le di importancia a la palidez color panza de sapo que parecía escamarlo.

Y esa tarde el Fatiga se fue al sur y apenas terminé una oda-réquiem dedicada a la hemorragia que le descuartizó la infancia a Bénédicte el hombrecito me invitó a tomar un café en la esquina y mientras bajábamos sentí como si me llevaran a un matadero imposible de imaginar. Y después que nos atendieron Satanás se dio vuelta en el mostrador y me traspasó con el verdor de un sótano mucho más hondo que la montaña del cadáver de mi abuela y murmuró: *Vos me venís cagando la vida hace tiempo.* Alguien me sostuvo desde atrás porque me caí de la banqueta y enseguida volvió a aparecer el Ernesto sin fluorescencia: *Tranquilo, Huguito. No te pongas así.* Y entonces pude concentrarme estudiando el botellerío de la barra y al final prendí un Peter Stuyvesant y me calmé bastante: *¿Con qué pensás matarme?*

La verdad es que el homúnculo paranoico de Trelew nunca precisó amenazarme explícitamente y mucha gente piensa que esta tragedia potenciada por la marihuana no es nada del otro mundo y tiene su razón. Pero yo me pasé años sin poder mirar fijo ni siquiera a mi *padre* y ese verano Emilio Arteaga, que trató de ayudarme con una piedad y un asco superpuestos a lo Pilatos, tuvo que reconocer en Saint-Tropez: *Qué lo parió, Principito. Ese tipo quiso matarte y te mató, nomás.*

Y lo *importante* fue haber decidido en aquella banqueta, mientras la fluorescencia de Satanás entraba y salía de Ernesto como el barrido circular de un faro: *Dentro de diez minutos tengo que ir a laburar y volver esta noche a dormir en la chambre y si le pido a Carlitos que me defienda ni siquiera va a poder entenderme y si llamo de larga distancia a casa no soy un hombre: soy una gallina de mierda. Y en este momento hay gente peleando en todo el mundo contra cosas muchísimo peores y además yo lo único que hice fue tratar de ayudarlo a creer. Acá lo único que hay que hacer es acordarse de Jesús de Nazaret, padre. Acordarse del Hijo.*

Pero esa noche en la taberna me tuve que zampar unos cuantos rones puros y terminé escondiéndome en el baño para agarrarme el badajo mientras rezaba: *Ahora preciso eso que llaman valentía. Nada más. Nada más.*

Y mientras volvíamos al Stella le comenté a Carlitos que Ernesto tenía un ataque de paranoia espantoso aunque le pedí que me dejara subir solo y en la chambre encontré nada más que *El pozo* abierto y subrayado en el capitulito que dice: *Sólo dos veces hablé de las aventuras con alguien. Lo estuve contando sencillamente, con ingenuidad, lleno de entusiasmo, como contaría un sueño extraordinario si fuera un niño. El resultado de las dos confidencias me llenó de asco. No hay nadie que tenga el alma limpia, nadie ante quien sea posible desnudarse sin vergüenza.*

Y a los cinco minutos entró Satanás con las córneas color malvón y me comentó que París estaba precioso para caminar pero yo me puse el pijama y me fumé el último Peter Stuyvesant y me dormí enseguida. ¿Me hizo dormir la fe?

Ya estábamos por bajar a Cannes en cualquier momento con los muchachos y al otro día conseguí que mi santo y único alumno de guitarra, el ingeniero Marc Bugeia, me prestara los quinientos francos que debíamos en el hotel y salude París.

Ernesto se fue a vivir a la camioneta de un gitano medio clochard que vendía droga y yo lo esperé en Cannes y en Saint-Tropez todo el maldito verano, y aunque Emilio lo vio en Saint-Raphael nos reencontramos recién en París a fines de setiembre.

La noche que nos cruzamos frente al Bateau parecía cambiadísimo y fuimos a tomar algo y me confesó que nunca le había pasado nada tan horrible como lo de aquel día y yo le contesté que a mí tampoco y de golpe me preguntó si seguía escribiendo.

Y cuando le conté que en Saint-Tropez hacía eyaculado más de cien sonetos en una semana me di cuenta que adentro de aquella gárgola quedaba tanto odio que el trabajo más grande de los hermanos humanos convocados por Vallejo era seguir creyendo en el olfato físico con que se ora y el instinto de inmovilidad con que se anda en dirección a Notre Dame y además en estos casos conseguirse un cuchillo.

9 / SAINT TROPEZ

Aquel segundo verano la policía de Cannes expulsó a todos los mangueros de la Croisette y hubo que rehacerse en Saint-Tropez a mitad de temporada y quince días antes de sacarme una foto abrazado con Brigitte Bardot llegué a andar hasta sin medias porque las que tenía se me agujerearon del todo y no sobraba un franco.

Pero a mitad de agosto conseguimos incluso un laburo fijo en el piano-bar *Chez Guislaine* y terminamos comprando una carpa-iglú en el Pam Beach Club, un camping seminudista de la plata de Pampelonne.

El verano de Saint-Tropez tiene una radiación dantesca muy pareja, aunque hay tres días de entrecruce del mistral y la tramontana que hacen volar hasta la degeneración, y el puerto quedó vacío y la última noche los muchachos se engancharon con las reventadas locales y yo me encerré en la carpa tratando de apuntalar la estructura de goma inflable con el estuche de la guitarra y las mochilas mientras tecleaba un epitafio tanguero hasta que se me ahogó el farol a mantilla y se me acabaron los fósforos y amanecí amortajado por el derrumbe y ya ese mismo día se debilitó el turismo y pudimos alquilar dos piezas en una pensión de la plaza donde los pescadores jugaban a la *pétanque* y ahora aquello era un lujo.

Ese año Brigitte Bardot cumplió los cuarenta y anunció su retiro del cine y yo le escribí una oda *in situ* después de la primera fiesta donde tocamos y bailamos juntos y después la retraté con devoción en *Cantor de mala muerte*, pero para mí la mujer más importante de Saint-Tropez fue Colette Charmeteau, la *naná* de Carlitos que bajó a dedo desde París porque se enloqueció esperando que el botija la mandara a buscar.

Colette era del campo y la conocimos trabajando como moza en un restaurant de La Contrescarpe y yo la invité a salir enseguida y bogábamos dulcemente por los museos y cuando su corazón de pájaro y su perfume triste empezaban a transformarse en una *fin*

caridad de mi rutina, para hablarlo en Homero Expósito, ella se enteró que Carlitos tenía fiebre y le llevó unas tartas y a la semana se mudaron juntos.

Ahora parecía la Lena Grove de Faulkner recorriendo el sur con una fe cieguísima, y uno le podía captar el paso entorpecido por un vientre ilusorio más hermoso que las montañas de la Costa Azul. El botija la echó y no sé si le dio plata para tomar un tren y recién ese otoño en París, cuando volvimos a compartir los discos de Zitarrosa y el mate y los poemas que casi me sacaba de la mano, supe que ella se creyó hasta los huesos que el *latin lover* tenía veintidós años y quería formar una familia igual que la de su hermano Emilio y que mientras esperaba que la mandara a buscar llegaba del restaurante y se ponía una almohada abajo del vestido para soñar que estaba embarazada.

A Colette la habían violado en un baile de su aldea natal a los catorce años y abrigarnos mutuamente más acá o más allá de cualquier posible *toque* fue una especie de peregrinación a una altura sin fondo y no importa más nada.

En la pensión de la plaza devoré el resto de *A la sombra de las muchachas en flor* y justo cuando cambió el clima se me acabaron las pastillas de betametasona y Guislaine demoró un fin de semana en conseguirme recetas y una noche que me asmaticé le acepté unas pitadas de hasch a Carlitos y terminé internándome en la colina de la Citadelle y de golpe se me cruzó un gigantesco pavorreal que venía caminando desde el fortín hasta que tremoló como un ángel y se hundió plateadamente en el cielo turquesa geometrizado por los pinares cézannianos y se me abrió tanto el pecho que escuchaba *indicaciones*: aquel lacre-pozzuoli de los tejados del puertito eran la tonalidad de la *misericordia terrestre* y ahora había que doblar a la derecha siguiendo el trillo de la muralla medieval y enfrentarse a *la testa solar que penetraba en el golfo* y entonces entre la anaranjada reverberación ovoide emergió la floralidad de dos barcas de vela avanzando *solas y juntas* y supe que para cualquier paisaje matrimonial clarividente *la montaña es más importante que el mar*. Igual que como vivimos hace treintaidós años con Rosina. Abajo estaba el blanquísimo cementerio marino de Saint-Tropez y entendí que todo lo ofrecido por la materia es *justo* y recién el 3 de diciembre de 1974 trasladé aquella ascensión a un texto que titulé *Para mi muerte: Que recorran las aguas álgidas de Jesús / o el corazón del rojo cruzado de pureza. / Que Don Quijote ruja saltando hasta el león / o se brille brotando del sexo a la paloma. / Que no se tema tanto ya que este poema existe. / Y una muchacha fértil perfumará la noche. / Que se comulgue siempre detrás de la tragedia. / Que se siga creyendo. / Que no se diga más.*

Y cuando crucé la plaza polvorienta todavía avioletada por los plátanos para volver a la pensión había cambiado todo.

Emilio Arteaga se entusiasmó tanto con *El exorcista* que al otro día del estreno casi me obligó a que lo acompañara a verla de nuevo y a la salida pasamos por la camioneta del gitano a comprar hasch y yo le conté la película a Ernesto y le sostuve y le hice bajar el odio con autoridad, aunque al llegar a Vincennes me emponchó el Ángel de la Mierda y me abismé panicosamente en el *aquello* y ahora era una voz más devoradora que muchísimos mahichembramientos de mistrales y tramontanas la que me pedía que matara a Carlitos y me tirara por la ventana y mi fetalidad trataba de emerger como el escarabajo de Atlántida hasta que el botija me preguntó algo a los gritos y *pude hablar* y zafé, pero quedé deshecho y el domingo decidí tocar timbre por tercera vez en el estudio de Cortázar y al llegar al final de la escalera comprobé que la cantata que caracoleaba hasta la rue de l'Éperon derramaba desde *allí* y que el Gran Cronopio *estaba*.

Entonces hundí el dedo en el timbre y el chicharrazo me pareció tan invasivo que me escapé corriendo y me gasté los francos que me quedaban en un café y un calvados en copa y me fumé dos Camel con un orgullo digno de las embocadas de Marlowe mientras pensaba: *Hoy voy a conocer a Cortázar*.

Y la segunda vez ya no había música y el hombre de dos metros y ojazos amarillos y barba y anchura a los Porthos ladró electrificado: *¿Usted quién es?*

Vengo de parte de Onetti, inventé. Y tuvo que resignarse a hacerme pasar y me ofreció un ron venezolano que acababan de regalarle y le conté lo elemental de mi vidurria parisina y a él se le acuó un desinterés hastiado de los moscones y desembuché: Lo que me pasa es que estoy medio muerto y lo único que tengo son mis poemas y si no me los lee alguien como usted reviento. Porque la verdad es que a esta altura ya no sé ni quién soy. Bueno, puso cara de maestro de escuela muy joven el Gran Cronopio: Yo vivo viajando y el tema de la militancia antifascista no me deja escribir. Pero si usted se siente así póngame los poemas en el buzón y déjeme un teléfono que los voy a leer con mucho gusto.

Y antes de irme me regaló un ejemplar del recién publicado *Octaedro* y me pasé un día encerrado leyéndolo y se lo analicé en una carta elefantiásica y terminé encajándolo como ochenta poemas en el buzón.

Ernesto caía de vez en cuando a Vincennes con máscaras de dolida bondad y yo tenía un cuchillo pronto en la mochila aunque a veces engranábamos y llorábamos de risa igual que en el Stella, hasta que un día le mostré una letra sobre *El principito* que compuse a

pedido de Juan Dalera y escuchamos un disco argentino muy malo con algunas escenas radioteatralizadas por Gómez Cou y me preguntó qué me parecía la domesticación del zorro y le contesté que bien, porque no significaba humillarse. Y para colmo le conté que en pocos días llegaba Álvaro Pierri y no sé cuál de las dos cosas lo enloqueció más, pero cuando nos despedimos en la puerta del Bateau los remolinos relampagueantes parecían fluorescencias asesinas de Vincent.

Y una tarde atendí el teléfono sintiéndome más acorralado que Gregory Peck en *Sólo los valientes* y cuando Cortázar me preguntó dónde andaba porque me había estado llamando toda la semana casi me voy de culo.

Al otro día nos vimos y me di cuenta que tenía el montonal de poemas marcado y subrayado y me elogió desmesuradamente la *infalibilidad del ritmo* y después se sacó los lentes para morderles una patilla igual que en una de las clásicas fotos juveniles: *Pero lo que me importas es esa maravillosa nostalgia en la que se usted hunde cuando le escribe a Peti.*

Entonces me animé a contarle lo de Bénédicte y le confesé que la adoraba como si fuera la humanidad sufriente y si no le parecía increíble que los mapas de los metros tuviesen una flecha roja señalando a Massy.

Nunca me había fijado, cabeceó desconcertado: Hay tantas cosas increíbles. Y yo quería agradecerle profundamente, además, el análisis que hizo sobre mis cuentos. Usted podrá comprender que después de haber escrito El perseguidor a uno se le hace muy difícil seguir probando.

Y todavía hoy me asombra aquel comentario que lo dejaba tan expuesto a las mormoraciones de los critiquitos que entienden todavía menos de almas limpias que de verdadera literatura.

París estaba muy distinto cuando salí del estudio del mosquetero exorcista. ¿Te molesta el amor de Cortázar, Satanás?

En noviembre seguíamos ganando tan poco que terminé por aceptarle a mi padre que me mandara el pasaje de vuelta pero con fecha abierta. Ernesto también estaba esperando un giro para irse y yo me prometí *no escaparme de Satanás pasara lo que pasara*.

Y un día Emilio se engargoló y me expulsó de Vincennes porque dijo que la casa había agarrado *olor a Principito* y alquilamos una chambre en el Stella con Tato Dalera y me apronté para el último round.

Ernesto recibió el giro la primera semana de diciembre y se despidió de la gente del barrio y me dijo que quería hacer un resumen conmigo y lo invité a mi chambre y me senté del lado de la mesita donde estaba el cajón con el cuchillo y me pidió que le mostrara algún poema y le di *Para mi muerte* y le gustó muchísimo.

Algún día tendrías que escribir una novela que se llamara El ángel del miedo en el paraíso de Adán, sonrió derrotadamente y le dije que iba a pensarlo y que no había más resumen para hacer y que teníamos que irnos *ya* porque se me hacía tarde en el Bateau. Y al llegar a la esquina de la rue Vaugirard y el Boul me taladró por última vez con el desorbitamiento y murmuró:

¿Por qué no te quedás piola de una vez?

Entonces sobreactué una especie de rabieta neurótica con patadas en el suelo y todo y Satanás empezó a lloriquear como una perrita y me dijo que *siempre me había querido* y me dejó abrazar vichándole las manos por si empalmaba un filo y después me pidió para escribimos y le dije que no valía la pena.

Eso era Satanás. Lo vi escaparse a las zancadas por el Boul Mich y demoraría mucho en darme cuenta que mi alma había quedado ciega pero que ahora era capaz de jugarse la vida llevándole flores a tres muertos anónimos en una isla llena de lobos. Ah, *los verdaderos ojos del alma*.

Y todavía me faltaban treinta años para poder cantar: *En una noche oscura, / con ansias, en amores inflamada, / ¡oh dichosa ventura!, / salí sin ser notada / estando ya mi casa sosegada. // A oscuras y segura, / por la secreta escala disfrazada, / ¡oh dichosa ventura!, / a oscuras y en celada / estando ya mi casa sosegada. // En la noche dichosa, / en secreto, que nadie me veía, / ni yo miraba cosa, / sin otra luz ni guía / sino la que en el corazón ardía.*

Esa noche el Cordobés me contó que se había peleado con la cleptómana y me ofreció compartir el bulo que alquilaba en el barrio y me mudé al otro día y marqué fecha de vuelta para el 10 de diciembre.

Nos despedimos con Bénédicte dando una vuelta por el Lux y le saqué una foto en el Pont Neuf que nunca le mandé y que pienso poner en la tapa de la reedición de *Creer o reventar*. Ahora la nena tenía novio y Rosina me esperaba atrás de la puerta de la primavera del 75 y si tuviera que definir la importancia que tiene una verdadera pareja en el *paisaje histórico de todos* no le agregaría un solo comentario a este poema que tallé mentalmente caminando por Buenos Aires en el 81 y titulé *El amor*.

En el principio flota fosforece / como un humeante traje de carne desplegándose / sobre dos esqueletos apagados. / Después pasa la vida. / Y en la red de cloacales trincheras ciudadanas / quedan algunos huesos / solitarios o no / luminosos y fieles / remontando la noche.

En *Creer o reventar* mi alter ego se llama Abel Rosso pero Colette Charmeteau es la misma, y quisiera transcribir esta escena inventada sobre mi última tarde en París porque se parece bastante a la verdadera anécdota pero es mucho más *real*, y lo que importa es eso.

“¿Sabías que en vacaciones te hice caso y leí ¡Absalón, Absalón!, al final?” desembuchó Colette cuando terminamos de comprimir y cerrar la valija. “Mirá vos” me reí: “No me habías dicho nada. Y qué te pareció”. “No lo entendí muy bien” dijo la muchacha, empezando a ponerse el impermeable y dejando de sonreír abruptamente: “Pero quería hacerte la pregunta final que le hace Shreve a Quintin, si no te molesta. ¿Por qué odiás a París?”. Abel no contestó y ella empezó a llorar sin hacer ruido. “Bueno, me voy” dijo sonriendo: “Gracias por los regalos”. Pero no pudo parar de llorar. Mientras bajábamos a la calle el llanto fue creciendo hasta hacerse ruidoso y casi se volvió un grito cuando nos abrazamos en la puerta del hotel. “Me voy sola” se las arregló para jadearme en la oreja: “No me acompañes a ningún lado, por favor”. Y corrió hacia el Boul Mich sin darse vuelta. Entonces terminé de entender lo último que me faltaba entender. “No lo odio” murmuré, con el jadeo de Quintin Compson entre la congelación celeste: “No. No. No lo odio. No lo odio”.

Lo primero que le dije a Saúl cuando lo abracé en el aeropuerto de Carrasco era que quería empezar a militar, y el flaco me pulverizó el hipervolumen ansioso con una seña de piedra. Bienvenido a la clandestinidad.

En marzo ya estaba integrado a dos agrupaciones del Partido Comunista, la barrial y la de escritores, aparte de la militancia en la reorganización del Frente Amplio.

La crisis de hundimiento en *aquello* que tuve frente a la foto de Ernesto a los pocos días de llegar se repitió en Aguas Dulces donde pasamos la Semana Santa con Saúl y Lil, pero esta vez fue leyendo *El idiota*. El asesino esperando al príncipe Mishkin en la puerta estuvo a punto de hacerme chorrear los requesones, y no me animé a despertar a nadie para que me hablara de cualquier cosa.

Pero el Ángel de la Angustia tenía preparado algo mucho peor para ese otoño: una crisis de horror a la nada que esta vez duró hasta que florecieron los frutales.

Los domingos neblinosos de abril ahora parecían invadirnos como una especie de fascismo oceánico, y tenía que aturdirme con la vineta casera de mi viejo y quedarme en el molde con la búsqueda de muchachas para la cucha porque ya en París había tenido un horrible sexo pasatista tres veces y decidí abstenerme hasta que me volviera a casar. Monogamia congénita.

Lo peor fue que alguien me prestó una revista *Crisis* que traía textos inéditos de Neruda escritos en Isla Negra poco antes de morir, y había un poema donde confesaba estar huyendo del *significado de la vida*, y aunque los dos últimos versos, *la luna sube como fruta blanca / y el hombre se acomoda a su destino* eran hermosos, aquella cobardía filosófica se me clavó como un latigazo en el cerebelo.

Era algo mucho más grave todavía que la queja juvenil de Miguel Hernández, *tanto penar para morirse uno*, que incluso cantada por Serrat puede hasta disfrutarse.

Yo me sentía *muy comunista*, y con Sergio admirábamos al *vitalismo-titanismo nerudiano* igual que como nos deslumbrábamos con Zorba el Griego y sus danzas dignas de Orff y de Nietzsche y de las barras bravas futboleras. Pero aquellos húmeros vencidos me noquearon, carajo. Menos mal que siempre existieron los Vallejo y los Eluard y los comunistas cósmicos anónimos que abonaron la *fe en el misterio*. Porque un Hombre Nuevo sin *vocación de eternidad* es más triste que un astronauta de los ciellorrasos. Y los *místicos de la materia*, como mi maestro de arte y de vida Manuel Espínola Gómez, *no se emborrachan con la nada: adoran la energía*.

Y ahora hay que repetir: son muchísimos llamados por el *alba de oro* y poquísimos los elegidos por la *noche serena*. La innegable genialidad de Neruda, además, a uno termina por chorreársele como si agarrara hielo mientras el Cholo ya mide el doble que el Aconcagua. Y cuando al *ídolo mesiánico* se le ocurrió titular su biografía con una frasecita digna de la revista *Para ti*, hasta pensé en ponerle a un libro *Confieso que he morido*.

El 30 de abril organizamos una manifestación relámpago impecable con el Seccional de la Cultura, y caminamos repartiendo volantes por Dieciocho de Julio entre Cuareim y Río Negro, a las siete de la tarde. No cayó nadie. Y para el otro día había programadas cuatro más en distintos barrios.

Aquella madrugada tomé mate escuchando el 21 de Wolfgang Amadeus por Dinu Lipatti y sentí algo que demoré cerca de veinte años en apalabrar. Esta es la letra que le puse al Andante cuando ya había dejado el Partido y vuelto al catolicismo: *No podrá el horror hundir la piel del cielo / porque habrá un mar bajo tu vuelo. / Hoy voy / hoy soy / hoy sé quién soy / y hoy doy mi fe / y hoy sé / que no sabrá la belleza dolernos / porque nunca podrá el sol del agua clara / morir. / No podrá el dolor hundir la piel del alma / porque habrá un pez bajo tu calma. / Hoy voy / hoy soy / hoy sé quién soy / y hoy doy mi fe / y hoy sé / que no sabrá la tristeza vencernos / porque nunca podrá el sol del Hombre Nuevo / morir.*

Y a las siete entró Sergio en mi cuarto vestido como para ir a jugar al fútbol y me dijo: *Solo no vas*. Y me puse una camiseta de Liverpool y un pantalón buzo y mi padre nos llevó hasta el Estadio y se quedó esperándonos. Había que converger a las diez en punto en el ombú de Anador y disolverse, pero esta vez los helicópteros giraban demostrando que estábamos más cantados que la *Oda a la alegría*.

Los milicos nos dejaron amontonarnos y terminaron arreando gente a lo bobo y hasta balearon a un muchacho adentro de la iglesia de Rossell y Rius. Nosotros nos salvamos. Y mientras mi padre nos llevaba a jugar un partido en Punta Carretas vi desaparecer la sombra cornuda del último helicóptero y pensé: *Te conozco*.

13 / PALABRA

Aquel otoño fundamos la revista cultural *Palabra* junto con Saúl, el ya mítico plástico Manuel Espínola Gómez, el poeta y médico Juan Carlos Macedo, el narrador Tarik

Carson, el poeta Víctor Cunha y el narrador y teatrista Ricardo Grasso, a los que se agregarían el poeta y narrador Leonidas Spatakis y la profesora y crítica literaria Laura Oreggioni.

La entrevista con Manolo fue en un boliche de la esquina de El Gaucho, y ya esa noche el hombre cincuentón y de rampante andadura juglaresca que se transformaría en mi biografiado y en mi maestro *matrero* me *abrigó* contándonos que a fin de año pensaba exponer en la Galería Losada unos *serenísimos paisajes geométricos impregnados de las asombrosas claridades de su Solís de Mataojo natal*.

A Juan Carlos Macedo, que acababa de publicar la plaqueta *Durar*, título que terminó iconizando toda su espiral poética, lo conocí en su humildísima casa donde el *pan de sus ojos* y la *gratia plena* de su mujer y sus hijas muy chicas transformaban las reuniones en *cenar de maná*.

La censura dictatorial nos obligó a ir formando un fondo de material con hondura de *acueducto político*, como le gustaba metaforizar a Vallejo, y ningún chisperío de barricada, lo que de paso ayudaba enormemente a excavar en la simbología arquetípica y no sociologizar con sequedad positivista.

Espínola se había dejado tragar durante más de diez años por su militancia en el gremio de los plásticos y propuso de entrada aprobar los materiales *por unanimidad*, porque ya no toleraba ninguna concesión o maniobra *oportunistista o aliancista con los nombretes de peso* y eso nos trajo alguna violenta discusión colectiva que sobrellevamos con verdadera hermandad. Ahora importaba más *la específica prospección cultural* que *la rivalidad primereadora de las vanguardias más o menos marxistas*.

Una noche que yo andaba con la camioneta de mi viejo Manolo me propuso ir a comer a una parrilladita de mala muerte que había cerca del zoológico y me explicó que él podía pagar su parte recién a fin de mes, cuando cobrara la jubilación. Y allí me volvió a hablar de los paisajes geométricos mientras devoraba una gigantesca morcilla dulce que pidió de postre: *Con esta serie lo que me importa es hacer Mozart. Esa serenidad para esperar a la muerte*.

Y cuando le pregunté si se podía ver algunos de los cuadros que iba a exponer en menos de tres meses chistó contrariado: *Todavía no los pinté. Esto de la revista no me deja empezar. Pero en cualquier momento voy a ver si me largo a meterles el diente*. Y yo pensé que estaba completamente loco.

Leonidas Spatakis era un hombre ya sesentón que había perdido un hijo de dieciocho años en 1972 y lo elegimos como director de la revista porque acababa de afiliarse al Partido y todavía no debía estar fichado por los milicos. Mediría un metro cincuenta y cinco a rabiar, y jamás voy a saber por qué mi detective Isabelino Pena tiene la gran nariz grumosa y el jopo jolivudense y la agilidad ardillesca de Leonidas. Y estoy hablando de mi *Marlowe* y no de mi *Quijote*. Un viejito preciosamente sano no muere arrepentido de haber salido a defender su costilla inmaculada.

La censura de los milicos aprobó la publicación de *Palabra* pero el Ministerio del Interior secuestró los plomos cuando ya se estaban imprimiendo y nos quedamos sin la revista y sin la plata que conseguimos vendiendo bonos. Spatakis las pasó bravas declarando durante horas y esa tarde me largué en la camioneta a avisarle a Manolo, que todavía vivía en el taller de Avenida Brasil, y cuando me gritó que pasara lo encontré terminando *Cierto regreso, cierta continuidad, cierto sueño* y tuve tiempo de vichar el ya terminado *Más allá de nuestros días*.

Entonces la *espesura visible del reino* que solamente él pintó en el Uruguay, porque la grandeza torresgarciana *no horadó* la irradiación de la *sagrada invisibilidad*, me hizo retroceder el horror con la contundencia inapelable de Mozart. Manolo ya estaba elefantiásico y le avisé lo de la revista y gruñó y salí rajando mientras él volvía descargar el *pincel percutiente* con medio cuerpo desnudo y las cejas al viento.

Y el 18 de noviembre se estrenó la exposición de los ocho cuadros polifocalistas en Galería Losada y fuimos con mis padres y Rosina y desde allí cruzamos al Millington Drake, donde Álvaro Pierri daba su primer concierto después de ganar el Concurso Internacional de París con medalla de oro.

¿Y ahora cómo hacía el fascismo para prohibir que la platería del barroco matrero que empezó amasando Fabini en Solís de Mataojo y José Pierri Sapere en Pan de Azúcar nos impregnara con una todopoderosa *sed de cielazos*?

14 / ROSINA

Durante julio y agosto del 75 viví sintiéndome un gusano entrealado y milimétricamente detector del avance primaveral, y tanto las pelusas y las melenas de los álamos y los sauces como las explosiones nacaradísimas de los frutales parecieron alfombrarme el

tambaleo hacia una llamada telefónica que hizo Rosina para empezar a tomar clases de guitarra.

Y la *adivinación mutua del otro esperado* fue tan ciegamente total que cuando le abrí el viernes 19 de setiembre lo único que nos faltaba era *contemplar aquel rostro elegido desde el más acá* y la clase duró tres horas y tres clases después la invité a ir al cine y al despedirnos en el jardín de su casa arrancó una corola y me la dio pestañeando mucho y en la dedicatoria del poemario *Bodas de hueso* no necesité más que literalizarlo: *para Rosina / que me clavó en la mano / un pensamiento azul*.

Y este es un poema eyaculado un mes antes de conocernos: *Primavera primera / sembraremos / el corazón del mar bajo los álamos / donde un ventoso vuelo virginal / brillará locamente / amarillándonos. / Borrado mi arretrato atiborrado / de rebosante sombra / entre setiembre / ya llegado tras trigo al barro rojo / será gallo mi llaga / festejándonos*.

Y en la tercera parte de *Morir con Aparicio* el monólogo define así a la *fe clarividente* que transformó a Justo Regusci y Magdalena Tomillo en una silueta de dos cabezas: *y en menos de seis meses te habías enamorado del océano y en un solo lancero del verdor esmeralda de la muchacha pálida vulnerable y purísima que hamacaba sus músculos con la delicadeza y el coraje latentes de una vara de mimbre estremecida entre su anonimato*.

Sergio, además, que siempre derrochó un talento plástico que según Guillermo Fernández, *muchos profesionales adictos al jeteo de pasarela quisieran para un día de fiesta*, captó con exactitud aquella extraordinaria *euforia danzante* que derramábamos sin el menor aspaviento en una crayola donde aparecemos caricaturizados al estilo de Olivia y Popeye.

Rosina tenía 19 años y yo 27, y nos comprometimos en enero y nos casamos en agosto para que aquel pedazo de casa que me habían alquilado unos primos y nunca llegó a ser bautizado como *Eridanus*, se transformara en nuestra primera montaña empujada a cuatro manos.

Y en la luna de miel en Porto Alegre fue todo tan maravilloso que durante ascensión al morro entre un atardecer muy anaranjado pensé rotundamente: *Qué me importa la nada si existe esto*. No sé quién fotografió a mi padre saliendo del Registro Civil el mediodía que nos casamos, pero lo que le falta a su encorvamiento tristón es una leyenda englobada igual que en las historietas: *Ojalá que Huguito dure*.

Y fue recién leyendo el insondable *Mujeres que corren con los lobos* de Clarissa Pinkola Estés, no hace más de cinco o seis años, que tanto Rosina como yo entendimos con qué clase de salvajismo había nacido ella: el de la niña-muchacha-mujer condenada a parir y defender su círculo-tesoro de profundísima nieve contra la *barbarie ilustrada del machismo depredador*.

Los Esposos de hueso saben que lo que llamamos *suerte* jamás es una condecoración del azar y que a la hora de durar *los de afuera son de palo* en cualquier campo sacro. Y que las cicatrices y las culpas son de exclusiva responsabilidad de la casa.

Lo que me tranquiliza bastante, además, es que cuando escucho cantar a Sabina *Porque siempre hubo clases y yo / no doy bien de marido / otra vez a perder un partido / sin tocar el balón*, pienso: *Yo lo empaté*.

Creo que Rosina tuvo muchísima más paciencia que yo en estos treintaidós años, y los primeros en darme la razón serían nuestros hijos, Micaela y Nacho, aunque jamás podrían ser imparciales porque para los Giovanetti-Biagioni ella fue una madre, por lo menos hasta cierta altura de la vida y hablándolo en Darío, *como se debe ser*.

En la novela *La indecente noche de Yemanjá*, publicada en el 94, la retraté encuadrada en su profesión de Asistente Social, que ejerce a lo Kübler-Ross: *Pero entre Rosina y Ma-Sa ya existía un arcoiris de complicidad más alto que cualquier palabra. La mujer era rubia y delgada, y al torcer levemente la cabeza lograba que sus ojos derramaran un verdor excluyente de toda vanidad. Miraba como los niños, los elegidos y los moribundos*.

15 / SAÚL

Enseguida que la dictadura prohibió la *subversión cultural* de la revista *Palabra* nos propusimos contragolpear con una antología que titulamos *Cuentos 75'* y que estaba integrada por textos de Saúl Ibargoyen, Tarik Carson, Manuel Márquez, Ariel Méndez y un servidor.

Yo incluí el recién terminado *Rapto a la nieve*, un réquiem barajado en cuatro planos diacrónicos que funcionaban bien, pero todavía me faltaba mucho para encontrar la *unidad rítmica* de la frase, y se mezclaban una primera persona infantil que después desarrollé en *Ángeles y lobos* con larguísimas espirales faulknerianas y una sequedad

dialógica *alla* Hemingway apenas *entonadas* por una *resolución lírica* propia que ya no iba a perder, tanto en significado como significantes. Nunca redité ese texto.

Y cuando el volumen ya estaba impreso y en fase de encuadernación los milicos se llevaron al secretariado del Seccional de la Cultura del Partido y apenas tuvimos tiempo de rehacer un pliego y emparchar una hoja a mano para que Saúl apareciera con el seudónimo de Antonio Silva. Pero el libro salió.

Y después a esperar. Yo pasé algunos días en Montevideo, y se escuchaban rumores de que la barrida era a fondo y al principio me despertaba cada motor nocturno, aunque después salimos a vender el libro puerta por puerta con Rosina como si tal cosa, y nos vimos un par de veces con Lil y supimos que Saúl estaba incomunicado pero recibía ropa y que el mejor desenlace posible era que le dieran chance de exiliarse.

La sucursal de Maspons que atendían mis padres quedaba en la galería Tualsa, en pleno Gorlero, y ese verano quedó vacío local de al lado y mi viejo y mi hermano lo consiguieron para exponer y me mudé a atenderlo.

La verdad es que ningún momento tuve verdadero miedo de caer porque ahora conocía la irradiación del sótano de Satanás y sabía que la fe en el hombre que compartíamos con Saúl no se *desalma* con ninguna tortura.

Entonces necesité zambullirme en una novela que había empezado a soñar una mañana de abril, cuando llamé por teléfono a Laura Oreggioni y su esposo, el doctor del SOYP Jorge Infantozzi, me atendió desafiante: *Si se viene a tomar unos mates le hago un cuento de la Isla de Lobos que no va a poder dejar de escribir.*

Y enseguida atravesé las tres cuadras con luz de Sisley que me separaban del Pasaje de la Cantera sintiendo que me esperaba mi nuevo libro.

Infantozzi me habló de una *leyenda* que circulaba en la isla sobre *alguien* que ponía flores secretamente en un cementerio de tres cruces anónimas y casi nada más. Así es de complicado el buceo en la belleza cifrada de este mundo.

Y aquel febrero hice lo que no se le puede recomendar a ningún narrador: empezar una historia supuestamente larga sin saber *adónde iba* ni *cómo*. Tenía bastante material recopilado sobre la isla y *algo maravilloso* que me bombeó el inconsciente: la florista clandestina era una *niña ciega*.

Y cuando crucé a Lobos en una lancha turística y apenas nos dejaron recorrer el muellecito lleno de *pelucas perdedores* sin acercarnos a las calagualas donde podía rastrearse el cementerio, sentí ganas de mandar el proyecto al carajo y en algún recoveco del vértigo habrá vibrado la lección de mi abuelo frente a aquella pared oscilante que derrumbó mi padre: *Así es cuando está bien*.

Y esa tarde me decidí a teclear haciendo hablar desparramadamente a la niña y en dos años de producción muy discontinua llegué a unas ciento veinte páginas de las que terminé tirando noventa para incrustarle tramos contrastantes armonizados en primera y tercera persona con el definitivo *color de mi frase* que encontré en los cuentos de *Cantor de mala muerte*. Y ese *melodismo vertical* era una digestión, como ya adelanté, del empaste arcoírico de Mozart y García Márquez.

Saúl estuvo a punto de perder la vista durante el exilio mexicano y pudo operarse a tiempo y yo sangré este poema: *Un hombre se arrodilla para morder la tierra / con la media ceguera de su mirada en ascuas: / un hombre solo / muerde la canción en la sombra -con su hocico radiante- como al único hueso que ha podido salvar / definitivamente / de los perros del oro*.

Y en esos mismos años Alondra Pérez, la niña ciega de mi historia que demoré muchísimo en entender que era *mi alma* se encerraba en el baño para jaderar: *Jesús: yo ya sé no sé quién soy pero sé que tú sos el Padrenuestro. Ayúdame a ser buena y feliz y no me dejes olvidarme de los colores del mundo. Amén*.

Y entendí que si Saúl no hubiera aguantado la tortura mordiendo mudamente mi nombre yo hubiera terminado de volverme loco en el sótano sin fondo del fascismo.

16 / MICAELA

El 31 de julio de 1977 mi esposa estaba a término y ese domingo casi primaveral nos fuimos caminando ida y vuelta hasta el Carrasco profundo y al volver comimos ravioles y mucho postre con mis padres y cerca de la medianoche Rosina me avisó que tenía contracciones desde el mediodía y tomamos el tiempo y ya eran cada seis minutos y yo me preparé el mate como indicaba Sacchi en *El parto sin dolor* y recién a las tres de la mañana se internó en la Médica Uruguaya acompañada por mi madre, porque las salas ni siquiera eran individuales.

La partera llamó al médico y nos pidió que volviéramos en cinco o seis horas y recorrimos la rambla con mi padre hasta casa bajo una luna tan llena que se me desbordó una PAX-LUX bogadora y de golpe pensé: *¿Qué es lo que nos importa?* Y enseguida me contesté con una placidez dulcísima irónica: *No nos importa nada más que todos los hombres que murieron y todos los que viven y van a vivir y la tierra y los planetas y las galaxias juntas.*

Y a las cinco sentimos que no podíamos esperar más y llegamos justo para ver a María Micaela llorando resplandecientemente atrás del vidrio.

El día que cumplió un año le regalamos una canción que salía en un aviso de la tele y le encantaba: *Chiquitita*. Armamos el tocadiscos en el suelo y ella se acercó gateando y escuchó un mensaje del grupo Abba que no va a dejar de abrirla jamás: *Chiquitita no hay que llorar / las estrellas brillan por ti allá en lo alto*. Y se reía sin parar, *entendiendo*. Porque Micaela y Nacho *siempre entendieron todo*. Y debe ser porque los esculpimos con la *fe clarividente* de nuestro *más acá*.

Y hay una foto de Miki tomada al lado de un jazminero muy viejo que pertenecía al chalet originario, donde ella tiene dos años y sostiene una corola como si profetizara la transfiguración completa de todos los horrores. Está vestida con un enterito turquesa y los ojazos del mismo color se alzan bajo la melena muy rubia hacia una *gratia plena* y una *exigencia de perfección* que nunca la abandonó y tampoco la dejó tranquila.

La foto está en blanco y negro, además. Pero ella sabe que hasta que no pueda adultizarse con los *colores* de aquella *plenitud* su vida seguirá siendo una batalla tormentosamente hermosa, como les pasa a todos los elegidos.

Hace poco pegué en el placard de mi escritorio o *trinchera estrellada*, entre una frase de San Juan de la Cruz y un paisaje de Cézanne, un poema que Miki me dedicó cuando tenía cinco años y ya sabía leer y escribir hacía rato porque Olga, la abuela materna, es una maestra-samurai.

En el reverso de la hojita hay un *Papá* anunciado entre dos flores y del otro lado un *POEMA La rosa blanca. Una Rosa blanca- / perFuma mi aLiento. / i pone un rostro blanco / en mi Pecho*.

Y también a esa edad empecé a enseñarle a cantar y a leer música clásica con la guitarra, hasta que a los doce años ya no quiso dar el examen de tercero con Olga Pierri y me va a seguir acusando toda la vida de ser un torturador de pobres criaturas. Otra loba en la casa.

Y la verdad es que, prolongando la glosa de Sabina, *no doy bien de marido* y fui un *demasiado padre* y si mi esposa y mis hijos no me hubiesen trancado dos por tres en la mitad de la cancha dejándome la marca de los tapones, no serían libres. El primer compañero de Micaela, Horacio Herrera, un extraordinario plástico emparentado con el divino Julio, sabe que la mujer-muchacha que hoy tiene treinta años es dulce y dura como el acero: si sabés contemplarla *con tiernísima ciencia*, para hablarlo en Idea Vilariño, te pone el corazón en la mano, y si le pisás la luz te electrocuta.

Hace diecisiete años, por ejemplo, que ni ella ni Rosina me leen, y yo sé perfectamente que lo que las aterra es tanto la posible invasión biográfica como el proselitismo místico y la indecencia bukowskiana que cultivo con alevosía y a esta altura me rendí a la justicia de esa incomprensión-cruz decretada en defensa propia, porque no se necesita padecer mis libros para quererme. Y últimamente ya no me lee ni Nacho.

Y ahora quiero advertirles a los padres de las criaturas que atiende Micaela, que es pediatra congénita, que las revisiones de mi hija incluyen una mágica inyección de aquella pureza lunar que llenó el universo con la *noticia* de su nacimiento y el reparto del jazmín que se le espejó en la *fe* turquesa a los dos años.

Los pacientes, en cambio, podrán aullar o patalear o levitar de fiebre, pero *entienden* quién los mira.

17 / KIERKEGAARD

La Programación Divina nunca deja de repartirnos alguna que otra *baraja encandilante* y uno elige agarrarlas o se acobarda o se emperra en obedecer a la opacidad grasosa del resto del mazo, pero también puede pasar que el cartoncito salvador nos llegue a destiempo.

En el 68 mis padres todavía no trabajaban en la sucursal puntaesteña de Maspons pero se me ocurrió pasar un fin de semana de agosto en el sucucho helado de Gorlero y mi tío me prestó la llave. Fuimos con un amigo, y en un escaparate giratorio de uno de los tres o

cuatro locales que abrían todo el año encontré *Kierkegaard y la filosofía existencial* de León Chestov y lo compré y me zampé la mitad en unos días y de golpe anoté *Soy un griego*, *Dios mío* y lo archivé y recién volví a sacarlo de la biblioteca diez años más tarde y me azuló la vida inapagablemente.

Y en el 78 mi madre, que había ofrecido la generosidad y el coraje que la definió siempre entre los vecinos para acompañar a Rosina durante el parto, se patologizó *ladymacbethianamente* con la posesión de Micaela y la *feliz familia Giovanetti* empezó a vivir en una especie de crujidero de dientes dantesco, aunque disfrazado de Parque Rodó.

Yo trabajaba paralelamente en *Ángeles y lobos* y en los cuentos minimalistas que me obligó a inventar el programa radial Discodromo de Rubén Castillo y que terminaron por serializarse en *Cantor de mala muerte*, recién publicado en el 86. Pero entre el 76 y el 78 encontré *la definitiva tonalidad de espada épico-lírica de mi frase* y me saqué de arriba un cargamento de historias europeas que hubieran dejado obesa a *Creer o reventar*. Y, sobre todo, aunque participé de la *resistencia cultural* que significaron las Ediciones de la Balanza, dirigidas por Rolando Faget y Laura Oreggioni, y publiqué los poemarios *París póstumo* y *Bodas de hueso*, no milité más. Ahora ya no había cómo, y las dirigencias comunistas se reorganizaban y eran barridas y prontuariadas en los diarios cada pocos meses.

Entonces desempolvé el ensayo sobre Kierkegaard y entendí, completamente, que *yo era religioso*. Y no *alla griega*, además. Después conseguí el *Diario de un seductor*, *Los estadios eróticos inmediatos o lo erótico musical*, *El concepto de la angustia* y *Tratado de la desesperación*, pero la comprensión global de la debo a León Chestov.

Una tarde estaba en el jardín de los Biagioni Pastorino, tomando mate y terminando de subrayar encandiladamente aquella baraja-pasaporte que compré en la península vacía y salió de visitar a la familia el médico de la familia, un argentino de muy buen trato y muy conversador que fue amigo de juventud de Bioy Casares y acá jugó al tennis en el Lawn hasta los ochenta años y derrochaba una *joie de vivre* literalmente francesa, y me preguntó qué estaba leyendo y carcajeó con una mezcla de admiración y desprecio: *Pero estos uruguayos son increíbles. Fijate cómo está el mundo y vos leyendo a Kierkegaard*.

Y otra tarde caí a la editorial Arca a cargosear a Beto Oreggioni para que me publicara de una vez el Aparicio y entró el esteta torresgarciano que me había demostrado la inexistencia de Dios en lo de Guillermo Fernández y lo raspé a lo Obdulio: *¿Sabés que agarré a Kierkegaard y me di cuenta que lo más importante que ustedes esconden en las facultades es que para Dios nada es imposible?*

El galán siempre tostado ni siquiera se puso histérico y se aplastó la melena sorbonniana antes de sonreírle a Beto: *Estas pobres generaciones nacieron condenadas a no digerir lo que les enseñamos*. Y hasta el buen José Pedro Díaz cabeceó, remachando: *Sí. Yo el tiempo que me queda no lo perdería con esa clase de filósofo*.

Una de las metáforas más imponentes de Teilhard de Chardin es la de que la mayoría de la humanidad viaja en la bodega de un barco creyendo ver el cielo y los que se la juegan y se escapan a explorar la intemperie de la cubierta para traerle *noticias azules* al rebaño tienen que vivir en guerra con la *barbarie ilustrada*. Artigas, por ejemplo.

Y con el tiempo entendí que el *casi impotente* Soëren ni siquiera encontró escaleras para subir a saciarse con la infinitud y tuvo que romper el cielorraso dostoievskianamente, a cabezazo limpio, y murió sintiéndose un fracasado porque el resto del cuerpo le quedó colgado adentro de la bodega donde viajaba el escupidor hombre-masa que Ortega y Gasset retrató con inmejorable precisión antes que los stalinistas y los nazis pactaran y coincidieran inventando un Homúnculo Nuevo peor que el del cesarismo yanqui. ¿Es triste? No: es humano, nomás.

18 / MI PADRE

Mi padre decidió irse en octubre de 1979, cuando al crujidero de dientes dantesco se le cayó el disfraz de Parque Rodó y vivíamos nada más que en la laberíntica obscenidad del Tren Fantasma de Lady Macbeth.

Yo estaba dando una clase de guitarra en mi pedazo de casa y él metió la cabeza relampagueantemente envejecida a sus cincuenta y nueve años con buena salud y bajó un pulgar a la romana y dijo: Yo.

A la semana tenía una gripe de pecho que terminó por ser un cáncer de pulmón y la agonía duró menos de dos meses.

En el poema *El cáliz*, que integra *Heredad de mi padre*, lo describí así: *Como brindis barrocos que acaban empedrando / los riñones del alma / -irreversiblemente- / te habitarán los vértices del desencuentro. / Se dividen las vidas. / Y la desgracia filtra / su amanecer oscuro entre la primavera / mientras un hombre muere / alargando sus*

húmeros / y el sudario morado irradia una metáfora / que no alcanzan las sondas / de la carne / o del cosmos.

Ahora me recuerdo sentado en la hamaca del porche más o menos diez años antes, frente a la gigantesca araucaria que ya se venía abajo y nos agrietaba los pisos. En la hamaca también estaba sentado Augusto Torres y a la izquierda mi viejo, en una silla del juego de jardín.

Sabe lo qué es crecer atrás de este tronco, me preguntó de golpe el Cacique, que hablaba poquísimo y con un confuso sabor de acentos macerados en muy distintos países. Y mi viejo se apantalló el oído menos otopresclerótico para que le repitiera la frase y se la repetí. A mí ni siquiera me pareció grave que Augusto recordara a don Joaquín con ese dolor tan manso y tan acusatorio, porque lo que realmente me ponía muy nervioso era la hermandad de sordomudos que tenían con mi padre.

Y al rato agregó: *Yo ya me estoy viendo venir el cajón y siento que no hice nada, ¿no?* Y ahora apenas retransmití hacia la oreja apantallada de mi padre: *Nada*.

En el 78 hubo que sacrificar la araucaria y se juntó medio barrio a contemplar el Gólgota desde la vereda y supe que mi orfandad demoraría muy poco.

Y aquel mismo año mi padre zafó de la ortodoxia torresgarciana que siempre recreó *muy bien* y pintó unos templos de construcción *naïf*, vacíos y santificados por una luz mental donde no llegó a horadar pero sí a *esmerilar la espesura del reino* y se transformó en el *maestro* más humilde que conocí en mi vida. Una prueba contundente es que este verano el gran Guillermo Büsch me pidió una antología esencial de Hugo W. Giovanetti Sanna para exponer en el Argentino Hotel de Piriápolis, el Hotel Rivendel y el castillo de Piria y sentenció: *Quería empezar la temporada con un maestro*.

Y en el póster-catálogo iconizado por un precioso retrato de Gurvich pude sintetizar un juicio que Manuel Espínola Gómez me dejó en borrador después de la segunda muestra póstuma: *La retrospectiva que vimos en el Centro de Artistas Plásticos en 1997 nos enfrentó a un verdadero “obrador con andadura”, alguien que investigó desde la “entraña” hasta el “límite” con gracia de construcción y claridad a la vez. Estamos frente a un plástico que nos impregna de una “alegre extrañeza” o una “extraña alegría” inquietante, por cierto.*

En el 80 *Ángeles y lobos* fue premiada en un concurso que organizaron el diario *El Día* y editorial Acali y desembuché en un reportaje que me hicieron para el semanario *Opinar*:

Porque mi padre era perfecto como lo puede ser cualquier hombre sencillo en una calle anónima, más o más allá del poder y la gloria. Y no todos podemos morirnos sin fallar.

Y durante la agonía le pude regalar una reflexión que le doró avitraladamente la fluvialidad: *¿Te imaginás lo horrible que hubiera sido para mí tener un padre como Torres García?*

Pero un día me agarré una rabieta con el bolichero de enfrente por algo que me gritaron cuando di marcha atrás y mi moribundo viejo, que siempre rezaba pero nunca se interesó en la eucaristía murmuró, fulminándome con un lila muy convexo: *Hugo, me parece que lo único que te puede curar ese carácter es la Iglesia.*

Y durante el velorio consolé a medio mundo y no lloré ni me quejé y la gente se maravillaba de que el neurótico estuviera *a la altura de las circunstancias*, como opinó Guillermo Fernández. Claro que en el 91 el inconsciente me noqueó con una depresión mortal igual que si dijera: *Ahora hay que arreglar cuentas, nene.*

19 / MORIR CON APARICIO

Durante el 79 escribí más de ochenta páginas de *Creer o reventar* y tuve que definir un *polifocalismo sistémico* en el uso de la primera, la segunda y la tercera personas, porque no concebía la historia ni me daban ganas de escribirla utilizando una sola de las tres *cámaras* de buceo visual y psíquico.

Al Hemingway posterior a *Adiós a las armas*, por ejemplo, la imposibilidad de *conjurar con vuelo* las diferentes omnisciencias de la primera y de la tercera persona terminó por secarlo. Pero en el medio siglo posterior la cultura de la imagen llegó a la luna, y tanto las fluctuaciones sanmarianas de Onetti como el más torpe mecanicismo de Vargas Llosa en *Los cachorros* y la giratoria elasticidad de García Márquez en *El otoño del patriarca* posibilitaron otra estrategia donde también intercalé la segunda persona ya muy usada pero con una *vitalidad de flujo* joyceano-faulkneriana.

Y hay que aclarar que sin la maravillosa *no-puntuación* del insufrible Joyce no tendríamos ese *galope* de Faulkner que fundó el condado lingüístico latinoamericano, tanto a nivel significante como en la voluntad del monocultivo de las más excrementales que heroicas sagas criollas.

Cuando me explotó novelescamente en el estómago la insondable milonga *Como un jazmín del país* de Washington Benavides la soñé distribuida en dieciséis casilleros, igual que al patear los azulejos que rodeaban el water haciendo *cábulas* liceales. Recién después de leer a Jung supe que el 4 representa a la Trinidad más la Virgen o la Trinidad más el diablo, además del enclavamiento alquímico del círculo personal en el pinchudo *totum* del mapamundi adulto.

Pero además tuve que definir una especie de código para la puntuación que excluía inquisitorialmente al punto y coma y no toleraba más que *una sola coma por frase* o sub-frase. La sub-frase se generaba con un sencillo y oxigenante dos puntos y chau. Casi un jadeo de parto.

Así encontré un sistema de pausas rítmicas que no abandoné más. Y cuando tuve que mandar a Justo Regusci a morir con Aparicio fabricando remolinos micro y macrotemporales de biopsias psíquicas o terremotos épicos collageados con diálogos o hasta partes de guerra recurrí a la fabulosa y facetadísima dilatación de Mrs. Molly Bloom.

Fueron Hugo Bervejillo y Olver Gilberto De León los que me señalaron la influencia torresgarciana en el cuadriculado de los capítulos, y hace muy poco me di cuenta que el postulado básico arranca con Cézanne, un maestro director de don Joaquín, cuando especificó que lo que él se proponía era *organizar el deslumbrante desparramo impresionista con un clasicismo propio*.

Y ese reajuste de la significancia del *corpus* y las *texturas* estaría marcando una impronta para una ya impostergable prospectiva posterior al *boom*, y el único colega con el que comparto esa búsqueda es el propio Bervejillo, aunque él apuesta a una fragmentación y reunificación dialéctica prolongadora de Dos Passos, y logra sosegar nada menos que la entalarañante fascinación del relativismo histórico.

Hay otras dos propuestas, además, las de Ibargoyen y Saramago, que podrían definirse como *encrestadoras* del *boom* y se enganchan a la revolución personal de Guimarães Rosa liberando una gozosa mixtura con la pura cepa lírica y un coloquialismo lúdico y por momentos ensayístico que refrescan la globalización de un Sahara empedrado o almidonado por el cambalache de la posmodernidad y la prolijidad neopositivista perseguidora de *le petit glamour* o la *glorieta*, Guillermo Fernández dixit.

¿Pero por qué se me ocurrió incrustar *Morir con Aparicio* en un fresco tan bifronte como el que forma con *Ángeles y lobos*? Por uno de esos *clic* que algunos llaman *caprichos del azar* pero que son el verdadero *maná* de este infierno tan querido.

Pasó que mi novelita lobera apenas había sacado una segunda mención en el concurso de Acali y *El día* y la editora colapsó después de publicados los dos primeros premios y Rafael Courtoisie y un servidor nos quedamos sin nada.

Y cuando le dije a Beto Oreggioni que estaba novelando *Como un jazmín del país* primero se hizo el bobo y después recorrió aquel caserón impregnado por la absurdidad astillada del Tata Brausen que se llamaba Arca y contrató: *Pero me imagino que no le vas a poner el título de la milonga. Eso parece de telenovela. Ponele algo con Aparicio, pelado.*

Y es anoche se me ocurrió el título definitivo y cuando Beto dijo *Entonces te la publico* retoqué *Ángeles y lobos* y terminé machihembrando un díptico a lo *Franny y Zooey* que desencandénó toda mi saga y así fueron las cosas.

20 / NACHO

José Ignacio Giovanetti Biagioni, Nacho, nació el 14 de enero de 1981, y lloró tan desesperadamente durante tantas horas porque su extraño destino es *adorar al mundo* y eso cuesta horrores.

Tiene la misma fluvialidad resplandeciente a prueba de cualquier contaminación de su abuelo Hugo y la misma terquedad matrera para correr hacia el reino de lo correcto *sin otra ayuda que la de su caballo* que su abuelo Julio o Coco.

Demoró muchísimo en hablar, pero ya antes del año percusionaba perfectamente sobre la cajonera de la camita y hubo que terminar fabricándole un techo con correas para que no se escapara cada cinco minutos.

Su reacción más radical frente a la belleza del jardín fue comérsela, y si lo veías entrar asfixiándose le arrancabas un gran bocado de barro, lo enjuagabas y seguía jugando lo más tranquilo.

Cuando nos mudamos al apartamento él ya tenía dos años y en poco tiempo pasaron dos cosas de *alto riesgo*, según define Demian a las transparencias del hielo delicadísimo.

Un día Micaela me llamó aullando para que matara una cucaracha y volé hasta el dormitorio sintiéndome Superman, me saqué una chancleta y aplasté al monstruo con un elegante *jump-shot* aprendido en el Marítimo y cuando traje una escoba y una pala de la cocina encontré a Nacho llorando inconsolablemente.

Dice que la cucaracha tenía derecho a vivir, me explicó Micaela, aunque él se tragó el trance con el mismo hermetismo de cartujo que tiene la madre a la hora de quejarse.

Y otro día entró a mi cuarto a preguntarme qué edad tenía yo cuando murió el Tata Hugo y apenas dije *Treintiuno* hizo una cuenta rapidísima con los dedos de la mano derecha y se fue.

El miedo, padre, el miedo. Lo único que me consuela es que alguien escribió que *Dios no elige a los capacitados sino que capacita a los elegidos*, y es la pura verdad.

Además el mejor de los poemas que escribió Nacho entre los seis y los ocho años, hasta que se dio cuenta que había nacido guitarrista, reza así: *Pelando mi amor desgarré el mío / y ahora estoy yorando y asiendo un río. / Un pez pasa en el aire del río / y llo me digo / curaré al amor mío.*

La primera guitarra para adultos que tuvo fue *la rubia*. El luthier nos la trajo la misma mañana de Reyes aunque bastante tarde, y cuando el futuro alumno y heredero del estrellerío de Olga y Álvaro Pierri la vio rielando alazanamente en el sofá se sentó al lado y no se movió hasta el mediodía, y recién ahora siento que durante esas tres horas oyó *toda su vida*.

Nunca aceptó ni aceptará el trabajo sacrificado como obligación, pero los *elegidos*, precisamente, son los que *siempre* tiene el *don de elegir sin el menor pestañeo a favor de la pureza*. Son los que cada vez que intercambian un *Hola* en la vereda en realidad están repitiendo desde su cerebelo ciegamente equilibrista: *¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, / aunque es de noche!*

Nacho dio su primer concierto a los catorce años porque un amigo mío lo invitó y yo dije que eso era imposible para un chiquilín que *no estudiaba nada*. Entonces quiso tocar y lo preparó Olga, que ya lo había expulsado una vez de su casa por *no estudiar nada*, y tocó.

Y a los dieciocho años, cuando ya era un concertista internacional con todos los concursos guitarrísticos a los que se presentó ganados *de taquito*, aceptó una consulta con Demian para tratar de entender por qué *no podía trabajar con regularidad* y mi psiquiatra sentenció, taladrándome hasta el erizamiento: *Este muchacho precisa plantar bandera frente a vos. Tiene demasiado padre. Y si seguís pinchándolo es capaz de dejar la guitarra. ¿Entendés?* Entendí. Me lo estaba diciendo el hijo de Eduardo Díaz Yepes y Olimpia Torres Piña, y *primer nieto* de Joaquín Torres García, al que llegó a agujerearle un cuadro con un flechazo.

Después Nacho hizo una terapia por su cuenta pero terminó por radicarse en Viena para estudiar con Álvaro en la universidad. Ya lleva cinco años allá, y vive con una violinista búlgara y se está por diplomar mientras prepara un repertorio heterodoxo de tango grelero y música ultracontemporánea con yeitos populares.

Nos visitó por primera vez este verano y tocó algunas cosas de una asustante belleza que piensa venir a presentar en público en 2008, aunque con él nunca se sabe.

Y como comenta Salinger en *Franny y Zooey*, no es que Nacho fume sin parar por *vicio*. Es que si no tuviera cigarrillos a los que agarrarse *se nos escaparía flotando* hacia el lugar donde seguramente *reina una adoración sin miedo*.

21 / EL CANTO POPULAR

Entre el 75 y el 80, cuando la dictadura fue derrotada simbólicamente en un plebiscito donde la gente uruguaya *se unió a rajatabla* por primera vez desde el festejo de Maracaná, se consolidó una nueva canción de texto tan intergenérica como multigeneracional proyectada a través de espectáculos, discos y espacios radiales que desbordaron la censura fascista activando *arquetipos heroicos* más acá o más allá de cualquier bandería política.

Casi toda la primera generación de cantantes vinculados a la *redención utopista* estaba en el exilio, y ahora *el propio arte significaba la libertad posible*. Y fue el *vuelo artiguista*

lo que prevaleció sobre *la prospección con cielorraso* de las dirigencias masónicas o marxistas.

Saúl seguía trabajando en México con la amplitud y la eficacia no oportunista de los *camaradas cósmicos*: era Jefe de Redacción de *Plural* y colaboraba con el diario *Excelsior*, donde me publicó reseñas sobre Larbanois-Carrero, Darnauchans, Dino y una ensalada editada por Sondor y CX 10, además de un largo reportaje a Washington Benavides elaborado para la revista. ¿Pero cuáles fueron los *arquetipos heroicos* básicos alquimizados por aquel *canto popular* que hipnotizó a este pueblo tan peligrosamente adicto al *bienestar de asadito* como al impurísimo plomo de la *sabiduría universitaria*?

O mucho mejor preguntado: ¿cuál fue la herramienta desenterrada por la tribu para bailar y no llorar en la gruta donde ahora pintábamos exorcizantemente a la Bestia con forma de gorila y no de bisonte?

La herramienta ancestral fue la *negrura ecuménica*, que en nuestro caso fusionó al candombe y la milonga con el rock hasta desencadenar una *reverberación religada*.

Acá la tierra no se *aterremotó femeninamente* hasta que el *semen de oro del caderazo* no le *fecundó la fe en un hombre nuevo purificado de las eminencias grises que no gritan de amor*.

Y de golpe la primera generación exiliada aprendió a mixturar cualquier arpegio con la lonja y el bajo y el bombo y el redoblante que en los 60 fueron marginales: desde Dino, Mateo y Rada hasta el Momo de los Olimareños. Y los tablados dejaron de ser ghettos para parir, *entreverados pero juntos*, una *rajadura coral de belleza celeste y uruguaya digna de un obelisco*.

En el 81 empecé a trabajar con Washington Carrasco y Cristina Fernández, un polifacético dúo intergeneracional que además aportaba, junto a la de Vera Sienra, una de las primeras grandes voces femeninas sucesoras de Amalia de la Vega, a la que siempre se ignoró olímpicamente por sectarismo machista y político.

Cristina, o la Gallega, le hizo sentir al pueblo una especie de fascinación solamente comparable a la de la Sierra de las Ánimas. Y una vez que estábamos manifestando por Dieciocho alguien la envolvió con una bandera y le dijo *Sos patria*, y tenía toda la razón del mundo.

En enero del 83 alquilamos juntos una casita en Playa Grande y en esos días compusimos con Washington el *Romance del jazmín de madera* y ellos empezaron a trabajar en el dueto de *Viejas canciones*. Y allí vivimos el gigantesco paro cívico que puso al rojo aquel verano, y contemplamos el desalojo y el apresamiento de los obreros que ocuparon la fábrica de pescado de Playa Verde mientras oíamos CX 30, que irradió *canto popular* todo el día. *La belleza celeste no paraba*.

El repliegue de la península donde Playa Grande se conecta con Playa Hermosa genera un espejismo crepuscular casi de noche blanca: el sol flota colgado tan aparentemente al sudeste como si se hundiera y saliera al mismo tiempo.

Y una tarde Washington besó la caña alicorada con orejones y mordió la pipa escrutando la gran brasa granate que astillaba la espesura detenida del mar igual que en un Monet y suspiró: *Y quiero que me perdonen / por este día / los muertos de mi felicidad*.

El primer tema que compusimos, *Somos la sal del mundo*, fue cantado durante la fiesta que organizó Adempu en el Franzini con Zitarrosa de vuelta en la cancha, nada menos. Y para mí se cumplió un sueño de acercamiento al pueblo más importante que el de las reediciones de los libros.

Y el día que se desexilió Alfredo y los músicos eligieron a Cristina para que le entregara un gran ramo de flores blancas nuestra femineidad empezó, finalmente, a brillar en su sitio.

22 / EL OBELISCO

Hoy hace diez días que presentamos en el viejo teatro de barrio de Malvín el espectáculo *Belleza uruguaya*, que incluyó el lanzamiento de mi última novela, *El evangelio según el traidor*, el estreno montevideano del *making-off* del largometraje *Jesús de Punta del Este* de Álvaro Moure Clouzet, y actuaciones de los protagonistas centrales de la película, el cantautor Guillermo Wood y la bailarina de candombe Leticia Acosta.

Julio Nattero, un vecino integrante de *La Gozadera*, la comparsa y gestora cultural que co-produjo el acto junto con el Montevideano Laboratorio de Artes y el Grupo Editor Caracol al Galope, me preguntó el día anterior, mientras me cortaba el pelo en su casa, qué entendía por *Belleza Uruguaya*, y yo no tuve más remedio que aludir al acto

clandestino contra la dictadura que protagonizamos medio millón de personas frente al obelisco la tarde rabiosamente primaveral y radiantemente artiguista del 27 de noviembre de 1983.

Después del plebiscito del 80 ya se habían organizado actos zonales rápidos y sin oratoria donde empezaron a aparecer carteles con las caras de Aparicio Saravia y José Batlle y Ordóñez, los irreconciliables enemigos y mutuos admiradores novecentistas que paradójicamente afirmaron sin vuelta atrás la *grandeza libertaria* de esta comunidad que ningún *artiguista* debería llamar *paisito*.

Y cuando Nattero terminó de recortarme la barba ya estábamos de acuerdo en que *no puede haber belleza uruguaya en ningún discurso que no genere una base de unión hacia una humanidad nueva fermentada sobre arquetipos universales pero enriquecidas con nuestras incanjeables facciones*.

Y que todo esto implica la complicadísima construcción de una cultura con un sentido *purificador y enamorado del vuelo*. Por eso lo profundamente *oriental* o *uruguayo*, como quiera llamársele, tiene que *engancharse con Artigas* o *desanclarse de lo cósmico*. No hay otra elección.

Me contaba mi madre que durante el primer verano vivido en dictadura, cuando Sergio viajó a París, a veces cerraban Maspons a medianoche y se escapaban de la frivolidad del corso de Gorlero y mi padre se paraba en la plaza de Maldonado frente a la estatua de Artigas, a una cuadra del Cuartel de Dragones, y se ponía a cantarle una de las *Décimas al Cumba Viejo* que le había escuchado a Tabaré Etcheverry por primera vez en el taller de casa: *Quisiera verte hoy aquí / que somos tantas banderas / y que se ha vuelto tapera / lo que querías conseguir / yo sé que es mucho pedir / un sueño de ese tamaño / fanega y media de años / es carga para el más fuerte / por eso lloro mi suerte / y hay que ver cómo ye extraño*. Y ella no se animaba a taponarle la boca.

El 27 de noviembre de 1983 la militancia clandestina barrial organizó la ida al obelisco en bañaderas y nosotros salimos de la esquina de Grito de Gloria y Rivera con los chiquilines, por supuesto. Micaela tenía seis años y Nacho todavía no había cumplido los tres, pero lo que nos empujaba era *algo* capaz de sobredorar la tarde y paralizar al diablo más pintado. Se llama *fe*, y para definirlo a lo Linacero, vendría a ser como una *capa de paz que visita cualquier clase de alma en cualquier momento y ordena todo en todos*.

Hay una foto mítica que sacó mi ex-alumno de guitarra Pepe Pla colándose en un edificio vacío con un fervor digno de Blanes y que Antonio Dabezies tituló al otro día en un semanario: *Un río de libertad*.

Es un paisaje digno del mejor oro evolutivo que pueda imaginarse en cualquier comunidad de cualquier época, y representa la montañsidad más absoluta emergida de este pueblo tan peligrosamente adicto, como ya quedó dicho, a la *mística de parrillero* y al eterno paño tibio de la *epistemología universitaria*.

Y sin embargo fueron Gonzalo Aguirre Ramírez y Enrique Tarigo, dos *dotores* de los que desconfiaba tanto Aparicio, los redactores de una proclama que entremezcló y transfiguró maestramente retóricas de barricada y Palacio Legislativo para que Alberto Candéau pudiera ensartar en un solo alarido de espada fálica todas las griterías y volviéramos a casa a festejar la echada de culo de la Bestia.

Y eso empezó cuando un ex-contrabandista se *casó* con el verdor y la platería serrana de una Banda salvaje y se volvió Blandengue para que no la siguieran despedazando los portugueses y en la intemperie mestiza de Arerunguá concibió un agrupamiento continental revolucionario y antimperialista y crístico que *existió* y fue forzado a *rendirse* aunque el Hombre Nuevo jamás va a *darse por vencido*.

23 / LA HEREDAD

Porque sólo la muerte construye / la espesura del amor, grabó sobre la piedra Juan Carlos Macedo.

Y entre el 80 y el 82 resistí los achaques boxeando mentalmente con veintún textos como me había pasado durante algunos días muy duros en Saint-Tropez, pero esta vez era con la colaboración de un espejo que colgaba del otro lado del sol.

Por eso especifiqué en la dedicatoria de *Heredad de mi padre: Padre: escribimos juntos / estos poemas / desde que me abrigó / tu lámpara celeste. / Estás allá y aquí / y estoy aquí y allá / como hermanos que llevan / un idéntico nombre. / Que así sea.*

Hubo un tercer soplo autoral, además, y demoré años en entender que esa nueva *coloración vocal y conceptual* provenía sinestésicamente de la atmósfera de los cuadros polifocalistas de Manuel Espínola Gómez, y muy en especial del horadante *Alborada en*

las gargantas, donde el morado y el bermellón del gallo que clarina la gran noticia parecen destapar el misterio.

En esos años también leí *Introducción al cristianismo* de Joseph Ratzinger, una *summa* posconciliar que me había recomendado Guillermo Fernández mientras agonizaba mi padre y sentí que la *palpación paulina del reino del más acá que reinará más allá* era la *única dialéctica histórica* que me importaba, aunque el desexilio y las *grandes esperanzas de avanzar en democracia hacia una revolución mesiánica* terminaron retrotrayéndome a mi inocente pose de 34 oriental más angustiado que nunca.

El mes pasado Sergio me invitó a ver a Liverpool al Parque Central y mientras los negriazules perdían inmerecidamente una vez más en la vida pudimos filosofar tranquilos y me sorprendí afirmando que *papi le tenía más miedo a la vejez que a la muerte.*

Y sin embargo no es justo sostener que *se haya ido* por eso. El mismo día que mi padre se metió en la cama por aquella gripe de pecho que escondía un fulminante cáncer de pulmón mi madre discutió en la cocina conmigo porque era sábado y Rosina acababa de llevarse a Micaela a ver a los otros abuelos *todo el fin de semana* y de golpe empezó a danzar rebotadoramente contra la heladera y la mesa y los armarios chillando *Yo el único lugar donde quiero vivir es en el cementerio con mamita*, y cualquiera podía darse cuenta de que *el tumor principal de la familia Giovanetti Viola era el amontonamiento de gente contaminada por la autodestructividad de Lady Macbeth.*

Vale decir: que mientras *ella no decidiera escaparse al cementerio*, como terminó haciendo once años después, por lo menos tenía que irse algún otro de la casa. Y como el *malo* que no le ponía a la nieta en los brazos *todas las horas que ella quería* era yo, parecía muy evidente que lo único que me quedaba era borrarle por lo menos a lo de mis suegros antes de que el Tren Fantasma nos pusiera bizcos a todos.

Y eso lo decidí esa misma semana, pero ya era tarde. Ahora la gripe de mi viejo se había transformado en neumonía y había que esperar que desapareciera el nubarrón de las placas y no desapareció. Le tocaba irse a él.

Y como odio la ironía cuchillera más que al odio y no tuve más remedio que usarla para contar la decadencia macabra de un parque que pudo ser un pedazo del *paraíso del más acá*, quisiera compensar al tajeado lector con la historia de dos *milagros subterráneos* vinculados a la heredad que importa.

Después que faltó mi padre decidimos que Sergio me fuera comprando mi parte de la herencia y sacamos dos préstamos en el Banco Hipotecario para que yo pudiera conseguirme un apartamento, y ese verano tuvimos una discusión tan fuerte que terminé sentado veinte minutos abajo de la ducha y después me encerré en el taller y metí la mano en un bolso donde se empolvaban mis papeles adolescentes y lo *primero* que saqué fue un tiernísimo poema en prosa que se titulaba *Hermano, lluvia...* Se lo había escrito a Sergio cuando él todavía estaba en la escuela y lo *escalofriantemente asombroso es que estaba pasado a máquina por mi padre. Porque yo jamás empecé una frase con mayúscula sin dejar un espacio después del punto. Y mi padre escribía así.*

Y otra cosa inexplicable era que mi padre *jamás pasaba de nuevo a máquina lo que yo ya había escrito*. Entonces salí corriendo y se lo regalé a mi hermano y nos reconcilió inmediatamente una especie de arcoiris que nos llegaba desde el otro sol.

Y cuando estábamos por cobrar los préstamos apareció el abogado del padrino de confirmación de Sergio para decirle que acababa de heredar cinco mil dólares que se quintuplicaron en valor *esa misma semana* porque la dictadura rompió la famosa tablita y terminé comprándome un apartamento de tres dormitorios en Punta Gorda. *¿Casualidades?* Sí, pero de las que nos *llueven* nada más que cuando nos *queremos*.

24 / EL PARTIDO

Yo hacía años que me consideraba *desasimilado* del Partido Comunista, y empecé a participar como independiente en las reuniones barriales de reorganización clandestina del Frente Amplio y seguía bolicheando con Leonidas Spatakis, Felipe Novoa, Manuel Márquez, Ariel Méndez y algún otro escritor camarada de la vieja guardia cuyo nombre aquí *sobra*.

Y un jueves santo Rosina me acompañó a la parroquia de San José de la Montaña en la calle Havre y no sería justo decir que *no sentí nada*, porque cuando el padre Peco hizo circular un crucifijo tallado para que lo besara el que tuviera necesidad me *escandalicé* en silencio.

El *nene* todavía no estaba preparado para *las verdaderas bodas con el dolor*. ¿Estará preparado en este momento?

Demoraría diez años en volver a aquel templo donde el padre Fidel Gil eligió usar la espada del Vaticano para partir un nudo dogmático y darme la comunión a pesar de mi divorcio.

Pero demoré muy poco en empezar a reunirme con gente de la nueva agrupación de escritores del Partido, que me invitaron a participar en una revista *amplia* y con los que me mataba de la risa payasescamente autocalificándome como *el monje de la junta* al estilo de Ernesto Cardenal.

Y un día nos reencontramos en una fiesta patria de la Escuela Susana Soca con Héctor Lescano, compañero de aventuras liverpoolenses de toda la vida, y el diálogo fue asombroso.

Yo sabía que él ya se perfilaba como un posible sustituto de Juan Pablo Terra porque, Onetti dixit, los novelistas somos chusmas de alma. Y enseguida de hablar sobre nuestros hijos, Martín y Micaela, el futuro Presidente del Partido Demócrata Cristiano escarbó, con esa especie de jocosidad agatillada que ya lo hacía tan simpático cuando *domábamos* en la cancha del *Tiburón*, el baldío donde ahora estaba edificada la escuela 180. *¿Y cómo andás con los camaradas, che? Bien*, me alegré de poder ofrecerle el tesoro de mi noticia: *Pero ahora soy cristiano*. Y entonces el popular Negro cabeceó desconcertado: *Bueno, yo perdí la fe. Aunque los principios éticos sigan siendo los mismos*.

Creo que más adelante recuperó la fe y es un problema absolutamente personal, pero lo que yo nunca pude perdonarme fue no haber aprovechado aquel momento para entender lo que nos enseñó Maquiavelo, aunque le costase morir ignorado y rechazado por todo el mundo: para los políticos que se dedican a *figurar en la tripulación del establishment* la existencia de Dios o de la nada es algo *secundario*.

Al actor lo que le interesa es el *libreto*: *A poor player that struts and frets his hour upon the stage and then is heard no more*, viejo cisne.

¿Cómo olvidar que después del pacto cívico-militar Rodney Arismendi le agradeció sonrientemente en público a Dios nos hubiese mandado a los demócratas cristianos de compañeros de ruta? Y yo también sonreía, porque el monje de la junta había vuelto a afiliarse.

¿Cómo olvidar que muy pocos años después Lescano, ya virado a una candidatura relevante en el Nuevo Espacio, viajó al Vaticano a denunciarle a Juan Pablo II la intolerancia del marxismo uruguayo?

Pero el 34 oriental resurgía, renovado. Y mientras terminaba la complicadísima *Creer o reventar* me sumergí en el periodismo partidario y a veces no dormía para terminar notas que hacían lucirse a un Jefe de Redacción sobrenombrado el Chanco. Pero la culpa no es del chanco, botija.

Y lo primero que aprenden los ansiosos en todas las instituciones del planeta, incluida la Santa Madre, es a rascarse el lomo al mandamás que tienen adelante. Y si no os resignáis no aspiréis a más lustre, Capitán Josef Artigas.

Así que en la primavera del 86 me reventó una angustia con unas crisis de pánico peores que las de la adolescencia, y fui a ver a Demian enseguida y no es fácil entender porque él postergó un año una terapia tan imprescindible.

Pero creo que en aquellos tiempos me tenía mucho más miedo que cariño y lo primero que hizo cuando empezamos en el 87 fue hablarme de Torres García.

Los días que daba las conferencias en Humanidades se paraba en la puerta con un reloj y mientras Manolita corría a los chiquilines para vestirlos saltaba como un macaco y a veces amenazaba con romperle los sesos al insufrible Horacio contra la pared, terminó por forzar una risa lastimada: Mi abuelito.

23 / DEMIAN

Demian Díaz Torres me lleva diez años y cuando todavía iba a la universidad también caía de vez en cuando al taller a charlar con mi padre, igual que Yepes.

Quiere decir que conocía *de adentro* a los Giovanetti Viola, y a mi abuela le decía la *vieja bruja* y a mi abuelo *el hombre de porlan*.

Y después de la terapia me confesó que una noche escuchó a un vecino comentándole a mi padre que yo era un *genio* y que nunca entendió cómo podían hablar en público sobre mí tan *obscenamente*.

El mito del Huguito. Demian recién hizo el posgrado junguiano en los 90 y demoró meses en *explicarme algo en situación de gol*.

Porque esa era la técnica: trabajar dialogando sobre problemas puntuales y esperar concentradamente la posibilidad de llegar al uno a cero. Y la concentración exigía, como en todos los conjuros salvíficos, el manejo malabarístico de las tres virtudes teologales, *fe, esperanza y caridad*, al servicio táctico-estratégico de mi *desplazamiento hacia la otra heroicidad*: la del *poeta descalzo*. Esta clase de fútbol tiene la compensación de que un *gol* del terapeuta signifique el *apresamiento de una estrella* para el paciente y viceversa, claro. Y que la tan temida *derrota*, para no irnos del terreno deportivo y según San Jerry de los Glass, sea *no poder chantarle la bolita al prójimo y lograr sacudirle la soledad vidriosa con un vuelo de oro*.

Por supuesto que los libros que importan se conciben con ese sagrado objetivo. Y recién cuando el autor sabe que hubo *toque* siente que lo *golean* a él y se festeja al unísono. Pero siempre con el silencio del pájaro solitario.

Hasta que una mañana comenté que al pasar por la casa de Valentín Gómez sentía unas ganas de llorar *terribles y maravillosas* y Demian puso el corazón en el punto del penal y tomó carrera: *Me parece que eso de que las ganas de llorar sean terribles y maravillosas tendríamos que aclararlo*.

Y salí del consultorio *sellado por el imborrable conocimiento* de que tenía una jodidísima relación de *sociedad* con mi madre y una preciosa *retroalimentación* con un padre al que ni siquiera necesité plantarle bandera para poder ser libre.

Pero al 34 oriental lo obsesionaba el *triunfo*, y seguíamos avanzando en democracia hacia la revolución mesiánica y ahora el plebiscito para anular la ley de caducidad nos permitiría, según los informes del Comité Central que escuchábamos en nuestras misas rojas, crecer hasta conseguir el gobierno de Montevideo. Nos hablaban así. Cualquiera podía darse cuenta, además, que lo que les importaba de verdad no era meter presos a los milicos fascistas sino *usar el plebiscito para aumentar el caudal de votación*, aunque es justo aclarar que a mí *nadie me obligó* a salir a conseguir las firmas los domingos abajo de la lluvia con cansancio y ceguera de caballo. Y a utopizar, que hay quórum.

Y esas fueron las épocas donde el ingenio de Eduardo Galeano reinó hasta desencadenar una especie de furor icónico y a la militancia le encantaba papagayear que lo hermoso de la inalcanzable utopía era que *ella daba un pasito allá lejos y nos obligaba a dar un pasito a nosotros acá atrás* y cuando ganó la papeleta amarilla el juglar seductor definió al Uruguay como *Un país gris con un país verde en la barriga* y una señora pachequista

llamó por teléfono a uno de mis alumnos para reconocerle: *Mirá, este hombre será medio bolche pero es un genio. Ayer Sonia Breccia lo volvió a llevar al programa y te juro que me enamoró.*

Manolita Piña de Torres García, una izquierdista fanática que lo único que no podía soportar de su marido era el apoliticismo, fue la que me explicó de una vez y para siempre que lo que quiere decir verdaderamente la palabra *in-genio* es *no-genio*. Y es la pura verdad.

Y el segundo golazo vino la mañana que elucubré de golpe en el consultorio: *Che, pero al final de cuentas mi madre no lee una sola línea de lo que publico. Debe hacer cerca de veinte años que no me luzco para ella.*

Bueno, fingió dar por solucionado el problema Demian: *Entonces te quedaste sin socio.* Y después de agarrarme la frente fetalmente murmuré: *No. El socio es el Partido.*

Ah, eso lo sabrás vos, se hizo el extraterrestre mi terapeuta. Y esa semana largué cuatro de las cinco tareas políticas que ya no me dejaban tiempo ni para escribir.

Se llaman los *equivalentes simbólicos* que elegís para que te devoren igual que tu mamá, botija. Y demoraste diecisiete años más en terminar de entender y aceptar que el otro *vientre esclavizante* era el *alcohol*. Y hasta le pusiste de título *Los borrachos van al cielo* a una novela y quedaste contentísimo.

26 / OLVER

El Profesor de Literatura Hispanoamericana y extraordinario antólogo Olver Gilberto De León empezó a ser nombrado en el Uruguay después de un importantísimo coloquio sobre el cuento que se realizó en París en el 80.

Hasta Onetti viajó para adherirse a la resistencia cultural internacional, y una noche estaban comiendo una lasagna que le prepararon especialmente y preguntó si se podía localizar a Cortázar y el mosquetero fue hasta el restaurant y se sacaron las ganas de apretarse los huesos.

Este abrazo quedó muy bien contado en *Itinerarios*, la primera parte ya estrenada en Francia y Uruguay de una serie documental que empezó a elaborar Álvaro Moure Clouzet en 2005, y que realmente *extrae la esencia del trabajo casi quijotesco* que viene cumpliendo Olver desde que se exilió en París a mediados de los 70.

Y como decir *quijotesco* para mí siempre es *grave*, aclaro que la hipnosis de la película logró transparentar una *soledad de acción docente y crítica y gestonaria* que no fue remolineada al carajo por el espejismal encantamiento de ningún *moulin* pero duele peor.

Parece como si Olver Gilberto De León. *Maître de Conférences à l'Université de Paris-Sorbonne, París IV*, siguiera vendiendo pan descalzo en San Carlos igual que en su infancia y el establishment se dignara nada más que a homenajearlo de vez en cuando y sonriera murmurando: *Siga metiendo los tobillos en el barro, profe, porque si usted no reparte esos pedacitos de arte quedan todos tirados.*

A mí me llamó por teléfono desde Buenos Aires en el 84. Saúl le había pasado el número y él todavía no podía entrar al Uruguay y se ofreció a ayudarme a colocar en París una colección de autores nacionales y recién nos conocimos personalmente cuando se reinstauró la democracia.

Y al otro año me escribió comentándome *Morir con Aparicio* y sentí que aquel hombre era capaz de *verle el alma* a un libro igual que si tuviera un tercer ojo constitutivo capaz de *ordenar los paisajes*, para hablarlo en García Lorca.

Y como la falsa modestia es *peor* que la vanidad informo que el viernes 24 de noviembre de 2006, en la Semana de la Cultura por Uruguay organizada por La Sorbonne y con la presidencia de Milagros Ezquerro, responsable de los Seminarios de América Latina, y la participación de Claude Couffon, Maryse Renaud, Jean-Philippe Barnabe, Roger Guggisberg, Fernando Aínsa y Juan Carlos Mondragón, se eligió homenajear a cinco escritores contemporáneos uruguayos: Juan Carlos Onetti, Felisberto Hernández, Enrique Amorim, Marosa di Giorgio y un servidor. Y le correspondió a Olver Gilberto De León disertar sobre *Morir con Aparicio*, que viene utilizando como texto de estudio en los cursos de Literatura Hispanoamericana que dicta en Paris IV / Sorbonne y Parids XII / Créteil desde los años 90.

Algunos podrán pensar que parezco Ana Monterroso diciéndome a mí mismo: *Date corte, Juan Antonio*, pero me importa un pito.

Esto no es un asunto de *elecciones amiguistas* sino de *consensos universitarios*, y si tomamos en cuenta nada más que las tres antologías de mayor peso publicadas por Olver desde el 80, encontraremos incluidos a Horacio Quiroga, Juan Carlos Onetti, Mario Benedetti, Cristina Peri Rossi, Enrique Estrázulas, Eduardo Galeano, Fernando Aínsa, Matilde Bianchi, Tarik Carson, Mario Levrero y Tomás de Mattos, aparte de Saúl Ibargoyen, Daniel Bentancourt y Ricardo Prieto, que aparecerán en la segunda antología del cuento negro y policial.

Y lo que nunca va a entender la mayoría de la gente que viaja en la bodega del barco cultural es que no se puede prohibirle la exploración de la intemperie a los que creen en el estrellerío *soñado* por sus entretelas. Van a escaparse de cualquier manera y a volver con *noticias del maná*.

En el borde del camino hay una silla / la rapiña merodea aquel lugar / la casaca del amigo está tendida / el amigo nos e sienta a descansar, le gusta aullar a Olver con una voz más finita que la de Silvio Rodríguez: *Sus zapatos de gastados son espejos / que le queman la garganta con el sol / y a través de su cansancio pasa un viejo / que le seca con la sombra el sudor*.

Pero eso es cuando toma demasiado vino. En este momento está internado en París, posiblemente muy grave, y sé que tiene paz.

Hace poco le escribió en un mail a un locutor radial de Maldonado: *Yo en mi niñez aprendí a conocer a la gente y a la muerte con naturalidad. A mí lo que me interesaba eran los personajes del pueblo, los que no tenían para comer pero sabían reírse*.

27 / EL COLOQUIO

El Coloquio Francia-Uruguay que se realizó en la UNESCO de París en 1987 fue una hermosa quijotada de Olver Gilberto De León y veinte años después sirve para entender que esta clase de *eventos de intercambio cultural* se parecen a desparramos de hormigas reagrupándose enloquecidamente cuando alguien o algo les patea la fragilísima organización sistémica.

Y además terminó siendo tan histérico y tan estúpido el boicot que nos prepararon algunas momias vinculadas a la hegemonía inquisitorial de la generación del 45, que sería más

interesante contar el lío que armó la barra brava de Nacional ayer de tarde en el puente del Pantanoso porque no le pudieron ganar a Cerro.

Olver tuvo que viajar a mitad de año para *desfazer cierto entuerto entramado por los malignos homúnculos* y triunfamos los servidores del hormiguero que finalmente nos arrodillamos en París frente a *nuestra monstruosa Dulcinea encantada: la pobre identidad*, que es más difícil de perder que el odio.

A mí me tocó viajar con Fernando Loustaunau vía Madrid y lo primero que hice en el hostel fue llamar por teléfono a Onetti y Dolly me pidió que pasara al otro día porque el *Chiqui* estaba tomando antibióticos y lo tenían nocaú.

Y el domingo me largué en un taxi hasta el 31 8vo de Avenida de América sumando números de matrículas de coches sin parar y los 13 le ganaron por goleada a los 21 y supe que estaba frito.

Recién hace unos meses que abandoné del todo esa *cábula* liceal y todavía me tienta, porque en general no falla. Vale decir: te prepara para entender que *creer en la promesa de las expectativas jamás te acerca a Dios*.

Dolly se horrorizó de mi calva y después me sirvió un vaso con tres piedrones hielo coronados por tres gotas de whisky y me humilló con justicia: *No te vas a venir a emborrachar a mi casa*.

La verdad es que yo siempre llamaba a Juan cuando las copas me obligaban a quererlo en voz alta. Pero al final al *ignorado perro de la dicha* la iluminaron dos cosas, por lo menos: una foto de mi familia que se me ocurrió mostrarle y la confirmación de que idea Vilariño, a pesar de sus nanas, participaría en el Coloquio. *Esta nena es para Juan*, señaló a mi doradísima Micaela y me dieron ganas de partirle la risa con los glaciares ya succionados: *Y por favor decile a Idea que estamos esperándola*.

Lo que me consoló en París fue la certeza de que seguramente estaba muy cerca de la Bénédicte física, aunque me había prometido no buscarla. Tampoco me hizo mal colarme en el hotel Stella y ser expulsado por la mujer del Bigote, que fingió no reconocerme.

Estaba casi todo igual, aproveché la excursión al desfiladero heroico para agregar en el prólogo de *Creer o reventar*, que recién publiqué en el 90: *Pero el prodigio virginal y los*

ojos asesinos y la invencible verdad de mi corazón habían sido arrancadas para siempre de aquella oscuridad.

El Coloquio fue interesante, aunque la orfandad de Olver en aquella trinchera bombardeada por el pavorrealismo y la mezquindad y la mediocridad me activaron un *mea culpa* anunciador de la *depresión capital* que todavía demoraría tres años.

Lo más curioso y misterioso de los hormigueros humanos es la condenación constitutiva que nos permite orientar la energía *que sabemos que nos dio La Cosa* hacia tanta *cosita* puesta en el altar del polvo.

Y para peor pasamos tres días en lo que fue la República Democrática Alemana con Jorge Arbeleche y Jorge Castro Vega y la visita férreamente guiada por una dulcísima pero amordazada dama católica me reafirmó la fe en el socialismo. *Allons enfants*. Y después de hacer dieciséis horas de tren para tomar el avión de vuelta en Madrid las matrículas volvieron a sumar horrible y apenas alcancé a ver a Juan durmiendo con un pulóver arriba del pijama y esta vez Dolly me invitó a almorzar un churrasco con unas papas fritas caseras que repetí hasta la noche y jugo de zanahoria.

Idea participó en una sola sesión del Coloquio porque lo único que le importaba era cuidarse para poder ir a ver a su *dios* asfixiada en un tren invernal y fue, por supuesto. Y al volver a París Olver tuvo que internarla y todo, pero la *tan triste como él* logró llorar de adoración en el templo espejismal.

Y cuando murió Juan llamé a Dolly para decirle que tuviera fe porque los que viven para servir a la Inmaculada son hijos de Dios y ella chistó, con una soberbia realmente muy difícil de perdonar: *Pero nene, ¿vos también me venís con eso?*

28 / LOS SECRETARIOS

Saúl se desexilió con la gente de El Galpón, y hubo una gigantesca caravana que recorrió la rambla igual que cuando llegó Zitarrosa y en poco tiempo se reorganizó El Seccional de la Cultura del Partido y yo terminé reafiliándome en el 84 y me propuse trabajar en la fundamentación teórica del acercamiento empírico que vivían a nivel continental el cristianismo y el marxismo y Guillermo Fernández me miraba con pena, aunque ni discutíamos.

La prensa partidaria era un pasquín llamado *La Hora*, y en el 85 se reabrió *El Popular* con forma de semanario y agarré la página musical y con el tiempo me transformé en el reportero predilecto el Chanco, y lo saqué hasta del trance de entrevistar a mismísimo Presidente del Banco de Cuba. Él sabía que yo me las arreglaba para hacer hablar a la gente y después inventaba las preguntas y novelaba todo y listo. Un 34 oriental no se achica por eso.

Un par de años antes Claudio Caprio me había prestado *Dialéctica de lo concreto* de Karel Kosik, un checo condenado como factótum de la *primavera de Praga* y ya aparentemente *reinventado* porque Ruben Yáñez y Sandino Núñez, por ejemplo, apenas se enteraron que tenía la edición de Grijalbo, me la sacaron de las manos para fotocopiarla.

Yo me lo devoré y me parecieron talentosísimas y conmovedoras las vueltas que daba para responder la célebre pregunta que el propio Marx no pudo responderse, de por qué la *Ilíada* nos sigue *emocionando con una validez estética supratemporal* aunque lo que me *tocó* fue un pasaje del epílogo donde Kosik plantea, como pisando huevos: *Al volver los ojos al mundo exterior e indagar las leyes del proceso natural, el hombre no es por ello menos hombre que al interrogarse dramáticamente sobre sí mismo: Quid ergo sum, Deus meus, quae natura mea?*

Y un día me decidí a consultar a Arismendi sobre el tema en la flamante y cementéricamente gris sede del Partido y él me escuchó sonriendo y fue hasta la biblioteca donde se adoquinaba la obra completa de Lenin y me trajo *Materialismo y empiriocriticismo* y me señaló los dos párrafos de filosofía hecha a los tinterazos que exponen la *teoría del reflejo* que se papagayaba en nuestros cursillos formativos y nada más. Y me llevé el libraco y lo leí con disciplina escolar pero nunca más busqué posibilidades de acercamiento teórico entre los *calados universales* cristianos y marxistas. Porque eso no le interesaba, obviamente, ni al Secretario General.

Intervine, sin embargo, a pedido de León Lev, en un debate organizado en una parroquia donde Esteban Valenti, Secretario de Propaganda del PCU, profesó nuestro *ateísmo tolerante de todas las ideologías que confluyan en una democracia avanzada hacia el socialismo y etc. etc.* y al final levanté la mano para dar testimonio de que yo era un comunista creyente y el público quedó encantado.

Y cuando fui a saludar al hombre *mandibular* al estilo Spielberg con el que nunca tuve ni tendré amistad, reconoció: *Me viniste fenómeno*. Y después de sondearme desde un sótano merecedor de un paneo de Polanski agregó: *¿Sabés que tenés cara de cristiano?*

Y ninguno sonrió. Pero una vez que lo cruzamos en un supermercado con Saúl estaba más dicharachero y no me acuerdo con qué comentario encadenó su autodefinición preferida de aquellas épocas: *Ustedes saben que yo soy un tano mafioso*. Y le parecía un chiste.

Lo que nadie discute es que su influencia *disidente*, como él lo reconoce ahora con orgullo masónico, terminó por dividir al Partido y yo, lamentablemente, fui unos de los cuzquitos que rabió y metió colmillo mientras los Secretarios asumían la jubilación del Hombre Nuevo soviético con distintos humores.

Porque en setiembre de 1989 entrevisté a Arismendi en su casa de Malvín como candidato del Frente Amplio y me contó con los ojos perlados que cuando tenía dieciocho años y daba exámenes libres y pasaba hambre con otros camaradas de la Estudiantil Roja, la gallega que les alquilaba el bulín les guardaba los orillos de fainá y figazza que vendía en caballetes de Dieciocho de Julio y les aseguraba que Dios iba a iluminarlos, aunque ellos se rieran de los santos que tenía colgados en las paredes.

Entonces Alcira Legaspi me sugirió que preparara otra nota más extensa con el resto del material grabado y tratara de meterlo en el suplemento de *La Hora Popular*, como se llamaba al nuevo mamotreto, y cuando se lo propuse al Chanco, un incondicional de Esteban, me contestó que Arismendi se podía ir a la mierda.

29 / BUKOWSKI

El viejo Hank fue la última influencia literaria directa que tuve, y me ayudó a salir del empantanamiento posterior a *Creer o reventar*, cuando llegué a escribir cuarenta páginas lineales y chandlerianas de un Isabelino Pena todavía izquierdista y no católico. Quijotesco, quiero decir.

Y la *locura* de mi máximo héroe, el viejito con el físico de Leonidas Spatakis que se hace detective para novelar sus propias aventuras y que terminé por genealogizar como padre de Abel Rosso, es *pura cordura*.

El primer libro que conseguí de Bukowski fue *Se busca una mujer* y los asombrosos cuentos *Deje de mirarme las tetas señor* y *Todos los ojos del culo del mundo* me noquearon. Otro boxeador, por fin.

Y ahora la novedad no pasaba por la rítmica de los significantes, sino por la geometría completamente cinematográfica de los montajes conceptuales capaces de surrealizar en cualquier momento o de saltar arcoíricamente del revolcadero excremental a la curación mística de las hemorroides.

En el congreso de Lahti me di cuenta, además, charlando con Robert Stone, que la zona *macanuda* del establishment imperial lo rechaza con el mismo hocico levantado de los profesorcitos progresistas, y eso ya es una garantía de genialidad incomprensida en su tiempo a lo Melville o a lo Kafka.

O te dicen: *¿Bukowski? Ah, no: tenés que leer a Carver.* Y a mí lo mejor de Carver y de Cheever me deslumbra tanto o más que Chejov, pero cuando la compulsión violadora de Dostoievski es capaz de relampaguear santamente en los trapecios me olvido hasta de Tolstoi. Y *El mal tipo* de Hank o *Una dama muy sabia* también enjoyan la carpa de la intemperie, que es el único circo que importa.

Aclaremos que Bukowski no sabe novelar con la misma eficacia aunque yo me zampé hasta *Pulp*. Bueno, tampoco tendría problema en meterme por cuarta vez con *Rayuela* o fundamentar que la desestructuración de *Moby Dick* es su mensaje máximo. Y en el 86 empecé una serie titulada *Que se rinda tu madre*, lo único que agoté muy rápido en librerías después de *Morir con Aparicio*. Claro, con el inolvidable amigo y editor y colega Jorge Freccero le pusimos un charrúa verde eschachado en una tapa gris y los temas de los relatos con político-dictatoriales, pero lo que *despeinó* fue el mecanismo de *punch* bukowskiano, aparte de que volví a la primera y a la tercera persona de corrido y a tramas casi lineales.

Tuve problemas con mi terapeuta, sin embargo. Demian sobrellevó la prisión de una hermana y un hermano tupamaros y está peleado de por vida con el mundo artístico por los desastres sucesorios que generó la cotizadísima obra de su abuelo, pero además no podemos olvidarnos que en la república de los amansadores de locos el inquisidor sigue siendo Platón y es perfectamente comprensible.

Está muy bien escrito, se dignó a comentar cuando le pregunté qué le había parecido el cuentario: *¿Pero para qué siguen machacando con esas morbosidades?* Y fue como si agregara: *Si tenés pesadillas contámelas a mí y les buscamos lo símbolos. No tenés la menor necesidad ni el menor derecho a publicarlas.*

Yo me la banqué callado, y esa misma semana busqué una excusa y suspendí la terapia un par de meses. Si te pegan, te duele. Lo único que hay que aprender es a no meter un

pie descalzo y sucio, por más poesía que le haya impregnado la peregrinación a *la única verdad que sos capaz de soñar*, abajo de la rueda de una ambulancia.

Creer o reventar demoró bastante en ser aceptada por un editor, y salió al otro año de que el pequeño éxito cuentístico me resucitara en las vidrieras y ni siquiera se agotó. Yo acababa de desafiliarme del PCU con una carta abierta, además, y una rata incondicional del secretario psicótico publicó una nota que le habían rechazado en *Brecha* a un *marica lorquiano* heterosexual que precisó un seudónimo para insultarme a nivel personal, y aunque yo sé quién es no lo voy a nombrar. *Pietà*. Escribía buena poesía ante de conseguir empleo en la mafia semiótica.

Lo importante es que el *tinguiñazo* bukowskiano me enseñó a condimentar las historias con un *ingrediente indecente demasiado humano* que ya no dejé de usar nunca, por menos comerciales que se hayan vuelto mis libros. Serrat dixit: *Nunca es triste la verdad: / lo que no tiene es remedio*.

Cuando Jesús de Nazaret empezó a llamarle *hijos del diablo* a los *hijos del diablo* perdió popularidad y está testimoniado que le dolió, carajo. Y hasta terminó asesinando a una higuera. Pobrecito.

30 / LATHI

En el 89 fui invitado a participar en el XIV Reunión Internacional de Escritores de Lahti, Finlandia.

Éramos 42 escritores de 31 países, y apenas me instalé en el hotel Torni tuvimos una hora libre antes de hacer el primer tour por la ciudad y me largué a caminar solo por la calle Yrjönkatu, porque *sabía que iba a encontrar el mar*.

No había cómo perderse, siempre que fuera y volviera derecho. Helsinki no tiene más de medio millón de habitantes y esa tarde de domingo estaba prácticamente vacía y avancé entre los antiguos edificios de colores pastel que no resplandecían ni siquiera en verano componiéndole un poema a Rosina: *Fuese tu transparencia la que me sedara / cuando bajé a besar los pies del mundo. / O ese verdor cubierto de verdad / que las gaviotas pescan en los parques. / Siempre habrá enamorados abrazándolo todo. / Y un asombro de mar en la memoria*.

Me crucé nada más que con una pareja de adolescentes y después de preguntarles la hora por señas, porque nunca usé reloj, decidí seguir buscando la *orilla* mientras boxeaba con el poema y enseguida de repechar un par de cuadras muy arboladas donde había un templo con gigantescos tejados verdes vi el Báltico y volví y me salvé por unos metros de un chaparrón brutal.

Y es posible que recién en aquel paseíto, a los cuarentaiún años, solo, me haya sentido *feliz por haber nacido*.

Pero esa noche soñé que mi padre estaba agonizando en mi apartamento y yo era el único que tenía que vigilarle un cuello horrorosamente agujereado y emparchado por unas vendas plásticas y me quejaba porque ni siquiera me quedaba tiempo para ver la televisión.

Al otro día viajamos a Lahti, una minúscula y acerada ciudad olímpica que queda 100 kilómetros al norte, a orillas del lago Vesijärvi, y tuve que seguir boxeando porque ahora me moría de *miedo*.

No quería participar en un congreso mundial de escritores ni compartir la pieza de un hotel con nadie ni viajar dentro de una semana a la Unión Soviética ni seguir viviendo ni *nada*. Era un miedo espantoso a *todo*.

Y en aquella hora de ómnibus me enloquecí para resolver un poema-oración dirigido a *algo* que todavía no había visto: *Sol de la medianoche / no nos dejes llorar en el festejo / ni tender los muñones del niño acucillado / ni rodar por el lago hueco de la orfandad. / Sol de la medianoche / déjanos entreabrir esas plumas violetas / que pueblan los caminos / y olfatear el sedoso lomo de tu palabra*.

Muchos años antes de incluir de incluir este texto en la segunda edición de *Puro verso*, en el 99, me di cuenta, escandalizadamente, que era un *llamado* o la *búsqueda* de un *falo* y como ya no estaba en terapia me las arreglaba igual que Guillermo Fernández con aquel mate eclesiástico que se le ponía adelante: lo escondía atrás mío y chau.

Y ayer, mientras dejaba llegar la *luz* de este capítulo, recordé el primer *gran sueño* que tuvo Jung a los tres o cuatro años y el análisis que hace Gerhard Wehr en su formidable biografía y *entendí*.

En el sueño Jung bajaba a una especie de refugio subterráneo donde había un fabuloso falo reinando en una especie de altar y mientras lo observaba paralizado oía aullar a su madre: *Sí, contéplalo. Ese es el devorador de hombres.*

Y fue recién al volver a Lahti en el 91, ya completamente sumergido en el estudio de San Juan de la Cruz, que eyaculé frente a la *noche blanca* que coronaba el mismo hotel lacustre donde nos hospedaron en el 89 mi primer poema místico: *Hubo un bosque donde nos atrapamos. / Qué lentísimos niños espesaban / el rosal del sueño. / Y respiramos sin rasgar el aire.*

Ahora todo parece tan lógico que asusta. ¿O abriga? En el sueño del Torni no quería ver la muerte de mi padre. Y en el poema que desenrosqué yendo al congreso le pedí a un *sol-falo* que no me dejara rodar por la *orfandad*, aunque hasta que no murió mi madre no me sentí libre para sustituir a mi *padre* por el *Padre* que ella concebía, desde su sumisión a mi abuela, como un *devorador de sus hijos*.

En el capítulo 18 de esta segunda parte hablé de una depresión mortal que me mandó el inconsciente para que arregláramos cuentas y todavía no es el momento de desarrollar a fondo ese tema.

Pero la verdad es que a mí *me faltaba llorar a mi mejor amigo de todos los tiempos*. Y el inconsciente dijo: *Hasta que no termines de aceptar que tu padre ya es solamente un hermano tuyo no vas a poder ver al Padre.*

31 / MOSCÚ

Los escritores uruguayos agremiados en ASESUR teníamos un convenio de mutua asistencia con los colegas soviéticos que firmaron Saúl Ibargoyen y Jorge Arbeleche en la mismísima Moscú gorbachoviana en el 86.

Yo había avisado dos meses antes que iba a visitarlos después del Encuentro de Lahti y en Finlandia confirmé el día y la hora de mi llegada en tren y los tavarich me dieron el okey y el sábado que aparecí a mediodía con 36 grados de calor ni siquiera me fueron a buscar a la estación.

El responsable, Yuri Greyding, un *traductor* presidente de la Asociación de Escritores que vivió durante años viajando por el mundo a costas de ese curro, fue tratado a cuerpo de zar y con plata de nuestros bolsillos en Montevideo, pero en Moscú recién pude localizarlo el lunes porque las oficinas públicas cerraban el fin de semana. Me dijo que se había *olvidado* de mi llegada y chau.

Lo que me salvó fue la garra proletaria de un taximetrista que me acosó una hora y media en la estación hasta que entendió lo que me pasaba y me llevó al palacio ochocentista que había inspirado a Tolstoi para escenificar el baile de *Guerra y paz* y donde ahora funcionaba la Asociación y apagó el contador y se hizo abrir por la casera y se puso a llamar a medio mundo por teléfono hasta que apareció una santa mujer-muchacha argentina traductora al inglés que me pidió disculpas y me colocó en el horrendo pero *lujoso* hotel staliniano Ukraina y me dio quince rublos para que aguantara dos días.

Desde allí llamé al profesor y crítico no afiliado al Partido Comunista Soviético Yuri Vannikov, un especialista en literatura uruguaya que me fue a buscar enseguida y me sacó a pasear por el Kremlin y el domingo me invitó a comer en su casa.

A mí me quedaban cincuenta dólares y el lunes de mañana, antes de localizar al burócrata que en Montevideo se adicciónó a la parrillada y al Cabernet Santa Rosa, me puse a mirar el tablero de cotizaciones del hotel y un gordo medio bizco y con pinta de guardaespaldas de gángster me empezó a contrabandear guiñadas y entendí que quería comprar lechugas y subimos a mi quinceavo piso y no cerré la puerta por si se le ocurría acuchillarme y nos pusimos a hacer cuentas dignas de Laurel y Hardy y cuando le cambié el tesoro por novecientos rublos inconvertibles fuera de la URSS pero que me volvían un magnate se arrodilló, se tocó el corazón y señaló las *alturas* con una desesperación tan mísera que terminé de darme cuenta que estaba en el infierno.

Yo quería pasar un día en Leningrado y Greyding fingió hacer una llamada y me dijo que no había lugar y me agarró el pasaje y lo guardó en un cajón sonriendo: *Se lo mandamos cambiar por uno directo a Helsinki.*

Después me presentó a mi inolvidable intérprete y guía, Vladimir Corsun, un rubicundo gigante treintón que también era *sinólogo* o sea un cuadro del Partido especializado en los vínculos con la República Popular China, aunque cuando quedamos solos me aclaró que en realidad tenía que considerarlo un *cinólogo* pero con *c* de *cínico*. Y ya empezó a divertirse sanísimamente con mi inocencia fanática y antes de ordenarlo un destino al chofer de la catramina que nos podían prestar un día por medio hizo una pregunta histórica: *¿Le muestro o le escondo, camarada?*

Yo me merecía eso, y pasé la semana viendo tanto desastre y escuchando hablar de tanta corrupción que durante aquellas seis noches blancas pero llenas de cuervos que parecían pedorrear en lugar de graznar y me tomaba unas cuantas vodkas y una botella de vino con la cena y lo único que me emborrachaba era una desilusión infinita como la nada en la que sigue creyendo el esteta torresgarciano defensor de la perestroika y defenestrador de los místicos del mundo.

Y cuando el jueves le comenté a Vladimir que Greyding me tenía que cambiar el pasaje vía Leningrado él se puso muy pálido y nos fuimos enseguida a la Asociación y comprobamos que el burócrata se había vuelto a *olvidar* y ya se había borrado de nuevo al Caribe y entonces al *cinólogo* se le activó la grandeza que algunos nunca se dejan triturar y se pasó dos días en las ventanillas con otra *camarada de verdad* hasta que me consiguieron por lo menos una vuelta a Helsinki el sábado y me salvé de tener que quedarme *veinte días más* y pagarle una bruta multa a la aerolínea.

Lo único que yo quería comprar eran regalos para mi familia, pero ni siquiera pude terminar de gastarme los rublos negros porque no había casi nada que valiera la pena. Y el sábado de nohecita Yuri Vannikov vino a despedirme al Ukraina y nos tomamos todo y a ellos se les salía el maravilloso corazón ruso cuando brindaban con la invencibilidad posada en ese atardecer-amanecer sin tiempo que les regala el cielo a los que saben *ver*: *Salud, tavarich, porque si la pudrición volara no veríamos el sol.*

32 / LA DEPRESIÓN

Una preciosa tarde de febrero del 91 fui al entierro de Felipe Novoa, otro camarada de verdad, y conocí los horribles tubulares del Cementerio del Norte, aunque lo único que se me enquistó fue un cajón mal cerrado que permanecía en depósito al lado de mi amigo.

Esa noche fuimos al cumpleaños de otro viejo amigo con Rosina y la pasamos bien con Saúl y Gravina y hasta cantó el gallego Capella y había mucho para tomar pero estuve discreto.

Y el domingo me desperté *muerto*. Aquello no tenía nada que ver con ninguno de los infinitos matices de la angustia y ni siquiera *dolía*: era como ver vivir a los demás desde una especie de *más acá cristalizado* que para peor podía disimularse perfectamente en la vida cotidiana.

No me animé a comentárselo a Rosina y el lunes me levanté a escribir la nouvelle que terminaría llamándose *Los borrachos van al cielo*. La escena del niño poeta que llora en el tablado por su padre desaparecido la inventé mientras dormía y fue la única vez que subí al ring en cuatro patas y hubo que pelear igual.

¿Pero qué te pasó?, trató de no desesperarse mi terapeuta en la sesión del martes. Y yo contaba toda mi semana omitiendo el entierro en los tubulares y el principio de la novela del huérfano.

Lo que me sacó en menos de dos semanas del estado de *hombre muerto caminando* fue el bendito Anafranil 25, que tengo que tomar de por vida, pero nos costó un mes elaborar que la fulminante depresión era el *duelo* por mi padre.

En noviembre del 90 ya habíamos trabajado el tema de las pérdidas porque mi madre murió en agosto y yo andaba con muchas pesadillas y Demian me aclaró que él odiaba *teorizar* pero que ese desasosiego parecía ser el *duelo* por ella. Y de golpe me escuché preguntar: *Qué es un duelo*.

Un sufrimiento que no termina hasta que no aceptamos que alguien o algo se fue, sentenció filosamente Demian, que acababa de perder a su hermana Eva.

Y entonces pegué un salto y caminé por el costado del escritorio para acorralarlo como un discutidor de Faulkner: *Y qué es aceptar*.

Bueno, se agarró la cabeza el hombre de ternura chillona y después señaló con un brazo-espada la biblioteca que estaba enfrente mío: *En este caso sería como decir: ella se fue por allá. Y yo no me voy con ella*.

Entendí. Y en marzo del 91, cuando repasamos por millonésima vez los *hechos* anteriores a la explosión depresiva conté el entierro de Felipe y pumba: un *poeta* ya octogenario que estuvo muy vinculado a la gente del Taller Torres García y hasta físicamente se podía aproximar a la figura de mi padre.

Y me acordé que ya Mario Levrero, el gran escritor *casi loco total* a quien le debo una delicadísima amistad y la recomendación de comprar *Psicología y religión*, mi primera lectura junguiana, me había advertido que aquel *alivio* que sentí cuando se fue mi padre era típicamente edípico.

Y Demian nunca supo, además, que el único lugar mágico que conocí en la espiral dantesca de Moscú fue la casa de invierno de Tolstoi, porque Greyding no necesitó fingir ninguna llamada telefónica para contestarme que ir a Yasnaia Poliana con ese calor no me valía la pena.

El caserón tiene partes construidas con madera y chapa y respira la majestuosa pobreza del espíritu del santo que escribió la frase más importante de la modernidad: *¿Cómo podríamos haber inventado a Dios si no existiera?*

Y después de escuchar una pionera grabación pianística de Rimsky-Korsakov nos metieron en un escritorio de techo muy bajo donde un cartelito dejaba constancia de que allí había sido escrita *La muerte de Ivan Ilich*.

Y esa tarde volví contento al hotel y Vladimir aceptó acompañarme a cenar en mi cuarto y las primeras vodkas me depositaron en una ebriedad digna y murmuré: *Pensar que acabo de estar en la pieza donde Tolstoi derrotó a la muerte.*

Pero camarada, carcajeó Vladimir: ¿Cómo va a derrotar a la muerte un hombre que ya era un cadáver? ¿No se dio cuenta que esa pieza era un ataúd?

Y eso me hizo entender que una cultura donde *se enseña a no creer* es el *infierno máximo*. Y aquella noche bajé a dar una vuelta por el Sena moscovita que bordeaba el Ukraina y al volver apunté casi de corrido un texto titulado *Casa de Tolstoi: Padre / hoy he vuelto a ver / ocultarse tu amado corazón amarillo. / Porque no hay animal que no esplenda sus huesos / cuando se alza el dolor secreto de la historia.*

33 / MI MADRE

Desde el 83, cuando yo compré el apartamento, mi madre pasó a ocupar un pedazo de casa natal pero nunca aceptó esa *soledad*. Decía que era como vivir *arimada*, y yo nunca podré terminar de agradecerle a Sergio y a Ruth que hayan decidido *contener esa pena lindera*.

Y además hicieron lo imposible para *atenderla*, y la llevaban de viaje en el auto al Brasil y a la Argentina y vivían *en familia*, pero en el invierno del 90, a los sesenta y siete años y con buena salud física, pudo más el llamado del cementerio.

Yo nunca supe bien cómo fue. La encontraron en el suelo del dormitorio, aparentemente mientras iba al baño, y cuando llegué y le pregunté a mi desmoronado hermano si iba a mandar a hacer una autopsia él roncó: *Para qué*.

Y aunque pueda no creerse, demoré *quince años* en llamarle *suicidio* a esa muerte, y fue porque yo también estuve tratando de *suicidarme* con el alcohol hasta 2005. La verdad nos hace libres, pero lo más difícil del mundo es *dejar que nos habite*.

Y, como profirió el padre Fidel Gil en plena homilía y sin ironizar en absoluto, *si la televisión nos pudiera mostrar a Cristo resucitado por lo menos media humanidad lo contemplaría con total indiferencia o cambiaría fastidiadamente de canal*.

En mi cuaderno de poemas infantiles hay dos cartas que le escribí a mi madre en el 58 y el 59 para su cumpleaños, y en aquella semana de agosto me arrastré por el ring igual que si pelear significase besar cada centímetro de un corral de nieve y mandé la *Última carta*.

Todavía no morías.

Un gran silencio en flor te fue reconstruyendo / dentro del habitáculo / donde la última boca de tu horror / mordía el cielo vacío.

Y el erecto perfil de otros amaneceres / nos condujo al espacio / de tu rostro real.

(Ya no tuviste pechos / madre / sino un par de limones fluorescentes y machos: / Sergio y Hugo colgándote.

¿Conocer por el fruto?)

Y nos bastó posar la pena ultravioleta / en el cajón tapiado / para ver emerger tu juvenilidad / como una construcción imborrable y celeste.

Y el resto eran recuerdos descompuestos en vida.

(Ya no tuviste huesos / madre / sino mansas gotitas colgando de alambros / que doraban la lluvia.

¿Cómo perder tus cartas?

El gran silencio en flor se pudrió suavemente / y hubo que recoger cada intacto color / de las viejas corolas soñadas / que duraron.

(Hugo-padre a floró de su heredad flotante / y bailaste un baión son tus niños perdidos.)

Y ya no hubo más prójimo / que la hermandad reunida entre las alamedas / violentas y nocturnas / para invocar la especie del pez enamorado / y perforar la bruma brutal / y el desencuentro / y construir el fluir hacia las constelaciones.

(Y cuando ya morías / un crisantemo roto nevó bajo los pinos / y vi abrirse tu risa como un cielo de invierno / más real que la nada.

Sólo yo la encontré.

Sergio estaba ocupado cosiendo corazones.)

*Y la madrugada del velorio pasó algo que le hice contar a mi alter ego Jerónimo Rabí en un relato de *Fe a domicilio: Le descubrí la línea de flotación a mamá. ¿Viste cuando estuve parado un rato al lado del cajón? De golpe me fue llegando una cara celeste como de alrededor de treinta años, totalmente feliz. Y sentí que esa era la cara que le va a quedar viva.**

*Y en *Los recovecos de Manuel Miguel / Desbocada reinención de la vida de Manuel Espínola* Gómez aparece esta escena ubicada en la casa de Valentín Gómez.*

La puerta de calle está abierta y en el zaguán me encuentro con el esqueleto de mi madre, que viene a traerle más café a los maestros.

-Estamos enterrando el corazón de tu padre -murmura. -¿No vas a darme un beso?

Del esqueleto sobresalen tres rosas frescas y erectas.

-Habría que perdonarse -trato de sonreír.

Mi madre se arranca una corola-pecho para secar la viscosidad que me hiela la frente y siento que ya no hay Gárgola sobre su calavera. Entonces me arrodillo a besarle la rosa esencial.

*Y en agosto de 2006, en un viaje de preparación de la película *Jesús de Punta del Este*, miré la Isla de Lobos desde un cuarto piso y amaneció el perdón.*

TRES: LA SOLEDAD DEL PARAÍSO

1 / JUAN LUIS GUERRA

*Al otro día de volver de mi segundo viaje a Finlandia una alumna me trajo una canción que se había puesto muy de moda para ver si podíamos sacarla en la guitarra. Era una *bachata* dominicana, una especie de bolero rumbeado que cantaba un tal Juan Luis Guerra*

y yo escuché un pedacito y algo me *dolió* raro desde la introducción y le pedí que me dejara el cassette.

Y la Programación Divina quiso que me faltara el próximo alumno, justo el de las *cinco en sombra de la tarde*, y no pude parar de escuchar los aullidos de aquel tipo que me imaginé negro, al estilo Rolando Laserie, y de golpe empecé a ver a mi padre en el tallerito de la primera casa de Punta Gorda, frotándose la cabeza y *necesitando a Dios desesperadamente*.

Tengo un corazón / mutilado de esperanza y de razón / tengo un corazón / que madruga donde quieras / ay ay ay ay ay ay / este corazón / se desnuda de impaciencia ante tu voz / pobre corazón / que no atrapa su cordura. / Quisiera ser un pez / para tocar tu nariz en tu pecera / y hacer burbujas de amor por donde quieras / ooooh / pasar la noche en vela / mojado en ti / uuuun pez / para bordar de corales tu cintura / y hacer siluetas de amor bajo la luna / mojado en tiiii. / Canta corazón / con un ancla imprescindible de ilusión / sueña corazón / no te nubes de amargura.

Y después de repetir el *mojado en ti* del estribillo agregaba: *una noche / para unirnos hasta el fiiiiin / cara a cara / beso a beso / y vivir / por siempre mojado en ti.*

Me despeinó de veras, y supe sin la menor duda que aquella bachata era una inscripción de amor a lo divino como el *Cantar de los Cantares* o el *Cántico espiritual* o la *Noche oscura*, lo sintiera conscientemente el autor o no.

Y al otro día tenía terapia y le conté la experiencia a Demian y me extralimité, como siempre, desembuchando que si era capaz de meter en una novela *esa sed* que le descubrí a mi padre, podía hacer algo como *El perseguidor*.

Bueno, aquí entramos en una zona de alto riesgo, me respondió el agonista torresgarciano que podía estar peleado con el mundo artístico pero conocía muy bien a Cortázar: *Una cosa es que hayas tenido lo que los gnósticos llaman una iluminación, y otra la pretensión literaria que se desprenda de eso.* Y le faltó agregar: *¿Seguimos tratando de demostrar que somos el genio del barrio?*

Se ve que quedó intrigado, sin embargo, de que algo que yo consideraba tan maravilloso estuviese tan de moda y me preguntó cómo se llamaba la canción y cuando supo que era *Burbujas de amor* cabeceó sin poder disimular demasiado el pavor: *Ah. Una que escucha mi hija.* Y ahora pareció pensar: *Si Giovanetti compara a ese groncho con San Juan de la Cruz estamos liquidados.*

Y ese mediodía saqué los tonos de *Burbujas de amor* y empecé a mostrársela a los alumnos y fue un adolescente muy enamorado el que me informó: *Juan Luis Guerra no es negro. Es un dominicano que canta con sobretodo y gacho y el otro día le hicieron un reportaje en la televisión y dijo que compuso la bachata inspirado en Cortázar. ¿Viste que te hace sentir en el cielo mismo?*

Pumba. Fui corriendo al teléfono a contárselo a Demian, que insólitamente pudo atenderme en horario de consulta. Y le alegré la tarde.

Al poco tiempo conseguí el disco best-seller, que es de calidad muy pareja, y me seguí empapando con el misticismo silvestre y todavía inocente de un hombre que ni siquiera se considera *poeta*. En 2000, sin embargo, después que le extirparon un cáncer en el ojo, Juan Luis Guerra asumió fervorosamente su religiosidad y unos años antes ya había especificado en el Estadio Centenario que compuso la bachata inspirado en un capítulo de *Rayuela*.

La pobreza de espíritu, padre. Lo que salvará siempre a los *elegidos*, que son sencillamente *los que no se conforman con menos de Dios*.

Y entonces dejé crecer *La indecente noche de Yemanjá*, una loquísima novela donde incrusto al Papalote y al Lobo de Silvio Rodríguez en la Punta Gorda del 54, y hago que el negro se llame Juan Guerra y cante muchos temas del dominicano, además de reunir a Mozart, Faulkner, Onetti y Bukowski con Manolita y Abel Rosso y su padre, el futuro Isabelino Pena, en el caserón de los Torres García.

Y el propio Silvio Rodríguez deja grabada, además, la extraordinaria *Del rojo pelo* de Washington Benavides y Eduardo Darnauchans.

Y en el 91 le pedí el alta a Demian y salí a escarbar el mundo con mis muletas de oro. Ahora me faltaban nada más que catorce años para llegar a hundirme en la pecera donde no se ahoga nadie.

El día que Demian me dio el alta me recomendó leer la doctrina de San Juan de la Cruz y empecé a estudiar sistemáticamente aquel libro lacre-pozzuoli con filos dorados que me había regalado mi padre en la adolescencia. Lo leía, releía, subrayaba y anotaba nada más que los domingos de mañana, en mi propia misa, y se lo iba comentando y citando a todo el mundo como si regalara postales de la Fonte y Dios me ayudaba mucho, porque nadie se hartaba de maravillarse.

La escritura de aquel hombre tan joven que cuando fue *pescado* por Santa Teresa de Jesús ya estaba por meterse a cartujo demuestra que una formación universitaria dirigida en Salamanca nada menos que por Fray Luis de León es capaz de planear un desarrollo ensayístico con una exactitud de ascensión matemática y a la vez incapaz de no *hipnotizar al paso* metaforizando con la gracia abismal de un Platón o un San Agustín o un Dante, y una paleta vocal que apenumbra el rebrillo sensual de un Garcilaso.

Si uno busca ejemplificar todo esto puede buscar en cualquiera de las mil páginas que suman la *Subida del Monte Carmelo*, la *Noche oscura*, el *Cántico Espiritual* y la *Llama de amor vivo*, que no son otra cosa que *explicaciones de poemas*, y elegir una frase entre miles. Por ejemplo: *Para volar en alteza de oscura fe*.

Y ahí ya está todo. Y esta minuciosidad avitralada de construcción marca *toda la obra* y reúne las condiciones que le exige el santico al *pájaro solitario*: *la primera, que se va a lo más alto, la segunda, que no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico en al aire; la cuarta, que no tiene determinado color; la quinta, que canta suavemente*.

Desde aquí baja la verticalidad del relámpago contrarreformista implosivo y logoico, fecundante, hasta la arrebatada reverberación de las obras teresianas, que también empecé a devorar en ratos libres. Ella era asistemática, y puede leerse así. Y los dos se doraron en la parrilla de la incomprensión y murieron pidiendo, sin embargo, que nadie abandonara la *ilesia*.

Y un día la esposa de un alumno me mandó avisar que en San José de la Montaña había un especialista en San Juan de la Cruz recién llegado de Roma, Aniano Álvarez Suárez, y lo llamé preguntándole a lo bestia si todavía existían las confesiones y esa misma semana nos vimos en el convento de la calle Cooper y lo primero que le zampé fue: *Vengo porque quiero aprender a morir*.

Y después que verborragié las angustiadísimas aventuras de mi alma el hombre cuarentón largo que no tomaba mate y empurpuraba las misas con una altisonancia más honda que retórica simplemente sonrió: *Bueno, lo que yo te propongo es que guardes todo eso, lo*

hermoso y lo doloroso, y lo conserves siempre contigo. Y ahora lo que tendríamos que tratar de hacer es un Hombre Nuevo.

Y yo debo haber entendido por primera vez que solamente los Hombres Nuevos mueren enamorados del atardecer.

Después Aniano me invitó a reencontrarnos en la eucaristía pero me pidió que no me apurara a ir. Y me midió con una seda acerada y ya no sonrió: *Vosotros los uruguayos sois muy particulares. Os asustáis de todos los rituales.*

Y el domingo no podía ir en bicicleta y calculé mal la caminata y llegué a la parroquia de Havre cuando mi confesor salía de la sacristía para entrar por la puerta principal y tuvo tiempo de medirme el derrengamiento y murmurar, más contento que asustado: *Hombre, vienes corriendo.*

Y en ese tiempo un alumno de guitarra que es psiquiatra freudiano me prestó *Espacio y tiempo en las patologías mentales* del gran Héctor Garbarino, y un día me comentó con entusiasmo, o eso me pareció, que en la Facultad de Psicología habían empezado a dar a San Juan de la Cruz.

Mirá vos, me alegré. Y él, que lamentablemente le tiene un odio a la iglesia capaz de hacerlo sacrificar amistades profundas, aclaró: Publicaron un excelente repartido sobre los santos locos y me acordé de vos. Creo que también analizan a San Pablo y a San Francisco.

Y unos meses después, cuando Guillermo Büsch me presentó a Garbarino no me pude aguantar y le pregunté al autor de la teoría del *narcisismo del ser*, una formidable vuelta de tuerca de corte freudiano que fundamenta la legitimidad de la *aprehensión mística*: *Disculpe, don Héctor, ¿usted también piensa que San Juan de la Cruz era loco? Y el maestro llenó el Centro de Artistas Plásticos con una carcajada de gallo: Pero qué va a ser loco, mijo. Pero qué va a ser loco.*

3 / LA CÁRCEL

El fin de año anterior a mi reconciliación con la iglesia llegaron desde Río de Janeiro Erkki y Sulamit Rëenpää, un editor y una traductora finlandeses que me habían hospedado en Helsinki, y tuve que ir a buscarlos al aeropuerto el mismo día que empezaba nuestra única semana de vacaciones.

Rosina y Nacho salieron de mañana para Atlántida y Micaela se quedó en casa porque esa noche tenía un baile de quince. Y a mediodía yo me comí nada más que un tomate como si fuera una manzana, a la rusa, y cuando fui hasta Avenida Italia y Bolivia para tomar el ómnibus sentí que lo que me envolvía era un *viento del reino*. Y debió ser así. La lectura de San Juan de la Cruz ya me destapaba *contemplaciones* a cada rato, aunque nadie me avisó que el manjar que enloquece al dragón de los edípicos es la *felicidad*.

En el 91, sin embargo, la Bestia ya había atacado a fondo en la casa de los Rëenpää pero yo no estaba capacitado para entender que aquel desastre alcohólico representó la instalación de la *batalla decisoria* en mi psiquis. Uno piensa que son *accidentes*. Y en el ordenamiento del paisaje interior no hay *suerte* ni *accidentes* que no signifiquen, respectivamente, *unión a la energía superior* o *caída en la neurosis*.

Era mi último día en Helsinki y me atacó una especie de *éxtasis de irresponsabilidad* y empecé a tomar whisky compulsivamente antes de almorzar, cosa que jamás había hecho en mis dos décadas más o menos aceptables de alcohólico con límites, y mientras Erkki cortaba un gigantesco pescado le acepté un vino blanco a Sulamit y de golpe me encapriché: *Vamos a llamar a Onetti*.

Y me importó un carajo que el fundador de la legendaria Casa Editora Otava que acababa de ser nombrado cónsul honorario por Vargas Llosa y que Jorge Amado siempre recibía personalmente en el puerto nos estuviera sirviendo la comida, y nos fuimos al living con Sulamit y llamé a Juan y lo encontré despierto y cuando le pregunté qué le había parecido *Creer o reventar* y contestó *Macanudo* y agregó *Cada vez mejor aunque mirá que el Aparicio yo no pude leerlo por el tamaño de la letra* y *No te olvides que guardé una botellita para vos* le expliqué que una traductora finlandesa lo quería conocer y le pasé el teléfono a la desconcertadísima mujer y el próximo recuerdo que tengo es haberme despertado de madrugada sintiendo que el hotel Torni era el Hades de Lowry.

Y cuando localicé a Sulamit deformó hermosamente su castellano para contarme lo cómico del episodio: *Ni siquiera te desmayaste. Estabas con los ojos abiertos y te llevé en un taxi al hotel. Caminabas con mucha pena*.

Y el fin de año del segundo desastre Erkki contrató un remise señorial y recorrimos la rambla hasta el Columbia, donde les había conseguido una suite con vista al *río de Onetti*,

y a los finlandeses los enamoró Montevideo y sacaron una etiqueta negra para *brindar por la grandeza de nuestros humildes países* antes que yo me fuera a Atlántida y como en el hotel demoraban en traernos una hielera empezamos a tomar a lo cow-boy y se me ocurrió llamar a Benedetti y a Galeano y a Bervejillo y les concerté entrevistas y los Rëënpää me regalaron una botella de Chivas y dicen que salí lúcido, aunque el whisky en ayunas es el dragón tal cual.

Sé que recuperé la conciencia mientras caminaba por el puerto y sentí que me pungueaban y me puse a correr a unos chiquilines y a discutir a los gritos con unos malandras en la puerta de un conventillo y de repente apareció un patrullero y terminé en la Seccional primera.

Y después que pude articular mi nombre y domicilio y teléfono llamaron a casa y le preguntaron a Micaela si estaba *cuerdo*.

Lo asombroso fue que recién me di cuenta que llevaba el Chivas cuando se me reventó contra el suelo y los milicos se reían y empecé a relajarlos y tuvieron que tranquilizarme con un empujonazo y justo llegó un médico del servicio de emergencia donde trabajaba mi hermano y me diagnosticó no sé qué cosa y me salvé de pasar la noche en el calabozo. Claro que el verdadero diagnóstico era *Neurótico edípico narcisista que se quiere suicidar junto con su mamá*, pero al San Jorge que llevamos adentro le cuesta muchos horrores decidirse a salvar a la doncella. *Ella* tiene que declamar: *-Ya ni siquiera me conoces, hijo, / ¡Si soy tu alma que ha sufrido tanto!*

Mi hermano me estaba esperando en la rambla con mis suegros, para llevarme a Atlántida. Y el saludo sonriente de Coco y Olga me iluminó el dolor del esqueleto. Hace décadas que nos tratamos como verdadera familia, pero que no me consideraran un *traidor* en aquel momento fue lo mejor del mundo.

4 / MANOLO

En el 81 publiqué en *Plural*, por encargo de Saúl, un extenso artículo a propósito de la histórica retrospectiva de Manuel Espínola Gómez que organizó la recién inaugurada Galería Latina. Después pasamos once años sin vernos y cuando nos reencontramos él ya estaba instalado en un gigantesco local céntrico que le cedió el Estado en comodato por tres décadas para la construcción de su futuro museo, a cambio de veintiocho de sus obras.

Ya no íbamos a interrumpir la amistad, y Manolo o el Peludo me pegó otro *tinguiñazo* aunque no estrictamente literario, como me pasó con Bukowski. Ahora estaba frente a un *maestro completo* emergido de la *serranía espiritual* de Solís de Matajojo, y en el folleto titulado *10 CAPITANES DEL VUELO relatos para desarmar*, que publiqué en 2004, lo definí así: *Máximo juglar matrero que tuvo la suave patria: un obelisco autodidacta de cuño ruralísimo y paridor de un friso plástico-verbal de indescifrables espiralamientos barrocos, escatológicos, brutales, suprahumanos.*

Y en la contratapa de *Aterrizajes*, un poemario que le arrancamos literalmente de las falanges junto con Laura Etorena para publicárselo en nuestra recién fundada editorial Caracol al Galope en 2000, cuando su última retrospectiva organizada en el Subte y titulada *Entre la entraña y el límite* hipnotizó hasta a los chiquilines de las escuelas y perforó la frígida miopía del Tristevideo mediático, cité dos párrafos de *La expresión americana* de José Lezama Lima que definen esa *fe salvaje* que Manolo mamó tanto de Artigas y Fabini como como del mismísimo Negro Jefe: *Después de la fatiga verbal que se observa ya en la época de Felipe IV, tiene que acudir el encantamiento de la voz que se alza corpulenta como la noche que absorbe el ombú de los cielazos y los cielitos (independentistas) de la Banda Oriental. (...) Porque en el señorío barroco americano el estoicismo quevediano y el destello gongorino tienen soterramiento popular. Engendran un criollo de excelente resistencia para lo ético y una punta fina para el habla y la distinción de donde viene la independencia. La libertad del Nuevo Mundo sigue siendo una profecía, una divinidad para el futuro.*

Durante la primera presidencia de Sanguinetti recibió el encargo de remodelar los interiores del ex-palacio Estévez junto a los arquitectos Benech y Colet, y dejó casi terminada lo que en algún momento consideró su mejor obra: un entramado de atmósferas y texturas tan extraordinariamente *zarpadas* del *encorsetado vuelo de imaginaria dirigencial* que reina en nuestra república desde 1830, que enseguida se polemizó sobre la *pertinencia* de aquella *escenografía*. Y hubo un mandamás alcohólico que llegó a decir que el ya mítico *Salón Azul*, admirado por visitantes europeos de primerísimo nivel, parecía un quilombo del Chuy.

Y lo que yo aprendí del todo con Manolito fue precisamente a *independizarme* con cabeza propia, carajo. Porque él logró a lo largo de todas sus *muestras* lo que podrían definirse como *saltos de tensión*, y nunca le interesó otra cosa. Necesitaba exponer *biopsias inéditas del tejido imaginativo* a lo Miguel Ángel o Beethoven o Dostoievski o Seurat o López Velarde o Siqueiros o Vallejo o Felisberto Hernández o Marosa di Giorgio, para nombrar referentes *retorcedores* o, mucho mejor dicho, *distorsionantes*, que lo obsesionaron más acá o más allá de sus vastísimas valoraciones o gustos.

Hasta que un día me tomé cuatro whiskolas dobles en un boliche y se me ocurrió escribirle una biografía y Manolo se entusiasmó, aunque puso una condición: que le inventara *otra vida*.

Acepté. En el precioso libro-exposición de Jorge Abbondanza que editó Galería Latina había muchos datos y fotos, y enseguida fuimos a Solís de Mataojo con Nacho a respirar el *humus amniótico* y después me largué a ficcionar encuentros con el biografiado en muy distintas épocas, a medida que abría los *cuadros-puertas* que abismaban los distintos capítulos a lo Carroll, y Manolo además aportó la idea de utilizar rectángulos encerradores de *intensidades* polifocalizantes.

Demoré cuatro años. Y al final lo titulamos *Los recovecos de Manuel Miguel* y el juglar Peludo, que en 2003 pidió ser velado con un tul en el rostro para ofrecernos una ingravidez lunar digna de *La pasión según San Mateo* que hizo poner de fondo, me lo revisó varias veces antes de darme el okey pero quedó contento. Y en la última página lo hice decir lo que él siempre consideró *la poesía más profunda y más sencilla que se escribió en la historia del hombre: Y tú Dios por quien todos vemos / y que ves las almas / dinos si todos un día / hemos de verte la cara*. Y sin embargo se definía como un místico que *no creía en la trascendencia del alma*. Lezama Lima hubiera carcajeado: *Los matreros son así*.

5 / LA TRINCHERA ESTRELLADA

El Taller Literario Universo empezó a funcionar cerca de los 90, aunque ya en los 70 colaboré en la elaboración del primer poemario de Tatiana Oroño. *El alfabeto verde*, y de un cuentario de Yaro Rodríguez Maglio, del que sólo llegaron a publicarse dos textos en revistas.

Y al final me sentí capaz de activar a los generalmente muy jóvenes talleristas reflexionando sobre la *especificidad estética* a partir del formidable ensayo de Mijail M. Bajtin *El problema del contenido, del material y de la forma de la creación artística verbal* publicado en 1986 por Editorial Arte y Literatura de La Habana.

Ahí aparecen planteadas la eventual triangulación, retroalimentación y priorización electiva del discurso científico, el ético o el estético con una casi insuperable claridad, aunque en *El mito del eterno retorno* de Mircea Eliade hay una vuelta de tuerca enriquecedora imprescindible sobre el efecto hipnótico-sosegador que genera el enclave en la *supratemporalidad atquetípica*.

Lo que importa es empujar al posible escritor hacia una *actitud profesional*, y para eso lo primero que se precisa es adquirir una *conciencia crítica* que sepa *discriminar con cabeza propia* entre el *arte* y la *caca* que recomiendan tanto los académicos como los mercaderes. Después viene la pelea de vida o muerte por dejar aparecer y trabajar sobre una *estructura de la frase* y del *texto global* que abisme nuestras incanjeables *facciones interiores*. Y si no tenés *fe* para *durar hasta que ese milagro resplandezca*, dedícate a otra cosa. O jugá a ser un intelectual *cool* que se masturba pintorescamente en un *wind-surf posmoderno* de los que describe Gilles Lipovetsky. Capaz que publicás en una editorial con *lobby* y todo.

En el Taller Literario Universo, ahora incorporado a elMontevideano / Laboratorio de Artes, nos autogestionamos. La lista de autores y músicos que participaron en nuestras ediciones colectivas o individuales, grabaciones, performances y películas incluyen a Daniel Diana, Fernando Agorrody, Amneris Calvo, Diego Presa, Hugo Rocca, Andrea Moreira, Robert Hirigoyen, Verónica Pérez Horvath, Marcos Barcellos, Santiago Barcellos, Álvaro Bassi, Jorge Rodríguez, Verónica Antón, Carla Antón, Hernán Rodríguez, Néstor Manrique Rodríguez, Raúl Rodríguez, Gonzalo Varela, Erika Büsch, Marcos Umpiérrez, Colomba Biasco, Juan Pedro Acuña, Sebastián Beiró, Pablo Cossio, Diego Mongrell, Andrés di Paulo, Juan Pablo Pedemonte, Guillermo Wood, Gerardo Pérez Céspedes, Darío Acosta, Virginia Miller, Juan Andrés Kuster, Pablo Ezquerro y un servidor.

Pero si hubiera que sintetizar una especie de *arenga tipo* de lo que se machacó en los últimos veinte años puntualizaríamos algo así:

Todas las tribus de todos los tiempos se desesperaron frente a una posible infinitud vacía.

La festividad consolatoria más importante siempre fue recordar el dorado misterio que se vivió en un estrellerío anterior a la guerra del tiempo.

Eso los hacía sentirse Hombres Nuevos, aunque durante el vértigo nocturno se les enloquecía la PAX-LUX.

Y para que la tribu pudiera purificarse soñando, los magos tallaban al enemigo en la pared de la cueva-trinchera.

El enemigo sigue siendo un dragón que se alimenta de la fe que cada uno lleva ovillada en el cerebelo.

Y cada mago es capaz de hipnotizarnos excavando una nueva visión del DEVORADOR DE LA ALMA QUE ANDA EN AMOR.

Algunos también nos agigantan irradiando la certeza de una infinitud áurea que lavará la historia.

Esos cazadores prospectivos son los que nos enseñan a casarnos con el lomo frutal de los atardeceres.

Si tu reproducción del dragón no nos encandila como el Verbo sobre las aguas primordiales no le sirve a la alma.

Pero si transformás cada molécula de la pared de la cueva en una célula y verticalizás a la Bestia resucitamos todos.

La Bestia se vuelve falo y la pared multiplica peces capaces de perforar la montañsidad de la muerte sin fin.

Los artistas son los generadores de la espesura del Hombre Nuevo creado para sobrevolar la pena de la noche.

Hay que pelear por eso.

6 / SARAMAGO

Saúl y yo nos desafiamos del Partido después que la mafia que todavía no se autocalificaba como *disidente* se mandó una ofensiva final realmente carroñera y los cuzcos fuimos despedazados por el raterío. En eso terminó la *intelectualidad orgánica* destinada a vanguardizar la programática cultural del futuro gobierno revolucionario.

Esta vez el flaco se autoexilió en México y se reintegro a *Plural*, y cuando volvió por primera vez de visita me regaló un ejemplar de *Memorial del convento* de un tal José Saramago, un viejo amigo suyo de las épocas de los camaradas cósmicos.

Yo ya estaba yendo regularmente a las misas de Aniano, y el principio de aquella excavación polifónica y rabiosa del portugués en el humilde humanismo renacentista me maravilló y pensé: *Por fin apareció otro grande.*

Pero una mañana otoñal volví a despertarme *muerto*, y sentía que *no quería abrir los ojos ni seguir durmiendo* y no podía entender qué carajo pasaba y de golpe *visualicé* a Aniano en el altar de San José de la Montaña y resucité igual que si me hubieran desencapuchado. Y al torcer la cabeza hacia la mesa de luz vi el lomo de *Memorial del convento* y pensé: *Te conozco.*

Y en el próximo taller se los ofrecí a los muchachos explicándoles que era un material de alto riesgo y puntualicé: *Este tipo es un genio, y hace una gran digestión de las búsquedas del boom y arranca con un clima fenomenal pero después de hipnotizarte se empieza a poner viscoso y sentís que te están vendiendo una especie de hombre arcaico-arquetípico con un solo in illo tempore, el del futuro. Y es como si los millones de años que le costó a la humanidad enamorarse del tesoro de la pureza inmortal que irradia desde el misterio amniótico fueran pura mierda. Entonces ya sabés lo que sigue: un arco triunfal de papier maché a lo Robespierre y otra entrada al paraíso del Hombre Nuevo sin vocación trascendente que soñó el utopismo comunista. Todo bien. Arte es arte y la lectura prioritaria es la estética y el símbolo merece un respeto sagrado. Pero este portugués que se hubiera cagado de risa viendo al Padre de los Pobres dirigiendo el rosario en Ibiray odia a la Iglesia como yo no voy a dejar de odiar nunca a Satanás y no pienso pasar de la página cien porque por más apasionante que sea la fluorescencia de estos dragones a mí me mata, loco.*

Y Diego Presa, que siempre fue muy buen lector y ahora es un cantautor extraordinario se lo llevó interesadísimo y supongo que le debe haber gustado, aunque nunca me comentó nada sobre el *Memorial del convento*.

Recién hace dos años que dejé de exigirles a mis talleristas que en caso de ser posible, aportaran una caja de vino en lugar de pagarme, pero todos son testigos de que ni en las peores borracheras traté de imponer *dogmas políticos o religiosos*. Eso lo aprendí de Torres García y no fallé. Que conste.

Y después que Saramago ganó el Nobel que le entregó a Fidel Castro se puso tan de moda como Ronaldinho y todavía viaja continuamente, con más de ochenta años, y las intelectuales se enloquecen organizándole fiestitas idénticas a las que le filmó Pino Solanas a Manucho Mujica Lainez en *La hora de los hornos* y el *galán eterno* desparrama pipos y se ríe de Teresa de Calcuta y declara que el credo marxista-leninista está más sano que nunca, aunque la humanidad se haya enfermado tanto.

Pero a mediados de los 90, antes de que reverberara la euforia snob, pasó algo milagroso. Una mañana encontré en el buzón un número de *Plural* dedicado a Saramago y me preparé el mate sin sacarme el pijama, pensando: *Vamos a dejarnos de joder con las fobias y a subirnos un poco a la montaña rusa porque después de todo el tipo es un genio y Saúl tiene que haber armado algo con mucho jugo.*

Y me metí en la cama plácidamente y lo primero que me enganchó fue un artículo sobre el Quinto Centenario y cuando iba por la mitad y la ironía ya se ponía escamosa y los jesuitas empezaban a ser los podridos de la película paré un momento y me cebé un mate pensando: *Tranquilo, botija. Mirá que la Inquisición ya no existe.*

Y después que dejé el termo y el porongo en el suelo se cayeron las tres pilas de libros que tengo desde siempre en la mesa de luz y me arrancaron la revista de las manos. No hubo la menor causalidad física que provocara el derrumbe y me importa un absoluto pito que me crean o no me crean. Pero nunca más leía a Saramago y terminé por recrear la escena en el capítulo 22 de *El evangelio según el traidor*.

En Montevideo hay un exorcista muy publicitado que explica que estos *movimientos antinaturales son proyecciones parapsicológicas de los sentimientos y nada más*. Allá ellos, Señor: tanto los curas como los novelistas que se olvidan de verte.

7 / LA GUERRA

El domingo 22 de mayo del 94 apareció una solicitada en el diario El País donde figuraba mi nombre en un paquete de *personalidades* que adherían a la lista 2000 del candidato a la presidencia del Partido Colorado, Julio María Sanguinetti.

Yo me había decidido a votarlo porque Espínola Gómez, que vivía en su museo ya casi terminado, tenía muchas esperanzas en el programa cultural del Foro Batllista. Y cuando mi editor de aquellos tiempos, Carlos Marchesi, me pidió la firma, sentí una rara compulsión de hacer pública mi *libertad sin jefes*.

Tenía embargado hacía dos años al ya dividido Partido Comunista, además, porque la última jugada de la mafia disidente fue nombrar como Director de *La Hora Popular* a un empresario del transporte que nos estacionó directamente en la ruina, y al final nos estafaron el despido a todos los trabajadores. Con CX 30 pasó lo mismo.

Manolo, en cambio, no había firmado la dichosa solicitada, y siempre me recomendaba que me mantuviera *independiente a rajatabla* y aprendiera a cuidarme de la *criminalidad dirigencial* que estaba deshaciendo a la cultura uruguaya desde los años 40. Lamentablemente, él mismo terminó rompiendo relaciones con Sanguinetti un mes antes de la elección y en el 99 escribió un manifiesto a favor del voto en blanco que fotocopiaba y repartía en su mesa-oficina del boliche de San José y Yaguarón. Y el domingo que se publicó la lista de adherentes a la 2000 yo ni siquiera me enteré porque hace años que no leo los diarios y de noche me llamó por teléfono el Chanco, que ahora vivía de revolver el basural político en el pasquín del Pingüino, el nuevo gran aliado de la disidencia bolchevique.

Che, ¿este Giovanetti Viola que figura en El País sos vos?, gruñó comiéndose la s final acanariadamente y me di cuenta que nunca me había tenido el más mínimo cariño. Me había usado, nomás. Entonces colgué sin contestarle y mientras el teléfono nos taladraba y nos taladraba y nos taladraba me acordé de la blancura sebosa que lo encapuchó una vez que se agarró una rabieta en el semanario y hubo que trincarlo entre cuatro para que no acogotara a un compañero y entendí que ahora estaba loco del todo. Vendido y loco. Y pensar que yo llegué a quererlo, cuando se le murió un sobrino muy joven.

Y el lunes de mañana me llamó un locutor de una radio carroñera para escarbar igual que el porcino y me calenté y le dije nada más que dos o tres purísimas verdades y me grabó sin pedirme permiso, como hace siempre esta clase de *demócratas*, y ese mediodía pasó la *entrevista* en el informativo y el martes salí esgrachado en tapa y con terrible nota quilombara interior y *preguntita* amenazante en la sección editorial del pasquín del Pingüino.

Una buena carambola. ¿Cómo vas a probar el arreglo entre el porcino y el carancho radial si hasta el gángster de Chicago que mandó matar a los Kennedy era más intocable que el Espíritu Santo?

Pero hubo un gran detalle. En el pasquín usaron una foto de archivo que le di en el 91 a Hugo Fernández, un amigo *freelance* que me entrevistó cuando me desafilié del PCU. Yo ni la fui a buscar porque ya estaba acostumbrado a que me las robaran en las redacciones. Las de los reportajes que hice en Finlandia y en la URSS las perdí todas, por ejemplo. Y si las reclamabas te decían que se habían traspapelado. Un poetita psicótico de *La Hora Popular* las coleccionaba como cromos, y tiene una exclusiva de Brigitte Bardot y todo.

Pero esta foto fue sacada por el mismísimo Satanás, y yo aparecía escribiendo recortado sobre una extraordinaria luminosidad que derramaba en la chambre 22 del hotel Stella desde la callecita que recorría Rimbaud bajo el alba de oro. Y no estaba posando, además. El argentino de Trelew manejaba muy bien la Pentax supuestamente robada y un par de meses antes de mostrarme el tridente me enfocaba a cualquier hora y a veces ni me daba cuenta. ¿Satanás enamorado?

Y al abrir el diario sentí que me resplandecía el esqueleto y hoy, miércoles 17 de enero de 2008 vuelvo a respirar esa misma fuerza que es la que me va a defender hasta último momento de *todo lo que se aparta de Dios*. Yo nunca fui y no soy ni seré un escritor incapaz de traicionarse. Y con eso me alcanza para morir contento.

Hay algo que queda clarísimo, además: mi novela *Jesús de Punta del Este*, recién llevada al cine, jamás hubiera existido sin la chanchada del pasquín fariseico.

Tuya, Marlowe: metela. ¿Para qué te vas a poner a inventar tramas policiales si los mafiosos te sirven la *pecosa* en el área chica?

8 / JESÚS DE PUNTA DEL ESTE

En el 74 me contaron una anécdota en Cannes que me quedó trancada en el buche para siempre y en el 80 la adapté en un cuento titulado *Vestuario de almas* que integró una antología publicada por la Feria del Libro y no pienso reditar.

Y quince años después, apenas vi la excelente *Jesús de Montreal* y mientras escuchaba la 39 de Mozart me explotó la necesidad de eyacular o vomitar o mear, para hablarlo en Charlie Parker (según Cortázar) ese *reverbero* que se llamó *Jesús de Punta del Este*.

Hay una nota altísima y casi desafinada por Zdenek Tylsar en el primer Allegro del solo del concierto para corno de Karel Stamic que *define* a mi novela. Y me imagino que más o menos así debería sonar el *sofar* cabrió del alba en Jerusalén. Ni bien ni mal. Pero seguramente con una voracidad de liberación capaz de transfigurarle el vuelo hasta a las palomas y las golondrinas que satelizaban el huevo dorado del Templo,

Yo había conocido en el 91, después de una conferencia que dimos con Olver en Maldonado, el quilombo de Naná. Nos llevó de visita un periodista infantiloidemente perverso, igual que si nos mostrara *le bout de la nuit* turística. Y algo que a mis cuarenta y seis años ya llevaba demasiado bien padecida era lo que en el siglo XX sustituyó a *la esclavitud de los hombres* del verso de Martí: ahora *la gran pena del mundo* era *la humillación femenina*. Y lo que precisaba mi saga de una vez por todas era un *profeta*, y el Capitanato Artístico Celeste y la crucifixión maquinada por el *glamour posmo* los asumió Leonardo Regusci, el hermano menor de Pablo que aparece al final del Aparicio y protagoniza el cuento *Fiebre de sábado a la noche*. Una especie de Darnauchans, aunque sin el menor amor a la *Muerte Sirena* ni a la *Muerte Cabeza de Medusa*.

En Punta del Este ya había mucho nudismo en danza, además, lo que era fundamental para la trama. Y aparte del *pase de gol* que me regaló el *escuadrón del manoseo impune*, la Programación Divina adjuntó un desafío que no creo que haya tenido que cuerppear

ningún plumífero. Porque enseguida que Carlos Marchesi rechazó la novela y me decidí a financiarla tuve que aguantar otro taladramiento telefónico durante días, y ahora era el pelucón batllista el que me rogaba que no la publicara *por mi bien*. Y eso es capaz de envalentonar a cualquiera. Así que le mandé imprimir una faja que decía JAQUE AL FARANDULISMO CULTURAL URUGUAYO y desde aquel fin de año quedé *independiente a rajatabla hasta el Juicio Final y no pregunto cuántos son sino que vayan ladrando*.

Jesús de Punta del Este fue mi primer libro que ni siquiera tuvo una *reseña de entrada* en las llamadas páginas literarias. El distribuidor, sin embargo, un muy buen poeta socialista y gremialista de la enseñanza, vendió cerca de cien en librerías.

Pero inmediatamente apareció un *amigo* cineasta y me planteó filmar la historia de Leonardo Regusci y casi me voy de culo. *Toma ya: mira por donde*, me comentó el padre Fidel Gil ofreciéndome una cervecita: *¿Y todo eso no es caro?*

Caro no era la palabra. El desastre subsiguiente es muy largo de explicar, pero el cineasta al que llamé mi *amigo* se ofreció a escribir el guión y dirigir la película siempre que yo consiguiera entre ochenta y cien mil dólares, y además es psicólogo y captó al vuelo mi voluntarismo constitutivo y sobre todo mi *desesperada sed de construir un arte con una irradiación popular digna de Maracaná*.

Así que perdí tres años indescriptiblemente alcohólicos y depresivos que no me costaron el divorcio porque el Ángel del Delirio podrá ser terrible pero jamás deja de ser comprensivo con la *abnegación incondicional*, y Olver, que aceptó la co-producción francesa, vino dos veces de Europa nada más que a rebañar sponsors y teníamos un elenco *dream-team* que incluía a Antonio Larreta, Margarita Musto, Eduardo Vener, Luis Cerminara, Roberto Jones, Sara Laroca, Ignacio Suárez, Eduardo Migliónico. Alejandra Wolf, Raquel Pereira, Amalia Roche, Tabaré Rivero, Martín Buscaglia y Gonzalo Brown.

Era imposible perder uno de los premios FONA del 98, pero mi *amigo* hizo un teje junto con otros escritores y eligieron un jurado común y presentó un guión propio *nada más que para tener derecho a otro voto* y terminó quedándose con los ochenta mil dólares. Después hasta lloró, aunque nunca reconoció el *juego a dos puntas* ni me pidió perdón. Y para colmo quería *conservar la amistad*, a la que llamaba *vínculo*.

Mirá, me quiso consolar Olvercito después que cantamos borrachísimos *Historia de las sillas* la noche antes de irse: *Yo no te lo dije antes, pero el guión que hizo esta chanta es mediocre: levantó los diálogos de la novela y casi nada más. Fue mejor no filmarla. Algún día vas a hacerla, acordate*. Y yo no le creí.

9 / LA BANDA BARROCA

La indecente noche de Yemanjá se había publicado en el 94, y fue el primer libro que presenté junto con los muchachos del taller, en lugar de recurrir a escritores y músicos ya formados. Y nos entusiasmos tanto preparando un collage de textos y canciones, que se me ocurrió pedirle una mano escénica al teatrista con el que co-guionamos el espectáculo *Onettiana* en el 92. La idea había sido hacer *El pozo*, pero a Onetti no lo convenció la adaptación y tuvimos que armar algo *alusivo* disfrazando los personajes y lo pusimos en el hall del Museo Torres García. Duró poco en cartel y la crítica apenas reseñó la ficha técnica, pero quedó interesante.

El teatrista, Carlos Saralegui, nos ayudó con talento y generosidad, y en un par de meses montamos un espectáculo multimedia que presentamos en Arteatro, el Museo Torres García y los pubs Utopía y Amarcord. Entre los escritores y compositores del taller había guitarristas y percusionistas que además cantaban bien, y la mincorporación a último momento de una bajista y una vocalista redondeó un grupo mágico y una noche me sentí igual que el personaje de la canción *Monólogo* de Silvio Rodríguez y les propuse formar una banda y me comprometí a producirla.

Vi luz en las ventanas / y juventud cantando, murmura el viejo actor cubano de la canción *Monólogo* de Silvio Rodríguez asomado a una fiesta de los muchachos de la cuadra, *y sin querer ya estaba / soñando*. Y eso me pasó a mí.

El grandioso Indio Solari había logrado imponer en el Río de la Plata, trabajando desde las catacumbas con el rigor estético del mismísimo Cholo del Aguacero y cagándose en las millonadas que le empezó a ofrecer el macaco de Tinelli para que se encastrara en la farándula televisiva, a *Patricio Rey y sus redonditos de ricota*: la única banda de rock argentina que alcanzó la altura del *mejor tango*. ¿Y nosotros por qué no?

El nombre se lo pusimos junto con Diego Presa: la Banda Barroca. Porque el grupo no despreciaba el rock an absoluto, pero lo que asomaba era un sincretismo mucho más proliferante. Y enseguida organizamos unos recitales en un pub que quedaba al lado del zoológico donde todavía intercalábamos lectura de poemas hasta que un día Joaquín Rath, un ex-alumno de guitarra que estaba terminando la Escuela Musical Universitaria, me dio la idea de pedirle una orientación arreglística a uno de los músicos más finos de la generación del 70, Ulises Ferretti, y nos encontramos bajo lluvia en el shopping de Tres Cruces y pumba: allí estaba nuestro George Martin.

Yo venía de tomarme unas cuantas grapas tempraneras en lo de Hugo Bervejillo, además, y me zampé una jarra de rosado sin comer y me animé decirle a Ulises que era evidente que tanto en el Taller Literario Universo como en la Banda Barroca había *Espiritu Santo* sin saber que él era católico, y el hombre-muchacho de cola de caballo ya canosa y pupilas muy limpias descartó con un solo pestañeo mi posible delirio bipolar y me propuso trabajar en un régimen de taller semanal muy barato y durante unos meses la vieja casona-cueva que le prestaban a Marcos Umpiérrez se transformó en una *stairway to heaven*.

Después empezaron las actuaciones, que no fueron demasiadas pero incluyeron tres Sala Cero de El Galpón y la participación en el largometraje *Montevideoproust* de Hermes Millán Redín, mi *amigo* el cineasta traidor. Y con dos préstamos solidarios de Fundasol financiados a escote se grabó *Plan de ataque*, el mejor CD que jamás haya registrado una banda en el Uruguay y por *años luz* de ventaja, valoración que no estoy dispuesto a discutir con nadie.

El amor empezó a quedarte chico, lloró el Indio Solari, y eso le pasó tan rápido a la vocalista de la banda, engualichada por una intervención demoníaca de Carlos Saralegui, que cuando salió el disco la Barroca llevaba meses de agusanamiento y no sé si en los últimos doce años lo habrán escuchado más de doscientas personas. Pero *existe*. *Cuidado: los barandales que llevan hasta el sótano infernal de la sequedad posmoderna están llenos de huellas de dedos quemados de tapar el sol*.

Nuestro proyecto no fue una masturbación *utópica*. Y cada día más gente que me pide *Plan de ataque* y lo copia y lo reparte, y seguramente va a terminar colgado indeleblemente en *youtube*. *El pozo* demoró décadas en ser reeditado y muchas partituras de Johan Sebastian Bach se utilizaron para envolver chuletas.

Y ahora vuelvo al viejito del *Monólogo* de Silvio: *Favor no se molesten / que casi me estoy yendo / no quise molestarlos / y menos ofenderlos / en la alegría de ustedes / descubrí mis promesas / y todo me parece que empieza*.

Y les aseguro que cuando vean *Jesús de Punta del Este* van a darse cuenta de que con la Barroca reactivamos el *arquetipo celeste de la gran cultura popular*. Porque no hubiera habido un Leonardo Regusci sin nosotros. Y hoy la cosa ya *empezó*.

En el verano del 96 mi hermano y mi cuñada viajaron a Europa y nos quedamos un mes y medio en la casa natal, cuidando a mis sobrinos Augusto y Leonardo, que tenían quince y nueve años. La llegada de Martina sería un inesperadísimo milagro posterior que le hizo crecer a Sergio la costilla celeste que le faltaba para completar la fe.

Lo que quiero contar sobre mi ahijado Augusto es que una tarde de 1984 mi madre me llamó por teléfono para pedirme que fuera volando al Hospital Español porque al nene lo estaban trayendo en una ambulancia desde el Sindicato Médico. Lo habían internado por una convulsión febril y cuando hizo la segunda no aparecía nadie a atenderlo y mi hermano pidió que lo trasladaran.

Yo me tomé un taxi y encontré a mi madre en la vereda y recién a los cinco minutos la ambulancia cruzó Garibaldi y salí corriendo hasta la entrada de emergencias. Sergio venía con el chofer y al abrirse las puertas de atrás del móvil vio el monitor apagado y a Augusto inflado como una pelota y se metió en el Español gritando que el hijo estaba muerto.

Lo que pasó es que lo habían entubado tan mal que le perforaron un pulmón y además antes de llegar al Español le sacaron un momento el respirador porque el niño amagó vomitar. Yo subí atrás de la camilla y cuando llegamos al primer piso me di cuenta de que Sergio y Ruth no tenían la menor duda de que Augusto estaba muerto y después que salieron a llorar abrazados apoyé la frente en la puerta del CTI sintiéndome *colocado* en el lugar de mi padre y recé con el tercer ojo: *Señor, yo sé que en este momento están muriendo millones de niños en el mundo, pero te pido que esta criatura se salve. Que no se muera ahora, Señor.*

Entonces salió un hombre entunicado y me dijo sobrevoladoramente que le estaban drenando el pulmón y que esperaríamos tranquilos. Y a las pocas horas quedó fuera de peligro. Y dos o tres meses después un médico compañero de generación de Sergio y ex-alumno mío de guitarra me trajo al hijo para que empezara las clases y cuando le conté el susto que nos pegamos con mi ahijado sentenció sin dudar: *Fue un milagro.*

Y aquel enero del 96 nos avisaron que acababa de morir Daniel Bentancourt en San Pablo y sentí sacudirse el eje del planeta, para hablarlo en Conrad. Porque un año antes me había dejado en la mano una de las novelas más terriblemente sedientas de Jesús que se hayan escrito. *El viento de la desgracia*, y yo lo llamé de larga distancia para felicitarlo pero le pregunté si estaba *enfermo de verdad* y él largo una carcajada: *Ah, te jodí. Ahora me doy cuenta de que es buena, chiquito. La hice después de una neumonía que casi me pasa para el otro lado.*

En aquellos años todavía se sabía muy poco del SIDA, pero todos nos dimos cuenta que Daniel estaba *por la mitad* y que mientras charlábamos las córneas color pus se le clavaban en una especie de *más allá petrificador* a cada momento. Y sin embargo ni la superdotada intuición de Rosina alcanzó a percibir la enfermedad.

Mi *compañero del alma*, además, que tenía tres hijos chicos y los adoraba, había dejado infectada a la segunda esposa treintañera. Y de golpe entendí por qué vivió siempre machacando, desde la adolescencia, con aquel *lado oscuro* que lo *poseía* y uno no le podía concebir porque en los paletones parecían rebrillarle *dos corazones de oro*, y tanto el entusiasmo vital como la bondad que repartía a borbotones eran los de un *elegido*. Hugo Bervejillo y Saúl Ibargoyen son los principales testigos que conozco.

Sergio me había dejado a disposición todas las botellas de escocés que les regalan a los médicos y yo me sentaba de noche en la vieja hamaca del viejo porche doliente a boxear, whisky en mano, hasta que me inundó una nouvelle que titulé *Primero hay que saber sufrir* basándome en la culpa que alquitranaba dantescamente el libro inédito de mi amigo el mosquetero, pero soñándole un final sereno y luminoso como un naranjo en flor. Porque era un *hombre bueno*.

Y cuando me enteré que Daniel había muerto con treintaitrés quilos acompañado en el hospital por su primera esposa, Marina, y *agradeciéndole a la vida todo lo que le dio*, no me asombré demasiado. La que ve es la fe, Padre, a través de nosotros. Lo increíble es que nos cueste tanto entender esa verdad tan simple. Y una noche mi sobrino chico, Leonardo, se me sentó al lado en la hamaca y de golpe murmuré: *¿Vos sabés que lo único que importa en la vida es el amor, verdad?* Y él bajó la cabeza y me dijo que sí.

Pobrecito. Extrañar tanto a los padres y tener que aguantar a un tío loco y borracho. Pero lo que yo quise tatuarle en la tristeza fue lo que Einstein redactó así: *Hay dos maneras de vivir una vida. La primera es pensar que nada es un milagro. La segunda es pensar que todo es un milagro. De lo que estoy seguro es de que Dios existe.*

11 / JUNG

Y aquel otoño le pedí a Demian material sobre Jung y él me prestó *El hombre y sus símbolos*, la ya popularísima introducción a la psicología analítica preparada insólitamente a los ochenta y cinco años en un *lenguaje accesible*, a pedido de una

editorial inglesa. Y encontré nada menos que mi segunda *vara de medir todo*, y ya a partir de 2002 me empecé a definir como *católico junguiano*.

Cuando San Pablo eligió predicar en Grecia antes que en el Asia Menor en realidad fue *encontrado*, como sugiere Joseph Ratzinger, por lo que él *buscaba*: *herramientas filosóficas de análisis y prospección*. Y yo me sentí igual y pude entender de golpe la *exacta significación* de Albina y Bénédicta en el *liberador recambio de mi femineidad*, por ejemplo. O sea: en la excavación espejismalmente guiada hacia el surgimiento de mis *propias aguas primordiales y sustitutivas del flujo materno*. Mi *horizontalidad fecunda* y no esclava.

Porque a los cuarenta y ocho años yo ya tenía el Verbo viril erecto hacia la *completud* y la *individuación* definitiva de mis *facciones espirituales*. Y también podía haberme mandado inscribir en la tumba el mismo fragmento de I Corintios, 15, 47, que eligió Jung: *El primer hombre procede de la tierra y es terrenal / El segundo hombre procede del cielo y es celestial*. Pero mi *ánima*, mi *contrafigura sexual*, mi *otra interior*, mi *costilla celeste* capaz de hacerme *parir la PAX-LUX* *espiralada eternamente hacia el Padre*, recién estaría clavada en mi esqueleto energético *cuando en cualquier minuto de esta preciosa vida yo sintiera la fuerza y la puntería y la fe que se precisan para matar al dragón, al mío y al colectivo, sin descansar*. Y además sonriendo.

Y eso hay que aprenderlo solo: *nadie puede tener un orgasmo en tu lugar*. Y la *penetración en la gruta de tu tesoro personal* equivale a tus sueños. *Nadie puede soñar tu vida*, aunque quieran hacértelo creer. Y *ser feliz se elige*. Y *no hay nadie que no sea encontrado por las varas de medir que busca enamoradamente, si elige morir buscándolas*.

Jung escribió nada más que la primera parte de *El hombre y sus símbolos*, y le encargó las otras a tres colaboradores y tuvo tiempo de revisar el volumen completo antes de morir. Pero siempre se sintió horriblemente incomprendido y eso no deja de ser horriblemente hermoso: trabajar como el salmón, para proferirlo en Calamaro.

La obra junguiana es vastísima y complicadísima y además allí no hay elegancia estilística ninguna y el día que le pedí *Aion* a Demian, por ejemplo, dudó un rato y después lo buscó en la biblioteca aclarando: *Cuando no entiendas algo seguí de largo, nomás*. Claro que a un vallejiiano o lezamiano o guimarãesrosano eso le importa un pito. Y además con el tiempo uno empieza a darse cuenta que era *Jung mismo el que se entendía escribiendo*.

Y el *análisis* de la correspondencia entre un varón y su *ánima representada por una mujer de carne y hueso en forma espejismal* es tan *exacto* que yo ya hace por lo menos una

década que no puedo dejar de hacer *la segunda lectura hermenéutica junguiana* de una *historia de amor*: porque siempre *da justo* y sabés cuando *ella es ánima* y cuando es *mujer real*. Y esto no debe confundirse con las *correspondencias edípicas* señalizadas por Freud, que son brillantes y precursoras pero mucho menos amplias.

En lo que tiene que ver con el reverso, el encuentro del *ánimus completador* por parte de la mujer, la cosa es más compleja y la propia Pinkola Estés corrige a su maestro Jung sosteniendo que en la profundidad abismal de una *loba* hay una *clarividencia logoica femenina* y no *fálica*. Puede ser. Y si se los discutís, son capaces de hacerte sentar cabeza con más rapidez que Robespierre.

Tuve un alumno checo, que se llama Marek Sustak, y a veces su encantadora madre, Iva, que es diplomática, venía a buscarlo temprano y yo la invitaba a pasar a la trinchera estrellada y un día me entusiasmé y terminé conferenciando sobre los posibles resultados finales de la *crisis de los cuarenta* según Jung y recién aquella tarde aprendí a no verla en blanco y negro.

Entonces, rematé ya totalmente olvidado de que la clase del pobre chiquilín estaba interrumpida hacía un cuarto de hora, *si aceptamos el abandono de la adolescencia eterna y creemos en el tesoro difícil de encontrar podemos terminar siendo viejos sabios y no viejos de mierda*.

Y después de la carcajada de Iva, una mujer-muchacha de corazón enjoyadamente universal, Marek, que tendría once años, me sondeó como un simpático verduguito rubio y sentenció: *Bueno, algunas veces vos parece un viejo sabio*.

12 / MOBY DICK

Cuando cumplí cincuenta años Daniel Biagioni, mi cuñado, un sociólogo excepcionalmente cultivado y que respeta mi catolicismo, me regaló *Spinoza, el marrano de la razón*, de Yirmiyahu Yovel, y entendí la *neurosis de la modernidad*.

El autor, además de profesor de filosofía en la Universidad Hebrea de Jerusalén, es fundador y presidente del Instituto Internacional Spinoza de Jerusalén. Y vale la pena copiar dos partes de la solapa para ganar tiempo: *Esta obra ambiciosa y original presenta a Baruch Spinoza (1632-1677) como el mayor filósofo de la modernidad. Adelantándose*

a la laicidad, al surgimiento de la ciencia natural, a la crítica bíblica, al iluminismo, al estado liberal democrático y con él, la disolución de los ghettos, Spinoza fundó su revolución filosófica en un nuevo principio que en este libro Yovel llama “la filosofía de la inmanencia” (...) En la segunda parte de esta obra Yovel analiza la influencia de Spinoza en los filósofos que lo siguieron y su papel en el surgimiento de la mentalidad moderna. Goethe, Kant, Hegel, Heine, Marx, Nietzsche, Freud y Einstein, cada uno a su manera y a veces sin ser conscientes de ello, compartieron con Spinoza, en lo esencial, la filosofía de la inmanencia, base única de toda norma social y política y única vía de redención humana.

Y como acápite encontramos uno de los sonetos que Borges, el genio que *no quiso ser feliz*, le dedica a Spinoza: *Bruma de oro, el Occidente alumbra / la ventana. El asiduo manuscrito / aguarda, ya cargado de infinito / alguien construye a Dios en la penumbra. / Un hombre engendra a Dios. Es un judío / de tristes ojos y de piel cetrina; / lo lleva el tiempo como lleva el río / una hoja en el agua que declina. / No importa. El hechicero insiste y labra / a Dios con geometría delicada; / desde su enfermedad, desde su nada / sigue erigiendo a Dios con la palabra. / El más pródigo amor le fue otorgado, / el amor que no espera ser amado.*

En el capítulo 8 de la primera parte de estas confesiones categoricé a Don Quijote y a Moby Dick como *los dos símbolos literarios más irreductibles a una sólida clarificación conceptual que conozco*, pero acabo de releer las 447 páginas de mi subrayadísimo y anotadísimo libro de Yovel y ahora me arriesgo a definir metafóricamente a la indestructible y feroz ballena blanca como el *símbolo de la fe en el Dios vivo* que quiso matar *quijotesca*mente Baruch de Spinoza.

Borges, un *spinoziano converso*, alaba al *hombre engendrador de Dios* mimetizándose con la astuta metodología de su maestro que, en lugar de *religarse* con las *culturas religiosas* que nos sustentan hace millones de años, las descartó dulcemente y además, desde su adolescencia eterna *enferma* de *hechicería* soberbia y su irredimible *nada*, las usó manipulándolas *lingüísticamente*, simulando prolongarlas.

Y a Yovel hay que leerlo, porque su explicación de los dobles y triples y cuádruples lenguajes que utilizó el *cauto* Spinoza pariente de los *marranos* humillados en la península ibérica y declarado hereje por el judaísmo ya en su juventud, no tiene desperdicio.

Se lo podría definir, sin embargo, rápida y caricaturescamente, como el *discurso del lobo-abuela de Caperucita*: una especie de *maquiavelismo filosófico* o *barbarie ilustrada* que *habla igual que la víctima para poder comerse mejor la fe en un reino superior al terrestre* inspirado por la *revelación*. Y además trata, *deificando* la materia desde el

llamado *tercer género de conocimiento*, de sustituir al *Hombre Nuevo resucitado* por un refinadísimo geometrizador de las *esencias eternas* que le generan un *bienestar casi místico* y consolador de la *irreversible mortalidad del alma*.

Claramente, puntualiza Yovel, *el tercer género de conocimiento es asunto de pocos*. A las multitudes hay que domesticarlas con un amor tolerante aunque enérgico, y dejar que que subsistan y se sacrifiquen continentadas por la democracias laicas y las religiones inferiores. Vale decir: las pobres masas ignorantes jamás serán capaces de acceder al relampaguear de la *nueva sabiduría*. Triste mundo, maestro Georgie.

Y Spinoza pasaría a ser el *profeta mayor*, el verdadero *elegido* en lugar del admirable pero alucinado Jesús de Nazaret. Se acabó la prehistoria, y ahora nos guía el constructor de una *religión de la razón* capaz de ofrecernos el acceso al *bien supremo*: una *resignada contemplación* de la *inapelable causalidad material* o *anaké* que nos tiraniza desde el big-bang. Y a llorar al cuartito. El pueblo entretenido por la TV y el fútbol no desespera, y a nosotros el Dios-palabra nos sonríe con el minusválido nácar lunar que reverenciaron igual que a una hostia tanto Borges como Neruda.

Claro que no podemos triunfar del todo sin matar a Moby Dick, compañeros. Ahí está la maldita subversión.

13 / DON QUIJOTE

Y ahora también me ariesgo a definir al personaje bicéfalo Don Quijote-Sancho Panza como un *símbolo de las malandanzas del imperio español queriendo evangelizar el planeta a espada*; una locura supuestamente *santa* prometiéndole ínsulas a un pueblo que era capaz de cagarse arriba de horror y seguir *redimiendo* a lo bestia.

¿Y quién fue el nuevo Quijote que trastornó los mares para vengarse de los holocaustos de la Inquisición? ¿Quién fue el Capitán Ahab? ¿Quién sigue siendo el Anticristo? Se llama así: *el ejército ilustrado de la filosofía de la inmanencia al servicio del lustre de los egos modernos*.

¿Qué consuelo encontraríamos en saber que los sufrimientos de millones de hombres han permitido la revelación de una situación de la condición humana, si más allá de dicha situación límite sólo estuviera la nada?, pregunta Mircea Eliade en *El mito del eterno*

retorno, cuando ya mediando el siglo XX lo que *imaginó* proféticamente Spinoza como remedio para la *imaginación loca* era *peor que la enfermedad*.

Y enseguida sentencia inapelablemente, y sobre todo si valoramos el diagnóstico en pleno 2008: *En realidad el horizonte de los arquetipos y de la repetición sólo puede ser superado impunemente mediante una filosofía de la libertad que no excluya a Dios. Tal cosa fue, por lo demás, lo que aconteció cuando el horizonte de los arquetipos y de la repetición fue por primera vez superado por el judeocristianismo, que introdujo en la experiencia religiosa una nueva categoría: la fe.*

Y un poco más adelante: *Si los milagros han sido tan raros desde la aparición del cristianismo, ello no es por culpa del cristianismo, sino de los cristianos. La fe, en ese contexto, como asimismo en muchos otros, significa la emancipación absoluta de toda la especie de la “ley” natural y, por tanto, la más alta libertad que el hombre puede imaginar: la de poder intervenir en el estatuto ontológico mismo del universo. Es, en consecuencia, una libertad creadora por excelencia.*

Un paréntesis: ¿cuántos países tiene un poeta que haya escrito en el filo del 900 algo parecido a lo que profirió Julio Herrera y Reissig en su *Tertulia lunática*?: Yo te excomulgo, Ananké!

Y volviendo a Eliade, sumamos un redondeo que hace acordar tanto a Artigas que eriza: *Sólo semejante libertad (dejando de lado su valor soterológico y, por consiguiente, religioso en el sentido estricto) es capaz de defender al hombre moderno del terror a la historia: a saber, una libertad que tiene su fuente y halla su garantía y su apoyo en Dios. Toda otra libertad moderna, por más satisfacciones que procure al que la posea, es impotente para justificar la historia; lo cual, para todo hombre sincero consigo mismo, equivale al terror a la historia.*

Ah, Moby Dick, en el fondo nunca fuiste otra cosa que el fantasma de la inasible Dulcinea interior, la *abismal paridora que nos encaja un Ojo sobrehumanamente revolucionario*, arponeada por los embalsamadores que leyeron demasiados mamotretos sobre el ateísmo andante.

Y hay que agregar que Yirmiyahu Yovel, que revisa y desmenuza con precisión de pulidor de cristales las *desviaciones* de los *sucesores del marrano de la razón*, elude criticar al *relativista* y sin la menor duda *trascendentalista* Einstein incluso en la solapa del libro como prestigioso capitán del ejército de la inmanencia.

Revisemos, en cambio, un palo dedicado al fundador del psicoanálisis: *¿Sugeriría Freud que aquí se necesita una forma colectiva de transferencia que gire en torno a la figura de un nuevo líder espiritual, un profeta antirreligioso, un Moisés, Jesús, Spinoza o Freud moderno? ¿Es esta una de las razones por las que se caracterizó al psicoanálisis, ostensiblemente una ciencia, como movimiento (Bewegung), y como tal se lo organizó, viéndose a los disidentes como herejes?*

O esta especie de *mala calificación escolar* que se lleva el factótum de los Partidos que construyeron un verdadero *reino del revés*, para hablarlo en María Elena Walsh: *Marx expulsó a Dios del ser pero pero, parafraseando a Nietzsche, no venció a las “sombras” del Dios muerto. En términos de este libro, no regresó de Hegel al naturalismo de Spinoza, como quizá querían Balibar y los discípulos de Althusser.*

Pero a Einstein convenía nombrarlo nada más que en la solapa, porque para los spinozianos es demasiado parecido a una *repetición* del Galileo que enloqueció al Vaticano y lo obligó a terminar pidiéndole perdón.

¡El colmo de la barbarie!, comentó Spinoza cuando Joahn de Witt, líder de la república, fue asesinado y descuartizado en una calle de La Haya. ¿Qué diría ahora, frente al *enmascaramiento democrático* del capitalismo salvaje rezador de su *ratio*?

14 / CREER

Cuando me enteré que Daniel Bentancourt había pasado la Navidad del 95 en Montevideo, un mes antes de morir, emcerrado en el apartamento de su hermano Roberto casi sin poder moverse y prohibiendo que nos avisaran a los amigos, no tuve más remedio que reinventar su último viaje a la blancura del sol natal escribiendo un texto muy breve que enseguida generó el cuentario *Fe a domicilio*.

Ese fue el primer libro que produje en la imprenta de Laura Etorena, una amiga de Guillermo Büsch que nos hizo los catálogos para la retrospectiva de mi padre organizada por el Centro de Artistas Plásticos en el 97.

Al final Laura, que era sobrina nieta de Onetti, me propuso montar una editorial y cuando *Morir con Aparicio* quedó libre de un contrato en exclusividad que me obligó a firmar un matón trastornado en el 89, conseguimos un tercer sponsor y preparamos una preciosa

tercera edición ampliada y prologada por Rómulo Cosse que se agotó muy rápido y fundamos el Caracol al Galope, nombre inspirado en una colección parisina que dirige un amigo de Olver, el poeta Efer Arocha.

Las hermanas Etoarena tienen sangre peruana, y Laura era una morocha chiquita y campaneante que conservaba un solo recuerdo de su tío abuelo célebre. Cuando Onetti decidió autoexiliarse hubo una despedida familiar y de repente el futuro Premio Cervantes le comentó a su primo: *Pero mirá qué ojos que tiene esta chiquilina. ¿No me la podés mandar pa España?*

Eran unos ojazos con una floralidad azabache capaz de generar una especie de implosión cósmica en cualquier momento y ahí te hundías, tranquilo. Porque los astronautas nunca se desesperan frente a la desnudez carnívora donde desaparecen el día y la noche. Y creen.

Gracias al Caracol al Galope y a la generosidad sin barreras de mi socia pude publicar *El viento de la desgracia*, el novelón que me había dejado en la mano Daniel Bentancourt. Fue un desafío bravísimo, porque primero se la di a Saúl para que tratara de colocarla en México mientras Bervejillo probaba en un sello con *lobby* de esos que yo ni piso, pero no hubo manera.

Hasta que un día me decidí por lo menos a tipearla con prolijidad profesional y de golpe le empecé a hacer correcciones formales y se me desencadenó una necesidad tan grande de transformarla en una espada que la dejé literalmente *por la mitad*. Trabajé durante más de dos meses durante varias horas todos los días y sentía algo así como una *pasión ajena* mecanizándome los brazos hasta el acalambramiento y al final quedó muy bien y va a *durar*. En el capítulo *Naranja en flor* adelanté que *El viento de la desgracia* es una de las novelas más terriblemente sedientas de Jesús que se hayan escrito porque el alter ego del autor se proyecta en un personaje compuesto al estilo de Jekyll y Hyde pero *ninguno cree*: uno *odia al Padre* y el otro *busca al Hijo*. Y en aquellos mismos años, cuando Olver me pidió material uruguayo para su segunda antología del cuento negro y policial latinoamericano, le mandé un memorable texto de Daniel, *Vuelo ciego*, que está incluido en *Todas las muchachas del mundo*, un cuentario del 86, y al releerlo me quedé asombrado de aquel escalofriante *lado oscuro* que siempre lo habitó.

Y me acordé que más o menos por el 90 nuestro hermano el mosquetero se había equivocado al ensobrar dos cartas que nos mandó simultáneamente a Bervejillo y a mí, y me tocó leer un comentario piadoso donde se hablaba de la porfiada *fe del Huguito* y no me enojé ni nada, pero destapé la máquina y versifiqué una simetría inversa que después me sirvió como una vara para medir la desesperación y la paz de cualquier alma: *Alcanza con creer. Con no creer no alcanza*. Y no me refería a la creencia en ninguna dimensión del ser que pudiera alimentar a los gusanos, por supuesto.

Laura fumaba muchísimo y vivía para las dos hijas y le costaba horrores mantener el negocio, y enseguida de cumplir los cuarenta empezó a adelgazar y a quejarse de un dolorazo perpetuo en la espalda y el médico le dio pase al psiquiatra y hasta llegó a internarse tres días en una de esas clínicas que *sacan el estrés*. El cáncer de pulmón recién se lo diagnosticaron en marzo del otro año, pero una mañana muy blanca de ese verano se puso a mirarme sin hablar bajo la gran claraboya y *aquello* duró tanto que tuve que preguntarle qué le pasaba y ella apenas sonrió. Y con el tiempo me di cuenta que se había enamorado de mi fe y durante la agonía le regalé un Padrenuestro tipeado con letras gigantes y lo pegó en el cielorraso de la cucheta donde dormía una de las hijas. Y lo leía, tranquila.

15 / LA CARTA

Ahora reproduzco, un poco retocada, una carta abierta que le mandé a Mario Benedetti en el 99. La titulé *LA DESESPERANZA TIENE PATAS CORTAS*, y los únicos medios que no la publicaron fueron *La República* y *Brecha*.

Estimado Mario: he leído con preocupación algunas de tus recientes declaraciones realizadas a la prensa en España, donde manifestaste admitir que la humanidad va hacia un suicidio, si bien aclarabas que siempre me queda la esperanza de que se va a poder rescatar. Pero enseguida se aludía a la globalización de la hipocresía y a lo difícil que resultaría resignarse a la muerte del género humano en general, por lo que se me hace imposible no confrontar públicamente esas declaraciones.

En el 89 te hice un largo y jugoso reportaje, y cuesta creer que la misma persona que adhería a la esperanza en un hombre mejor (la expresión hombre nuevo ya no se utilizaba) pueda haberse ensombrecido tanto. Resulta particularmente duro verte sumado a la globalización de la desesperanza, sobre todo pensando en la multitud de lectores que te idolatran. Uno puede deprimirse frente a su propia muerte -aunque eso no es lo ideal, si aprendimos a escalar la montaña interior desde donde se la reconoce como la única puerta dimensional que construye la espesura del amor (Juan Carlos Macedo dixit) y a no considerarla una especie de lacra (como la definiste en una feria del LATU)- o deprimirse frente los renovados sheriffs del mundo, los refinados intentos de robotizar la injusticia planetaria o los tristes entresijos de las banderías políticas. Lo que es poco concebible en un hombre prolífico es esa sequedad capaz de impedirle el deslumbramiento frente a la indoblegable heroicidad de los pobres de espíritu (los que no se conforman con menos del festejo total de la vida) que sostienen el cielo con la espalda, a toda hora y en todas partes.

Estos años son el pasado del cielo / son la verdad o el fin / son Dios / quedamos los que puedan sonreír / en medio de la muerte / en plena luz, *sentenció Silvio Rodríguez (un profeta de este siglo que no ha emergido debilitado del derrumbamiento del socialismo real)*. Y pienso que esa es la opción del viaje humano que eligen los que aman con humildad. La opción contraria implica fatalmente el sometimiento al imperio ilusorio de la nada: la descalificación del amor como fuerza motora para la construcción de una humanidad nueva, dimensionada hacia la elevación que merece cada hombre. Si se trabaja desde la sonrisa invencible -la de hueso- es porque creemos que todo lo digno de perdurar perdurará. No se ama hacia la nada sino hacia el todo: la humanidad purificada para no transformarse en la lacra del cosmos sino en su luz consciente. La estación de la materia que piensa y reconstruye. Y cualquier hombre puede coincidir con otro -más acá o más allá de las ideologías particularizantes- en la conciencia de estar viviendo el pasado del cielo. Donde hay amor en lucha, el absurdo retrocede. Y podemos disfrutar y padecer con la misma paz con que una flor o un perro o una montaña reciben el sol o los terremotos. Ese ánimo todopoderoso es lo que nos da la fe. Sería algo así como poner el raciocinio al servicio de un absoluto todavía misterioso pero incontrovertiblemente palpable.

Y esa es la verdadera cultura que heredamos, lo que ha sedimentado en el planeta a pesar de las catástrofes y de nuestra diaria falibilidad. O las diarias derrotas, furias, decepciones, ascos, etc. Hay algo que es evidente: el hombre podrá ser el único bicho que tropieza quinientas veces con la misma piedra pero también es el único capaz de encarar reflexivamente sus caídas. Y si me apurás te digo que lo más grandioso que tiene la humanidad es su capacidad de resurrección. Esa gracia nos viene de una energía más alta que nosotros. El hombre no se renueva cuando él quiere, sino cuando hace lo que verdaderamente tiene que hacer: servir a su planeta, a su prójimo, a su país, a su tribu, a su barrio, a su familia, a su comunidad. A veces podrás sentirte interiormente muerto, pero si hacés lo que tenés que hacer y servís como tenés que servir (por más traiciones que hayan) un día resucitás. Y todo es tan exacto como las matemáticas. Siempre lo fue, además. Por eso nunca hay que menospreciar la sabiduría metafísica que nos llega desde el amanecer de la historia.

Ni hacerle el juego al discreto encanto de la derrota, ese tango de sirena que tan bien definiste desde el exilio. Levantemos el corazón, Mario. Todos los hombres -pero sobre todo los niños y los muchachos que ya andan codo a codo por la avenida de la tonada inasible- se lo merecen. Te saludo fraternalmente.

Nunca tuve respuesta. Pero pocos años después apareció un lujoso volumen ilustrado donde Benedetti se dirigía a los jóvenes y alcancé a leer, vichándolo en una librería, que se consideraba *un viejo contento*. Y me quedé contento.

16 / LA MISA

La séptima viñeta de *LA HEROICIDAD URUGUAYA* diálogo con Demian Díaz Torres se llama *MISA*: *Hacía más de treinta años que no iba a misa. Entré casi corriendo y me paré detrás de un perfumado pelo botticelliano. Pero cuando iba a completar la visualización machista del cuerpo de la muchacha escuché un pensamiento: Aquí no. Me concentré en la misa y después que cantamos el Padrenuestro sobre la música de Sounds of silence ella se dio vuelta para besarme y sonrió: La paz contigo. Lo único que le faltaba era llamarse María.*

En el capítulo 24 de la segunda parte puntalicé que *el padre Fidel eligió usar la espada del Vaticano para partir un nudo dogmático y darme la comunión a pesar de mi divorcio*. Lo que todavía falta aclarar es que mi primer confesor, Aniano Álvarez Suárez, el que me propuso construir un Hombre Nuevo, no me consideró apto para comulgar. Y me dijo algo así como que igual podía vivir la eucaristía junto con la comunidad, y que hacer el trámite para que la curia me rehabilitara iba a ser muy complicado.

Todo bien. Mi hijo Nacho, que tenía doce años, empezó a acompañarme los domingos y a los catorce se bautizó y tomó la comunión. Aniano volvió enseguida a Roma y yo le propuse al párroco, Fidel Gil, dar clases de guitarra en la sacristía dos o tres veces por semana a precios populares, con la posibilidad de becar a los chiquilines de los asentamientos de Carrasco Norte y se interesó mucha gente, incluidos algunos sacerdotes y seminaristas del convento.

Y un día le comenté a Fidel la prohibición de Aniano y él decretó con una mansedumbre de dientes peleadores: *Ah, no. En mi parroquia comulgás. Porque sos un hombre bueno. Te confiesas y vale.*

En el capítulo 17 de mi novela *Jesús de Punta del Este* la productora posmo que termina asesinando a Leonardo Regusci le pregunta al Judas de la Banda del Pez: *¿Vos también sos cristiano?* Y el otro la corrige: *Católico. Desde chico*. Y ella se pone histérica: *¿Pero cómo pueden creer que Jesús resucitó?* Entonces el traidor le explica con una simpleza máxima: *Para eso hay que ir a misa.*

Y es así. Después de un tiempo de compartir la eucaristía empezás a vivir en el ámbito de la nueva dimensión de la materia que empezó a reinar doloridamente hace dos mil años y sentís que esa noticia es lo más importante del mundo. Y no se necesita pertenecer a ninguna aristocracia intelectual como la de Spinoza and Co. para sentirse eterno. Yo canté años en el coro de la parroquia y veía a la gente de frente, y a la hora de revivir la sencillísima cena donde resucitó la humanidad entera somos todos Hijos únicos, más allá

de que pertenezcamos a la *high class carrasquense* o a un asentamiento del Paso Carrasco. *Quien lo probó, lo sabe.*

Vale la pena citar algunas reflexiones que concantena Jung en la segunda parte de *Psicología y simbólica del arquetipo*, subtitulada *El simbolismo de la transformación en la misa. La concepción de la Iglesia supone la siguiente situación: la conciencia (representada por el sacerdote y los fieles) está confrontada con un proceso autónomo, que se desarrolla sobre una base trascendente a la conciencia (esto es, con un proceso “divino” e “intemporal”). (...) ¿Qué podría imponer al hombre durante siglos el mayor refinamiento del espíritu, la más amorosa configuración de la belleza, la más profunda devoción, el más heroico autosacrificio, la más amplia servicialidad? ¿Qué otra cosa que un milagro puede tener esos efectos? (...) Milagro es aquello que asombra al hombre porque le parece inexplicable. En efecto, no se puede explicar a través de la naturaleza presuntamente conocida del hombre por qué y cómo este tiene necesidad de tal manifestación y de tal fe. (...) Se puede suponer que una opinión improbable pronto será rectificada. Pero las manifestaciones religiosas son las más improbables de todas y se mantienen durante siglos. Con su imprevisible fuerza vital demuestran la existencia de una causa suficiente, cuyo conocimiento científico se ha sustraído hasta ahora al espíritu humano. Como psicólogo, en un comienzo sólo puedo señalar la existencia del fenómeno y expresar mi convicción de que tales fenómenos no se acomodan a ninguna explicación cómoda...*”

Y no olvidemos que Jung, cuando John Freeman le pregunta en la célebre entrevista filmada para la BBC en marzo del 59, si todavía creía en Dios, contestó: *¿Ahora? Lo sé. No tengo necesidad de creer. Lo sé.*

Así contestó el científico. Y en los frisos de su tumba mandó inscribir la misma sentencia tomada de un escrito de Erasmo que presidía su casa: *Lo llamemos o no lo llamemos, Dios estará presente.*

17 / BOCCANERA

Mi cuarto poemario, *El cielo entre los dientes*, apareció en el 89 dentro de la recopilación titulada *Puro verso*, y está dedicada al relevante escritor argentino Jorge Boccanera, que nació en Bahía Blanca en el 52 y nunca va a encontrar donde quedarse quieto en este mundo.

Y dentro del libro hay un texto que creo que lo retrata: *Un hombre que organiza grandes palabras dulces / y las hace brillar desesperadamente / como si un maremoto se azulara*

en los ojos / emigrados de un niño / jamás podrá saber por qué frente al madero / la Virgen le ofrendó una sonrisa de piedra.

Nos conocimos en Buenos Aires en el 83, cuando volvió del exilio mexicano. Él ya me me mandaba sus libros porque se habían hecho muy amigos con Saúl, que siempre lo consideró un *tremendo poeta*. Y unos años después nos visitó en Montevideo y de una manera completamente inexplicable rompió una de las poderosas sillas de guacambú que tenemos en el comedor nada más que levantándose y mi tercer ojo no entendió que era un hombre-pararrayos.

Entre el 99 y el 07 ni siquiera nos escribimos. Y en 2004 publiqué un *Manifiesto minimalista* en un volumen colectivo que sacamos con el taller y voy a reproducir cuatro numerales imprescindibles para visualizar la sismografía de mi radicalismo:

11) *La gente va tan poco a las librerías porque se vende demasiada caca mater. Los verdaderos bailarines no pasan el rato en escena: nos sosiegan los vértigos volando revolucionariamente. Y también estamos cansadísimos de la farandulitis ingeniosa. Hace falta tango hermafrodita y muy bueno.*

13) *La búsqueda de una completud estética geometrizada, depurada y despojada de facilismos o desviaciones discursivas de cualquier tipo (sociologizar o filosofar ensayísticamente, complacer o épater) es un viaje hacia el escándalo de la Purificación, la meseta discriminatoria que se autodesinfecta (a puro escalofrío y palabra abismal) de la barbarie escatológica.*

14) *El vértice estético que no amenace al gusto oficial como una espada crística, será puntualmente envainado por el olvido.*

15) *La indiferente, ciega o cobarde incompreensión (o su reverso: la alabanza boba) será, casi en la totalidad de los casos, la paga del establishment para el mago-profeta que minimalizó y conjuró la amenaza del bisonte interior. Al hombre-masa le importa el oro, pero no el minero.*

Y hace un par de meses me llamó Jorge desde la redacción de la revista bonaerense *Nómada* para reenganchar la *conversa* y le pedí que me mandara el último poemario, *Bestias en un hotel de paso*, que nunca llegué a pescar, y durante el traqueteo del vagón telefónico me di cuenta que nos queremos más de lo que parece. Porque a él le encanta socializar teatralizando chistes, por ejemplo, pero es un *callado eterno*. Los que viven tragándose los rayos que amenazan a la tribu para alquimizarlos y tallarlos como implosiones dulcemente sordomudas en la pared de las cavernas tienen digestiones ermitañas.

Y cuando me llegó *Bestias en un hotel de paso* ablocado en un volumen con las reediciones de *Sordomuda* y *Polvo para morder* fue como si se rompiera otra silla y recién ahora sentí que la poesía de Jorge es uno de esos poquísimos trapecios que sobresaltan dimensionalmente al circo hasta transparentar el estrellero.

Y nos cuesta mucho *entrarle* a esos saltos de tensión, porque *viven mañana*. Vallejo, García Lorca, Dylan Thomas, Homero Manzi, Silvio Rodríguez o el Indio Solari.

En la portada del libro, además, Boccanera me dedica sus bestias *que también gritan: “que se siga creyendo”*. Y eso me hizo pensar que su Virgen interior ya no le está ofrendando una sonrisa de piedra.

Yo tuve otros empleos, gruñe al final de Servicios del insomnio: Eso está en otro cuerpo. / Ahora dedicación, la lengua muda. / Soy el que apila noches toda la santa noche. / El que traslada escombros de una carta a la otra.

Y en *Labios de ramas quebradas* termina de aparecer un cautísimo triunfo: *Sabemos que el ruido de un río / es el ruido del río, / y que no tiene nombre / y lo reconocemos. / Es igual que ese nombre / que llamamos tu nombre, / que llamamos tu nombre, / y lo reconocemos, / y es el ruido de un río.*

Y en *El extranjero (uno)* se redondea el tango hermafrodita, el casamiento con nuestro otro que reclama mi manifiesto: *Un extraño, un aullido enterrado en mi cuerpo. / Lo he visto dibujado en las hojas de un libro. / Se llama corazón. / Nos vamos pareciendo, poco a poco. / Ya no tengo diez dedos en las manos. / Él a veces camina como yo.*

18 / LA HEROICIDAD

En el 99 publicamos con el Caracol las dos primeras novelas de Isabelino Pena reunidas en el volumen *El resoro de Ronaldinho*, la segunda edición de *Puro verso* ampliada y prologada por Jorge Boccanera y la cuarta edición de *Morir con Aparicio*.

Y una mañana de 2000 me desperté pensando: *No puede ser que la sabiduría de Demian no quede constelada por escrito. Aunque si le propongo hacerle un libro-reportaje no le va a interesar.*

Entonces pasó *algo*: todavía era tempranísimo, y cuando volví a apoyar la cabeza en la almohada *vi* a Jung. Yo no estaba dormido, pero tenía los ojos cerrados y *sentí* la *presencia* de la mascarilla del suizo brillando en lo alto del placard que hay al lado de mi cama. Aquel mismo mediodía llamé a Demian y aceptó encantado la propuesta.

Yo en ese momento ni sabía que él había hecho su posgrado en la Universidad Católica recién entre el 94 y el 97 y pasado a integrar la Fundación Carl G. Jung del Uruguay y la International Asociation Analytical Psychology en calidad de analista.

Las grabaciones se hicieron rápido, y en un principio también participó la brillante Dra. y docente Pilar Amézaga. Pero nos íbamos los tres por las ramas y tuve que resolverlo charlando en una sola dirección con mi terriblemente intravertido terapeuta.

Había necesidad, además, de intercalar lo que ellos llaman *cuentitos ilustradores*, y organicé los textos reflexivos-narrativos con mi viejo sistema de las *cábulas* liceales: dieciséis viñetas. *Los símbolos naturales de la totalidad, tal como aparece entre nosotros, en sueños y visiones y en el Oriente como mandalas, son cuaternidades, que pueden ser múltiplos del cuatro, o círculos cuadrados, se especifica en Psicología y simbólica del arquetipo.*

Y como el tema vertebral del libro era la conquista de la heroicidad a nivel general y comunitario después de me ocurrió *ilustrar las ilustraciones* con un correlato fotográfico del monumento *La lucha* de Eduardo Díaz Yepes, en base a la distorsión y la fragmentación de fenomenales tomas hechas por mi *compañero del alma* Héctor Marrone, plástico y músico de olfato cósmico. El principal sponsor fue mi otro alumno de guitarra Mario Barbé, un hombre que sabe gestualizar su generosidad con una pureza desconcertante, y Héctor aportó lo que hacía falta por propia iniciativa para llegar a un tiraje de quinientos ejemplares sin saber que se estaba adelantando cuatro años en regalárselo a su nieto Caetano, porque el libro está dedicado a los niños del 2000.

La elección del monumento circular que corona el horizonte del río-mar uruguayo se inscribía, complementariamente, en la profunda significación alquímica del *Ouroboros*, la *serpens mercurialis* de los latinos.

También el Ouroboros es padre, madre, hijo e hija, hermano y hermana desde “los primeros tiempos hasta el fin de la alquimia”, anota Jung en El simbolismo de la transformación en la misa: El Ouroboros es su propio creador y sacrificador y su propio instrumento sacrificador, pues es un símbolo del agua mortal y vivificante.

Una de las primeras viñetas de *LA HEROICIDAD URUGUAYA* se llama *TILO*: El gomero que reinaba frente a los apartamentos fue talado de raíz porque nos deshacía la vereda y esa noche tuve la sensación de que acabábamos de enterrar por segunda vez a mi padre. Después plantaron un tilito y hace años que lo riego mucho más con los ojos que con los puntuales baldazos nocturnos. Ya mide el doble que cualquier mortal y calla y resplandece como un hermano enorme de mi corazón.

Y la última se llama, precisamente, *LUCHA*: Cómo creció este tilo. Está el doble de grande, *me comenta la esposa del vecino-jardinero una noche muy clara, cuando vuelve de sacar al perro*. Pepe dice que es por las raíces podridas que quedaron enterradas, *señalo uno de los muñones sobrevivientes del gomero. Pero ella mira el balde que llevo en la mano y sonrío*: No. Casi nunca crecen así. Lo que pasa es que usted lo regó con amor.

La portada de *LA HEROICIDAD URUGUAYA* lleva una especie de faja sobreimpresa que anuncia *ENFRENTANDO AL MISIL DE LA DEPRESIÓN*, sobre tres pequeños rostros de Obdulio Jacinto Varela, José Gervasio Artigas y Joaquín Torres-García.

Para redondear la reconexión generacional lo presentamos en el museo del abuelo de Demian junto con el Dr. Mario E. Saiz, y esa noche mi terapeuta agradeció el trabajo y la presencia de sus colegas junguianos y remató la intervención clarinando con su chillona parquedad que se sentía orgulloso del libro y de mí. Y yo sentí que el *poeta descalzo* acababa de meterle un *gol de oro* al 34 oriental.

19 / ARTIGAS

Cuando estaba en quinto año de escuela le pedí a mi maestra para recitar mi propio poema sobre Artigas en una fiesta patria y a Ángela Vigorito le pareció muy bien. Ella nació para respetar las intuiciones de los niños. Y yo siempre supe que en las entretelas de aquel héroe hervía una *patria alta* y prácticamente *secreta* y con el tiempo se me transformó en un tesoro difícilísimo de *buscar* y *descifrar*, porque en realidad ya lo había *encontrado* cuando mi viejo me leía el sermón de la montaña en el tallercito de Punta Gorda.

La cultura oficial uruguaya, en cambio, me lo escondió *sistemáticamente* con la *violencia simbólica* de su *laicismo positivista*. Y ese chaleco te lo sacás o perdiste. Artigas les *ordenaba ser libres* a los jefes de las provincias. Quiere decir: *pensar* y *elegir*. Lo demás es servidumbre.

El quijotismo utopista del imperio español no logró *cosmizar* con *vuelo* lo que seguimos llamando el *caos* americano. Pero los jesuitas, después olímpicamente barridos por el despotismo ilustrado que manipulaba a la misma Roma, supieron empastar lo *gótico* y lo *ctónico*, el *ser sagrado* latente tanto en el supuesto *civilizador* como en los indios y los esclavos con sed de divinidad, para obtener el símbolo unificador, *per crucen ad rosam*, del *Aurum Philosophorum*. Nuestra alquimizada estrella dorada y esencialmente *mestiza*. Pero *teísta* y no *deísta*.

En el estadio arcaico, señala Jung, la experiencia numinosa del proceso de individuación atañe al chamán y al hechicero, más tarde, al médico, al profeta y al sacerdote, y en el estadio civilizado, finalmente, a la filosofía y a la religión. Las vivencias de enfermedad, tortura, muerte y curación propias del chamán entrañan en un estado superior las ideas del sacrificio, del restablecimiento total, de la transustanciación y de la elevación que culmina en el hombre pneumático o, dicho en una palabra, la idea de la apoteosis.

Y Artigas, que tuvo una formación franciscana de impronta universitaria jesuítica y un adiestramiento salvaje *in situ*, captó visionariamente esta potencialidad integrada y vertebradora y ya al entrar a los Blandengues empezó a defender el territorio del futuro *Axis Mundi* purificado y redimido y *crístico*, en un sentido evolutivo, que planificaría y organizaría desde su aislamiento rabioso en Arerunguá, cuando entendió que con los jefes porteños no se podía ir ni a misa.

Los “conquistadores” españoles y portugueses tomaban posesión en nombre de Jesucristo, ironiza Mircea Eliade, de las islas y de los continentes que descubrían y conquistaban. La instalación de la Cruz equivalía a una “justificación” y a la “consagración” de la religión, a un nuevo “nacimiento”, repitiendo así el bautismo (acto de creación).

Pero Artigas ya había sido suficientemente humillado por los *múltiples lenguajes encubridores de los egos monárquicos y masónicos y napoleónicos* y tuvo que inventar una toltería de cuero para instalar la sede directriz de una Liga Federal verdaderamente *libre*.

Hubo que *refundar*. ¿Cuántos casos se conocen como el de Purificación? Allí *todo fue sagrado pero de verdad. Y al servicio de la conjunción milenaria de lo cultural multiétnico*.

Hay dos maneras, entonces, de ser *artiguista*. La primera es ejemplarizar el Protector asumiendo que fue un jefe *absolutamente impar en la modernidad*, republicano, antimperialista, católico y profético, capaz de matizar una comunidad destinada a la

consumación de un *arquetipo celeste*. La segunda es manipularlo como un referente mítico que podemos resignificar desde cualquier óptica deformante y maquiavélica, siempre que la invocación papagayeante, fática, contribuya a que el *paisito* y la *culturita* sobrevivan, nada más. Y para esta última opción, lamentablemente, sigue sobrando quórum.

Y ojo que lo del *arquetipo celeste* es una denominación aplicada al remoto horizonte de la espiritualidad arcaica que propone modelos hacia la *perennidad del ser*, más allá de que coincida con la emblemática *camiseta* uruguaya. Una dulce coincidencia. Una de las más imborrables canciones de Silvio Rodríguez termina clarinando: *Mi amor, / el más enamorado / es del más olvidado / en su antiguo dolor / mi amor / abre pecho a la muerte / y despeña su suerte / por un tiempo mejor / mi amor / este amor aguerrido / es un sol encendido / por quien merece amor*.

Y esa proclama define casi insuperablemente a José Gervasio Artigas. Lástima que la palabra *amor* le parezca tan inoperante a la clase política.

20 / LOS CAPITANES

En setiembre de 2003 se realizó en Montevideo el Primer Encuentro Cultural Bolivia-Uruguay, organizado por la Fundación Patiño (Suiza-Bolivia) y el Ministerio de Cultura y la Facultad de Humanidades y Ciencias del Uruguay.

Y en esos días, la escritora y licenciada Alejandrina da Luz, con quien compartimos la responsabilidad del diseño del simposio a nivel de integración de las mesas redondas, coordinación de los tópicos de las ponencias y desarrollo de los debates, me hizo una entrevista por escrito para ser publicada en las revistas *El entrevero* de México y *Porte des Poetes* de Francia.

El talento y la postura *border-line* de Alejandrina transformó el cuestionario en un profundo desafío autoinvestigativo, y una de las preguntas me obligó incluso a programar un folleto ensayístico que edité en 2004.

Fue la sexta pregunta: *¿Cuál es la montaña de la literatura uruguaya? Desde Julio y sus éxtasis aparecen montañas, como si las mismas fueran capaces de saltar tranquilamente de la orografía a la ortografía*.

Y la respuesta terminó escapándose irremediabilmente de lo específico literario hasta ablocarse así:

En este caso preferiría hacer una lista de 10 CAPITANES DEL VUELO, ya que nuestra montañosa poesía femenina es una cordillera que se define sola.

- 1) Julio Herrera y Reissig: *primer genio post-lautréamontiano (en el sentido de la inciática especificidad idiomática) rampante y tallador de un modernismo hermético que alimentó a Vallejo más que el pater Darío.*
- 2) Eduardo Fabini: *primer gran narrador del cielazo criollo (Lezama Lima dixit) con espulería barroca. Un legítimo par de José Hernández.*
- 3) Carlos Gardel, *grano de oro intemporalizador de un hierogasmos quilombero que hizo bailar al mundo.*
- 4) Felisberto Hernández: *pianista de tranvía, falso llorón y peleador a solas por nuestro primer riel verbal contemporáneo. Abismal fluorescencia.*
- 5) Joaquín Torres-García: *actual monarca ordenador del viento en la Peatonal Sarandí. Tuvo un trono de barro prehistórico que la gran mayoría de los morfadores de asadito junaban como a un curioso tacurú bostero.*
- 6) Juan Carlos Onetti: *fundador de un megafalo novelesco latinoamericano. Niño con la ñata apoyada en el sexo de la Dios.*
- 7) Obdulio Jacinto Varela: *único capitán posterior a Pepe Artigas que se sintió responsable de nuestra felicidad simbólica. La negrura divina.*
- 8) Manuel Espínola Gómez: *máximo espiralador renacentista de la cultura matrera. Matador suprahumano de cualquier cornamenta que amenazara a la Fonte de la suave patria.*
- 9) Alfredo Zitarrosa: *voz que lloró por el Uruguay entero cuando entendimos lo lejos que estábamos del vuelo planetario.*
- 10) Álvaro Pierri: *único agregador de LUZ soberanamente uruguaya a la completud azul. Vive en Viena y Mozart se despierta desmelenado por su guitarra y sonrío: Este salvaje de Pan de Azúcar apedrea a la Academia con diamantes, carajo!!!!*

Y ahora, en febrero de 2008, sería bueno precisar que lo del *capitanato* implica la concreción de una síntesis con *injerencia prospectiva*, un *salto tensional* del discurso que *reordena empujando*. Gente con *vuelo* hqay mucha, pero *capitanes* no. También quiero completar la lista de varones con dos trovadores: Gastón Ciarlo “Dino” y Eduardo Darnauchans.

Y esta vez voy a arriesgarme con la enumeración de ocho Capitanas: las ya nombradas Olga Pierri, Amalia de la Vega y Cristina Fernández, la bailarina carnavalera Martha Gularte, la juglar multimediática Vera Sienra y las poetas Delmira Agustini, Susana Soca y Marosa di Giorgio.

En la contratapa del folleto ensayístico sin valor comercial que edité en 2004 con el título de *10 CAPITANES DEL VUELO retratos para desarmar*, se agrega una especie de proclama *border-line*, además, de esas que ignora prolijamente el oficialismo cultural que trasciende desde siempre a cualquier bandería política. *Esta muestra va dedicada a todos los uruguayos que amaron y aman la cultura con desinterés, y pretende recordar -tan humilde como tajantemente- que si la bandera no aspa con mucho vuelo es boleta, señores dirigentes que se despiertan pensando en las urnas. Y para eso debemos rearmar con cabeza propia y grandeza comulgante lo inevitable de nuestra época, aunque frente a cada crisis-pozo (made in el materialismo moderno) del mal llamado paisito nos aturda esa murga antiheroica que se podría llamar la reina de la queja.*

21 / LA NEGRA JEFA

El Día del Patrimonio de 2007 fue dedicado a las legendarias *vedettes* Marta Gularte y Rosa Luna, que a partir de la década del 50 iconizaron un carnaval lubolo que en realidad había empezado a brillar celestemente cuando el Uruguay ganó dos Olimpíadas y dos Campeonatos Mundiales de fútbol en menos de treinta años: 24, 28, 30 y 50. Allí nuestros jugadores negros bailaron por el mundo sin necesidad de tambores, y en la final de Maracaná Obdulio Jacinto Varela, el Negro Jefe, capitaneó a un equipo que ganó la batalla más importante de la historia de los deportes.

Y vuelvo a Mircea Eliade: *A veces ocurre, raramente, que se tiene la ocasión de presenciar en vivo la transformación de un acontecimiento en mito.* Eso pasó en Maracaná, y fue una victoria literal de la *garra celeste del alma cimarrona cosmizando simbólicamente a una comunidad todavía hoy muy caótica*, en cualquier sentido que se la mire.

A Marta Gularte tuve el honor de reportearla en el 89, cuando ella tenía más de setenta pirulos y seguía desfilando con las comparsas como si fuera la encarnación del mismísimo arquetipo de la Gran Madre uruguaya, despelotada y pintarrajeada y borracha desde siempre y dueña de una explosividad y una indecencia poética asombrosas.

Y me enamoró, por supuesto. En cuatro años armé un díptico novelesco vertebrado por una *ella* casi copiada y recién lo publiqué completo con el título de *LA NEGRA JEFA / Sexo, Momo & Yemanjá* en 2005, después que reorganicé el Caracol asociándome con mi *compañero del alma* Raúl Turri, otro factótum de generosidad inconcebible que merecí conocer.

Y la segunda esposa de Raúl, la actriz María Isabel Espinosa, reunía a tal punto las condiciones para escenificar a la rebautizada *diosa* Luz Adrogué, que terminé proponiéndole co-guionar un espectáculo unipersonal de café-concert acompañado por tres tambores y las fantasmales apariciones de su hija, la actriz y vedette carnavalera Leticia Acosta.

Fue un desafío sabroso y muy endiablado que pudo concretarse, antes que nada, por el talento incondicional que aportó el actor y director Horacio Lapuriz, y hubiera sido ideal estrenarlo donde se soñó, en el Almacén del Hacha, una pulpería del siglo XVIII que todavía funciona como pub a pocas cuadras de donde nació el indómito niño José Artigas, que seguramente compraría allí algún sorbete a escondidas de sus amas de crianza, más allá de la enchalecada imaginación del mecanicismo sociologista reinante en nuestros *institutos formativos*.

Luz Adrogué, define Alejandrina da Luz en el prólogo de la novela La Negra Jefa al personaje que María Isabel Espinosa logró con una gracia de verosimilitud y un calado simbólico suprahistórico, nos presenta una de las tantas formas omitidas de la “uruguayidad”, mujer y negra (...) excelente alumna de las letras de tango y por tanto indiferente a los vanos triunfos pasajeros en las manos de un otario. La protagonista se convierte en una diosa extraña y envolvente, presencia permanente cual patrona de conventillo cuando los otros, los de-más necesitan consuelo, consejo o límite a los excesos. Porque desde las escasas palabras de la diosa y de los personajes femeninos en general, el único exceso posible, lícito y hasta necesario, es el exceso de Amor, ese amor mesiánico que establece su modo de ejercicio: “amar al otro como a sí mismo”.

El espectáculo se estrenó en 2003, con la producción de Raúl Turri y el auspicio del Primer Encuentro Bolivia-Uruguay, en el pub Orígenes de Alejandro Sánchez, y se repuso, entre el 04 y el 07, en el Espacio Guambia, el restaurante La Yerra de Julio Frade, el pub Intramuros y el escenario cerrado del teatro barrial Alfredo Moreno gestionado por La Gozadera Cultural, una comparsa-escuela que alterna desde hace años en el primer nivel carnavalero.

Y en octubre de 2006 fue presentado un adelanto del largometraje que reestructuró Álvaro Moure Clouzet a partir de *LA NEGRA JEFA*, en el evento *Musiques Populaires de*

l'Uruguay realizado en el *Amphiteatre Richelieu* de La Sorbonne, con el auspicio del *Séminaire de l'Amérique Latine – Paris Sorbonne*.

Mirá, si tenés garra celeste te bancás cualquier cosa, ¿comprendiste?, sentencia al final de la obra la vedette-numen, arrancándose una pluma del tocado para clavársela en la entrepierna: *Esto te lo dice la Lucecita Adrogué y la Luz con mayúscula. Y te lo firmo con una tinta china más negra que corazón de banquero*.

22 / EL ABANDONO

LA NEGRA JEFA llegó a ser ensayada durante meses en el Almacén del Hacha, donde también presentábamos los libros del Grupo Editor Caracol al Galope, ahora también integrado por el plástico Ricardo Arocena, organizábamos maratones literarias y musicales junto con Raúl Turri y el Taller Literario Universo para abrirle un espacio a los nuevos autores.

Y en aquella pulpería impregnada por nuestro *in illo tempore* yo empecé a respirar una especie de virazón celestísima que parecía arremolinarse desde siempre en los *lejos* del puerto y se me volvió a activar el sueño de la refundación cultural purificadora que viví en los años de la Banda Barroca y el primer proyecto fílmico de *Jesús de Punta del Este*.

Ya llevaba una década de convivencia cobarde con el *alcohol tsunami*, además, y cualquier enervamiento de la felicidad se podía transformar en una vuelta a casa con esas lastimaduras en los nudillos que delatan el *orsai* imperdonable, viejo Homero. Y después a digerir el horror de la culpa tan temida.

Y una noche se nos derrumbó en minutos el proyecto teatral del Hacha y nos dimos cuenta que los supuestos empresarios culturales del pub eran contrabandistas de medio pelo que nos usaban para cortinar y *a la mierda corretaje*, como le gustaba decir a Hugo Bervejillo.

Pero esa vez pasó algo *grave* en un sentido mucho más marcante que una rozadura ensangrentada contra una pared o contra el cordón de la vereda o la mismísima Avenida Italia donde supe aterrizar de trompa, porque mientras volvíamos en el último 105 con Pablo Cossio, un poeta del taller que ahora ya lleva un año viviendo como seminarista en San José de la Montaña, me acogotó una superlucidez digna de Lowry & Co y pude conceptualizar: *Dios me abandonó, loco*.

Y es así. Y cuesta toda una vida entender que la fase del abandono es *constitutiva, crística*. Ahí tenés que *elegir salvarte y no hay nada ni nadie capaz de matar al dragón en lugar tuyo*.

Lo que no hay que olvidar, además, es que cualquier adulto, hombre o mujer, puede terminar automutilándose como Edipo. Y que la verdadera Yocasta es nuestra falsa luminosidad juvenil que un día amanece ahorcada en el espejo, ordenando que juguemos junto con ella a morir ciegos de la *verdadera belleza* que reina *más acá y más allá* de este mundo.

Si Edipo no termina de concebir y de conquistar la morada del Hombre Nuevo, recaerá de por vida en el reino de la desgracia.

Y así podés pasar años yendo y viniendo de la *Fonte que mana y corre aunque sea de noche al polvo para morder*, para hablarlo en San Juan de la Cruz y Jorge Boccanera. Y no hay arte que valga para *salvarte entero*.

Lo único que te salva de ser un *semiadulto* con *brazos voladores* y *mierda hasta la cintura* es una *fe entera*.

La vida está bien hecha, y la humanidad resiste porque millones y millones de mujeres y hombres verdaderamente heroicos y completos y cultos de verdad son capaces de volar en la morada del amor desinteresado.

Rilke advirtió que *todo ángel es terrible*. ¿Pero por qué? *Porque los ángeles no nos ayudan si no somos santos*. Y ser *santo*, te sientas o no te sientas religioso y creas en los ángeles o en una lógica causal de la justicia es, sencillísimamente, *saber dar la vida*. Y *sin que te la pidan*.

El problema es que cualquier hombre puede volverse más terrible que un ángel, apenas acepta hundirse en el espejo loco. Los *tsunamis*, Satanás, los *tsunamis*.

Hace unos cuantos años que mi esposa compra un lechón magro y lo manda asar a una rotisería para compartirlo en Nochebuena con sus padres. Lo hace con una aplicadísima puntualidad y se nos volvió un ritual que genera PAX-LUX.

Y no estoy muy seguro si una noche de 2003 o 2004 despedimos el año con los muchachos del taller y hubo tanta hermandad y tanta poesía y tantas cajas de vino en danza que cuando me quedé solo, a las tres de la mañana, me *enloqueció el hambre de los magos negros* y al abrir la heladera y ver el chanco crudo le corté las orejas y me las devoré como en una picada.

Rosina no se va a dar cuenta, pensé, y seguí tomando vino hasta que liquidé la caja que quedaba.

Ese era el tipo de cosas que llegué a hacer en los tiempos cuando yo también decidí abandonarme.

23 / LA MURALLA

En 2004 se inauguró un espacio cultural instalado en el sótano de la Distribuidora Careaga donde descubrieron un tramo de la muralla que bordeaba Montevideo, muy pocos metros al norte del Portón de San Pedro. Y Hugo Rocca, un cantautor y productor que perteneció al Taller Literario Universo, me contactó para que organizara algún espectáculo en ese hermosísimo lugar incorporado al Patrimonio Histórico Nacional que se llama *Al Pie de la Muralla*.

Rocca fue al primer encuentro que tuvimos con la profesora Adriana Careaga acompañado por el documentalista Álvaro Moure Clouzet, y aquella misma noche el cineasta me propuso grabar el DVD iniciador de la serie *La conciencia nacional* y yo pensé que estaba loco.

Pero, como me pasó con Turri, esta vez también merecí encontrar milagrosamente a otro *compañero del alma* con el que terminamos fundando elMontevideano / Laboratorio de Artes.

El espectáculo lo planificamos con Willy Wood y se llamó *Infierno y fe en el foso*, porque actuábamos sentados en el mismísimo socavón donde reinaban las ratas en los tiempos artiguenses, cuando ya hacía tiempo que los *libres* odiaban las murallas continuadoras de la Ciudadela.

Y era fenomenal pensar que a media cuadra de allí fueron expulsados los franciscanos en 1811 para que se juntaran *con sus amigos los matreros* y que cuando le suplicaron al oficial Pampillo que les dejara llevarse los mantos y los sombreros en el nombre de Jesús y María Santísima el *godo* les respondió, arreándolos a tirones y empujones, que no había Dios ni Virgen. En las dos funciones de *Infierno y fe en el foso* se conjuntaron los novísimos Willy Wood, Andrés Di Paulo, Pablo Cossio, Sebastián Beiró y Juan Pedro Acuña con Hugo Rocca, Andrea Moreira, Raúl Rodríguez, y los actuales integrantes del extraordinario grupo *Buceo Invisible* Diego Presa, Marcos Barcellos y Santiago Barcellos.

Moure Clouzet nos registró junto con Martín “Pitu” Ferreyra y al poco tiempo empezamos con mi DVD, *Catacumbas en el cielo*.

Y cuando vi el *making-off* que Álvaro editó muy rápido comprobé, asombradísimo, que acababa de conectarme con un cineasta que manejaba el mismo sistema rítmico de tensión y condensación y alternancia geométrica del relato que yo había maquinado en los años 80 y lo pude creer.

¿Pero por qué se te ocurrió filmarme si nunca me habías leído?, no tuve más remedio que escarba una noche muy vinosa. Por lo que dijiste y recitaste de Herrera y Reissig la noche que nos encontramos en el boliche de Bacacay antes de ir a la muralla, me explicó divertido. Fue la primera vez que me di cuenta que en esa poesía ya se planteaba el arte que hay que retomar para salir a flote.

Catacumbas en el cielo todavía no está terminado y la idea es presentarlo junto con estas confesiones, aunque en el blog oficial de *Jesús de Punta del Este* ya hace meses que figura, formando parte del *making-off*, una incursión en la Torre de los Panoramas que voy a detallar en el próximo capítulo.

Lo que corresponde contar ahora es que al volver del escalamiento de la montaña del *imperator* pasamos por casa para embolsar ejemplares de libros y revistas y artículos y fotografías de distintas épocas y cuando Álvaro manoteó una página entera que publicó El País de los Domingos sobre *Jesús de Punta del Este* ladré: *Esto no va. Es la peor humillación de mi vida artística. Blanquita Aguirre me la mandó a hacer quince días antes que me robaran un premio del FONA y el día que salió en el diario la gente me felicitaba por la calle y ya no había película. Así que te pido por favor que no aparezca en el DVD.*

Entonces él me pidió permiso para leerla y de golpe le empezaron a resplandecer en bloque la cabeza afeitada y la risa y los ojos muy húmedos y al final se animó a contar:

Es increíble, pero en enero pasamos unos días en Punta del Diablo con mi hijo y casi aluciné que iba a hacer algo como esto.

Le costó tres meses convencerme, hasta que una tarde íbamos en el auto a la ciudad vieja para agregarle unas notas testimoniales a *La Negra Jefa* y a la altura del Buceo se jugó la última carta: *¿Sabés quién se me ocurrió quién es el actor perfecto para hacer Jesús de Punta del Este? El peludo que cantó en la muralla.*

¿Willy?, me reí: Pero sí ni siquiera sabés cómo actúa. Y él sopló una humareda llena de sol y cuando murmuró Pero lo vi cantar sentí que iba a haber película.

24 / LOS HERRERA

Filmamos en la Torre de los Panoramas una tarde más bien calurosa de agosto, y Álvaro me pidió que recitara alguna de las décimas de la *Tertulia lunática* que había aprendió en el altillo del Paso Molino a los cuatro años y de golpe me sentí succionado por una implosión de plata que pareció ventralizar el ojazo de la cámara y dije *Donde quiera que estés quisiera que recibieras este mensaje* y le seguí hablando a Julio Herrera y Reissig hasta que la puerta-ventana de dos hojas que comunica con la azotea se abrió y se cerró sola.

Entonces interrumpimos la grabación y comprobamos que la mansedumbre marina del techo lleno de claraboyas piramidales permanecía intacta y Álvaro me hizo señas de que siguiera y mientras me despedía subí los puños bamboleantes y cerrados a la altura del pecho como cualquier escarabajo que boxea penetrando en la nutriente luminosidad de la bosta: *Yo te aseguro que tu galante calavera, gracias a Dios, nos sigue mordiendo las entrañas para que transformemos a este Tontovideo en una ciudad donde las torres de los panoramas no sean catacumbas en el cielo.*

Y cuando la puerta-ventana sin pestillos ni pasadores volvió a abrirse y cerrarse sola igual que si nos saludara con la erizante simetría de otro crac-crac sincrónico no se lo pudimos atribuir a brisita ya primaveral que era incapaz de mover una hoja y además la Ananké o el Azar Esclavizador había sido excomulgado casi exactamente un siglo atrás por el mismísimo *imperator* en una de las décimas de la *Tertulia Lunática* que yo acababa de recitarle. Lo que hubo fue con *contacto* muy parecido al de la *visualización ojicerrada* de la mascarilla de Jung que me empujó a plantearle el libro-reportaje a Demian.

Y hay más *toques* en danza. Ya adelanté que el compañero de mi hija, Horacio Herrera, está emparentado con el fundador del modernismo uruguayo. Pero este sobrino-biznieto del divino Julio descubrió su vocación plástica después que abandonó la arquitectura y se puso a copiar fotos pasatiempistamente hasta que un día Micaela perdió la paciencia y lo inscribió por su cuenta en el taller que dirigía Gabriel Bruzzone en el Museo Torres García y pumba: a los tres meses Horacio ya era un pintor sólido y a los tres años, después de pasar por el taller de Sergio Viera, inauguró una asombrosa primera muestra en el Cabildo de Montevideo.

Y en el interín me regaló una joya familiar inconseguible: la biografía que publicó Herminia Herrera y Reissig en 1949 sobre su hermano con corazón de terremoto, prologado por Raúl Montero Bustamante. Allí leí que durante la última crisis de taquicardia paroxística, cuando ya no había morfina capaz de sosegarlo, el ex-dandy de altivez azul y extranjerismo militante jadeó que si no fuera católico se pinchaba una vena y le apoyó la cabeza en el hombro a un hermano murmurando: *Esto es el fin. ¿Te das cuenta que me voy sin haber hecho nada.?*

Aquello me mató. Y cuando inventé mis *retratos para desarmar*, puntualicé sobre nuestro primer capitán del vuelo: *Era demasiado humilde, porque se fue sintiendo que no había cumplido.*

Y me acuerdo incluso que les comenté a los muchachos del taller que con muchos *pedantes* como aquel *imperator* el reino de esta orilla mejoraría muchísimo. A veces pienso en ganar altura pero no escalando hombres, voceó el gran Antonio Porchia. Y esa es la humildad que importa a la hora del madero.

En el libro *Grandeza en el infortunio* de Herminia Herrera y Reissig, además, consta que nuestro genio máximamente incomprendido y prolijamente envidiado por los *sabios con cielorrasso* que hasta cuando lo elogian sugieren que no fue mucho más que un gran *malabarista*, le dedicó un libro a Francisco Villaespesa agregándole una frase que el español mostraba como una condecoración: *Comprender es perdonar.*

En 2006 Horacio también se largó a hacer *retratos desarmados*, y trabajó meses en secreto recomponiendo una foto que me había sacado Pablo Pollovero veinte años atrás y el día que me lo trajo me costó digerirlo, pero después de dialogar una semana con la cabeza lila que coloqué en la portada de este libro, supe que mi *rostro número 2*, para categorizarlo junguianamente, el del *poeta descalzo*, ya era *visible*. Y el retrato se convirtió en el mayor *regalo artístico* que recibí hasta ahora.

Pero hay otro regalo que me vincula milagrosamente con la sangre herreriana. Porque un día necesité repasar *Grandeza en el infortunio* y no pude encontrar aquella frase altísima: *¿Te das cuenta que me voy sin haber hecho nada?* Busqué hasta la exasperación pero no apareció por ningún lado. Y sin embargo yo vivía citándola.

¿Dónde, cuándo y cómo te la escuché, hermano Julio?

25 / LEONARDO REGUSCI

Cuando Moure me convenció de que valía la pena reincidir con la adaptación cinematográfica de *Jesús de Punta del Este* Guillermo Wood o el Willy tenía veinte años, aunque nadie le daba menos de veinticinco. Había empezado a estudiar la guitarra con mi hijo a los quince y después siguió conmigo y ahora ya era docente y se perfeccionaba con Olga Pierri, pero además escribía poemas y cuentos y componía canciones absolutamente independizado del Taller Literario Universo. Y soñaba con hacer cine.

En 2003, además, habíamos co-guionado un espectáculo teatral inspirado en Zitarrosa que titulamos *El alma de Alfredo* y publicamos en el volumen colectivo *Aunque se llene de sillas la verdad*.

Y al otro día de que Moure lo señaló como el actor perfecto para hacer *Jesús de Punta del Este* lo llamé por teléfono y Willy, que tiene el exasperante defecto de ensimismarse como si no existiera una persona del otro lado del tubo, esta vez pareció *envejecer in situ* de tanto que demoró en hablar y al final pude verle una salingeriana risa de oreja a oreja: *Es lo mejor que me podía pasar en la vida. Pero tendría que ir a buscar la novela ya mismo.*

Einstein y Planck sabían muy bien que la activación de esa *ráfaga de pura fe* que algunos llamamos el *Espíritu Santo* supera cualquier clase de velocidad concebible cuánticamente, así que no necesité recordarle al futuro Leonardo Regusci que en la crucifixión tenía que cantar desnudo. Vale decir: él conocía la trama básica de la historia y ya la había aceptado.

Y como vivimos en la misma vereda de la misma cuadra apareció ipso facto con la melena color miel resplandeciéndole igual que un plátano en mayo y le informé en la puerta: *Le puse a Moure la condición de que esta vez el guión lo escribía yo. Y a vos te pongo la condición de que lo escribas conmigo.*

Ahora me sentía con mucho más cine arriba y me di cuenta que Olvercito tenía toda la razón cuando me advirtió que el *levantamiento* más o menos literal del texto madre, tanto a nivel estructural como dialógico, puede parecer *respetuoso* y *honesto* pero en realidad es *cómodo* y *peligrosísimo* para la autonomía de una película.

Él fue muy amigo de Manuel Puig, por ejemplo, que asistió durante todo el rodaje a Héctor Babenco cuando se filmó *El beso de la mujer araña*, y sabía que si el escritor no se baja del caballo y colabora con la renovación rítmica del relato puede caerse en un freezer.

Y yo ahora tenía muy presente, además, la recreación que hizo mi amigo Senel Paz de su propia nouvelle *El bosque, el lobo y el hombre nuevo* para ampliarla y transformarla en la excelente *Fresa y chocolate*.

Pero el verdadero problema que teníamos que resolver no pasaba por el guión, porque Moure se formó en Brasil y lleva veinte años experimentando con la versatilidad multimediática de un tipo de *work in progress* que *exige un margen de frescura* y es capaz de adaptarse, con un olfato metafísico hermosamente posmoderno, a la dialéctica que te propone siempre *la vida misma*.

Y el nivel actoral, tanto para los profesionales como para los debutantes, tampoco nos obsesionaba demasiado. Había que trabajar, nada más. *Y no como un caballo*, Pino Solanas dixit, *sino como cuarenta caballos*.

El *desafío supremo* era que Willy Wood llegara a componer y cantar y organizar un entorno arreglístico digno de cualquier Capitán del Vuelo, para que Leonardo Regusci, el *profeta estético-ético* que le deja un disco por la mitad a una productora del glamourcito montevideano y se encierra en un quilombo de Maldonado a refundar una purificación crística, fuera un *grande de veras*.

Pero vamos por partes. El primer proyecto de guión lo terminamos en dos meses y nos juntamos a leerlo con Álvaro y el Pitu y nos costó hacerlos entender una historia con cuatro planos temporales entrecruzados y además yo me había emperrado en que nadie más que Willy leyera la novela.

Fue una buena jornada, sin embargo. Y al final nos pusimos tan contentos que me agarró el tsunami y compré tres cajas más de vino en un triste supermercadito de Lagomar y llegué a casa noca y al otro día Rosina murmuró *Busca ayuda* con una fragísilima capa

de tolerancia y anuncié solemnemente que dejaba el alcohol y me fui a confesar con el padre Jorge Presentado y todo. Fue en noviembre de 2005.

Pero poco iba a durar la alegría de los negriazules, como decían los comentaristas cuando Liverpool hacía un gol y le empataban a los treinta segundos.

26 / EL ENEMIGO

En las entrevistas radiales y televisivas siempre nos hacen las mismas preguntas: *¿Pero por qué Jesús de Punta del Este? ¿Por qué Leonardo Regusci funda un Laboratorio de Artes en el quilombo de Naná?*

Y ahora prefiero contestar citando a uno de los pocos *pensadores completos* que tiene el Uruguay, Alberto Methol Ferré, que en el libro-reportaje-ensayo *La América Latina del siglo XXI*, elaborado junto con el periodista italiano Alver Metalli, diagnostica insuperablemente el *mal que reina más que nunca* en nuestra *península de la vergüenza*, donde ahora veranean los políticos de todos los partidos: *Lamentablemente, con la caída del comunismo el capitalismo creyó poder retornar impunemente al neoliberalismo económico, nueva utopía reaccionaria contra los pobres, sean ellos países o personas. (...) Zbigniew Brzezinski es quien mejor traza el perfil de lo que está surgiendo. Caracteriza a la sociedad del consumo del mundo capitalista como la “cornucopia” de los deseos infinitos. Cita largamente al premio polaco Czeslaw Milosz, y luego utiliza la imagen en la que Júpiter se alimentaba de un cuerno repleto de todos los deseos posibles.*

Y ya justificando nuestra sed de implantación, en plena *Babilonia revisited*, de uno de los mayores arquetipos celestes, una *música popular cosmizante del caos*, Methol vuelve a escarbar con más calado filosófico en las bases que sustentan al *territorio enemigo* de Leonardo Regusci y cualquier oriental artiguista: *En un mundo sin valores, el único valor que permanece es el del más fuerte; donde todo tiene un idéntico valor prevalece un solo valor: el poder. El agnosticismo libertino se transforma en el principal cómplice del poder establecido: de hecho, la forma más característica de difundirse es la propaganda, que a su vez está en función de un mayor lucro por parte de quien detenta más poder.*

Y tres capítulos más adelante, cuando Metalli pregunta *¿Qué entiende usted por ateísmo libertino?*, surge una definición que maneja un escalpelo comparativo imprescindible para entender las fases de la modernidad: *La palabra “libertino” fue inventada por Calvin. Alude a una forma atea de libertad. Adquiere importancia y llega a su culmen*

en la sociedad cortesana del siglo XVIII: su apogeo se da en Sade, el “Divino Marqués”. Sade representa la exaltación y, al mismo tiempo, el agotamiento de un ateísmo de corte aristocrático: cuando Robespierre habla de ateísmo dice: “El ateísmo es de los aristócratas: la revolución es deísta” (...) El Marqués de Sade lleva al ateísmo libertino moderno a sus últimas consecuencias, es un “santo” al revés por la rigurosidad con la que empuja al ateísmo hasta el extremo de sus posibilidades. El ápice del eros es “sádico”, el deseo absoluto termina en el crimen. No se puede ir más allá. Existen fariseos del cristianismo y fariseos del ateísmo. No es fácil ser cristiano, pero tampoco es fácil vivir sin Dios. Quienes dicen vivir sin Dios, en realidad viven en los restos de una ética que supone a Dios. La inmensa mayoría de los ateos son de segunda mano. Por eso pensaba que no es extraño que el ateísmo libertino, la forma primordial del ateísmo moderno, hubiese renacido en las sociedades del consumo capitalista y se expandiera en las formas más simples de hedonismo agnóstico, de consumismo sexista, en la multiplicación descontrolada e incesante de la pornografía, del erotismo y del placer inmediato. El eterno círculo del placer del poder, en una rueda que se cierne en torno a sí mismo y que el “sadismo” sintetiza en sus últimas expresiones. En el ateísmo no existe un “más allá” de Sade. El mismo ateísmo de Nietzsche, en comparación con el de Sade, es un ateísmo adolescente. No digo que Sade simbolice la única forma histórica del ateísmo; afirmo que es una de las formas que asume el ateísmo contemporáneo desde un cierto momento en adelante, como sustituto del ateísmo mesiánico que se había suicidado.

Y si nos reenganchamos con el segundo capítulo encontramos la explicación de por qué Leonardo Regusci, a quien la productora-Ahab sobrenombra burlescamente *Jesús de Punta del Este*, da la vida por sacar a Mariana Ventura, su *ella* crísticamente adorada, de la prostitución. *El Evangelio*, por todas partes, supone la presencia permanente de un enemigo: lo llama también “diabolos”; diablo es lo contrario de diálogo: quien queda incomunicado, aislado, obstruido, quien obstruye una relación, es decir, impide el amor. En este sentido el enemigo está “afuera” pero también está “adentro”. Tenemos necesidad de volverlo amigo, encontrar al amigo que existe en el enemigo, sabiendo que el enemigo lo tenemos en nosotros mismos. Pero, repito, la identificación del enemigo principal pone orden en una estrategia de acción.

¿Quedó claro?

27 / EL LARGO ADIÓS

En enero de 2006 pasé una semana paradisíaca en el Parque de Vacaciones de AGADU dejando llegar el último diagrama de 1809: *Artigas y la barbarie ilustrada y el alma*

cimarrona, y de noche me arriesgaba a sorber nada más que un vaso de vino mientras armaba el fuego y terminé pensando que el duelo estaba derrotado.

Juan Comesaña, que cada tanto me llamaba para ver cómo andaba con la cura del tsunami, me advirtió que me convenía tratar el asunto como un canceroso recién operado: ponerme plazos de prueba anuales durante cinco años y esperar otros cinco para darme el alta definitiva. *Capaz que a los setenta ya te podés tomar alguna copa en paz*, trató de inducirme, además, con cauteloso cariño, a que me dejara de joder y pensara en vivir mucho. Y tenía toda la razón, aunque no le hice caso.

Willy empezó a *entrar en personaje* con el Pitu y en una reunión que hicimos con los primeros actores que contactamos sin imponer casteos, Horacio Lapuriz me sugirió que Leticia Acosta, la vedette carnalera, podía dar muy bien a Mariana Ventura, la prostituta-Alma del Mundo. Y eso fue un golazo histórico.

Hasta que el 19 de abril festejamos mis 58 pirulos en la preciosa casita de huéspedes que tienen los Wood-Palma en el fondo y cuando compramos el vino con Willy en la Tienda Inglesa el *poeta descalzo* agarró nada más que cuatro cajas de Cabernet Santa Teresa para por lo menos diez personas, y mientras hacíamos el asado ya nos quedamos cortos y mandamos buscar otras cuatro y a la hora de los discursos el *34 oriental* ya se había desbocado porque *lo llamaban desde el cementerio* y me volvieron a sacar nocau y Rosina lo dejó pasar por ser *el cumpleaños del nene*.

El dragón volvió a atacar durante el vernissage de Horacio en el Cabildo y estuve toda la noche besando un extraordinario Don Pascual blanco sin respiro y no pasé demasiada vergüenza pero al llegar a casa me caí en el dormitorio. Y una semana después vine un poco *pasado* de una reunión y al otro día Rosina se fue a Buenos Aires a cursar un seminario de posgrado de Terapia Sistémica Familiar y me dio un beso mudo aunque lloraba y entonces me senté a matear en la cama pensando nada más que en la palabra *Mierda* hasta que *entendí y organicé del todo la sistematicidad del ritual que estaba actuando*.

Esta escena ya la trasladé al relato inédito *Todo para vos* y a la novela *El evangelio según el traidor* y ahora no parecería incorrecto *levantarla y salute*, pero la *comodidad artística* es uno de los disfraces más seductores del Capitán Ahab del Academicismo. Nunca se olviden de eso, aspirantes a *cazadores mágicos capaces de despreciar cualquier famita fácil*.

El ritual fue bañarme y después evacuar desnudo. Cuando Freud dijo que el hombre busca a su madre en los excrementos demostró ser un santo, por más que uno no pueda coincidir a rajatabla con las últimas consecuencias de su cientificismo.

Yo no sabía muy bien lo que iba a hacer, pero al detectar el aferramiento de varias costras vinosas en el water las froté una por una con papel higiénico y murmuré *Te vas* y tiré de la cisterna y dejé *todo limpio* mojándome hasta el codo y porfié algo así como: *¿No entendiste, mami? Te dije que te vas. Y Satanás también se va contigo.*

Santo remedio. Claro que cuando anuncié que ahora sí había dejado el alcohol para siempre algunos me junaban sin fe y era justificable, pero en la próxima reunión de película los muchachos propusieron encargar pizza y como vi que empezaban a dudar con la elección de la bebida me adelanté a avisarles: *Pidan vino, si quieren.*

Y la Programación Divina quiso hasta que los estafaran, porque les mandaron un Castel Pujol a precio de petróleo y ahora pude contemplar la botella caderuda comentando: *Este tinto es muy bueno.* Y enseguida sentí lo mismo que la mañana que me desperté curado por una pesadilla digna de Sade y supe que iba a divorciarme irreversiblemente de mi primera pareja: *Te tomaría, pero ya no te amo.*

Nunca me olvidaré que al comentarle la anécdota a Raúl Turri y agregar que volver caer en el alcohol sería lo mismo que engañar a mi esposa, él prendió un cigarrillo igual que si me regalara una brasa de hermandad y sonrió: *Ah, entonces estás salvado.*

En agosto hicimos el primer retiro sedimentador de la película en un apartamento del cuarto piso del Nogaró que nos prestaron los abuelos de Willy y la tarde del domingo, un rato antes de venimos llenos de la *mucha fe* que íbamos a precisar para ganar la maravillosa y feroz batalla del rodaje de *Jesús de Punta del Este* escruté durante media hora la Isla de Lobos y de repente pude concebir a mi madre reposando en una morada lejana a mi tristeza. Vos lo dijiste, hermano Julio: *Comprender es perdonar.*

28 / LOLA

Cuando nació Micaela ya teníamos un gato que se llamaba Philip Marlowe y de noche le gustaba sentarse en la cama a enamorarnos con una pinchuda y dulce mirada amarilla.

Un día Rosina y Sergio lo bañaron equivocadamente con Asuntol para sacarle las pulgas y amaneciói helado en la otra vereda y mientras hacía el pozo para enterrarlo le empecé a pegar piñazos al jardín igual que un personaje de Dostoievski y lo lloré como si todos los muertos del mundo se le hubiesen juntado en el cuerpito.

Onetti decía que después que se escribió el *Eclesiastés* nadie pudo agregarle nada verdaderamente nuevo a la sabiduría, pero en *El evangelio según el traidor* yo me atreví a asegurar que Jesús ni siquiera debió amar ese libro. Y en *Heredad de mi padre* hay un texto titulado *El cementerio* que le contesta al profeta de la desesperanza:

Te asustaban los pinos plantados en el fondo / de aquellas tardes áureas como dulces manzanas / picadas en secreto, / (Un monte de serpientes oscurecía la fiesta.) / Pero el predicador olvidó que tu vida / fue cuajada en el barro hueco de una mujer / y que no vuelve al polvo / lo que ganó el espacio. / Flores son flores. / Y cipreses: cipreses.

Reconozco, sin embargo, que el *Eclesiastés* merece ser inmortal porque tiene un versículo que reza: *¿Quién puede asegurar que el espíritu del hombre suba a los cielos, y que el espíritu del animal baja a las profundidades de la tierra?* Clarissa Pinkola Estés, por ejemplo, en *Mujeres que corren con los lobos*, profetiza que la supuesta *superioridad humana* va a ser descategorizada en muy pocos siglos.

Y un día Nacho apareció con una perrita que le habían dado en la calle y le dijimos que en el apartamento no se podía quedar de ninguna manera y los chiquilines la fueron colocando una noche en cada casa hasta que se acabaron los cielorrasos y un sábado escuché a mi hijo llamando en secreto a los abuelos para irse a dormir con ellos y cuando le pregunté si era por la cachorra se agarró con tanta desesperación la entrepierna explicando que esa noche la tenían que dejar abajo del tanque de agua y no podía soportarlo que tuvimos que ofrecerle un cielo familiar y le pusimos Lola.

En *Casi milonga para mi perro* Dino traza un retrato insuperable: *Desde su rinconcito nos observaba / ojos marrón muy claro cola parada. / Se acostumbró al sonido de mi guitarra / hocico abierto cabeza ladeada / supo ser compañero mi camarada / quizá por amor quizá por nada.*

Pero ese *nada* quiere decir *todo*. Y un día muy frío que me desperté con resaca y sin acordarme de lo que había pasado la noche anterior y Rosina se levantó de un salto y sentí la culpabilidad torturantemente encandilada por el artefacto del techo Lola llegó volando desde la cocina y se acostó todo a lo largo de mi cuerpo y me di cuenta que ella entendía las cosas invisibles mucho más rápido que nosotros.

En mayo de 2006, cuando dejé el alcohol, ya estaba muy viejita y nuestros hijos no vivían en casa. Yo empecé a soñar y a escribir un libro atrás del otro y cuando no daba clases dejaba abierta la cocina y Lola venía cada muy pocos minutos a empinar la cabeza para que la acariciara y a veces hasta me ponía histérico porque se despatarraba en el parque a cada momento, pero había que quererse.

Rosina decía que estaba esperando a que volviera Nacho para morir y es la pura verdad. Ella era impredeciblemente agresiva con casi todo el mundo y a partir de la adolescencia empezó a llevarse mal con el *hermano* Nacho, pero fue la única que supo que en el verano de 2007 iba a estar aquí. Y lo esperó.

Tuvimos que sacrificarla una tarde muy dorada, porque ya no podía ni tomar agua. Cuando llegó la veterinaria, un encanto de mujer, Rosina todavía estaba trabajando. Y lo increíble es que media hora antes Lola se había levantado como un yate piloteado por luciérnagas para dar una vuelta despidiéndose de la casa y después Nacho se quedó acariciándola en la cucha hasta que le pusieron la inyección que iba a demorar un rato en sedarla del todo.

La doctora se fue enseguida. Yo me preparé el mate y nos quedamos esperando la camioneta del cementerio de mascotas. Y recién después que una suavísima implosión sideral peinó el cuerpo rubión transportándolo más acá y más allá del oro de la tarde entendí que Lolita también se había ido.

Rosina llegó a tiempo para verla bajar en el pequeño ataúd que me hizo llorar a gritos. *Y a ti este libro que habla de ti*, como le reza el gigantesco Juan Ramón Jiménez a Platero: *ahora que puedes entenderlo*.

Lola vino a visitarme en un sueño precioso: me miró desde la puerta del dormitorio y ahora no tenía edad y era todas sus *ellas*. Pero yo, que no creo en el polvo, todavía no me animo a mirar el cementerio de mascotas cuando paso en el ómnibus.

29 / KRONOS

Durante 2006 Willy Wood y Leticia Acosta ensayaron en el bungalow de huéspedes que elegimos como locación para filmar la casita de Leonardo Regusci y Mariana Ventura, y

Álvaro y yo empezamos a negociar con una importante productora argentina que se interesó en la película desde el arranque.

A fin de año Raúl Turri instaló el pub Kronos en un señorial primer piso de Uruguay y Julio Herrera y Obes, y de golpe nos encontramos con una especie de set jolivudense a disposición para trabajar durante el día y en enero ya organizamos las primeras reuniones de charla-taller que Moure dirigió siempre con una gracia de trato de esas que Salamanca *non te presta*.

La productora argentina aceptó participar con el cincuenta por ciento del presupuesto y enseguida parecieron llovernos y florecernos ideas para agregar papeles con un destaque protagónico de los que ellos después tendrían derecho a exigir, y el guión proliferó con *vida propia* y *entró a guiarnos La Cosa*.

Al final nunca cruzamos a Buenos Aires a cerrar trato, porque Álvaro se empezó a hacer el mexicano con la definición de la fecha del viaje y los ensayos maduraban y se olía el *punto del chocolate* y terminé entendiendo que la lentitud de una co-producción rioplatense vinculada obligatoriamente a transnacionales financieras nos podía arruinar un *orgasmo cósmico colectivo* de los que no piden permiso para relampaguear y *después que pasó el trueno y no te transfiguraste* de qué sirven los morlacos. Mejor pobres y celestes.

Ya hacía más de un año, por ejemplo, que cada quince días íbamos con Willy a enseñarle guitarra a un hijo espiritual de Raúl Turri que estaba recluido en el Comcar, y cuando le otorgaron salidas transitorias el talentodso rastafari que bautizamos Negro Piedra se incorporó a la película y actuó como un discípulo de Leonardo Regusci capaz de *valorar y defender el tesoro de la verdad que nos hace libres* y ser un Hombre Nuevo. Había que seguir así: *dejándonos crecer en lo sincrónico*.

Los primeros exteriores los filmaron María Isabel Espinosa y Willy en una playa, y un memorabilísimo domingo de sol nacarado le copamos el fondo con piscina a la familia carrasquense Hooper y Álvaro, el Pitu, Fernanda Sanjurjo y Alicia Herrera pudieron *instalar*, durante doce horas, una polifacética fiesta donde actuó mucha gente tanto en tomas guionadas como silvestres y la todopoderosa *irrealidad* del cine se volvió más real que los sudores rutinarios.

El refinamiento de la dueña de casa, mi gran amiga Beatriz Hooper, superó a cualquier *catering* de los que se programan con ampulosidad snobista y sensacionalista y esa noche, además, pasó algo que consteló el arquetipo del Gran Tiempo que ya no nos abandonaría en todo el rodaje.

Leonardo Regusci, a quien la prductora posmo, Federico Finkbein, le inventa burlonamente el sobrenombre de *Jesús de Punta del Este*, rodeaba la piscina ya con la cara desfigurada por dos matoncitos de boliche para firmar el contrato del concierto-crucifixión con el Rey, un famoso rockero porteño jubilado del jet dedicado a babear dando fiestas nudistas evocadora del Divino Marqués.

Nuestro equipo técnico es modesto, pero las tomas de Álvaro y Nanda Sanjurjo se multiplicaban igual que si hubiera seis cámaras y lo increíble es que *nadie se aburrió*. Y yo estaba sentado en el pasto junto con la barra de adolescentes que nos regaló su refrescante quórum actoral-musical y me di cuenta que había *algo más alto* que nos *peinaba el cansancio* a todos.

Y en los próximos dos meses aquella misma magia fue transformando a Kronos en un espejismal quilombo de Naná donde se hacían improvisaciones con vestuario y maquillaje que eran grabadas para rebañar imágenes destinadas a enriquecer el depósito anexo al film y nadie puede discutir que nos divertimos mucho más de lo que nos calentamos en aquella olla loca que a veces suavizábamos con sesiones de terapia colectiva y a llorar al cuartito. La fe hay que festejarla.

El día de la última escena Raúl nos ofreció un brindis a corazón abierto, y hubo quien se emborrachó con whisky y quien recordó serenamente la profecía de *El fénix* de Paul Eluard:

Los hombres están hechos para entenderse / Para comprenderse para amarse / Tienen niños que se volverán padres de hombres / Tienen niños sin fuego ni lugar / Que reinventarán el fuego / Que reinventarán los hombres / Y la naturaleza y su patria / La de todos los hombres / La de todos los tiempos.

Y el reino reinará.

En la adaptación cinematográfica de la novela *Jesús de Punta del Este*, Leonardo Regusci, después de dar su último concierto acompañado por Dino en la plaza de la Torre del Vigía, va a confesarse con el padre Fidel, un viejito glaucomatoso.

El cura iba a ser interpretado por mi amigo Julio Frade, pero las exigencias horarias de nuestros ensayos -talleres me obligaron a aceptar el papel a mí y terminar de narrar algunos tramos del guión en forma actoral. O más bien, *reescribirlo* frente a las cámaras. Y en un momento me achicó tanto el vértigo que llegué a renunciar a rajatabla, pero pudo más la fe que me tuvieron Álvaro Moure Clouzet, Martín Pitu Ferreyra y la actriz Cristina Velázquez, que colaboró brillantemente en la dirección de algunas escenas, y *a la cancha la celeste*, como nos arengan Jaime Roos y Raúl Castro en nuestro himno-candombe.

Jorge Presentado, el pródigo párroco carmelita de San José de la Montaña nos puso a disposición la parroquia de Havre, y un domingo plateado invadimos la sacristía entre la misa del mediodía y la misa de las seis.

Flor de Lis Yarte, nuestra maquilladora, demoró diez minutos en hacerme irradiar ochenta años y usé el bastón del hermano Manuel y unos lentes culo-de-botella que pertenecieron a la guapísima abuela materna de Rosina, doña Josefa Tambasco de Pastorino, porque quería *no ver*. Y en cierto momento el cura se siente el Gran Inquisidor de Dostoievski obligado a juzgar al mismísimo arquetipo contemporáneo del Hombre Nuevo y se escapa a buscar grapamiel a un cuarto-biblioteca donde se desahoga un poco con el seminarista Pablo Cossio, que junto con el Negro Piedra y Diego Mongrell fue otro de los que se representó a sí mismo en la película.

Y allí pasó *algo* decisivo en la búsqueda de nuestra *dimensión pleromática*. Cuando el cura, por orgullo, no pide ayuda para agarrar la botella que guarda en la biblioteca, tira unos cuantos libros al suelo y se desespera y entonces yo, el guionista, detecté el ejemplar del *Teilhard de Chardin* de N. M. Wildiers que me prestó el padre Fidel Gil en el 93 y sentí que era imperioso repasarlo *porque aquella concepción de la evolución crística de las moléculas y las células provenientes de estrellas despedazadas hasta desembocar en el culmen de la superhumanidad era una imprescindible Fonte de purificación para enfrentarse a nuestro desafío*.

Y no me equivoqué. En el último retiro que hicimos en el cuarto piso del Nogaró, Juan Comesaña, el psiquiatra freudiano con cojones intelectuales dignos de su maestro, ya había conseguido y fotocopiado militantemente *Lo que yo creo*, una colección de ensayos juveniles del asombroso jesuita *recuperador del espiralamiento ascendente de la materia* a costo de una cuasi-exomunión que enseguida anuló el Concilio Vaticano II, y la lectura colectiva del artículo *Nota sobre los modos de acción de Dios en el universo* nos conectó con el invencible estrellerío que *impregna el aura de la península*, por más *taedium vitae*

y *neurosis noósica* que pretenden vendernos los esbirros del capitalismo salvaje, sea cual sea su disfraz oportunista.

El primer domingo que filmamos en la parroquia de Havre, además, pudimos enriquecer la dulce esgrima dialogal que rebrilla entre Leonardo Regusci y un sacerdote capaz de captar el inminente viaje hacia la cruz del hombre-muchacho de veinticinco años y absolverlo sin dejarse tentar por la astucia del *sentido común fariseico* que tantas veces confundimos con la sabiduría. Vale decir: *sin tratar de convencerlo de que no dé la vida para que la Mujer Alma de la Humanidad deje de prostituirse*, Y cuando Leonardo Regusci y el padre Fidel se despiden en la puerta de la sacristía nos trenzamos casi hasta la exasperación a propósito de una diferencia personal que tenemos con Willy y le dejamos la resolución abierta al espectador-lector, aunque yo me avivé quedándome con la última palabra.

Cuidate, que somos pocos, no tiene más remedio que recomendarle protocolarmente el padre Fidel al cantante-profeta. *Muy pocos*, lo corrige el hombre-muchacho de rastas color miel y se larga a chuequear entre las primeras gotas de la tarde plateada.

Y entonces ya no me sentí el padre Fidel y me acogotó la terrible responsabilidad de no resignarme a aceptar en público ningún resquicio de desesperanza demasiado vinculable al *Eclesiastés* o a Onetti y aullé:

Muy pocos no. Pocos. Bastantes.

Y la verdad de mi corazón es que *nací sabiendo que siempre seremos bastantes y suficientes los decididos a recuperar nuestra reverberación originaria*.

31 / EL RIVENDEL

Gerardo Pérez Céspedes es un empresario y poeta que al empezar el milenio constuyó un hotel orientado por las coordenadas esotéricas que señalizaban el *Axis Mundi* de don Francisco Piria y lo bautizó Rivendel en homenaje a Tolkien.

Y en ese *mejor lugar concebible* de Piriápolis nos alojó un radiante fin de semana otoñal para que filmáramos, entre muchas otras, la escena-clic de la crucifixión de Leonardo Regusci.

Allí se consumó la propuesta de acceder a un *cine posible y multimediático* de Álvaro Moure Clouzet, porque se organizó una fiesta-Gólgota donde los invitados, entre los que figuraban el pintor Guillermo Büsch, la psicóloga Raquel Guadalupe, el musicante y fotógrafo Ricardo Comba y el comunicador Miguel Muto, *no sabían lo que iba a pasar*, más allá de estar conscientes de su participación en una película.

Entonces sube a la tarima Willy Wood completamente desnudo y canta con la guitarra *Hombre-árbol-búho: No sé nada de estos días que me quieren decir algo / desde el hueco del dolor. / El latido de la luna en el hombre-árbol-búho / el latido de la cruz. / Y no soy yo y no sos vos / es todo el universo / en el corazón de esta noche. / No sé nada de estos siglos que nos quieren decir algo / del misterio, del amor. / Tus tristezas siempre tuyas mis miserias siempre nuestras / la que lava siempre es Dios.*

Mezclados con el público están el Rey y la productora-Ahab Federica Finkbein, que filma secretamente al ejecutado con un celular para venderle el material a *En trozos en la Punta*, un programa chatarrero porteño.

Y Leonardo ataca con *En el abrazo final*, otro tema de su autoría: *Ya perdí lo que nunca fue mío / ya empobrecí hasta el amor / ya falta poco. / Ya lloré por cada humano ya oré / me humillaré hasta humildar / un hombre nuevo. / Y me desintegraré en migas de paz / para que coman todos. / Un relámpago me romperá / en pájaros perfectos. / Me iré. / La lluvia la eternidad un abrazo / el misterio amansará / mis tres tristes ojos. / Y un pájaro se llevará mi corazón / hasta el carozo del sol / se me astillarán los huesos / como huevos de estrella / y me explotarán de los poros mariposas / en el abrazo final / desnudaré todas las canas de mis alas / y me iré con Dios.*

Y apenas se levanta y cae fulminado por la explosión de un aneurisma aparece Mariana Ventura, que zafa de un patovica y aúlla escalofriantemente mientras trata de recoger el cuerpo de Leonardo igual que en una *Pietà* y *aquello* duró tanto rato que Álvaro me hizo señas de que empezáramos a aplaudir porque pensó que Leticia Acosta había entrado en un trance delirante.

¿Viste cómo podía llorar, Giovanetti?, me toreaba después la vedette carnavalera que nunca quiso ensayar esa escena y aquel día se transformó en una *tremenda actriz* que ya apiadó y electrizó a las miles de personas de veinte países que vieron el *making-off* de *Jesús de Punta del Este* en nuestro blog oficial.

Esa noche también grabaron preciosas escenas Sabrina Speranza, Cristina Velázquez, Horacio Lapuriz, Juan Comesaña, Victoria Céspedes, Norina Torres, Monica Pedreira y el debutante Federico Moure con sus diez años.

Y al otro salimos muy temprano para Maldonado a registrar a Miguel Ángel Muto en pleno Canal 7 leyendo el obituario de Leonardo Regusci y liquidamos unos cuantos exteriores en la plaza de la Torre del Vigía, donde se agregaron Martín “Pitu” Ferreyra, nuestro impagable Judas quilombero, y el propio Gerardo Pérez Céspedes, que ya se comprometió a asumir un protagónico en *Belleza uruguaya*, el próximo largometraje de ficción que realizará elMontevideano.

Y fue todo hermandad. A mí me importaron particularmente las repetidas felciitaciones de Guillermo Büsch, un extraordinario plástico que iba a participar como escenógrafo en el primer *Jesús de Punta del Este* y que nació sin la más mínima capacidad de regarle flores inmerecidas a nadie. Y después supimos que la barra de Piriápolis se quedó comentando hasta la madrugada aquel *silencio blindado* que provocó la cuajadura desnuda del arte de Willy. Y eso es *más* que un elogio.

Hace poco charlábamos con Juan Martín Moretti, un ex-alumno de guitarra hijo de Blanca Aguirre, la encantadora mujer-muchacha que nos mandó a hacer la nota dominical en El País en el 98 y a la que le vi el alma nada más que a través del teléfono porque a los poquísimos días viajó de golpe al Padre, sobre la luminosa misión que les corresponde cumplir a algunas *ráfagas de la desgracia*.

Porque si yo no hubiese conservado aquel reportaje tan humillante y Moure no se hubiese emperrado en arrancármelo de las falanges para leerlo en la trinchera estrellada no tendríamos película.

32 / LA CRUZ

A mediados de los 80, el veinteañero estudiante de Facultad de Humanidades Álvaro Moure Clouzet y cuatro amigos antimperialistas se propusieron escandalizar la playa Ramírez con una *performance* indiscutiblemente creativa: armaron una cruz de siete metros por tres con tronquitos de los que se usan para hacer arcos de fútbol, la clavaron en la arena apoyándole un Judas-Ratón Mickey sentado sobre una tapa de water y la incendiaron.

Y antes de que se lo llevaran preso, mientras observaba las llamaradas heréticas sentado con sonriente tranquilidad en el murito de la rambla, el futuro cineasta le escuchó comentar a una señora: *¿Qué querrá decir esto?*

Más de veinte años después, en una de las primeras reuniones de diseño de producción de *Jesús de Punta del Este*, Álvaro nos propuso hacer lo mismo a Willy y a mí pero en el monumento de los Dedos de la península y cuando nos dimos cuenta de que no estaba hablando en joda le tiramos el asunto al óbol haciéndonos los mexicanos casi con diversión pero nos miramos fijo.

Hasta que en 2007 nuestro compañero del alma insistió fervorosamente con la perpetración del *revival* ochentista y a mí se me ocurrió que podía ser una escena onírica ilustradora de la agonía de Leonardo Regusci y me pasé tres días craneando una frase definitoria de la cobardía posmoderna para ser proferida en off y me quedó muy poética: EL CONSUMISMO SALVAJE ES CAPAZ DE INCENDIARNOS LA FE PARA VENDER TRISTEZA.

A Álvaro le encantó la idea y nosotros nos junamos con Willy como diciendo: *Buenos, después de todo a Teilhard de Chardin también lo amenazaron con la excomunión.*

Y en agosto decidimos ponerle el cascabel al diablo y nos instalamos un viernes de noche en el Nogaró y planificamos cada movimiento con un inevitable nerviosismo terrorista y el sábado compramos dos gruesísimos puntales de eucalipto de tres y siete metros en una barraca de Maldonado y pedimos permiso en Prefectura para filmar un fueguito escenográfico y el oficial nos dio el okey entusiasmado por la próxima película y los troncos eran tan pesados que apenas pudimos hacerlos rodar hasta los Dedos aunque igual los clavamos y los atamos y los forramos con sábanas chorreantes de querosén y aceite quemado y después de hacer bruto pozo en la arena nos dimos cuenta que no podíamos levantar la cruz para enterrarla.

Éramos cinco hombres: Álvaro, el Pitu, Willy, Comesaña y yo. Juan recién se nos sumó el sábado porque estaba saliendo de una gripe terrible pero tenía que actuar carcajeando históricamente frente al fuego del Gólgota. El resto del equipo eran Nanda Sanjurjo y Rosa Etchenique, encargadas de las cámaras y la foto fija, y el pobre Fede Moure, que después de vernos echar los bofes durante dos horas sin que un maldito auto se arrimara a ayudarnos, comentó delicadísimamente: *Papá, ¿sabés que parece que estuviéramos locos?*

Al final nos conformamos con apoyar la cruz inclinada entre dos dedazos del monumento y cuando tremolaron las llamaradas hacia el estrelladísimo cobalto oceánico se pudieron

hacer las tomas de Leonardo Regusci y el locutor porteño recortados sobre el trasluz infernal y el traperío se carbonizó en un rato pero la cruz quedó más intacta que la fe de María Magdalena.

¿Querías posmodernidad? Bueno, allí la tenés. Nadie, lo que se dice *nadie* nos dio pelota.

Y lo graciosamente triste fue que a mediodía habíamos previsto un escándalo apocalíptico tramoyado por la prensa carroñera y la posibilidad de que Moure y yo fuéramos presos y Fede se lo tomó con tranquilidad de querube, aunque aclaró que lo que él no quería era que lo internaran en un asilo infantil. El domingo vimos amanecer la gigantesca cruz apenas chamuscada entre los gigantescos dedos y mateamos sintiéndonos un poco ridículos pero profundamente orgullosos por haber trabajado con tanta garra. Comesaña todavía llora de risa acordándose que apenas llegó a la península arriesgándose a pescarse una bruta neumonía y me preguntó cuanto demorarían en arder los troncos yo puse cara de talibán veterano y murmuré: *Quince o veinte minutos*. Pero al volver a casa oriné sangre y Rosina disimuló el susto y se preparó: *Acostate y esperá. Y si vuelve a pasarte nos vamos a la Sociedad enseguida*.

No me volvió a pasar. Los riñones se me quejaron igual que a un tamborilero, nomás. Fue la primera vez, sin embargo, que acepté que podía tener un tumor como el de cualquier hijo de vecino y que ahora estaba enamorado irreversiblemente del atardecer.

33 / EL CONRAD

Cuando filmamos en el Rivendel Gerardo Pérez Céspedes sugirió que me contactara con el Vicepresidente de la Asociación de Críticos de Cine del Uruguay, encargada de organizar y programar el cuarto Festival Piriápolis de Película que se realizaría entre el 10 y el 12 de agosto de 2007 en el Hotel Argentino.

Jorge Jellinek se interesó enseguida en exhibir el documental *Itinerarios I* completo y un *making-off* de *Jesús de Punta del Este*, y además nos vinculó con la Dirección de Cultura de la Intendencia Municipal de Maldonado, una de las instituciones auspiciantes del Primer Encuentro Nacional de Cine que se desarrolló entre el 16 y el 29 de julio en el Archivo Nacional de la Imagen, la Sala Hugo Balzo del Complejo Sodre y el Hotel Conrad.

Entonces nos decidimos a filmar el concierto de Leonardo Regusci en el anfiteatro barrial de la plaza de la Torre del Vigía el sábado 21 de julio a mediodía, y de noche predicar en bloque en el templo del glamour.

Y Gastón Ciarlo, “Dino”, a quien habíamos visitado en Dolores unas semanas atrás, viajó cinco horas en ómnibus para actuar con Willy Wood y su banda. El autor de *Milonga de pelo largo*, uno de los doce Capitanes del Vuelo estudiados en el Laboratorio de Artes de Leonardo Regusci, había empezado a gorjear en el 58 y ahora compartía el estribillo de su shakespereana milonga *Tablas* con un muchacho nacido en el 85. *Morir sobre un escenario / estanto rodeado de amigos / lograr que lleves en los labios / el último de mis suspiros / mi vida / mi alma.*

La semana pasada el historiador y legendario comunicador Nelson Caula escarbó agudamente durante una entrevista que nos hizo en XC 38: *¿Pero por qué la Torre del Vigía? ¿Por qué el quilombo de Naná?*

Y le contestamos lo mismo que a un periodista del Canal 7 en plena ex-Plaza del Recreo, cuando rodamos los primeros exteriores: *Porque Punta del Este representa el falso vuelo de Jerusalén, y porque la Torre del Vigía, en cambio, es un falo construido para defender esta tierra. Cuando los ingleses tomaron Maldonado los fernandinos pelearon parapetados en la catedral a medio terminar. Y, con todo respeto, tanto Casapueblo como el Conrad no significan para nosotros más que una especie de pastelería de postal. Y lo que precisamos es reforzar nuestro perfil iconográfico con belleza uruguaya digna de la Purificación. En todos los niveles. Al establishment le encanta lustrar un Oscar acorde con la culturita de paño tibio, por ejemplo, pero el ganador del Cervantes prefirió morir lejos de la mediocridad oficial. Y el Negro Jefe se hubiera tomado muchos tintos lija con Leonardo Regusci en un quilombo.*

Y la noche del 21 de julio presentamos nuestro *making-off* en un salón del Conrad y vivimos una de esas comuniones con el público que caldean la vida, como decía Espínola Gómez.

Los representantes del Departamento de Cultura de la Intendencia Municipal de Maldonado, Alejandrina Morelli y Roxana Ukmar, tuvieron la extraordinaria idea, al final de la exhibición, de que hiciéramos pasar al frente a todos los integrantes presentes de nuestra democrática comparsa, y allí se unieron para agradecer un eufórico aplauso los niños Federico Moure y Kueisha Barrero junto con Álvaro Moure Clouzet, Willy Wood, Leticia Acosta, Martín “Pitu” Ferreyra, Fernando Sanjurjo, Cristina Velázquez, Sabrina Speranza, María Isabel Espinosa, Juan Comesaña, Gerardo Pérez Céspedes. Ale Spinetti, Norina Torres, Mónica Pedreira, Judith Varela, Rosa Echenique, Gonzalo Rey, Javier Nadales, Leonardo Nadales, Martín García, Silvia Silvestri y un servidor.

La originalidad de Cristo no es sólo el amor al prójimo, sino particularmente el amor al enemigo, profundiza Alberto Methol Ferré en La América Latina del Siglo XXI: La dialéctica amigo-enemigo en términos cristianos no se resuelve con el aniquilamiento del enemigo, sino con la recuperación del enemigo como amigo.

Volvemos a machacar, entonces, con lo expuesto en *La Gozadera* cuando se realizó el estreno montevideano del *making-off* de *Jesús de Punta del Este*.

No puede haber belleza uruguaya en ningún discurso que no genere una base de unión hacia una humanidad nueva fermentada sobre arquetipos universales pero enriquecida con nuestras incanjeables facciones. Y todo esto implica la complicadísima construcción de una cultura con un sentido purificador y enamorado del vuelo. Por eso lo profundamente oriental o uruguayo, como quiera llamársele, tiene que engancharse con Artigas o desanclarse de lo cósmico.

Y no podemos olvidar jamás que el consumismo salvaje es capaz de incendiarnos la fe para vender tristeza. Les molesta este amor.

CUATRO: PAX-LUX

ONLY YOU

El 18 de setiembre del año pasado me encerré un día y medio en un bungalow del Parque de Vacaciones de AGADU a soñar el diagrama básico de este libro. Llovió mucho y de noche tronó maravillosamente y me cambié el vaquero por un pantalón pijama pero ni siquiera usé sábanas. Hice asado en la estufa y escuché música clásica sin parar y mientras las horas se elastizaban en galaxias de sesenta moradas fui titulando algunos capítulos de *Las alas del infierno* y concibiendo el *arco de tensión* de un *fraseo polirrítmico*, la *estructura* del trípode aldea-mundo-universo y la *interrelación* narrativo-ensayística. Mendelssohn fue vital para instalar ese *tono* de la *condensación*. A la larga todo es una *marcha nupcial*, maestro Félix.

Al poco tiempo de volver de Europa en el 74 tuve que organizar un ritual de redención porque encontré en la biblioteca un esperpento de Sade que perteneció a Guillermo Chaparro y *olí* el apocalipsis cloacal parisino que cuerpeó Jean Valjean antes que existiera Sartre y quemé *La filosofía en el tocador* entre los frutales del fondo.

En Atlántida, en cambio, por consejo de un amigo, empapelé el primer fuego con la revista dedicada a Saramago que me habían sacado de las manos los libros voladores. Iba arrancando páginas y murmuraba sin parar *Te vas hasta que todo aquel talentoso veneno se alquimizó en una llama viva* que ayudó a mi PAX-LUX. Y el ritual no tenía demasiado que ver con el gran novelista portugués que se siente más importante que Jesucristo: yo sabía a quién echaba.

Confieso que dudé mucho en contar este ritual y me acordé de Demian, que siempre me recomendaba no exponer el pandeiro exageradamente como su abuelito y que una vez que pisamos hielo filosófico-político muy frágil durante la grabación del libro-reportaje me atacó levantando un brazo a lo juez de fútbol. *De esas cosas no hablo. Ya sabés.* Y cuando retruqué que Jesús siempre hablaba de esas cosas mi terapeuta casi gritó: *Pero Jesús fue un gran revolucionario. Yo no.*

Ahora me falta contar una revelación que me transfiguró durante un viaje de ómnibus y despedirme transcribiendo dos canciones que compuse en los 80.

Hace diez años venía del centro en un 77 y mientras bordeábamos la Plaza de Los Olímpicos empezó a sonar el *Only you* de Los Plateros en la radio del chofer y sentí que cada segundo se volvía una especie de túnel poliedrizado por el Gran Diamante y a lo largo de tres cuerdas escruté las platas y los tablados y las kermesses y los clubes y los liceos y los cines y los bailes de mi juventud tratando de localizar quién era la dueña de las facciones que yo *adoraba* cuando escuchaba ese himno y me pasaron por la cabeza varias muchachas pero paf: me di cuenta que mi más profunda entretela siempre soñó con un *resplandor de otro mundo que entreví solamente en Bénédicte Froissart*.

Y que la Esposa-Esposo de *todos los que eligen el reino del vitral* es esa *ella-él* o ese *él-ella*, maestro Félix.

Ahora transcribo la primera canción: *Te hace falta tragar el lucero del alma / te hace falta la calma del viejo tragaluz. / Te hace falta el trasluz de las rosas perdidas / te hacen falta las vidas que besaron el mar. / Te hace falta encontrar el alma del espejo / te hace falta el reflejo del sol que no se fue. / Te hace falta la fe para volar a oscuras / te hacen falta las puras soledades del sur. / Te hace falta rugir la mansa llamarada / te hace falta una espada para partir el mar. / Te hace falta llamar al ángel por su nombre / te hace*

falta ser hombre sin matar ni mentir. / Te hace falta vivir en el humo del llanto / te hace falta ser canto que no sabe rodar. / Te hace falta ser mar para sangrar tu alteza / te hace falta belleza para desesperar. / Y si ya te clavaste al perfume profundo / no te quejes del mundo / porque no hay más que hablar.

Segunda canción: Quiero hablar de tu vida / esa que está en tu pecho violentamente quieta / como una maravilla enrejada o rajada / te quiero preguntar si está tu vida allí / si sigue allí brillando detrás del desencuentro. / Quiero hablar de tu tiempo / ese que está en las grietas de sol de tu jornada / como un árbol desnudo secretamente verde / te quiero preguntar si está tu tiempo allí / si sigue allí creciendo contra los que te podan. / Te lo pregunto porque te conozco / porque me concocés / y porque precisamos / repetir la verdad en el filo del alba. / Quiero hablar de tu historia / esa que está en los pozos brillantes de tus ojos / como el vapor alzado de una lluvia vieja / te quiero preguntar si está tu historia allí / si sigue allí brillando detrás del desencanto. Quiero hablar de tu amor / esa que está en la fuerza trenzada de tu sangre / como una soledad abrazada con otras / te quiero preguntar si está el amor allí / si sigue allí pariendo palomas contra crímenes. / Te lo pregunto porque te preciso / porque me precisás y porque repetimos la verdad en el filo del alba para vernos.

La trinchera estrellada / febrero de 2008

